CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5



TULA, Hgo.

EN UN LOMERIO CALCINADO POR EL SOL, PUEDEN CONTEMPLARSE LOS VESTIGIOS ARQUEOLOGICOS, RESTOS DE UNA CULTURA QUE FLORECIO HACE MILENIOS.

LOS OJOS Y EL ESPIRITU SE ASOMBRARAN AL VER ESAS ENORMES ROCAS LABRADAS A LA PERFECCION, CUANDO EL HOMBRE NO DISPONIA DE LAS HERRAMIENTAS MODERNAS.

Y AL REGRESO VEMOS COMO EL PAISAJE ENVUELVE CARIÑOSO EL POBLADO QUE DORMITA AL AMPARO DEL VIEJO MONASTERIO COLONIAL.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

A SUS ORDENES


La Giralda...
es tradicional.
Gestos únicos, de razas múltiples, que engrandecieron a un país; heroísmos que perpetuados por la tradición son hoy emblema de toda una raza.
BRITISH CLUB es herencia de refinamiento, tradición perpetuada en una marca
BRITISH CLUB está hecho con tabacos de gusto peculiar europeo
Es un Producto de "EL AGUILA"
British Club
British Club
Tabaco Virginia Suaves
L CIGARRO CON TRADICION
BCE-5



PETROLEOS MEXICANOS

VEINTE MILLONES DE LITROS VENDIDOS; NI UNA SOLA QUEJA

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5 Septiembre-Octubre de 1945 Vol. XXIII

INDICE

DIMENSION IMAGINARIA



II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII

LA PAZ DE AMERICA

No debiera olvidarse la lección de los años anteriores a la guerra. Es manifiesto que los esfuerzos realizados por algunos países europeos para atraerse los contingentes turísticos de nuestra América, no sólo mediante una hábil propaganda sino, sobre todo, merced al ofrecimiento de marco y lira turísticos, encerraban intenciones nada favorables a nuestros ideales democráticos. Aquellos marcos y aquellas liras, comprados aparentemente a bajo precio por nuestras monedas americanas, contribuyeron a finanzar las empresas bélicas que tanta sangre, lágrimas y dinero están costando al mundo.

Las perspectivas que presenta en la actualidad la liquidación del conflicto no son nada tranquilizadoras. Nadie sabe lo que el porvenir nos reserva pero todos temen que los años venideros exijan nuevos sacrificios y sinsabores a los países que aman la paz porque siguen creyendo, a pesar de todo, en el destino pacífico del hombre sobre la tierra.

¿Cuáles son los cauces por los que, en estas condiciones, debiera derramarse nuestro turismo? ¿Regará sus millones a tontas y a locas en el viejo continente, con el peligro de que sirvan para madurar nuevos amarguísimos frutos, o derivará sus caudales hacia los países pacíficos de nuestro hemisferio que tanto necesitan unos de otros y todos los latinos de la maquinaria yanqui para contribuir con su trabajo honrado a la prosperidad, primero, del continente y, luego, del planeta?

El turismo es industria específica de paz pues que arranca de la paz y a la paz se dirige. Bien entendida, no puede orientarse sino al robustecimiento de las posiciones y voluntades antibélicas. Si sus actividades sirvieran para que nuestra América se conociera a sí misma y se creara, contribuyendo al esplendor pacífico de su destino; si los dólares norteamericanos valieran para que los países ricos en atractivos naturales pero pobres en divisas adquirieran el equipo que necesita su desarrollo y el desarrollo de su capacidad adquisitiva, necesitada a su vez por la industria norteamericana, y el desarrollo y fortalecimiento consiguiente del bloque que sostiene la paz del mundo, bien pudiera decirse que nuestro turismo, al mismo tiempo que cumple con su cometido de proporcionar agrado y descanso saludables, obedece a las exigencias de toda actividad humana que es contribuir a la realización de un destino humano más elevado y vivible que el que nos ha proporcionado hasta el presente la tan cacareada civilización que nos legaron los siglos.

Y si miramos un poco más al porvenir y un poco menos a ese pasado que tantas ruinas y calamidades nos cuesta ¿acaso no presenta América mayores atractivos que los que pueden ofrecernos las demás partes del mundo?

F. L. S.


CALIDAD
Pepsi-Cola
MARCA REGISTRADA
CANTIDAD
EN TODAS LAS OCASIONES
Pepsi-Cola ES MEJOR!
UNA BEBIDA EXQUISITA
Pepsi-Cola
PIDALA SIEMPRE
PROP D.S.P. Nº 9948
PEPSI-COLA COMPANY DE MEXICO, S.A.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO IV VOL. XXIII

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE
1945

MÉXICO, 1º DE SEPTIEMBRE DE 1945

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de
FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. DE R. L.
Bucareli 24. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

EN EL PLINTO DE LA VICTORIA

EN ESTA HORA de congratulación universal, CUADERNOS AMERICANOS lanza todas sus alondras al cielo. Señal de gozo tanto por el mundo que nace como por el que definitivamente muere.

Y porque el conjunto de tesis defendidas en sus páginas se han visto laureadas por la Victoria. No sólo yacen por tierra los regímenes de Italia, Alemania y Japón. También ha caído el partido conservador británico cuyo juicio debiera efectuarse como lo ha sido el de cierta Francia en la figura de Pétain. Ni es poca dicha, por cierto, que el mismo día de la rendición del Imperio del "sol naciente" haya sido segada en flor "la eterna juventud de este mariscal cristiano que —según el órgano oficial de la Santa Sede— representaba la aurora de un nuevo día no sólo para Francia sino para el mundo". El mismo Franco, que, favorecido por toda clase de indulgencias sacras y civiles, se había arrogado la dirección de "la batalla que no se pierde", "la batalla de Dios" y pretendía guiar el carro de nuestro tiempo, se ha visto al fin devuelto por la Asamblea de Naciones a su laya de pedestre Faetón y luego cogido en pinzas por los "tres grandes " en Potsdam. Sólo ante la evidencia de que el ultrajador de nuestro patrimonio moral correrá en breve la suerte corrida ya por sus congéneres, pueden los pueblos hispánicos dar por buena y no agusanada la Victoria.

La situación que en verdad alborea está como ninguna henchida de posibilidades. Jamás pudo decirse como ahora que la humanidad ha llegado a las rompientes mismas de su grandeza. Los éxitos recién alcanzados en la entraña de la energía han investido al Nuevo Mundo del

más preclaro de sus atributos prometeicos: el fuego celeste. Admirable desenlace. Aquel aherrojado titán concebido por la misma mente clásica que inventó el atomismo, ha ganado al fin del tiempo la partida —según se anunció en nuestro primer número— fulminando auroralmente los poderes que lo cargaron de cadenas. Su libertad, que es la de la energía creadora, implica la libertad del ser humano y su exaltación y el inicio de la era cósmica en la que parece hallarse contenida la felicidad de nuestra especie.

Mas nuestro tiempo, no nos fiemos, sigue abundando en peligros. Las recién dominadas fuerzas de regresión han de reagruparse automáticamente bajo formas imprevistas e inocentes o paradójicos disfraces, una vez sobre todo que las guerras en escala total pudieran haberse terminado. Más que nunca es indispensable, para quienes anhelan un mundo nuevo, que tales fuerzas retrógradas sean día a día, dondequiera que se encuentren, desenmascaradas y vencidas. Y también se encuentran aquí, entre nosotros, incluso dentro de nosotros, cosa que reclama un estado de alerta constante, de esfuerzo vigilado, de sacrificio.

Singularmente en el campo intelectual. Porque tan codiciable nuevo día no se realizará por la fuerza bruta sino por la luz de la conciencia. Y no es vulgar tarea la de inventar los nuevos valores en que habrá de tomar cuerpo de realidad, si ha de existir, el mundo que despunta. De aquí que CUADERNOS AMERICANOS, al felicitarse por haber cumplido en esta dolorosa etapa con su propósito de dignificar la posición intelectual creadora, solicite de todos los pensadores verdaderos de América y de España —de aquellos que, al margen de cualquier cartel de propaganda, se conducen libre y desinteresadamente en la plenitud de su humano heroísmo—, su mejor atención y su apoyo para seguir laborando por el triunfo de la inteligencia, de la justicia y de la paz.



Urania. Museo del Vaticano.



"Para guerra y recreación".

TOPICOS DIVERSOS SOBRE LA CARTA MUNDIAL DE SAN FRANCISCO

Non est potestas super terram quae comparetur ei.

LIBRO DE JOB XLI, 24.

Por *Andrés* SERRA ROJAS

I

LA Conferencia de las Naciones Unidas sobre Organización Internacional es, sin duda, uno de los acontecimientos más notables de la época singularmente trágica que vivimos.

Hace años los hombres se sintieron arrastrados por una voz que salía de estas regiones, quizás de una playa desconocida, por lo menos ignorada, que repetía a los codiciosos gambusinos: "oro en California", y corrieron hacia ella afanosamente en tumultuoso tropel. Después vino el desengaño y el convencimiento de que había algo más valioso: la tierra generosa que ofrecía su inagotable feracidad y el alma hospitalaria de sus moradores. . .

Hoy los hombres se congregan en el mismo lugar en que Mark Twain, humorista delicioso e incansable viajero desde lo alto de Cliff House, soñara en alguna sugestiva narración, pasando ante aquel su espíritu ingenioso su propia vida llena de amarguras, de peripecias y de sinsabores.

Mas no es la voz de los buscadores de oro la que vuelve a escucharse para forjar un vano espejismo, sino el resonar de otras voces más valiosas que el áureo metal, cuando encuentran morada en el corazón del hombre: libertad, democracia, dignidad humana, independencia. A su sola mención y para asegurar las ventajas de una vida

superior en el orden internacional, se reunieron cincuenta naciones ansiosas de mantener la paz y la seguridad de los pueblos.

Por eso la humanidad puso sus ojos llenos de esperanzas en la magnífica y señorial ciudad de San Francisco, faro y luz del Pacífico, en cuya enorme bahía que puede proteger las escuadras del mundo, penetran las frías corrientes oceánicas y cuyas playas bulliciosas y bellas colinas parecen evocar con el encanto del paisaje el eco de las voces piadosas de los primeros franciscanos. Sobre todo de Fray Junípero Serra, devoto misionero de corazón generoso que fué esparciendo por tierras de California la fe de sus mayores con aquel glorioso gesto que hizo del noble mallorquino un apóstol de singular relieve.

El espíritu se conmueve cuando viene a nuestra memoria el alto heroísmo de la aventura en la tierra lejana y desconocida y el recuerdo de la obra espiritual que realizaron. Y aunque su palabra ya no alienta en estas latitudes con su mismo sentido profundo, las misiones, objetos de curiosidad para la avidez de los turistas, aun conservan en su vieja historia de piedra, con sus evocadores campanarios y la placidez de sus modestas construcciones, la huella que esplende luminosamente, de cuando en cuando, en las mañanas grises de este puerto ondulante o en las tardes florecientes de sus asoleadas riberas.

El acervo de inteligencia al servicio de la barbarie.

SITUADO entre dos grandes guerras mundiales, este suceso se coloca en los tiempos en que culmina victoriosamente el pensamiento humano, en la obra social fruto de una gigantesca labor a través de toda la historia, que ha tenido por finalidad la de arrancar a la Naturaleza los secretos de un mundo, en apariencia apacible y sencillo, para hacer la vida más justa y menos violenta. Todo esto constituye hoy un acervo de conocimientos científicos, técnicos y filosóficos, digno de mejor suerte, destinado siempre a forjar un mundo mejor; pero jamás se llegó a pensar que la serena quietud del laboratorio, de la bibliote-

ca, del taller o de cualquier centro de investigación, se pusiera al servicio de la barbarie, que con todo lujo de crueldad exhiben los Estados contemporáneos.

No es mi intención aventurar un juicio sobre la suerte que corra la futura Sociedad de Naciones, ni menos definir la situación de las naciones pequeñas frente a la misma Sociedad y en particular frente al Consejo de Seguridad; dejemos esa tarea a los que se encargan de profetizar sobre el nebuloso devenir. Pero esta actitud no es un obstáculo para examinar las fuerzas sociales y políticas que mantienen una enconada lucha, no en la Asamblea, sino fuera de ella, y las finalidades que señala esa actuación.

El destino de las grandes potencias parece ser el mismo en todas las épocas de la historia. Todo grupo humano que ha concentrado una fuerza material, propende fatalmente a abusar de ella. Y aunque no es nuestro propósito encerrarnos en un determinismo político absoluto, no debemos olvidar que las ideas —fuerza— negativas, crecen con facilidad en los grandes Estados, como hongos parásitos, que llegan hasta formar un cuerpo de doctrina política. Por otra parte, el mantener una organización económica y social privilegiada, demanda correlativamente una fuerza armada y una política especial para vigilar y neutralizar la acción de los demás Estados. Además, si en un determinado ciclo histórico existen Estados de potencialidad semejante, cada uno de ellos crea su propia esfera de influencia y una actitud hostil hacia los demás.

Valoricemos los hechos de un pasado vergonzoso.

DEBEMOS, por lo tanto, valorizar los hechos de un pasado vergonzante y despiadado, que ha estremecido a todos los seres humanos y cuyas tremendas consecuencias en el orden moral y material no pueden calcularse todavía.

En segundo término, debe formularse un análisis somero de los acontecimientos actuales, que se suceden en

torno a los delegados, para que proceda finalmente enjuiciar los preceptos de la nueva estructura jurídica.

Tanto en los Estados Unidos de Norteamérica como en otras naciones, la novedad de la Asamblea Internacional despertó en un principio un inusitado interés, decreciendo con posterioridad en forma notable. Al trabajo fastuoso de las llamativas sesiones plenarias, con los personajes que despiertan la atención en la política mundial, se sucedió el trabajo frío y monótono de los comités, centros en donde se unifica y se da forma jurídica a las grandes controversias, cuando las potencias han llegado a una solución satisfactoria para ellas.

Todo este movimiento de ideas ha originado una doble corriente de opinión. Una visión optimista que emana de los círculos oficiales y de ciertos centros jurídicos especializados en los temas de la política exterior y una visión popular pesimista sobre el fracaso de la nueva organización. Por los datos de la información general que fué fácil comprobar, no hay pueblo sobre la tierra que tenga fe en el nuevo orden que se implanta, por perfectas y sabias que sean las normas jurídicas.

Por el contrario, el ambiente está saturado de zozobra e inquietud y la opinión pública mundial se muestra recelosa y pletórica de temor. Sobre todo, cuando de las mismas deliberaciones públicas de la Asamblea emana una apasionada disparidad de criterios y de intereses encontrados entre las grandes potencias invitantes, un afán inusitado de sacar avante la tesis jurídica que les favorece, ante el gesto compungido, molesto e intranquilo de los Estados pequeños, simples testigos de un drama futuro, cuyo prólogo comienza a escribirse, llenando el panorama internacional de nubes tormentosas, como presagio del alma atormentada de los hombres que no aprenden a vivir en paz.

Sí debemos señalar, ante todo, que hay algo superior a la propia organización, y son las tendencias sociales, que en forma frenética mantienen una lucha constante en las deliberaciones de la Asamblea, y dentro de cada Estado. Son estos grupos los que han formulado la crítica

más severa de la nueva organización, al sentirse amenazados con una nueva entidad que puede destruirlos y obligarlos a cambiar de sistema, de método, de principios y aun de tácticas.

La situación que engendra la Carta nos obliga a pensar que sólo un Estado suicida es capaz de mantenerse en una actitud social estática, de inercia o pereza espiritual, dejando que las ideas vengan del exterior y sin mantener la suficiente dignidad para elaborar su propio programa social. Es exacto que hay ideas comunes a todos los pueblos de la tierra; pero es innegable que la estructura de una nación se forja con sus propias y peculiares ideas, con su manera de actuar y de sentir. Obsérvese el panorama interior de Inglaterra, cuyos partidos políticos se afanan por hacer imperar en el orden estatal su programa social. Y es que esta gran nación, a pesar de la guerra y de su heroico sufrimiento, dispone de una férrea organización democrática, en la que la fuerza del Estado no descansa en la habilidad de un solo hombre, sino en las fuerzas sociales que actúan y dan su fisonomía original a la nación. Ejemplar maestra del Derecho Constitucional moderno.

Los Grandes asumen la responsabilidad de la paz

HAY quienes piensan que todo esto es un mero artificio de palabras engañosas, resultado de un acuerdo capcioso de las potencias para mantener sometidos a los demás pueblos, o un estupendo camouflage para encubrir temporalmente los intereses de los países que tienen el pérfido privilegio de hacer la guerra de conquista, cuando quieren. Otros, en términos generales, se imaginan que no es sino una honrosa tregua para reponerse de la sangrienta contienda y volver mañana a plantear las viejas y socorridas demandas de la política internacional con nuevos y flamantes nombres.

Es por estas circunstancias que las grandes potencias que, merced a los acontecimientos históricos, han asumido de hecho y legalmente, la responsabilidad de la paz y la

seguridad mundiales, con la cooperación voluntaria de los demás Estados, en unos casos, o como un imperativo ineludible en otros, tienen una tarea previa gigantesca y es la de realizar una amplia labor de divulgación de los nuevos principios jurídicos, que tendrán más éxito a medida que los hechos positivos del Consejo de Seguridad demuestren que la Carta Constitutiva de la Sociedad de las Naciones no tiene como finalidad asegurar las ventajas de un botín de guerra, sino afianzar y devolver la fe en las ideas generosas de libertad y democracia a cuyo amparo y devoción murieron miles de hombres.

Y debemos convenir en que no podemos manifestarnos optimistas frente al saldo trágico de un grupo de naciones empeñadas en hacer una guerra mundial cada cuarto de siglo, queriendo forjar un mundo a su manera y destruyendo lo único que ha defendido decentemente el género humano: la libertad de pensamiento como base esencial de las instituciones políticas.

II

EL IDEAL DE BOLIVAR

AMÉRICA es el Continente de la esperanza por su tradición, por sus epopeyas gloriosas en pos de la libertad, por su destino histórico. La segunda guerra mundial puso en peligro todo lo que hay de digno sobre la tierra. Frente a ese grave problema, América vibró como un solo espíritu y combatió como un solo hombre. Supo responder al llamado que se le hacía para participar en una contienda que fué una excepcional cruzada fervorosa en la defensa de las instituciones democráticas, único camino seguro para encauzar a los hombres por nuevos senderos.

Hoy que el eco de la guerra va perdiendo su trágica sonoridad, es cuando los países americanos, en unión de las demás naciones unidas, emprenden la tarea de asociarse en la defensa colectiva de sus ideales y de su propia organización y vuelven sus ojos al pasado para escudriñar en el fondo vivo y eterno de sus nobles tradiciones, el índice seguro, la ruta clara, que esplendiendo

del pasado, viene a nosotros como oro del espíritu para fortalecer nuestra fe en un porvenir que será más valioso en la medida que nuestra vida pública sea más compacta, con una mayor unidad social y política, hasta lograr que la organización de cada Estado encuentre una sólida garantía en la organización de los demás Estados.

Frente a un cuadro de desquiciamiento social universal, en una época que no tiene derroteros fijos y que ha terminado por volverse insensible ante el enorme sufrimiento de los pueblos, el ideal de una Sociedad de Naciones apareció como una medida salvadora en un mundo empequeñecido y cada vez más estrechamente ligado en un solo destino histórico.

El cuadro sangriento de la tragedia mundial, despertó en los hombres de América una obstinada ansiedad por resolver los problemas cada vez más complejos, de un grupo de seres empeñados en vivir en la obscuridad, en confusión desordenada y dominado por bajos instintos, que se apoyan además, en un egoísmo increíble y en una incalificable actitud de defensa de intereses particulares.

Y cuando el problema fué más complejo vino a mi memoria la misiva inmortal conocida como la *Carta de Jamaica* del libertador Simón Bolívar. La columna vertebral de los países americanos se estremece desde las cordilleras mexicanas hasta los Andes por sus incomparables profecías de visionario genial sobre el destino de América, con sus nobles y desinteresados propósitos acerca de la Unión Continental, cuya metrópoli estaría en nuestra Patria "la única que puede serlo por su poder intrínseco", escribió el libertador.

> ". . . . . Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar en el Istmo de Panamá, un augusto Congreso de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar de discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo", y agregó en otro documento histórico importante: "no aspiramos a lo imposible, no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos a la región de la tiranía".

Al evocar sus palabras que constituyen el legado espiritual más valioso para la trayectoria democrática de América, debemos suponer que el ideal de Bolívar no se

enseñoreó en la Conferencia de las Naciones Unidas, sin duda discreparía en su estructura fundamental en los fines por realizar y en la sinceridad de la intención. El recuerdo de sus generosos propósitos sólo floreció en el alma de los representantes de toda la América que llegaron a la bella ciudad de la Puerta de Oro a colaborar técnica y lealmente en la magna obra jurídica que se realizó con la esperanza de alcanzar la paz, la seguridad y el progreso del mundo, y siempre con la ilusión de una comunidad internacional diferente, gobernada por aquellos principios que hicieron del ideario de Bolívar y en la tradición política de los Estados Americanos una eterna consagración de las libertades humanas.

Y hoy que ha sido ya elaborada la Carta Fundamental de las Naciones Unidas, creando un nuevo orden jurídico en el mundo, debemos repetir lo que el Maestro Caso ha dicho:

> "… . .la idea de una liga de nuestras naciones es tan vieja como las naciones mismas que se constituyeron con los despojos del inmenso poderío español. Los Congresos Panamericanos, que idearon y practican los Estados Unidos, al amparo de su magnífico comercio y su industria preponderante; la Sociedad de Naciones que surgió de la gran guerra, una vez vencida Alemania, son pensamientos posteriores a la fecha e inferiores en la grandeza moral, a la idea bolivariana, que al hacer surgir a nuestros pueblos en la historia, les señaló como principio consustancial, la ley de amor y gratitud recíprocas, el fin ético de la colaboración en la hermandad y del triunfo en la comunidad del sentimiento".

III

IDEAS EN TORNO A LA NUEVA ORGANIZACION

La Carta Mundial de San Francisco, que representa el esfuerzo de muchos hombres de buena voluntad, es el instrumento jurídico más ingenioso que ha inventado el hombre, en una justa y elevada aspiración para desterrar la guerra y asegurar una paz duradera entre las Naciones;

durante un plazo que no puede fijarse y que será obra de los acontecimientos históricos.

El magno ordenamiento jurídico surge como una normatividad necesaria frente a los grandes problemas que origina el fracaso de la cultura occidental, la derrota de la cultura humana, el relajamiento de los valores supremos del espíritu y el retorno una época mucho más feroz que la que vivió el hombre primitivo. Esa situación ha engendrado desconfianza entre los Estados, recelos, hostilidad y sobre todo, una política internacional oscura, tenebrosa, ciega para relacionar los atributos supremos del hombre con las ventajas de una sincera y racional convivencia humana.

Cuando el Señor Presidente Harry S. Truman presentó la Carta a la consideración del Senado de los Estados Unidos, manifestó que los objetivos que persigue el nuevo Ordenamiento son bien claros:

> "Impedir toda guerra futura.
>
> Lograr por medios pacíficos, y de conformidad con los principios de justicia, el ajuste o arreglo de controversias internacionales.
>
> Fomentar el progreso mundial y conseguir mejores condiciones de vida.
>
> Alcanzar el respeto mutuo entre las naciones a los derechos humanos y libertades fundamentales de todos, sin distinción de raza, idioma o credo.
>
> Persigue eliminar las causas de carácter económico y social que originan los conflictos y la desconfianza internacionales.
>
> Es el fruto de muchos cerebros y de distintas influencias. Se funda en las experiencias y realidades del pasado alcanzadas por una misma generación que por dos veces ha fracasado en sus esfuerzos por mantener la paz. Las enseñanzas del pasado se han inscrito en este magno documento.
>
> En la Carata se indica el único sendero que conduce a la paz duradera. No hay otra que guíe hacia se fin. No vacilemos en incorporarnos a los pueblos pacíficos del orbe y emprender la marcha por ese camino animados de la firme resolución de que podemos hacerlo y de que llegaremos al final de nuestra jornada".

Como se puede comprobar por la voz autorizada del Primer Mandatario de la Unión Norteamericana, las fi-

nalidades de la nueva Constitución son bien claras, y el mundo debe aprovecharse de ese instrumento; y agrega con un profundo sentido humano:

> "Si fracasamos en ello, habremos traicionado a todos aquellos que ofrendaron sus vidas para hacer esta reunión, en un ambiente de libertad y seguridad, en la cual dimos forma a ese instrumento. Si nos proponemos valernos de él con egoísmo, en provecho de un país cualquiera o de cierto pequeño grupo de países, seremos igualmente culpables de tan sin igual traición. El uso efectivo de este instrumento hace menester la voluntad aunada e inflexible de los hombres libres que lo forjaron. Esa labor habrá de ser la prueba de la fortaleza y la contextura moral de todos".

La nueva Constitución para los pueblos civilizados, entregó el destino del mundo social en las manos de tres grandes Potencias, que geográfica y materialmente están en condiciones de lograr la paz y la seguridad mundiales, pasando de un régimen de utopías sangrientas a un régimen de instituciones democráticas. El escepticismo que reina en el mundo, afirma que las discrepancias en sus respectivas políticas sociales crearán un complejo de problemas irresolubles. Pensamos por el contrario que, lejos de ser insuperables, la solución satisfactoria de ellos y una adecuada fórmula de equilibrio de poderes, traerá como consecuencia la garantía real de una paz duradera.

Dumbarton Oaks, no fué sino un inteligente boceto hábilmente manejado por las grandes Potencias. La Carta de las Naciones Unidas es un feliz augurio de un mundo mejor. Nadie pone en duda la imperiosa necesidad de una Constitución Mundial que ligue a los pueblos en un mismo destino histórico. Es una legítima aspiración de los Estados que aspiran a vivir en paz. La forma como se concretó esta aspiración es la que admite discrepancias.

Dada la finalidad meramente informativa de este trabajo, es necesario que nos coloquemos en los diversos sistemas y tendencias que en forma no definida suficientemente, luchaban antes y después de elaborarse la nueva Carta Mundial. Aunque los perfiles de esta división admitan objeciones o aparezcan como resúmenes caprichosos o arbitrarios, la lectura de libros diversos, artículos es-

pecializados y comentarios generales sobre el tema, me han inducido a un doble consideración:

1.—*Necesidad de una Constitución Política Mundial.*

2.—*Sistemas y tendencias que han tratado de prevalecer en la nueva Organización.*

1. Necesidad de una Constitución Política Mundial

A).—Una de las más grandes aspiraciones de la época moderna en materia internacional, es la que se refiere a la elaboración de una Carta Magna Mundial; una *Constitución Política Universal* que regule las relaciones de los Estados modernos fijando una nueva estructura jurídica.

La idea que se suscita no es nueva en el campo del derecho de gentes, ya que numerosas sociedades científicas y notables internacionalistas modernos, se han esforzado por crear una mentalidad favorable a este proyecto, a través de la prensa, de libros especializados y su difusión en las conferencias mundiales.

La profunda transformación que se ha producido en la conciencia de los pueblos, hasta modificar en muchos aspectos la vida social, ha creado nuevos principios que demandan una nueva organización frente a un mundo que nace en medio de las más trágicas circunstancias.

La guerra mundial no es simple crisis de instituciones o de sistemas y formas de gobierno, es algo más radical, es el aniquilamiento más despiadado de los valores humanos que registra la historia, de los principios morales clásicos que deben gobernar los actos de los hombres y de las naciones. Una transformación aguda que abarca todos los órdenes de la actividad humana y que exige para los tiempos futuros, nuevas formas de vida, nuevas organizaciones, en una palabra, *una total transformación de la vida jurídica y social.*

Varios son los intentos de organización para eliminar las guerras en el futuro con la cooperación de todos los pueblos amantes de la paz. Entre las diversas opiniones, podemos señalar las siguientes:

a.—Durante la contienda, un grupo ha sostenido que es necesario primero ganar la guerra para que más tarde se pueda pensar en la futura organización de la postguerra; en consecuencia, bastaría un simple tratado de paz, según ellos, para encontrar un camino seguro que resuelva de inmediato los problemas. Previendo un intento análogo, las naciones invitantes a la Conferencia de las Naciones Unidas, tuvieron buen cuidado en fijar los propósitos de la reunión internacional: "First of all: it is not a Conference to settle peace connected with his war".

b.—El segundo esfuerzo es la iniciativa formulada por "Free World Research Bureau", que redactó un interesante proyecto de Constitución de las Naciones Unidas, fundado en las proposiciones de Dumbarton Oaks. (Provisional Draft of a Treaty).

c).—El tercer intento es el que se refiere a resucitar la *Liga de las Naciones* volviendo a considerarse las ideas de Woodrow Wilson, mediante la aceptación de su ideal de un pacto mundial de naciones. Es interesante señalar que en este grupo hay la idea de supremacía de una ley de las naciones sobre las Constituciones particulares.

d.—En tercer lugar, el señor Clarence Streit, en un sistema que se ha llamado "La Unión ahora", aboga por los *Estados Unidos Democráticos del Mundo,* modelados como los Estados Unidos de América.

e.—Un quinto grupo de pensadores, lucha seriamente para que en lugar de un tratado de paz, haya un período indefinido de armisticio, con objeto de construir los cimientos apropiados para pasar de la base de la guerra totalitaria, a la base de la paz democrática.

f.—Finalmente, entre otros muchos ensayos que omito enumerar, está el de Ely Culbertson, que enjuicia alguno de los proyectos citados y que propugna por un *Plan de Federación Mundial.*

Todas estas ideas fluctúan entre el idealismo y la utopía y en ellos hay un franco propósito de asegurar la vida de la humanidad por otros senderos distintos a la resolución violenta de los problemas. Sí es oportuno señalar que casi todos los sistemas convienen en la necesidad de un Código

Político, *de un sistema de normas jurídicas que regulen la vida de los pueblos.*

Debo indicar que la idea de codificar el Derecho Internacional ha sido objeto de serias consideraciones en la mayor parte de las Asambleas Americanas, pero esos intentos han sido prácticamente infructuosos.

B).—Bien podían ayer encerrarse los Estados en una política aislacionista y cerrar los ojos ante los complejos problemas de las otras Naciones. Las distancias eran tan enormes y los problemas se presentaban tan particulares o regionales, que su influencia sobre otros países parecía, según la opinión de ciertos autores de relativa importancia.

Y sin embargo, a partir del siglo XVI hasta nuestros días, el mundo ha vivido en una inmediata y necesaria dependencia; bien puede, en apoyo de esta tesis, examinarse la expansión de los Estados Unidos de Norteamérica, y la relación e intereses de las Naciones europeas dentro de esos mismos hechos históricos.

Pero el mundo se ha empequeñecido al acortarse las distancias por el progreso de las comunicaciones; en particular, de la navegación aérea. Las grandes guerras de este siglo y otros sucesos notables, han demostrado en forma que no admite duda, que la vida de los pueblos es cada vez más estrecha y más necesaria, y que cualquier acontecimiento, por insignificante que se le considere, puede tener repercusiones graves en otros países.

El fracaso de los tratados, conferencias y demás pactos, es evidente; es suficiente señalar cómo se hizo pedazos el Tratado de Versalles y cómo los pactos han resultado letra muerta, señalándose su notorio incumplimiento por su ineficacia, facticidad, falta de una sanción adecuada y, sobre todo, por carecerse de un criterio moral para sostener el respeto de la palabra empeñada.

Una Constitución Política Mundial crearía, entre las naciones un régimen más estable y duradero, una norma más firme y concreta, un sistema jurídico que exigiría actos muy serios y graves cuando se intentara su violación. Hoy o mañana, pero algún día, la humanidad tendrá que gobernarse para un período muy largo, por un Código Político adecuado.

En la futura organización social, las naciones pequeñas requerirán una mayor seguridad, una situación más estable y el respeto de su dignidad, soberanía e independencia.

C).—El movimiento constitucional nace en Inglaterra y culmina con la expedición de la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica, que ha servido de base a la mayor parte de las Constituciones del mundo.

Esta evolución histórica y estructuración jurídica, nos enseña el inmenso valor de una Constitución para asegurar la vida social y política de un pueblo, para mantener su unidad jurídica y para disponer de un medio de defensa apropiado frente a los complejos y variados asuntos tanto de la vida internacional, como los problemas internos de los pueblos.

La misma evolución constitucional se presenta en el panorama de la vida jurídica de los tiempos que corren, para regular la vida de la Comunidad Internacional. Creemos que esa vida ya ha madurado lo suficiente para adoptar un Código Político fundamental. Una norma cierta y duradera que respete los derechos inalienables y perpetuos de los pueblos y les proporcione un valioso medio para asegurar una futura organización social en que se exalten los valores humanos.

El momento fué oportuno en San Francisco para aprobar esa Carta Magna Mundial, ante los temores de las grandes Potencias, para encontrar el régimen de equilibrio internacional adecuado, para salvar las asperezas que en forma tan alarmante presenta el mundo de la postguerra, y por la situación de los Estados pequeños frente a ese complejo mundo de intereses y de pasiones de las mismas grandes Potencias. La Constitución adoptada tiene una base seria y jurídica para gobernar las relaciones de los pueblos.

A partir del Tratado de Versalles se ha señalado en forma indudable la ineficacia de esos pactos internacionales. La falta de cumplimiento de los convenios no ha tenido precedente en otras épocas de la historia, como en la época actual. Los medios jurídicos que se han empleado han resultado inútiles y contraproducentes. *La era mo-*

derna puede señalarse como la era clásica de la arbitrariedad, de la violencia y de la incomprensión de los Estados.

Por lo expuesto resulta indudable cuán inútil es querer seguir resolviendo los problemas de las naciones, con simples declaraciones transitorias e inestables, imprecisas e intencionadas. Es necesario algo más consistente, perdurable y difícil de destruir como es una Constitución Política Mundial.

Una de las más grandes aspiraciones de la época es concretar en una Carta Fundamental los indestructibles y perpetuos derechos de los Estados y un régimen estricto de obligaciones y responsabilidades. En una palabra, organizar una nueva estructura política sobre la base del reconocimiento de los derechos más elementales de un Estado y la adopción de un sistema de seguridad colectiva.

Para alejar las guerras, obtener el aseguramiento de la soberanía de los pueblos y lograr que la humanidad cumpla un destino elevado y profundamente racional, se requiere algo más permanente: *La transformación jurídica del orden internacional, la elaboración de un nuevo Derecho internacional* apropiado para los tiempos inciertos que vienen. "En San Francisco no podemos hacer más que establecer bases constitucionales para que el mundo pueda vivir sin guerras, si eso fuere posible —dijo el señor Edward R. Stettinius Jr., Ex-Secretario de Estado de los Estados Unidos—. Serán eficaces por el poder necesario que otorgarán para impedir los actos de agresión y desarrollar las condiciones económicas y sociales que reduzcan las causas de la guerra. Serán democráticas por el aliciente que darán a las naciones y a los pueblos para impartir justicia uniforme en el mundo y para promover y proteger la libertad y los derechos humanos".

El nuevo Derecho de Gentes no ofrece grandes problemas, por el contrario, tiene todas las características sencillas del Derecho. El Derecho Internacional del futuro no debe crearse exclusivamente en los gabinetes de estudio de los juristas, debe ser el reflejo real de las condiciones sociales de los pueblos. Sólo una Constitución puede llegar a encerrar esos atributos y crear un régimen que condene un sistema individual de gobierno, o una política ais-

lacionista; debe surgir como obra del esfuerzo y de la cooperación de los pueblos, de sus mutuas y necesarias relaciones y *de un sistema más humano de la vida internacional. Sustituir el juego frío e intrascendente, como valor humano, de los intereses económicos exclusivos, por un régimen que libere a la humanidad de una guerra mundial cada cuarto de siglo.*

Por otra parte, la Constitución Política debe formar parte de la legislación interna de un país y armonizarse con el régimen constitucional de los Estados modernos.

2.—Sistemas y tendencias que han tratado de prevalecer antes y después de elaborarse la Carta Mundial.

1.—*Tendencia Pesimista*

El mundo en el momento actual, que señala la victoria de las Naciones Unidas, está gobernado por los intereses de las grandes Potencias, que ejercen ilimitadamente su dominio en sus respectivas zonas de influencia.

Esto demandará en la guerra y en la paz, una férrea organización nacional y una política encaminada a mantener el equilibrio de fuerzas. El problema de reducción de armamentos será sin duda la manzana de la discordia. Como cada nación tiene una diferente política social, que afecta a su estructura misma, el cuadro de la postguerra, presentará un panorama de luchas internas y externas por la hegemonía de una doctrina económica y social, cuyas consecuencias no pueden totalmente preverse.

Esas grandes Potencias ganaron la guerra, a ellas debe corresponder asegurar la paz. El mundo durante varios años no podrá sustraerse a esa influencia.

La lucha de mercados, de monopolios de materias primas, de fijación de precios, será mucho más aguda en la postguerra, con el desplazamiento de algunos Estados productores frente a las grandes Potencias, que intentarán abarcar la economía mundial. Inglaterra, Estados Unidos y Rusia, se disputarán el comercio mundial poniendo en peligro la paz.

Por otra parte, esta misma visión pesimista cree que la Carta de San Francisco está llamada a fracasar como la Liga de Ginebra, por incomprensión de sus miembros, deserción de las grandes Potencias, ineficacia de sus órganos, falta de autoridad general, o predominio manifiesto de las grandes Potencias en perjuicio de los demás Estados.

2.—*Tendencia Idealista*

Se imagina una Sociedad de Naciones gobernada por los mismos principios de un Estado democrático. La plena soberanía y autoridad debe residir en la Asamblea de Naciones y secundariamente, en el Consejo de Seguridad, el cual no tendrá más funciones que las de constituirse en órgano auxiliar, ejecutor de las resoluciones de la Asamblea.

Esta tendencia tiene como ideario básico el mensaje del señor Presidente Roosevelt del 20 de enero de 1945:

> "Hemos aprendido que no podemos vivir solos en la paz; que nuestro propio bienestar depende del bienestar de otras naciones remotas. Hemos aprendido que hemos de vivir como hombres y no como el avestruz y el perro del hortelano. Hemos aprendido a ser ciudadanos del mundo, miembros de la comunidad humana. Hemos aprendido la verdad sencilla que encierra las palabras de Emerson: 'la única manera de tener amigos es serlo'. No podremos alcanzar una paz duradera si la afrontamos con sospecha, desconfianza y temor. Sólo podremos alcanzarla si procedemos con comprensión: confianza y valor nacidos de la convicción".

La tendencia idealista concluye afirmando que el mundo de mañana será un mundo justo y humanitario modelado en el crisol del dolor humano, gobernado por la buena fe de las naciones y estimulado en su progreso por las grandes corrientes del pensamiento. La ciencia, la técnica y el arte estarán al servicio de la humanidad. Mercados y materias primas serán de fácil acceso para todos los pueblos de la tierra, que vivirán bajo un régimen de insospechable solidaridad y de sincera comprensión mutuas.

3.—*Tendencia Pragmatista*

Piensa en una Sociedad de Naciones que asegure la paz del mundo, mediante un plan que abarque una época precisa y mediante la suprema autoridad de una gran fuerza coactiva, de países que tengan la categoría de potencias excepcionales. La Asamblea de las Naciones debe ceder transitoriamente sus atribuciones fundamentales al Consejo de Seguridad, hasta una época en que los demás Estados alcancen el desarrollo político y social apropiados. La Sociedad de Naciones nos enseñará la forma para influir en los resortes íntimos de las relaciones de los pueblos, y nos dará la preparación necesaria para resolver las grandes contiendas. Esta tendencia no hace sino aplicar el método de William James, según el cual el único criterio válido para juzgar de la verdad de toda doctrina se ha de fundar en sus efectos prácticos.

4.—*Tendencia Realista*

El principio democrático internacional sólo podrá realizarse cuando los Estados renuncien a ciertos derechos fundamentales o acepten restricciones básicas en su política interior y exterior. Debe por lo tanto crearse un régimen de fuerza que asegure la responsabilidad de mantener la paz, aun con la amenaza de la soberanía e independencia estatal, cediendo el principio jurídico constitucional a cualquier recurso de fuerza encaminado a mantener la paz y la seguridad mundiales.

La tendencia realista sostiene que la vida internacional es compleja, de perfiles inciertos y gobernada por vicios, errores, usos o prácticas tradicionales, que no es posible desterrar en forma violenta o rápida, porque cuentan con el apoyo de las propias naciones que celosamente los guardan. No hay que olvidar que el mundo cuenta todavía con muchos millones de seres incultos, desnutridos y enfermos, muchos de ellos incapaces para estar sometidos a un elevado régimen de privilegio jurídico, que supone la conciencia de la especie universal. Para llegar al ideal

de la norma internacional es necesario previamente nutrir, educar y moralizar a los pueblos.

5.—*Tendencia Evolucionista*

Llamamos de este modo a la tesis de Walter Lippmann que nos predice que la Asamblea de las Naciones y su Organo el Consejo Económico Social, superarán en importancia al Consejo de Seguridad una vez que haya pasado la "Era de Pacificación" de la postguerra.

6.—*Antecedentes e Ideas de Carácter General Presentadas en Relación con la Carta de las Naciones Unidas*

Tanto en Dumbarton Oaks, como en San Francisco, durante la discusión de la Carta y después de su aprobación, lucharon todas esas tendencias, sin que se hubiere aceptado el predominio de alguna de ellas. Pero puede afirmarse que las Conferencias citadas fueron un crisol en el que se vertieron los ideales y aspiraciones de la humanidad, expresándose en forma manifiesta la simpatía por estas ideas:

A.—El principio democrático que domina la organización política de los Estados Unidos que se constituyen en el más firme apoyo moral y material para la nueva organización. "Ochenta años ha que nuestros antepasados, dijo Lincoln, en Gettysburg, crearon en este Continente una nación nueva, concebida en la libertad y dedicada al principio de que todos los hombres han sido creados iguales. . ., y concluye exortando a sus oyentes. . ., se dediquen a la magna obra *de que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparezca de la faz de la tierra*". La historia ha recogido las palabras del inmortal leñador de las montañas de Kentucky, que pensaba que "el mundo ni se apercibirá ni recordará lo que aquí se diga".

B.—La idea de una organización internacional es una vieja aspiración de la humanidad. Recordemos a Pierre

Dubois en su obra *De Recuperatione Terrae Santae*, en 1305, demandando una acción concertada para la pacificación de Europa: la obra *La Paz Perpetua* publicada en 1795, de Kant que afirmó: "tiene, pues, que establecerse una Federación de tipo especial que podría llamarse Federación de Paz, —feodus pacificus—, la cual se distinguiría del tratado de paz en que éste acaba con la guerra y aquella pone término a toda guerra".

c.—En el mensaje al Congreso Federal del 8 de enero de 1918, el señor Presidente Wilson en el punto catorce dijo:

> "Debe formarse una Sociedad general de Naciones, mediante convenios especiales, con objeto de proporcionar a los Estados grandes y pequeños, mutuas garantías de independencia política y de integridad territorial".

d.—"Es nuestro propósito establecer las bases más sólidas del organismo de la paz sin más demora y sin esperar el cese de las hostilidades", dijo el señor Presidente Roosevelt en su discurso del día de la Raza. A él se debe la idea moderna de una organización internacional que sustituya la fuerza de las armas, por un gobierno fundado en la Ley Internacional. Antes había expresado en junio de 1940:

> "La política fundamental de los Estados Unidos consiste en defender el honor, la libertad, los derechos, los intereses y el bienestar del pueblo norteamericano. No tratamos de ganar a expensas de los demás. No amenazamos a nadie ni tampoco toleramos amenazas de otro. Ninguna otra nación es fundamentalmente más fuerte para desterrar y resistir cualquiera agresión".

Por su parte el señor Presidente Truman en su discurso inaugural de la Conferencia dijo: "Si no queremos morir juntos en la guerra, aprendamos a vivir juntos en la paz".

e.—Durante largos años los Estados Unidos han propugnado por una colaboración de las Naciones Unidas para establecer bases sólidas y planes preliminares de una organización mundial. Para tratar problemas relacionados con la paz del mundo se verificaron numerosas conferencias internacionales: La de Hot Spring, sobre alimentos

y Agricultura; las de Socorro y Rehabilitación que se efectuaron en Atlantic City, Nueva Jersey, en noviembre de 1943 y en Montreal en septiembre de 1944; la de la Asociación General del Trabajo, celebrada en Filadelfia; la monetaria internacional realizada en Bretton Woods, la de Dumbarton Oaks y la de San Francisco.

F.—En el local de Dumbarton Oaks, hermosa residencia del barrio de Georgetown en la ciudad de Washington, los delegados de los Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y China, fijaron las bases para una Constitución de las Naciones Unidas. "Con facultades suficientes para evitar las guerras y los actos de agresión y para encaminar al mundo por un derrotero estable de desarrollo social y económico en provecho de todo pueblo que prefiera la paz a la guerra". El señor Cordell Hull, ex-Secretario de Estados de los Estados Unidos en tres períodos presidenciales, y la más brillante figura de la diplomacia americana, advirtió que "el plan no es final ni definitivo", —agregando— "el camino para establecer una Asociación Internacional capaz de mantener la paz entre las naciones del mundo, tiene que ser largo".

G.—Con anterioridad los Representantes de las Grandes Potencias Aliadas habían celebrado conferencias en Moscú, Quebec, El Cairo, Teherán, y luego en Yalta, trazando no sólo planes para campañas militares, sino también asuntos relacionados con la futura organización mundial.

H.—En el Palacio de Livadia del Zar Nicolás II en Yalta, Crimea, sede de la Conferencia del mismo nombre, tres grandes estadistas formularon esta declaración:

> "Solamente con la continua y creciente cooperación y buen entendimiento entre nuestros tres países y entre todas las naciones amantes de la paz, puede realizarse la más elevada aspiración de la humanidad: la paz segura y perdurable que en las palabras de la Carta del Atlántico "garantice a todos, en todos los países el derecho a vivir sin temor y libres de miserias. La victoria en esta guerra y el establecimiento de la propuesta organización internacional de paz nos ofrece la más grande oportunidad de la historia para crear en los años futuros las condiciones esenciales que garanticen esa anhelada paz"."

La fórmula del acuerdo de Crimea fué propuesta por el Sr. Presidente Roosevelt, con un franco propósito de crear una sólida organización mundial.

I.—Los miembros del gobierno soviético y los medios sociales de la U. R. S. S., siempre se han manifestado en favor del más completo apoyo a la organización internacional de seguridad. El Mariscal José Stalin, en su discurso de 6 de noviembre de 1944, estimó muy altamente el trabajo preliminar que se había realizado en la Conferencia de Dumbarton Oaks. Dijo que las decisiones de Dumbarton Oaks deberían considerarse como una de las mejores pruebas de la solidez de la coalición antihitleriana. (Boletín de Información de la Embajada de la U. R. S. S., mayo 2 - 45). En el discurso pronunciado por Molotov en la primera Sesión Plenaria de la Conferencia, el 26 de abril de 1945, dijo:

> "El Gobierno Soviético es un sincero y firme campeón del establecimiento de una fuerte organización internacional de seguridad. Cuanto dependa de él y de sus esfuerzos por la causa común de la creación de esa organización en la postguerra, para la paz y seguridad de las naciones, lo hará gustoso el Gobierno soviético. Cooperaremos plenamente, en la solución de ese gran problema, con todos los demás Gobiernos sinceramente consagrados a tan noble causa. A pesar de todos los obstáculos, confiamos en que se logrará esa noble aspiración, gracias al esfuerzo conjunto de las Naciones amantes de la paz".

J.—El proyecto de Carta Constitutiva elaborado en Dumbarton Oaks, fué notablemente mejorado en la Conferencia de San Francisco, cuyo texto inicial, sin duda es superior a los proyectos anteriores en cuanto a su estructura, método y desarrollo; pero inferior en cuanto modifica u olvida alguno de los principios aceptados en Conferencias anteriores.

K.—Los Estados Unidos se enfrentan a la vida internacional durante el presente siglo, decidiendo la victoria de dos grandes guerras mundiales sobre todo en la actual, en la que merced a su poderío, constituyen un poder determinante de los destinos del mundo; y a su política exterior, obra en buena del Presidente Roosevelt.

L.—Las Naciones Unidas no sólo salvaron la independencia e integridad de muchos Estados sino también el destino del hombre civilizado.

LL.—En la mayor parte de los Estados modernos ha prevalecido siempre la idea de formar parte de una organización para el mantenimiento de la paz. Sólo en la unión de los Estados puede encontrarse la clave para desterrar las contiendas, para abatir el espíritu belicóso de aquellos pueblos, que han hecho de la guerra el deporte más sangriento de la historia.

M.—En el curso de las décadas, dice un articulista del *Fortune* y aun de los siglos, una nación no puede desarrollar sino un número determinado de políticas básicas. En épocas pasadas, el pueblo americano y su gobierno, han tenido éxito al desarrollar una política apropiada a su situación y a sus miras y anhelos. Los tres aspectos más importantes de esta política en el pasado son: I.—No realizar alianzas comprometedoras o deprimentes; II.—Doctrina Monroe; y III.—Política de puerta abierta".

N.—Estamos seguros que la política exterior de los Estados Unidos a partir de los últimos años, tiene un carácter marcadamente universalista; una política positiva hacia el mundo entero. Esta actitud se apoya en la confianza de las demás naciones, en una nación que se ha esforzado por defender brillantemente los valores supremos del espíritu. La juventud de Norteamérica que luchó en los frentes de guerra en unión de los Ejércitos de las demás Naciones Aliadas, sabía perfectamente que luchaba por el mantenimiento de las ideas más nobles de la humanidad.

Ñ.—Tanto el texto del proyecto de Dumbarton Oaks, como la Carta de las Naciones Aliadas de San Francisco, descansa en una idea general; *mientras las tres grandes potencias marchen de acuerdo, la paz y seguridad internacionales están aseguradas.*

O.—Para los autores de ambos Ordenamientos, la experiencia obtenida en la Liga de Ginebra, debe ser aprovechada para no volver a un nuevo fracaso. La ineficacia de las sanciones morales, la timidez en el empleo de las sanciones materiales, son datos para corregir los defectos

y pensar en todo un sistema, que no puede además obtener la cooperación de los Estados, *enfrentando a la opinión pública mundial a todo estado agresor que amenace perturbar la paz.*

P.—Necesidad de una fuerza coactiva poderosa que equilibrando las fuerzas de las grandes Potencias asuma la responsabilidad de mantener la paz y la seguridad internacionales.

Q.—El Consejo de Seguridad no podrá realizar eficientemente sus atribuciones con obstáculos que entorpezcan su labor. El mantener la paz exige medidas rápidas y drásticas que no pueden suplirse con el trabajo lento de una organización burocrática.

R.—En la Conferencia de Chapultepec sobre los problemas de la guerra y de la paz, las Naciones americanas unificaron los planes de la política internacional de América, reforzando el sistema panamericano de cooperación, estableciendo la fórmula económica de América, así como la declaración de principios sociales y la declaración de Chapultepec. Se aprobaron también las proposiciones de Dumbarton Oaks, como base para establecer una fórmula de seguridad mundial, presentando cada país americano sus propias observaciones sobre el proyectado citado.

S.—Hemos afirmado que hay algo superior a la propia organización y son las tendencias sociales. Corroborando esta tesis, el Boletín de información de la Embajada de la U. R. S. S. del 7 de julio de 1945 dice:

> "Algunos de los miembros de aquellas delegaciones que votaron en San Francisco en favor del acuerdo de la Comisión de Admisión para que no se admitiera a los representantes de la Organización Sindical Mundial a la Conferencia, acaso hayan creído que con eso se liquidaba el problema de la participación de la Organización Sindical Mundial en las tareas de la futura Organización Internacional de Seguridad. Evidentemente, la mayoría de los obreros sindicales, no estarán de acuerdo con esa opinión. La Organización Sindical Mundial no puede abandonar la lucha por el derecho a participar en la discusión de los problemas de la paz que son de importancia fundamental para la clase obrera: la lucha porque se abran las puertas de la futura Organización Internacional de Seguridad a los representantes de los Sindicatos. Es

esa una de las tareas más importantes y urgentes del movimiento sindical en su esfuerzo por democratizar las instituciones internacionales y la política internacional".

T.—Fuera de las grandes Potencias, los otros Estados no tuvieron sino una relativa intervención en la formación de la estructura general de la Carta. Pero las ideas que hicieron valer, constituyen la mejor demostración del empeño que se tomó en no lesionar sus intereses. Los lineamientos generales, las bases más sólidas del nuevo ordenamiento fueron trazados de antemano en Dumbarton Oaks, Yalta y San Francisco.

U.—El carácter necesariamente temporal que debe tener la nueva Organización Mundial, preámbulo para una nueva estructura más definida. "Pero mucho antes de que termine la guerra, dice Sumner Welles en su libro *Hora de Decisión,* las Naciones Unidas deben ponerse de acuerdo sobre la organización provisional que las una firmemente y que sea el embrión del organismo evolucionado del futuro".

IV

EL RETORNO INFRUCTUOSO DEL LEVIATHAN

TODAVÍA a principios de este siglo se estudiaban los problemas del Estado como si éstos sólo se refiriesen a relaciones exclusivas con los propios ciudadanos. La vida internacional no parecía afectar a éstos ni a la organización unitaria estatal. Sólo ante un grave problema exterior se suscitaba una política de defensa más que una definición de derechos frente a la comunidad internacional.

La idea de una sociedad de Estados como persona jurídica diferente a los súbditos, había alcanzado un grado de madurez insospechable. En los albores de la primera guerra mundial ya estaban planteados los lineamientos generales de una organización Internacional.

El Estado clásico parecía romper sus viejos moldes para acomodarse a las exigencias de la política mundial.

La Sociedad de las Naciones en 1918, surgió de las nobles ideas del Presidente Wilson. Pero estaba llamada a fracasar por su ineficacia, por la ausencia de varias grandes Potencias, por la complicada red de intereses, formados sobre todo por la imprevisión de los aliados y otras causas originadas por revoluciones internas que provocaron nuevas y peligrosas estructuras jurídicas y como consecuencia de ellas nuevos y radicales cambios en la política exterior.

El desarrollo del nacional socialismo, del fascismo y de otras tendencias totalitarias, la quiebra de las monarquías, las luchas sociales internas, el fracaso del régimen parlamentario y el grave problema de la moralidad política nacional en los Estados europeos, ofreció un cuadro no de crisis del Estado, sino de su total desquiciamiento. El Estado resultó ineficaz para prever los peligros de las relaciones internacionales.

Desde la Liga de Ginebra había comenzado a estudiarse la naturaleza jurídica de la Organización internacional. Al redactarse la Carta de San Francisco y otorgarse tan inusitadas facultades al Consejo de Seguridad, volvió a hablarse de una figura jurídica apropiada a la nueva Organización: su semejanza con una forma estatal; la idea de un super Estado; una coalición de Naciones; una alianza internacional; una Confederación de Estados; una Federación de Naciones; y otros tantos criterios que llevaron a la más radical de las opiniones: *he aquí el nuevo Leviathan!*

Evocando el Leviathan o monstruo invencible de los textos de la Biblia, Hobbes llamó de ese modo al Estado, en cuyas manos se concentra toda la fuerza y derecho de los súbditos para guiar a la comunidad por el camino del orden. No hay poder sobre la tierra que se le pueda comparar, dijo el filósofo evocando el Libro de Job. En la historia de las ideas políticas, rica en imágenes y en símbolos abigarrados, dice Schmitt en su libro *El Leviathan en la Teoría del Estado de Tomás Hobbes*, pág. 9: "En iconos y en ídolos, en paradigmas y fantasmagorías, emblemas y alegorías, el Leviathan es la imagen más recia y vigorosa. Rebasa el marco de la pura teoría o construcción intelectual. Muy a menudo y con significación di-

versa, se ha concebido la idea de una comunidad política como un hombre en grande, como un magnus corpus".

Hobbes elabora en defensa de la monarquía su teoría de la soberanía fundada en el contrato social.

Este puso término al estado de anarquía en que vivían los hombres primitivos. La primera necesidad de toda sociedad es el orden, luego un poder armado para mantenerlo. Para que reine la armonía no basta que los hombres se reúnan, es necesario la fusión de todas las voluntades individuales en una voluntad única y la decisión inapelable de un hombre o de una comunidad. Una vez pactada la unión como un acto puramente racional, como una creación de los hombres para su propia prevención y la formación de una autoridad, aparece el Estado, ese gran Leviathan, al cual debemos la defensa de todo lo existente, un gigante formado por todos los hombres, que encierra la unidad absoluta y el poder soberano.

Hobbes personaliza el Estado en un monarca absoluto, en el soberano. Pero este absolutismo pensado por Hobbes, no radica necesariamente en el monarca, sino en el gobierno de las sociedades, cualquiera que sea la forma que esta afecte. En su libro *De Cive*, lo define: como una persona, cuya voluntad en virtud de los pactos habidos entre los hombres, debe ser tenida como la voluntad común, de manera que ella pueda utilizar sus fuerzas y sus recursos para la paz y la defensa de todos sus asociados. Al constituirse la sociedad política, los individuos ceden sus derechos naturales a "un poder común a quien se someten por miedo y que encamina sus actos en beneficio de todos". Todo este simbolismo, dice Lyon, hace comprender perfectamente el plan de este libro atrevido. Leviathan el hombre fabricado por un arte que se inspira en las creaciones de la naturaleza, representa una fuerza colosal en la cual se concentran todas las energías humanas que posee y esgrime tanto las armas religiosas como las seculares; que dispone de los cuerpos por la fuerza militar, de las almas y de las creencias, mediante la autoridad sacerdotal".

No es posible equiparar a la sociedad de las Naciones Unidas, con un Estado y menos con el Leviathan de Hobbes. No es Estado porque le faltan las características siguientes:

1.—No es una Entidad soberana: 2.—No dispone de un poder de mando originario; 3.—Es un poder transitorio "sui generis", que se funda en la voluntad de los Estados, miembros de la comunidad internacional; 4.—No dispone por derecho propio de los elementos clásicos del Estado: Territorio, Población y Poder; 5.—No realiza las finalidades propias de un Estado y 6.—Es un orden jurídico de privilegio.

El tránsito de la Carta de San Francisco no ha sido como erróneamente se piensa el tránsito del Estado clásico al Leviathan, sino del Estado clásico a una nueva Institución Internacional. "Yo no creo, dice Schmitt que el Leviathan pueda convertirse en símbolo de una nueva época, que no es sino una época lisa y llanamente técnica en el sentido de totalidad que Junger, atribuye a la técnica y a los cambios planetarios que ha traído consigo. Cierto que la Unidad de Dios, el hombre, el animal y la máquina que representa el Leviathan de Hobbes sería, desde luego la más total de todas las totalidades concebibles por el hombre. Pero una totalidad montada sobre la máquina y la técnica no encontrarían un símbolo o signo suficientemente claro en la figura del animal tomada del antiguo Testamento y carente ya de todo peligro. El Leviathan no es capaz ya de amedrentar a la manera de pensar propia de la técnica total. Esta se considera a sí misma suficientemente fuerte para acogerlo bajo su protección, como a otros saurios y mastodontes, y para mostrarlo en el jardín zoológico como un objetó de museo.

V

LA ESTRUCTURA DEL CONSEJO DE SEGURIDAD

Si el mundo está destinado a ser un lugar decente para vivir lo será por la fuerza democrática de las Instituciones y por el respeto a las libertades de que disfrutan los ciudadanos más no con la creación de Entidades, en el orden internacional o nacional que impliquen con el ejercicio normal de sus funciones, la negación de esos mismos prin-

cipios. Tal es el caso del Consejo de Seguridad, eje de la nueva organización.

El estudio de la estructura y funciones de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad, plantea el problema más delicado que ofrece la Carta de las Naciones Unidas.

La Asamblea General: estará integrada por todos los Miembros de las Naciones Unidas. Podrá considerar los principios generales de la cooperación en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, incluso los principios que rigen el desarme y la regulación de los armamentos, y podrá también hacer recomendaciones respecto de tales principios a los miembros o al Consejo de Seguridad; fomentará la cooperación internacional en materia de carácter económico, social, cultural, educativo y sanitario y ayudará a hacer efectivos los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos sin hacer distinción por motivos de raza, idioma o religión.

El Consejo de Seguridad: se compondrá de once miembros: cinco miembros permanentes (los Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia, China y Francia) y otros seis miembros elegidos por la Asamblea General por un período de dos años cada uno. El Consejo tiene la responsabilidad primordial de mantener la paz y la seguridad internacionales y por ende, facultad para decidir las medidas que juzgue necesarias y aconsejarles en caso de amenazas a la paz, quebrantamientos de la paz o actos de agresión, incluyendo en última instancia, el uso de la fuerza armada para mantener o restablecer la paz.

La consideración cuidadosa del texto de Dumbarton Oaks y la nueva Constitución Mundial, sometida a los Poderes legislativos de los Estados que la suscribieron, nos lleva a la misma conclusión: el predominio del Consejo de Seguridad convertido en el órgano principial de la nueva organización y el papel notablemente menos importante de la Asamblea de Naciones.

La mayor parte de las facultades de la Asamblea están restringidas, ya que se exige por regla general la intervención del Consejo que es quien resuelve en principio todos los asuntos. Los juristas de Dumbarton Oaks, que trazaron el plan original pueden estar satisfechos, con la

creación de una Institución original, sin precedente en ninguna otra época. Realizaron un hábil trabajo para inutilizar a la Asamblea, limitando sus funciones, y la incapacitaron para la resolución de los más graves problemas internacionales.

Durante una de las sesiones de uno de los Comités que se encargó de estudiar la estructura y funciones de la Asamblea General, al considerar los preceptos relativos se hizo observar la tendencia constante del proyecto que se estudiaba, así como de las resoluciones de las grandes Potencias invitantes y de los doce Comités, de ir restringiendo en forma alarmante las facultades de la Asamblea, aumentando considerablemente las del Consejo. Inusitada concentración de facultades de un órgano necesariamente auxiliar como debe ser el Consejo de Seguridad. Pugnando inclusive con las mismas finalidades de la Conferencia: "It is a meeting to form a league or Association to prevent any more wars breaking out after this war is finished".

En el Boletín de la Embajada de la U.R.S.S., correspondiente al 28 de julio de este año, se dice:

> "No es un secreto que ciertas delegaciones y ciertos delegados individualmente, intentaron introducir modificaciones en las cláusulas de la Carta, precisamente con el propósito de debilitar el Consejo de Seguridad. En las comisiones y comités se presentaron diversas enmiendas, con objeto de ampliar los poderes y facultades de la Asamblea General, en detrimento del Consejo de Seguridad y para hacer que éste quedara sujeto a mayor dependencia de las decisiones de la Asamblea General. En este terreno se pusieron claramente de manifiesto durante la Conferencia las tentativas de los políticos reaccionarios para constituir algo así como un bloque de los pequeños países, aparentemente contra la dominación de las grandes Potencias, pero en realidad con objeto de socavar la unanimidad de los cinco grandes. Estas tentativas se hicieron con el pretexto de salvaguardar los principios democráticos dentro de la organización de la seguridad internacional. Es significativo que los principales partidarios del bloque de pequeños países fueran los representantes de las naciones que no habían participado en la guerra contra la agresión hitleriana. Con gran sentimiento de los mismos, su campaña contra los Cinco Grandes no encontró apoyo en los países que han sido víctimas de la agresión hitleriana y que han

sufrido los infortunios de la invasión enemiga. Esos países comprenden que, sin unanimidad entre las grandes Potencias, sin su deseo y firme resolución de combatir la agresión, los países pequeños no pueden salvaguardar su libertad y seguridad, como lo ha demostrado la triste experiencia de la guerra en Europa, que acaba de llegar a su término. La unanimidad entre las Grandes Potencias es el factor fundamental que crea la posibilidad de que la organización de las Naciones Unidas se convierta en una organización eficaz de la Seguridad Internacional".

Tomando en cuenta la situación actual del mundo, y desde un punto de vista estrictamente jurídico, no podemos dejar de señalar la importancia de la magna obra que se llevó a cabo, y la fe que tenemos en que salga avante frente al complejo de los problemas internacionales. Pero debemos decir que el cúmulo de facultades conduce inevitablemente a la dictadura del Consejo. Probablemente resulte que las naciones pequeñas queden sometidas a un mandato singular, obra del artificio jurídico que se proyectó. Son de tal magnitud los poderes de esa nueva entidad, que rebasan las atribuciones de cualquiera de las grandes Instituciones que se han creado para asegurar la paz.

No tiene por lo tanto precedente esta peligrosa transformación jurídica que han pactado aquellas naciones unidas en las vicisitudes de la guerra y que pretenden estar más unidas en la paz. Esto nos hace repetir lo que Posada decía en relación con la Liga anterior. ¿No será la Sociedad de las Naciones un artefacto o aparato maravilloso sin duda, para hacer efectiva, sin quebrantos y bajo apariencias de acuerdos libres, la voluntad dominadora de las grandes Potencias?

Todo el orden político clásico se transforma en su sólida estructura para dar paso a otro sistema que no prescinde de las viejas ideas políticas, sino por el contrario, las combina artificialmente en un poder internacional como único camino para mantener un constante régimen de seguridad colectiva.

Se argumenta diciendo que sólo restringiendo esas facultades de las grandes Asambleas, que antes se reservaban tan celosamente los países en sus relaciones interna-

cionales, puede tener vida o realidad objetiva la nueva entidad. Es interesante observar cómo tan fácilmente pasan los Estados, por la fuerza de los acontecimientos históricos de sus ideas románticamente aceptadas a otras cuya finalidad no puede precisarse.

Recordemos la teoría de la división de poderes de Montesquieu basada en las observaciones de la Constitución inglesa, que ha servido de orientación a la mayor parte de las Constituciones del mundo. *(De l'Esprit des Lois,* 1748). La mejor garantía de la libertad y la salvaguardia más conveniente frente a posibles tiranías políticas se encuentran en una separación de los poderes.

En efecto, el que tiene un poder en forma absoluta propende fatalmente a abusar de él, o a emplearlo en su provecho exclusivo. Sólo distribuyendo las fuerzas de un Estado en varios órganos es posible mantener el equilibrio de la vida política. Dar a un poder más facultades equivale por ese solo hecho a restringir la autonomía o colaboración de los demás, a darle una preponderancia excepcional. Al disminuir la esfera de competencia y poder general no les queda más recurso a los órganos de la Institución, que subordinarse servilmente al poder más fuerte o desaparecer para convertirse en un órgano parasitario. Así se pasa de un régimen institucional democrático a una dictadura de cualquier tipo.

La teoría de la división y equilibrio de poderes puede referirse en sus mismos términos, a la estructura del organismo internacional. Si se examina el texto de la nueva Carta, puede comprobarse que la soberanía ya no reside en la Asamblea General, según el postulado general de la teoría clásica, por el contrario, mediante un mecanismo sencillo de simple juego de atribuciones, el ordenamiento subordina toda la fuerza jurídica y material a un órgano semi-autónomo, independiente y absoluto, como es el Consejo de Seguridad.

De este modo, y sin pesimismos intrascendentes, podemos concluir, que una organización mundial sostenida por una enorme fuerza coactiva de tres Grandes Potencias, constituye una amenaza para la hegemonía de todos los pueblos de la tierra. Los comentadores de la nueva

Carta están de acuerdo en que es posible conciliar el poderío de las Potencias, con una organización jurídica eficiente, devolviendo en el futuro, y con los elementos que la experiencia señale, las atribuciones propias de la Asamblea.

HAY QUE LUCHAR POR UN MUNDO DIFERENTE

Cada día sentimos más la pérdida de un Estadista mundial como fué el señor Roosevelt. De haber vivido, su influencia personal en la Conferencia de San Francisco, y en estos días de la post-guerra, no hubiera tenido precedente. No sólo trazó un programa mundial de trabajo y una política exterior elevada, sino algo más grande, *señaló las bases de una nueva moral internacional y enseñó a muchos países a ser respetuosos de la palabra empeñada.* Cuanto anunció y prometió encontró una adecuada y justa realización. Aun después de su muerte el mundo cosecha los ideales más preciados del extraordinario Gobernante, *sobre todo, su energía para llevar a cabo la magna obra de una sociedad de naciones.*

Es indudable que aun con los errores que entraña la nueva organización, la forma jurídica permite asegurar derechos antes inestables e indefinidos y concretar obligaciones, de ineludible cumplimiento. Mantenerse al margen de esta organización, es renunciar a los beneficios de un nuevo orden mundial que implica ventajas evidentes, como la de actuar dentro de una Institución que se ha trazado como ideales; los siguientes principios:

1.—La Organización está basada en el principio de la igualdad soberana de todos sus Miembros.

2.—Los Miembros de la Organización, a fin de asegurarse los derechos y beneficios inherentes a su condición de tales, cumplirán de buena fe las obligaciones contraídas por ellos de conformidad con esta Carta.

3.—Los Miembros de la Organización arreglarán sus controversias internacionales por medios pacíficos de tal manera que no se pongan en peligro ni la paz ni la seguridad internacionales ni la justicia.

4.—Los Miembros de la Organización, en sus relaciones internacionales, se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad o la independencia política de cualquier Estado, en cualquier otra forma incompatible con los propósitos de las Naciones Unidas.

Los miembros de la Organización prestarán a ésta toda clase de ayuda en cualquier acción que ejerza de conformidad con esta Carta, y se abstendrán de dar ayuda a Estado alguno contra el cual la Organización estuviere ejerciendo acción preventiva o coercitiva.

6.—La Organización hará que los Estados que no son Miembros de las Naciones Unidas se conduzcan de acuerdo con estos Principios en la medida que sea necesaria para mantener la paz y la seguridad internacionales.

7.—Ninguna disposición de esta Carta autorizará a las Naciones Unidas a intervenir en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados, ni obligará a los Miembros a someter dichos asuntos a procedimientos de arreglo conforme a la presente Carta; pero este principio no se opone a la aplicación de las medidas coercitivas prescritas en el Capítulo VII.

Los pueblos ya están cansados de tantas guerras, de tantas amarguras. Aspiran y exigen una nueva época de paz, pero con bases radicalmente diferentes a la oprobiosa organización que vivimos, para dedicar sus esfuerzos a la resolución de sus grandes problemas nacionales, muchos de ellos convertidos en verdaderos problemas internacionales. Problemas educativos, económicos, sanitarios, son parte de la tarea encomendada al Consejo Económico y Social, Institución en la que ciframos nuestras mayores esperanzas.

Reconozcamos con sinceridad que un Estado aislado ya no puede actuar eficientemente en el concierto de las naciones civilizadas. La Sociedad de Estados es el órgano necesario para asegurar esa convivencia. Disponemos de muchos elementos para la obra futura. La supervivencia del Acta de Chapultepec, la Corte Internacional de Justicia, el Consejo Económico y Social y la definición de

los derechos y obligaciones de los Estados, constituyen los elementos más prometedores del nuevo orden jurídico.

Se ha insistido en la Conferencia por una de las más brillantes figuras del pensamiento internacional, que hay que tener fe en la nueva organización mundial. Que sin ella la estructura fracasará ante el desaliento de las naciones para ofrecer una amplia colaboración. Sin duda todos debemos pensar lo mismo. La hora de la confianza y de la fe ha llegado para todos. Confianza en los países que se echan a cuestas la tarea más enorme que registra la historia, y fe para pensar que la razón humana, gobernando al hombre, puede hacer de la vida una cosa digna y apropiada para que florezcan las virtudes más elevadas.

No hay otro camino mejor, porque atrás dejamos un profundo abismo de odios y rencores, una odiosa humanidad revolcándose en el fango de sus más viles miserias; y hacia adelante un porvenir confuso en que debemos dominar a las bestias del Apocalipsis, que nuevamente quieren hacer resonar sus cascos en el fango de los campos, aun ensangrentados y sobre el alma atormentada de los hombres.

Las Naciones Unidas no salen de esta guerra perdiendo toda esperanza en el destino de los seres humanos; por el contrario, la fuerza recóndita que anima la conciencia humana hacia rumbos más luminosos, y bajo cielos siempre más claros, las hace exclamar con optimismo:

¡Hay que sembrar en el espíritu de los niños del presente la simiente de paz que pueda fructificar mañana!

San Francisco, California, julio de 1945.

LA INALTERABLE INGLATERRA

Por *César FALCON*

1.— NINGUNO de los fabulosos acontecimientos de la guerra en Europa ha resonado con más emoción los corazones hispánicos que el triunfo electoral de los laboristas en Inglaterra. Por primera vez —en estos días, muchas cosas importantes están ocurriendo por primera vez— las gentes hispánicas, y más aún que las de América, las de nuestro centro racial, las de España, advierten que nuestra vida histórica está engranada en la británica y que la suerte de Inglaterra está trazando nuestros propios destinos.

El caso es cierto desde hace varios siglos, desde que Felipe II, el gran organizador del feudalismo español, vió con admirable exactitud dónde estaba su enemigo. Pero si ahora, y sólo ahora, no obstante los numerosos reveses que han tundido la carne española, nuestros políticos clavan la vista en uno de los ángulos verdaderos de nuestra existencia, no es ciertamente porque al fin se hayan esclarecido sus mentes, sino más bien, considerando sus intenciones, por lo contrario: porque la cerrazón mental se ha hecho más apretada, más desesperada, más a ciegas. La luz que los ilumina es un signo pavoroso. Indica que la derrota de la República Española —y el hecho vale también para Hispanoamérica, aunque aquí no tengo oportunidad de explicarlo— les ha dejado tan sin norte, que van ya, perdidos sus propios controles, a quemarse como mariposas, en la llama que los alucina y los destruye. Lo cual indica asimismo que el mundo hispánico, o, por lo menos, la Hispania europea, está hoy más dentro de la órbita británica que nunca, más dependiente de la rotación política de Inglaterra y, por tanto, más perdida, más sin esperanza y más sin posibilidades en el inmediato futuro.

2.—¿Qué es Inglaterra? Ningún inglés tiene de Inglaterra la noción que generalmente tenemos nosotros, los extraños, y como es lógico, la única noción que vale, la cierta, es la de ellos mismos, la que se abona, no sólo con el mejor conocimiento del asunto, sino también con la admirable capacidad racional del ente británico. Para el hombre a quien nosotros, con inconsciente inexactitud, llamamos inglés, Inglaterra no existe, aunque es una cosa real, con la verdadera realidad de la tierra. El "inglés" piensa, siente, conoce y vive en el British Empire, esa enorme abstracción de tierras y pueblos y riquezas cuyos límites se difunden en la redondez del planeta. El inglés jamás se llama a sí mismo "inglés"; siempre se llama "britton", de Brittannia, la que "rule the waves".

Esa noción abstracta del país, inaccesible a la mente hispánica —más aldeana, por lo general, cuanto más de izquierda es, sin embargo, desde el punto de vista histórico, la más cabal. Tiene la profunda realidad y la indeclinable exactitud de la comida. El inglés sabe que si es inglés, oriundo y dependiente de ese pedazo de isla que se llama Inglaterra, no puede comer. Quien le alimenta y, además, le enriquece y ha creado su tremendo poderío, es esa entidad diversa y dispersa que él llama Empire. Aquí donde mana su vida, està su verdadera nacionalidad. Por esto el británico no tiene, ni puede tener vínculo ninguno con Europa, a la que desdeñosamente llama el "Continente", cosa que le sorprende mucho al incomprensivo y petulante intelectual europeo. Pero al británico le ilustran razones profundas que como todo lo británico, están metidas de raíz en la historia. En efecto, ¿qué tiene de común la Gran Bretaña con Europa? Nada, desde la época de Cromwell, que fué al mismo tiempo el liquidador de Europa en las islas y el iniciador de la Gran Bretaña universal. Desde entonces, lo que nosotros seguimos llamando Inglaterra ha venido haciéndose más y más asiática, africana, americana y oceánica y menos y menos europea.

La política británica en Europa es una política de seguridad, de defensa, como quien dice, y, en consecuencia, una política beligerante. Muchos pactos, tratados, alianzas, intrigas, conspiraciones y guerras, pero muy poca

economía. La economía, la negociación de compra y venta, que constituye la base de su existencia, ha ido asentándose, afirmándose y perpetuándose en Asia, en Africa, América y Oceanía. Casi toda ella reside hoy fuera de Europa y este hecho fundamental convierte a la Gran Bretaña en una entidad económica extraeuropea, aunque amenazada políticamente por Europa. ¿Están claras las circunstancias? Conviene dejarlas bien precisas, porque aquí reside, a mi juicio, el núcleo del problema.

Para comer, prosperar y acrecentar sus riquezas, Inglaterra necesita muy poco de Europa: las fabulosas utilidades que la han enriquecido y los víveres que la alimentan, le vienen de los otros continentes. En cambio los peligros más ciertos contra su existencia, tanto políticos como militares, le vienen de Europa, de ese ardoroso fermento de doctrinas, propagandas, rivalidades y amenazas bélicas. Cualesquiera que sean las proporciones de los movimientos nacionalistas de las colonias y de la rebelión universal contra el dominio británico es evidente que todos ellos se nutren de la orientación y el aliento político de Europa y que encuentran su más vigoroso estímulo en los antagonismos políticos europeos. Europa produce las fuerzas ideológicas, e incluso, a veces, militares que van como rayos contra el Imperio Británico. Inglaterra lo sabe, y toda su política en Europa, la admirable política que le ha dictado la necesidad, está dirigida por este conocimiento.

3.—Política británica en Europa, quiere decir, repito, política beligerante; defensa del Imperio Británico, lucha implacable contra todas las doctrinas, los partidos, las naciones, los movimientos y los hombres que atenten o puedan atentar contra él. Es una política de línea clara y firme. No ha variado desde Carlos II, desde que la revolución industrial le proporcionó los medios de dominar territorios y mercados. Entonces viró en redondo, y en vez de seguir buscando en Europa, como Enrique VIII y la gran Isabel, el alivio de su miseria, trazó las grandes líneas de su prosperidad sobre el mapa de la Tierra y mon-

tó guardia contra el peligro europeo. Felipe II vió las grandes perspectivas de la potencia que insurgía. Si por ir contra ella, como fué, en nombre de la persistencia del feudalismo, no pudo contener su desarrollo, nos dejó, en cambio, el aviso y no es culpa suya que nadie entre nosotros, ni feudales ni demócratas ni proletarios, hayan sabido recogerlo.

Las realidades están ahí, sin embargo, tan firmes como nuestras cordilleras. Británicos e hispánicos nos cruzamos en forma de X, sobre la curva dorsal del planeta, desde Guadalcanal y Filipinas hasta la Patagonia y Gibraltar. Nada ni nadie puede evitarlo. Allí está la viva y permanente historia, y lo queramos o no queramos, la guerra, la inexorable lucha por comer, por vivir, por mandar. Y más inexorable que para nosotros, avezados ya, después de todo, al infortunio y la miseria, para Inglaterra, para los británicos de las islas europeas. Para ellos no hay alternativa, y, por tanto, no hay dudas. Esas islas tienen cuarenta y cinco millones de habitantes en nada más que cien millas cuadradas de territorio. ¿Puede darse en tales condiciones una política distinta de la habitual política británica? Es posible que algún insensato lo crea. Pero no, desde luego, el inglés. El inglés sigue imperturbable su recia política de defensa contra las revoluciones, contra la burguesía continental, contra el imperialismo germano, contra el proletariado, contra la Unión Soviética. Si la línea no ha variado ni ha variado desde Pitt hasta Churchill, no es por ninguna de las razones que cierto tipo de mentecatez intelectual le atribuye a la psicología, a la moral, a la educación y al carácter ingleses, sino porque mientras exista el Imperio Británico no puede variar; porque esa política y nada más que esa y sólo ella es la única defensa del Imperio, el verdadero foso que rodea y protge el bienestar de la nación británica.

4.—Ahora hay un hecho de veras nuevo. Los laboristas han llegado por fin al poder. Disponen de mayoría absoluta en la Cámara de los Comunes, y aunque no la tienen en la de los Lores, pueden, si lo necesitan, hacer tantos

pares del Reino como sean precisos para adquirirla. Los laboristas constituyen el partido, si no del proletariado inglés como ideología, del proletariado inglés como clase. Han conquistado el poder con un programa "revolucionario": nacionalización de industrias básicas, del Banco de Inglaterra y de los ferrocarriles y establecimiento de las numerosas pensiones y subsidios que deben amparar al hombre, o, si es más exacto, al trabajador desde que nace hasta que muere. Una revolución, en suma, como dicen los ilusos. A nuestro tema le importan muy poco, en realidad, los problemas internos de esta "revolución"; no le preocupa hasta dónde los laboristas van a realizar de veras ni cuándo ni cómo van a coordinarse el gobierno y la City, los laboristas y los conservadores, y muchas otras cuestiones que son del negociado exclusivo de los ingleses, de los que van a perder y de los que van a ganar.

Lo que a nosotros nos interesa sobremanera es la proyección internacional del famoso programa. Nuestra actitud se resuelve en una sola pregunta: ¿quiénes van a pagar los gastos de esa fenomenal revolución? ¿Las islas europeas del Imperio, el ilustre Reino Unido? El Reino Unido no ha pagado jamás nada, ni el beneficio de los capitalistas ni el subsidio de los obreros. De la misma manera que todo el mundo en el Reino Unido come huevos y jamón y mantequilla importados, todo el mundo también cobra dinero importado. Los capitalistas, sus ganancias, los obreros sus jornales. Ese vasto y disperso territorio que forma el Imperio, donde cerca de quinientos millones viven bajo el dominio de las cuatro rayas, es el que efectivamente paga lo que en las afortunadas islas del Canal de la Mancha unos acumulan y los otros consumen. Para esos millones de seres de todas las razas y colores no hay ninguna diferencia —no debe haberla, por lo menos— en el hecho de que sus hambres y sudores produzcan el boato del duque de Westminster o las pensiones de los laboristas. Porque lo característico del fenómeno insular británico es que los cuarenta y cinco millones de criaturas privilegiadas que lo componen, si bien socialmente se dividen, aunque con menos rigor que en otras partes, en burgueses y proletarios, como naturales de

aquellas islas forman todos juntos una clase privilegiada con respecto a las grandes masas que dependen de su dominio. Esas masas constituyen el verdadero proletariado de la Gran Bretaña, el que produce la efectiva *plus valía;* un proletariado de constitución tan singular que comprende, en cierto modo, a muchos burgueses de la India, Egipto, América del Sur, etc., de igual manera que la burguesía británica comprende a los obreros de las dulces islas. ¿Incluye el fabuloso programa laborista a los millones de seres coloniales y semicoloniales que de polo a polo dan su vida por la grandeza británica? No, desde luego. El programa no puede incluirlos, porque si los incluyera, no podría haber programa.

5.—*That is the question.* ¿Cree alguien que un gobierno laborista está más dispuesto que un gobierno conservador a permitir que las colonias y semicolonias adquieran su independencia y cada cual en el vasto Imperio disponga y goce sus propios bienes? La ingenuidad es el patrimonio de ciertas mentalidades hispánicas. Sin embargo, veamos la cuestión de cerca. ¿Qué significaría la independencia económica de los numerosos satélites británicos? —Hablo, claro es, no sólo de los metales de Africa del Sur y los algodones del Sudán, sino también del mercurio de Río Tinto, las carnes argentinas, los nitratos chilenos, el estaño de Bolivia, el petróleo de Venezuela—. El cuadro sería edificante. Veinte o veinticinco millones de los llamados ingleses, tendrían que convertirse en canadienses, australianos, neozelandeses, norteamericanos y abandonar las islas para siempre. Es posible que después de esta caudalosa emigración, que repetiría las más dramáticas visiones de la Biblia, el amable suelo insular tuviese fecundidad bastante para nutrir a los veinte o veinticinco millones de indígenas que se quedaran adheridos a la gleba nativa. Pero tendría que ser a condición de trabajarlo, de volver a los idílicos tiempos de Enrique VIII, cuando los descendientes de las huestes de Guillermo el Conquistador comían buenos trozos de carnes jugosas, mientras los nativos, los que habían presenciado las incursiones de Julio

César, alimentábanse de raíces. ¿Aceptarían los obreros de Manchester y de Cardiff, los que hoy tienen sus casitas con jardín y poseen acciones de alguna empresa, volver a la dichosa edad de sus abuelos? Yo, por mí, no lo creo.

Tampoco creo que hubiese otra salida económica. Inglaterra no es ya la potencia industrial y financiera que fué hasta principios de este siglo. La industria británica no puede ir ya a la libre concurrencia del mundo; por el contrario, necesita, imprescindiblemente, para vivir y prosperar, mercados propios, cotos cerrados y vigilados, en los que no entren más productos que los suyos. La imperté-rrita crisis de la minería es el testimonio más fehaciente. La industria insular económicamente más llena de posibilidades, la que entraba invencible por todas las aduanas, ha vivido durante las últimas décadas arrastrando su quiebra, su medio millón de parados y sus encarnizados problemas. Varias teorías, incluso teorías inglesas, que son las que nunca han resuelto nada en Inglaterra, nos dicen que la crisis proviene de los derechos que cobran los *landlords,* de las utilidades excesivas de los explotadores de las minas, del escaso desarrollo de las industrias eléctricas. Es cierto, en parte; pero cuando el duque de Northumberland deje de cobrar sus doscientas mil libras al año de *royalties* y desaparezcan las compañías, aun será necesario que el carbón inglés compita con el alemán, el polaco, el australiano, el norteamericano, etc. Lo cual quiere decir que será necesario que tenga mercados propios, donde ningún otro, nacional o extranjero, le salga al paso.

Más aún: será necesario que todos los productos ingleses tengan los mismos privilegios, única manera de que puedan desarrollarse las industrias eléctricas de la isla, y que las cocinas y las chimeneas británicas conserven y acrecienten su lumbre. Si no es así, no habrá, claro, *royalties* para lord Londonderry, pero tampoco salarios para los mineros. Lo mismo ocurre a los tejedores de Manchester. Inglaterra irrigó el Sudán y se libró del monopolio algodonero de los Estados Unidos. Pero no obstante tener ya su algodón propio, en 1929 tenía dos millones de telares parados, aunque las telas inglesas son, sin disputa, las mejores del mundo. Ocurre, sin embargo, que las minorías

que las disfruta es muy reducida y que la gran muchedumbre de europeos, asiáticos, americanos y africanos que se viste, prefiere, desde hace algunos años, cubrir sus carnes con las telas propias, más baratas desde luego. No creo que estas preferencias varíen cuando los telares pertenezcan a las Trade Unions. ¿Y qué sucederá si no varían? ¿Se decidirá entonces el gobierno laborista, recalcitrante en su ideología, a destruir la industria de Manchester y devolver a la labranza los centenares de miles de tejedores británicos que son uno de los más claros orgullos del trabajo humano? Ni la mente más insensata se atrevería a admitir semejante posibilidad.

Tampoco podemos admitir, en consecuencia, que el rigor ideológico de los laboristas vaya hasta el punto de renunciar a los mercados que hoy absorben, quieras que no, por fuerza del Imperio, los espléndidos tejidos ingleses. No; la política laborista, del famoso programa revolucionario que le hace poner los ojos en blanco a los semicoloniales de todas las castas, significa, por el contrario, un reforzamiento vigoroso de las ligaduras imperiales. El imperialismo de los conservadores británicos le cuesta al mundo enormes cantidades de sangre y de dolor. ¿Cuánto más le costará si llega a establecerse y desarrollarse el imperialismo proletario de los laboristas? Yo no estoy haciendo cálculos económicos; no puedo, por esto, figurarme tan tremendo coste. Me parece, no obstante, que asegurar la infancia, la pubertad, la juventud, la madurez y la ancianidad de millones de trabajadores manuales e intelectuales le costará tanto, por lo menos, si no más, que asegurar la holganza de los magnates de la City.

6.—Y aquí viene ahora lo que más importa. ¿Qué política internacional corresponde a las necesidades descritas? ¿Acaso la de aflojar los vínculos del Imperio, como se imaginan los que tienen la inocua voluptuosidad de echar sus cabezas a pájaros? No necesitaría más el laborismo para hundirse con su programa en los mares que lo rodean.

A mayores necesidades económicas, política internacional más vigorosa e intransigente. Es preciso comprender

que la realización de un programa revolucionario cuesta más, infinitamente más que la de un programa conservador. La diferencia se cubre con la mejor y más racional explotación técnica y humana de las riquezas naturales. El trabajo más justamente retribuído, la producción sin topes capitalistas proporcionan con exceso los medios necesarios. Pero la base son las riquezas naturales. ¿Y dónde están las riquezas naturales de Inglaterra? En las islas felices que se miran en las aguas del Canal de la Mancha, desde luego, no. Su acervo está en el desparramado Imperio, y ni el programa laborista, ni otro más revolucionario aún, puede modificar tan inexorable situación.

El laborismo no puede más que ajustarse a esa situación y apretar, en beneficio de los obreros, los vínculos del Imperio, exactamente igual que antes los conservadores, en beneficio de los imperialistas. Esto es, continuar en Europa la política de defensa y en las colonias y semicolonias, donde Inglaterra tiene sus materias primas y donde tiene sus mercados, la política de dominio. Ni una línea menos, ni una línea más, con programa o sin él, y ello significaría, claro es, lo de siempre: lucha contra la revolución y contra la democracia en todas partes, ahora más bien donde pueda, porque ni Winston Churchill, ni Clemente Attlee viven en el mundo de Disraeli y Gladstone —porque la revolución y la democracia, por tenues que sean, producen más pronto o más tarde, el nacionalismo, la exigencia a disponer de las propias tierras y los propios frutos, la mayor amenaza contra el Imperio.

¿Cómo puede esperar nadie, por tanto, que el gobierno laborista, no ya permita, sino que entregue, incluso por la fuerza, a la deslavazada democracia que ha quedado de la guerra los más decisivos pasos estratégicos del Imperio, las rutas vitales del comercio, la jefatura política sobre las inmensas muchedumbres que trabajan y compran, los países, en fin, que constituyen la hacienda y seguridad de la Gran Bretaña? Ninguna mente cabal puede esperarlo. Lo que esperamos todos los que todavía no hemos salido de quicio, es que Attlee, como Churchill, defienda con dientes y uñas, o, para decirlo con menos domesticidad, con cañones y aviones, la hegemonía británica en el Me-

diterráneo, la intangibilidad de todas las posiciones imperiales, el dominio político y económico de los pueblos que Inglaterra gobierna directamente o por intermedio de gobiernos indígenas. La misma política internacional, que Churchill, la misma política que Mac Donald, dispuesta, incluso, a disparar otra vez los cañones de la escuadra sobre los indefensos habitantes de Alejandría, Attlee cederá allí donde no pueda hacer otra cosa, donde ya había cedido Churchill, y donde no tenga más remedio que ceder.

Los nombres en este caso, como en todos los casos políticos, no pintan nada. Sólo pintan las poderosas realidades económicas. Pero si pintasen, si la historia fuese tan leve que la voluntad de un Attlee o de un Bavin pudiese modificarla, ¿quién ha dicho que los nuevos residentes del Whitehall son de distinta pasta que sus inmediatos antecesores o que los otros, los Mac Donald, Thomas, Snowden, los que prepararon la política de Neville Chamberlain? Todos los ministros nombrados hasta ahora pertenecieron al gabinete de Churchill y aprobaron y ejecutaron su política. Tenemos, sin embargo, almas tan simples y tan envenenadas de teorías, que pueden argüir con la votación popular, la formidable expresión de la voluntad popular. Recuerdo, para responderles, un episodio de Ernest Bevin, actual regente de la Foreign Office y Secretario inalterable de la Federación Nacional de Transportes. En 1928, los estibadores declararon la huelga. Bavin, como leader de la Federación, trató con los patronos y llegó a un acuerdo. Los estibadores, reunidos en asamblea magna, acordaron, por unanimidad, rechazar el acuerdo y continuar la huelga. Bevin publicó entonces un decreto ordenándoles volver inmediatamente al trabajo y amenazándoles con expulsar de la Federación al que no lo hiciera. Al día siguiente terminó la huelga. ¿Quiero decir con esto que no existe la democracia británica ni la voluntad del pueblo? De ninguna manera. Quiero decir que Inglaterra es una democracia bien organizada. Paga a sus leaders para que sepan lo que debe hacerse, y si ella, como en la votación de los estibadores, se equivoca, para corregir su error, acata las órdenes de sus leaders. A mayor abundamiento, en la cuestión imperial no hay discrepancia alguna.

El pueblo inglés íntegro, de arriba abajo y de derecha a izquierda, desde Lady Astor hasta James Brown, sabe que vive del Imperio, y que el Imperio es su vida, su presente y su porvenir, lo que a uno y a otro, a pesar de sus diferencias de clase les permite esos opulentos desayunos británicos, que son el dato más genuino de Inglaterra, y la dicha de no ser, como los suizos o los daneses, ciudadanos de tercera clase. Uno y otro y todos lo saben y están resueltos, con la resolución de una conciencia formada a través de varias generaciones, a defenderlo y perpetuarlo. Con este dato podemos instuir lo qué la mayoría laborista de la Cámara de los Comunes y el pueblo mismo les responderán a Bevin cuando les ordene aprobar su política en España, Francia, Grecia, Italia, Egipto y Palestina, para asegurar la permanencia del Imperio.

7.—Política de seguridad imperial significa alianza con las fuerzas más reaccionarias de los países colocados dentro de la órbita británica, y por una razón muy clara: porque las fuerzas reaccionarias de aquellos países son las únicas sin porvenir histórico, las únicas que sin el apoyo inglés lo perderían todo y, conscientemente, las únicas capaces de defender hasta el fin el estado actual y de serle fiel a Inglaterra.

Aparte la coincidencia de intereses, las reaccionarias son las únicas fuerzas sociales de aquellos países que tienen el temple, la técnica y el organismo adecuados para reprimir los nacionalismos y los movimientos independentistas. Precisamente lo que hace falta para garantizar al programa laborista los elementos económicos necesarios a su realización y desarrollo.

Claro que yo voy encontrando al paso las ilusiones de mi gente, algunas de ellas tan honradas que de veras me emocionan. Como en el ámbito de las ilusiones no hay sino valores absolutos, aquellas mentes no pueden concebir la colaboración y la amistad del gobierno laborista británico, después de los últimos cinco años de lucha a vida o muerte en Europa, con los regímenes fascistizantes y reaccionarios que aun persisten. Pero la realidad tiene otras leyes. La reacción, el fascismo incluso, si operan en

los semidominios británicos, no es necesariamente antagónico con la democracia inglesa. Desde 1922 hasta 1940, Mussolini colaboró con Inglaterra; Hitler también, desde 1933 hasta 1939, e Inglaterra les sostuvo, les apoyó y los nutrió a los dos. ¿Qué puede oponerse hoy a la misma colaboración con los indefensos regímenes reaccionarios colocados dentro de la órbita británica? La lucha a muerte con Hitler y Mussolini comenzó cuando los sátrapas fascistas, creados y fortalecidos por Inglaterra, incurrieron en el horrendo pecado, según el inexorable código de la City, de enfrentarse al imperialismo británico. ¿Podría nunca la desvalida España reaccionaria o ese montón de carne hambrienta que aun se llama Grecia intentar semejante aventura? Es imposible suponerlo. Consecuentemente, nada se opone a la amistad y al acuerdo.

8.—Aquí termina una parte de la historia y comienza otra, asimismo importante. Es notorio que los regímenes reaccionarios que debían sentirse amenazados comprenden la situación. Ninguno se ha empavorecido, ninguno ha comenzado a temblar. Cada uno de ellos sabe para lo que vale y los compromisos que tiene anticipadamente contraídos. Pero el resultado de las elecciones inglesas no puede haber sido un plato de gusto para todos los gobernantes. Para Franco, al menos. El programa laborista necesita al régimen de Franco y a todos los similares que Inglaterra ha sostenido durante y después de la guerra, pero no a Franco. Aunque Inglaterra sea todavía muy poderosa, un hombre al que repudia el noventa por ciento, no ya sólo de su pueblo, sino de la humanidad entera, no sirve para nada, y menos aún para tener a raya y sumisa a los intereses británicos, a una nación como España, tan vigorosa y de tan vastas proyecciones.

Inglaterra, aunque la gobiernen los laboristas, es un magnífico negociante. Jamás puede comprometerse, ni se comprometerá, estoy seguro, en un negocio en quiebra. Pero también estoy seguro de que, como experto maniobrista, utilizará la quiebra para reforzar el negocio. Es decir utilizará la eliminación de Franco como medio de consolidar y fortalecer el régimen de Franco.

EL TRIUNFO DEL APRISMO EN EL PERU

SU TRAYECTORIA, SIGNIFICADO Y PERSPECTIVAS.

Por *Manuel* *VAZQUEZ DIAZ*

La tarde del 8 de diciembre de 1931, el Jefe del Aprismo, Haya de la Torre, concurrió como de costumbre al seminario de oradores apristas de Trujillo, Perú. Esa misma mañana en Lima, el primer fraude electoral contra el aprismo había quedado consumado. El comandante Sánchez Cerro ya estaba en Palacio como Presidente de la República y el jefe aprista peruano, abandonando su cátedra, ocupó la tribuna y pronunció una oración, que la historia habrá de recoger. Entre otras cosas, Haya de la Torre dijo: "Quienes crean que la única misión del aprismo es llegar a Palacio, están equivocados. A Palacio llega cualquiera, porque el camino que conduce a él se compra con oro o se conquista con fusiles. Pero la misión del aprismo es llegar a la conciencia del pueblo antes que llegar a Palacio. Y a la conciencia del pueblo no se llega ni con oro ni con fusiles. A la conciencia del pueblo se llega: con la luz de una doctrina, con el profundo amor de una causa de justicia, con el ejemplo glorioso del sacrificio. . . "

Y estas palabras proféticas se han cumplido. El aprismo, después de catorce años de lucha heroica —dentro de un frente democrático— ha llegado al poder en el Perú, por haber llegado antes a la conciencia del pueblo. Durante ese tiempo el Partido Aprista mantuvo firme y con orgullo su bandera idealista y así seguirá, sin duda alguna, hasta que sea una realidad en el Perú y en Indoamérica el imperio de la justicia, de la democracia y de la cultura. Los apristas afirmaron siempre, que sentían orgullo de su partido, porque para ellos la palabra orgullo es muy diferente de la palabra vanidad —"orgullo entraña sagrada

exaltación de la dignidad y entre los apristas ser dignos de la causa que abrazan es norma de su ética y blasón de su fe". Y ahora sienten el orgullo de ser apristas porque supieron sacrificarse por un ideal, porque supieron mantener convicciones y ser leales a principios con amor y decisión. Porque los apristas fueron más fuertes que la calumnia, que el martirio, que la persecución o el halago. Nada ni nadie pudo arredrarlos. Por uno que caía aparecían diez, dispuestos a la lenta y dura batalla. Y así, con la maravillosa resistencia que sólo dan los credos eminentes, los apristas mostraron que formaban parte de un pueblo capaz de sentir y de sufrir por una motivación superior.

De otro lado, los apristas, como lo afirmaban en una hoja clandestina en su todavía cercana vida ilegal, no se equivocaron —desde mucho antes de 1939— cuando enarbolaron la bandera de la Democracia y de la Justicia Social, como ideal de acción política, anunciando la guerra y derrota del fascismo internacional. No se equivocaron cuando proclamaron desde entonces su democrática fe antifascista y fueron antitotalitarios antes y después de la revolución española —primera etapa de la guerra que aún no termina— antes y después de la invasión de Rusia y antes y después de Pearl Harbor. Los apristas fueron asimismo, enemigos del imperialismo nipón y lo probaron en 1940, cuando en el Perú se les persiguió porque quisieron librar a su patria del peligro japonés. Y no se equivocaron tampoco cuando anunciaron que las Cuatro Libertades triunfarían y que los tiranos de todos los rincones del mundo caerían, uno a uno, bajo la ola avasalladora de la Revolución Democrática. El aprismo —Partido del Pueblo— tuvo y tiene razón, y hoy que la victoria de las masas en el Perú es una inminente realidad, la Nación y el Continente vuelven sus ojos al partido principista y democrático, cuyo ejemplo de disciplina educadora, de organización ejemplar y de pureza insuperable, es orgullo del Perú.

Ante todo conviene destacar que el aprismo es una doctrina realista. Según su fundador, Haya de la Torre, (véase CUADERNOS AMERICANOS número 3, 1945) quien quiera entender lo que es el aprismo en su línea fundamental de interpretación histórica de la realidad indoamericana,

habrá de recordar la importancia que tiene en su ideología la ubicación del observador con respecto al fenómeno observado. Y esta aplicación condujo al jefe aprista a la enunciación de su tesis del espacio-tiempo histórico (años 1936-1937), según la cual a cada latitud geográfica corresponde un tiempo histórico diferente. Vg.: Estados Unidos y Perú viven actualmente en el año 1945, pero su realidad económica y social difieren notablemente, pues mientras en los Estados Unidos de Norteamérica culmina la era capitalista, en Perú comienza, coexistiendo con otras economías pretéritas y ya completamente superadas. En otras palabras: Perú tiene un espacio-tiempo histórico diferente al de los Estados Unidos de América. Consecuencia política: que si olvidáramos este concepto caeríamos en el absurdo de pretender el mismo patrón o las mismas soluciones para problemas distintos. O sea, dicho en forma más concreta aún: cada país debe formular su propio programa de acción política, de acuerdo con sus peculiares características —vale decir refiriéndose a Indoamérica— según su mayor o menor dependencia del fenómeno imperialista. Y de aquí que, como en un nuevo círculo concéntrico de radio mayor, además de los privativos problemas de cada uno de los países de Indoamérica, existan los problemas comunes a todos ellos, derivados del imperialismo. Cabe citar de paso, en este lugar, una nueva aportación aprista: "el imperialismo es la etapa final del capitalismo" en el espacio-tiempo de los países industriales, al que Haya de la Torre opone otro —desde nuestro espacio-tiempo histórico de país de economía incipiente—: "el imperialismo es la primera etapa del capitalismo". Porque a nadie se le oculta que nuestra era capitalista comienza con la aparición del capital financiero —vale decir imperial—, procedente de los países industriales, y, consecuentemente, lo que para éstos es la última, para nosotros es primera etapa.

Surge como una consecuencia que para los países indoamericanos es tarea común la de luchar contra el imperialismo. Aunque bueno es subrayar que esta lucha no significa en modo alguno que el capital extranjero deje de venir a nuestros países. Este capital viene impelido por inevitables leyes económicas de expansión y seguirá viniendo, y, aun más, conviene que venga en ayuda de

nuestro desarrollo, pero eso sí, no como hasta ahora, en forma incontrolada. El Estado debe canalizar el capital extranjero a través de organismos adecuados a fin de que sirva para el fomento de industrias convenientes y bajo su estricto control.

Empero, una lucha efectiva contra el imperialismo sólo es posible mediante la unión de los países que componen el Continente Indoamericano, porque, claro está, cada uno de ellos no dispone de capacidad suficiente para librar la acción por sí solo. Además, es absolutamente necesario para el futuro de nuestros pueblos, agruparse en un sólido frente económico porque ésta será la única forma de equilibrar los otros frentes ya establecidos. Las cotizaciones de nuestros productos no deben seguir siendo el resultado de maniobras financieras de los amos de la industria, del comercio y de la banca. (Mencionamos como nombres de productos bastante sugerentes por sí mismos en este aspecto: el chicle, el henequén, el petróleo y el azúcar).

La unión económica y política de los países indoamericanos es pues, uno de los puntos del programa máximo del Partido del Pueblo, que está sobre el tapete, como una consecuencia del reciente triunfo electoral en el Perú.

Quizá sea indispensable insistir un poco más en este punto que aún provoca equívocos. Hay una corriente de la que son por ejemplo representantes algunos sectores de los menos liberales y aun de los menos democráticos de México, que hablan de una unión hispanoamericana, basándose en antecedentes históricos comunes, unión en el fondo dirigida contra los Estados Unidos de Norteamérica. Esta es una forma opuesta al tipo de anfictionía política de que habla el aprismo, urgencia de nuestra común economía indoamericana —semi-feudal y semi-colonial en su gran parte—. Esta anfictionía antimperialista tendría como objetivo el de defendernos contra cualquier imperialismo pero llevaría también la mira de establecer estrechas relaciones económicas con los Estados Unidos del Norte, a base de absoluta independencia e igualdad. Esta tesis aprista se complementa necesariamente con la del "interamericanismo democrático sin imperio", primer paso para el cual —solamente el primer paso— es la "good

neighborhood policy". La anfictionía política —o por lo menos en una primera etapa—, la precisa delimitación económica del Continente Indoamericano, es indispensable para lograr más cabales y convenientes relaciones sólidas y armoniosas con los Estados Unidos, relaciones éstas que tienen sus partidarios en la gran masa de elementos progresistas de este último país. Estas relaciones entre las dos Américas así delimitadas, "no es imposible y es conveniente que se establezcan", ya lo decía Martí.

Con claridad meridiana dice sobre este asunto Haya de la Torre: "El procedimiento para la solución de los problemas económicos entre las naciones de este hemisferio debe inspirarse, como en los de orden político, en la coordinación de dos conceptos fundamentales: soberanía e independencia. Y la base de una sólida y armoniosa convivencia interamericana, tiene que asentarse en una clara delimitación de los dos grandes campos o zonas de economía del Nuevo Mundo: el de los Estados Unidos del Norte —preponderantemente industrializado y financiero — y el de los estados indoamericanos— preponderantemente agrícola, minero y de materias primas. Ambas zonas se complementan y se necesitan. Dar a sus relaciones un sistema de cooperación sin hegemonías ni imperialismos es aplicar a las normas de su vida económica el mismo sentido democrático de libertad y de justicia en que deben afirmarse sus relaciones políticas".

Las medidas que concretamente se señalan para lograr en el aspecto económico el interamericanismo democrático sin imperio son:

Congresos económicos en cada país —que podrían provocar la ampliación de sus labores en congresos regionales— congresos nacionales que constituídos por representantes de todas las fuerzas vivas de la producción, circulación y consumo: capital y trabajo; industria, agricultura y comercio, nacionales y extranjeros, etc., formularían planes de acción interna para ser coordinados dentro de un programa interamericano. Como consecuencia, un gran congreso económico interamericano, que basándose en lo aprobado para cada país, coordine a su vez un plan para la delimitación de los campos económicos de las dos Américas y de su función de intercambio y cooperación. Es-

tudio de un tipo de moneda adecuado a Indoamérica; organización de bancos de exportación e importación en cada país, con funciones no sólo circunscritas a préstamos y créditos aislados, sino como organismos, directores y garantizadores de inversiones productivas, de comercio balanceado y de un sistema de garantías y seguridades que mantengan la estabilidad del cambio, dinamización y extensión metodizada de los créditos; impulso del comercio entre los Estados Unidos y los estados indoamericanos, y de éstos entre sí. "Establecimiento y organización de la unión aduanera interamericana; impulso y abaratamiento del transporte y vías de comunicación; nivelación de las tarifas de tránsito en el Canal de Panamá para todos los estados de ambas Américas. Estudio del cooperativismo, de la producción y mejoramiento económico de los trabajadores, del impulso tecnificador de la agricultura y de la capacidad de una máxima absorción intercontinental de productos. Resoluciones complementarias para evitar todos los excesos de la hegemonía económica de los más poderosos, haciendo del capital invertido en cada país, un factor de cooperación con el Estado, un instrumento de progreso, no de opresión o explotación". (Plan para la defensa de las Democracias, de Haya de la Torre).

Es particularmente digno de ser mencionado que fué por la fe aprista en esta nueva forma del ideal bolivariano, incorporado de un modo valiente y definitivo en el programa del Partido Aprista del Perú, que se le declaró ilegal. Y si los apristas hablaban de su orgullo, era uno de los más altos motivos del mismo, los sufrimientos que les acarreaba la defensa de ese postulado, consecuencia inmediata de su posición antimperialista: unión de los pueblos de Indoamérica del Río Bravo para abajo, de los pueblos de la América nuestra, la mestiza, la que habla español, la de la coexistencia de todas las etapas de la evolución económica, "la que es más grande que la otra porque ha sufrido más".

Pero la urgencia de la anfictionía indoamericana no ha devenido en los apristas —para quienes es una fe— en un como gigantesco semi-continental jingoísmo y menos aún en una fácil y torpe posición antiyanqui. Los apristas

son antimperialistas pero no son enemigos de ningún pueblo. Y ha sido así que —aun en la época de la "Dollar Diplomacy" y de las intervenciones norteamericanas en Centroamérica y México, cuando el glorioso Sandino se apoderaba de la admiración de América, en el momento en que la lucha contra el imperialismo era la lucha contra el imperialismo yanqui—, que el aprismo hizo la distinción, antes que muchas otras fuerzas de izquierda, entre el imperialismo de Wall Street y el pueblo norteamericano, que era y es cosa muy distinta.

Y si bien durante la guerra que ya termina, los apristas no borraron la expresión "antimperialismo" de su léxico, hubieron de insistir en la urgencia de dirigir el combate contra el imperialismo totalitario, cuyo peligro por su fanatismo y sentido de amenaza, fué comparado por el fundador y jefe del aprismo con el peligro musulmán del medioevo. También Manuel Seoane —hoy Senador Aprista por Lima— hizo ver en alguna otra célebre comparación, la necesidad de atacar en ese momento al enemigo más peligroso: el nazifascismo. Pero es en el "Plan para la Afirmación y Defensa de las Democracias", de Haya de la Torre, donde aparece la posición aprista con inigualable claridad:

"Ante la lucha entre el totalitarismo y la democracia, ambas Américas mantienen su posición republicana. Los Estados Unidos del Norte en defensa de sus instituciones políticas y económicas, como nación poderosa. Y los estados indoamericanos no sólo porque su existencia como patrias libres está esencialmente vinculada a la existencia de la democracia, sino porque el totalitarismo significa el derecho de conquista sobre los pueblos indefensos y —según la filosofía nazi— el postulado racista del predominio étnico ario-germano sobre todos los demás pueblos de raza "impura" de color, o mestiza, como los nuestros".

"A pesar de los problemas intercontinentales que ha creado en este hemisferio el predominio económico de los Estados Unidos del Norte en sus relaciones con los Estados desunidos de Indoamérica, ante la amenaza común y frente a un imperialismo que además de económico es político, antidemocrático y racista, los veintiún países

del Nuevo Mundo coinciden en la necesidad de la defensa unánime".

Ha sido, precisamente, esta cabal comprensión de los postulados políticos derivados de la situación socio-económica de Indoamérica, la que ha hecho al aprismo acertar en su comprensión y en sus profecías. El peligro imperialista máximo en la tercera decena en que surgió el aprismo le hizo antimperialista, y el peligro fascista le hizo antifascista. Antimperialista cuando las naciones hermanas de Indoamérica sintieron en su cuerpo vivo la opresión y antifascista antes de que tantas otras grandes y pequeñas naciones sufrieran el peso de las botas de los ejércitos del mal. Y por antifascistas y antimperialistas, los apristas fueron en todo momento enemigos de los dictadores criollos indoamericanos, cómplices del imperialismo y del nazifascismo, ya que los grandes intereses capitalistas se dan siempre la mano con la venalidad de los hombres de las semi-colonias que amasan fortunas a la sombra de los dictadores. Los apristas fueron y siguen siendo enemigos de tales dictaduras porque las consideran avanzadas del fascismo al desacreditar la democracia, llamándose demócratas y usando procedimientos típicamente totalitarios. Los apristas ni hablan ni han hablado de dictaduras paternales, ni han esperado que sea el simple funcionamiento de las leyes económicas (laissez faire, laissez passer), las que las lleven a su desaparición. Porque el sentido de la acción humana consiste en este aspecto en acelerar la evolución del proceso económico y hacerlo menos doloroso para las clases que sufren mayor explotación. (La Representación Juvenil Aprista al Congreso de la Juventud por la Victoria, celebrado en México, impidió que por un mal entendido sentido de "táctica" —se trataba en realidad de un oportunismo— se eligiera al déspota centroamericano que asesinó a Sandino, entre los presidentes de honor de la conferencia).

Fascismo, imperialismo, dictaduras —fuerzas enemigas de la libertad y de la justicia social— han sido y son las fuerzas enemigas del aprismo.

Otro punto aprista que despertó las burlas de esa estulticia siempre dispuesta a censurar lo que no compren-

de, fué el de la interamericanización del Canal de Panamá. Para los Apristas, el Canal podría estar administrado por una compañía anónima cuyas acciones corresponderían a las naciones americanas en porcentajes determinados, debiendo ser Panamá el de mayor participación entre las indoamericanas. Este punto que se creyó encontraría la más decidida resistencia en los Estados Unidos, tuvo siempre, sin embargo, allí, defensores como el propio Presidente Roosevelt que hasta en el detalle numérico de las acciones correspondientes a cada país, coincide con el plan que podemos leer en "Defensa Continental" de Haya de la Torre. Y bien sabemos que, decir Roosevelt, quiere decir también los muchos espíritus progresistas y sinceramente democráticos de allende el Bravo.

La concreción realista del aprismo al programa indoamericano no ha significado nunca un encerrarse en la sola realidad indoamericana o americana. La posición del aprismo —un partido fuera de la ley hasta el 15 de mayo último— ha coincidido con la de la nación mexicana, la de política internacional más limpia y vigorosa, por lo menos hasta Chapultepec. Norma de tal posición ha sido el quinto y último punto del programa máximo del Partido: "solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidos del mundo". Ilustrativo a este respecto fué una discusión habida en Asamblea General del Partido en los tiempos lejanos —cercanos en otro aspecto— de la breve legalidad de 1931: se discutía las atribuciones de los secretarios del Exterior y del Interior y rectificando y ampliando el generoso criterio que había decidido que la del Interior se ocupara no sólo de las relaciones dentro del Perú sino en todo Latinoamérica, la consideración de este sentido no sólo indoamericano sino también humano del aprismo, hizo suprimir la Secretaría del Exterior.

El aprismo se hizo presente cuando la dolorosa tragedia de España con su solidaridad, que si no se hizo solidaridad material más efectiva, fué por la saña de la persecución contra el Partido en ese tiempo, que le impedía prestar una ayuda mayor al heroico pueblo español en armas.

Creo que basta lo anterior para dar una idea de cómo el aprismo no sólo ha acertado con los puntos para una

acción política de proyecciones indoamericanas sino también cómo el Partido Aprista Peruano los ha seguido con consecuencia ejemplar y con trayectoria vigorosa y límpida, en los problemas mundiales.

Pero no sólo interesa señalar el aspecto doctrinario del aprismo sino muy principalmente cómo esa doctrina ha provocado un verdadero movimiento espiritual, una mística que es quizá la más íntima razón de ser de la vitalidad del aprismo, y que explica cómo pudo resistir una persecución de catorce años, en la que se emplearon todos los métodos, desde los más brutales hasta los más refinados. Y es esta realidad espiritual en el mejor sentido de la palabra, no sólo la que nos aclara los hechos gloriosos de la historia aprista, sino también la que nos asegura las realizaciones del porvenir. En un mundo en el que es difícil encontrar otra cosa que fanatismos agresivos —tipo nazifascista o nipón—, o escepticismo decadente, el aprismo —"una doctrina política y un método de acción realista"— ha devenido una gran fuerza espiritual guiada por los más altos valores del Bien y de la Justicia. Una mística en el sentido de entrega de la conciencia vital a una causa justa, a un elevado ideal, que esta vez ha surgido del mismo dolor de nuestra realidad indoamericana. De ahí el realismo y el idealismo apristas. Porque una falta de mística es la raíz de muchos males y tal vez los más graves que puedan sobrevenir en un movimiento revolucionario: la pérdida del espíritu revolucionario y con él, del vigor revolucionario. Decrecimiento de la moral revolucionaria, es decir: desviación del movimiento por el sendero del personalismo. Y es razón también de oportunismo, porque un movimiento sin mística está poco menos que condenado a seguir una línea zigzagueante, que no es la de la aplicación de los principios a las circunstancias sociales, políticas y económicas —por definición cambiantes— sino sacrificio de los principios a éstas y con ello los males señalados anteriormente.

Que no encuentre la intención desviada demasiada similitud entre la mística aprista y un fanatismo de cualquier especie, precisamente en un momento histórico que aun no acaba de liberarse de fanatismo o intolerancia agresiva, que conduce a la opresión injusta y sangrienta, con-

secuencia de esa otra entrega a los poderes del mal, unida a las fuerzas económicas del pasado, que aparecen bajo la forma de contravalores diabólicamente exaltados, momento en el cual si bien los representativos de éstos han sido militarmente aplastados casi en su totalidad, no dejan de estar presentes con disfraces todavía sugestivos, momento en que paralelamente a la crisis del capitalismo vemos una dolorosa crisis espiritual, que tan íntima conexión guarda con la primera. La mística aprista o sea la entrega a los principios de justicia social, de libertad, que es auténtica entrega de la personalidad toda, asegura la solidez partidaria tan indispensable para toda acción desinteresada, fecunda y tenaz.

No ignora el aprismo y es antes bien, motivo de máxima complacencia para sus hombres, que su paso a la legalidad, como la fuerza política más poderosa del Perú, ha tenido como antecedentes no sólo sus largos años de lucha heroica —más heroica aún, cuando silenciosa e incomprendida y hasta calumniada, incluso hasta por algunos de los que debieran confiar en ella y alentarla—, sino también el clima, político indoamericano ya manifiesto desde tiempo atrás en Chile y Colombia, Costa Rica y México; y desde épocas más recientes Guatemala, Cuba, Ecuador, Bolivia y Salvador. El triunfo del aprismo —expresión de la conciencia indoamericana y adelantado del combate contra las tiranías— significa una de las más serias amenazas contra su prolongación y es promesa de lucha vigorosa contra las que quedan.

Decía Antenor Orrego —otro reciente Senador Aprista por la Libertad, Departamento Nor-peruano— en un artículo bastante difundido en la prensa ilegal del Perú, que el ejemplo de Haya de la Torre —compañero y jefe de los apristas— era verdaderamente único: un hombre pobre, perseguido, calumniado, con la sola fuerza de su inteligencia y con el solo prestigio de su moral, en la que creían y de la que sabían los mismos que lo calumniaban, que aunque no podía mostrarse en público, lograba hacerse oír mucho más que los económica y políticamente poderosos. Y esto cuando la libertad de prensa no existía en absoluto en el Perú. Por ello pensamos que el triunfo del aprismo es el triunfo de la fe consciente que se sobre-

pone a todos los humanos desmayos, y de la moral, que sabe despreciar las fáciles pero tan atendidas tentaciones de nuestra tan poco limpia política latinoamericana.

El triunfo aun parcial, obtenido por el aprismo en el Perú, no es sólo triunfo peruano sino latinoamericano y, aun más, mundial. La democracia del mundo se ha enriquecido con el triunfo de quienes tanto habían sufrido por ella. La democracia de América tiene un voto más entre los ya mayoritarios del Continente.

Los años de prueba por los que ha pasado el aprismo son también —y esto vale ser destacado— la mayor seguridad en la perseverancia y eficiencia de la acción por desarrollar: incorporación del indio a la vida nacional, industrialización del país, educación —educar es redimir— sanidad, reforma tributaria, carreteras como parte de un plan de economía nacional, etc., etc.

No podemos dejar de mencionar el sentido mexicanista del triunfo del aprismo en el Perú. Junto con el Laborismo inglés y el Kuo Ming Tang chino, la revolución mexicana, es el otro gran hecho político en el que el aprismo reconoce paternidad, de presencia más firme y vigorosa esta última, por ser más cercana y por la múltiple semejanza —bastante conocida para que insistamos en ella— entre México y Perú. Contra quienes no veían en la revolución mexicana más que revueltas sangrientas con personajes pintorescos y temibles, contra la mojigatería de la América Latina, desorientada adrede por una prensa reaccionaria, Haya de la Torre fué uno de los pocos primeros en señalar y exaltar el gran paso adelante que estaba dando este gran pueblo hermano: México. Por ello el triunfo aprista es otro paso adelante dado por la revolución mexicana, —demasiado significativa y generosa para ser tan sólo mexicana—. Y si pese a errores, desviaciones y torpezas —muchos de ellos inevitables, otros no— y lo todavía mucho por hacer, la revolución mexicana es la causa de México, la causa de México ha triunfado también, al triunfar el aprismo en el Perú.

El Aprismo, —acción peruana por su misma estructura, concepto indoamericano, sentimiento humano—, pertenece, lo repetimos, a Indoamérica y por lo tanto, a las corrientes progresistas del mundo entero.

RAZON DE MEXICO Y ESPAÑA

Se ha ganado la guerra —cuando estas líneas aparezcan, la agonía japonesa habrá terminado del todo— y comienza ahora a ganarse la paz. Teníamos miedo de que las tácticas empleadas en la guerra ensuciaran, impidiesen la limpieza final de la paz y de que la lucha hubiera sido inútil para esa mañana del hombre que se perfilaba borrosamente como promesa merecedora de todos los sacrificios. El miedo estaba justificado, porque a lo largo de la guerra se habían dado —en aras de la oportunidad política y de necesidades militares demasiado aquilatadas— toda clase de claudicaciones en lo que se refiere a los postulados democráticos por los que se decía luchar. Existía el temor de que a la facilidad de las operaciones se sacrificara el sentido final de la guerra, que era y es en defintiva el sentido de la paz. Y es que además no se veía que los viejos vicios y sistemas políticos que llevaron irremediablemente a la contienda se hubieran arrancado de cuajo, como hubiese sido necesario, durante ella. ¿No se iban, pues, a arrancar en la paz? ¿Iba a ser ésta una reafirmación de los poderes anteriores a la guerra, sin rectificación alguna en el sentido de buscar un camino nuevo? ¿Todo había de seguir igual y se iban a conservar, en honor de un orden y de una pacificación artificiales e impuestos, los regímenes que la habían precedido, empujado y causado? ¿Es que eran sólo Alemania e Italia los regímenes totalitarios que justificaban la lucha tremenda, y habían de tolerarse por comodidad diplomática y por cobardía ideológica, los que con su material apoyo directo y bajo su influencia doctrinal se habían instaurado a la fuerza? El panorama no era precisamente propicio a la esperanza y a la fe segura en los nuevos caminos del mundo. Por el contrario: la mayoría de los acontecimientos políticos, casi todas las palabras y anuncios de algunos directores de la victoria guerrera, parecían defraudar —y en ocasiones grotescamente— esa esperanza y esa fe.

Pero el final de la guerra ha provocado otros acontecimientos y otras palabras que parecen limpiar el aire viciado que respirábamos, y que han venido a demostrar que el mundo no se dejará arrebatar los frutos de un sacrificio demasiado grande para que lo administren después los que están vueltos de espaldas a sus anhelos primeros, tristemente enraizados en viejas posiciones, irreconciliables ya con las

realidades presentes y futuras. El pueblo inglés en sus elecciones últimas ha derrotado al artífice principal de su victoria guerrera, simple y sencillamente porque la política que representaba no es la que Inglaterra necesita para la paz, enfrentada a sus problemas internos e internacionales. Y junto al caso de Inglaterra —doblemente significativo por lo que representa de viraje total en un pueblo apegado por tradición a un camino invariable— se podrían citar otros muchos que matizan y señalan favorablemente los cambios que se están operando en el mundo, anunciadores por fin de un alba nueva que parecía no querer o poder saltar nunca las puertas que le habían atrancado.

El mundo, en trance ya de enfrentarse a sí mismo, con la decisión de limpiarse los recovecos últimos de la conciencia, ha vuelto a poner sobre el tapete el caso de España, que no dejó nunca de hacerse presente —aun arrumbado como estaba en el fondo más sucio de esa conciencia— con su aguijón acusador. Después de más de un lustro de eludir la cuestión, de procurar olvidarla y preterirla ante necesidades de orden práctico —razones ensuciadoras de la limpia razón verdadera, tan difícil, a lo que se ve, de defender resueltamente—, el mundo, enfrentado con su organización presente y futura, tiene que volverse hacia lo más bochornoso de su pasado inmediato, para ponerle urgente remedio. Y hace unos días, después de la victoria del laborismo británico, acaba de pronunciar por boca de los tres representantes principales de su victoria sobre el fascismo, reunidos en Potsdam, un primer fallo sobre la cuestión, fallo del cual cabe esperar se saquen en breve consecuencias de enorme importancia. Por lo pronto, el régimen de Franco no puede entrar junto a las naciones unidas en la nueva organización del mundo. Se ha repudiado al fin lo que había sido objeto antes de las más turbias concesiones, lo que se ha mantenido sobre la voluntad del pueblo español, sólo a merced de una política internacional que sobreponía —por necesidades de guerra no sabemos hasta qué punto justificables— los medios a los fines. Y los sobreponía de tal manera, con unos visos tales de concesión y respaldo sin condiciones, que los fines verdaderos —los que nos llevaron a luchar a los españoles primero y a las demás naciones después— parecían evaporarse para siempre, esquivados como verdad demasiado peligrosa de mantener.

El mundo empieza a buscar su camino con valentía, extirpando los obstáculos que aún tiene sembrados en él, recuperando una línea recta hacia sus objetivos que había perdido al parecer en su casi totalidad. Y decimos en su casi totalidad porque hay en esa política de conveniencias, desviada del fin, demasiado apegada a los medios, una

excepción gloriosa: la del Gobierno y el pueblo de México, mantenedores inflexibles, rectilíneos, intransigentes —como se debe ser con toda verdad tenida y mantenida— de una clara política internacional. El mundo comienza a dar la razón a México en el caso de España. Y esperemos que no se la dé demasiado tarde, para remediar lo que el mismo mundo, con ceguera y cobardía incomprensibles, contribuía a hacer irremediable. Nunca es tarde, en todo caso, para limpiar la propia conciencia, y el mundo tenía clavada en la suya la acusación de España. Es de justicia reconocer que la voz acusadora, que la voz que ha removido constante, incansablemente su adormecimiento, ha sido la voz justiciera, implacable en su razón y sus razones, de México. Repasemos, siquiera sea en sus líneas generales y sobre sólo unos cuantos hechos concretos, ese alegato mexicano en favor de la justicia y de la España republicana, una y la misma cosa desde que se fundieron en un único heroísmo, impotente contra la confabulación internacional, sobre la tierra española. (Hacer la historia detallada de la actuación de México en el problema español requeriría márgenes mucho más amplios que los de este comentario).

Cuando el mundo entero —con la otra excepción de Rusia— abandonaba a su suerte al gobierno legítimo de España, México —con el general Cárdenas entonces a su cabeza— estuvo decididamente a su lado. Y le prestó aliento y ayuda en todos los caminos que le dictó un afán de eficacia, puesto al servicio de una razón desinteresada y humana. Cuando alguien intentó mediar al principio de la guerra española entre los bandos contendientes (Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz, Montevideo, agosto, 1936), México se negó a dar igualdad de trato al gobierno legítimo y a los facciosos, interviniendo en los asuntos que le correspondía resolver a un gobierno amigo. Y cuando nadie vendía armas para defenderse a ese gobierno —que tenía derecho a comprarlas, enfrentado como estaba a una insurrección militar interna—, México le enviaba desde Veracruz —21 agosto, 1936— fusiles y municiones, y lo declaraba valientemente al mundo por boca del Presidente Cárdenas en su mensaje al Congreso de primero de septiembre de aquel año. El presidente de la Cámara se hacía eco de las medidas del Ejecutivo Federal en la forma siguiente: *Vender pertrechos de guerra y prestar ayuda moral —e inclusive material— a un gobierno amigo, legítimamente constituído, está perfectamente ajustado a las normas de ética que presiden la vida de relación internacional. Obrar de otro modo equivaldría a conceder implícita beligerancia a una insurrección militar a todas luces contraria al sentir del pueblo de México.* Impecable actitud que, de

haberse seguido por potencias más obligadas a adoptarla por compromisos adquiridos y anteriores, hubiera evitado la tragedia española y muchas cosas más.

Y en la Sociedad de Naciones, a donde España, por medio de su gobierno, llevó incansable e inútilmente su caso, fiel siempre a sus compromisos internacionales, sometiéndose razonablemente a la sinrazón de entonces, la causa de la República Española encontró en todo momento, con el mismo calor invariable, con la misma seguridad en la justicia de su posición, con un valor que no amilanaban la "prudencia" y la "sensatez" reinantes, vergonzantes apaciguadores de una hoguera incontenible, la voz generosa y el apoyo incondicional de México. En la memoria de todos están las intervenciones de sus representantes en la Sociedad, principalmente de los licenciados Bassols y Fabela. Con una constancia tan admirable como inútil ante la ceguera de los que no querían ver, los representantes de México recordaron a los miembros de la Sociedad las obligaciones y deberes que les imponía la letra misma del Pacto, y defendieron los derechos de la República Española, que estaban también claramente delimitados y señalados en el Pacto mismo. Repase el lector la historia de las reuniones de la Sociedad de Naciones durante los años que duró la guerra de España y se le hará patente una vez más la puntualidad con que México acudió a todas las citas que le daba la cuestión española, cómo defendió sin desmayo, frente al ahogo de la no-intervención, la libertad de los republicanos españoles. Nosotros queremos reflejar su actitud en la personal que le cupo tener a su presidente entonces que, entre otras cosas, decía al licenciado Isidro Fabela en carta del 17 de febrero de 1937: *Creo conveniente atraer su atención sobre el espíritu de absoluto desinterés y de irreprochable lealtad internacional con que el Gobierno de México ha procedido y procede en lo que respecta al actual conflicto de España... Sería necesario explicar con precisión el alcance real de nuestra conducta, la cual, a nuestro juicio, es la que deberían haber observado todos los países. Conviene ante todo hacer ver hasta qué punto la actitud de México en relación con España no se encuentra en contradicción con el principio de no intervención... Bajo los términos de no intervención se escudan ahora determinadas naciones de Europa para no ayudar al Gobierno español legítimamente constituído. México no puede hacer suyo semejante criterio, ya que la falta de colaboración con las autoridades constitucionales de un país amigo es, en la práctica, una ayuda indirecta —pero no por eso menos efectiva— para los rebeldes que están poniendo*

en peligro el régimen que tales autoridades representan. Ello por tanto, es en sí mismo uno de los modos más cautelosos de intervenir...

Así se expresaba en los casi comienzos de la guerra española el hombre que había de mantener esta actitud a lo largo de ella y que había de coronar su luminosa visión del problema —los años han venido a darle la razón que ahogaron entonces los que con su miedo empujaron a Europa a la catástrofe— con medidas humanitarias ejemplares cuando la desgracia española lo requirió. Tampoco es necesario recordarlas, porque también están en la memoria de todos y viven su realidad magnífica todavía: primero, durante la guerra misma, dar refugio material en Morelia a los niños huérfanos españoles y refugio cultural en la Casa de España en México a los intelectuales, que veían interrumpida su labor por la contienda. Después, desde el primer día de destierro, abrir las puertas del país a los que salieron de su tierra perseguidos, en derrota transitoria, y ayudar en Francia —prestándoles toda clase de protección y apoyo, salvando muchas veces las vidas que el entreguismo de Vichy no se atrevía a negar a un Franco demasiado amigo de Hitler en aquellos días— a los millares de refugiados que no pudieron trasladarse a América y que esperan la liberación final de su patria, tras seis años de campos de concentración y de padecimientos. (Por el convenio franco-mexicano de 22 de agosto de 1940 quedaban los españoles en Francia bajo la bandera protectora de México).

Esta política del Presidente Cárdenas con respecto al problema español ha sido y es fielmente seguida por el actual presidente de México. El general Avila Camacho no ha reconocido el régimen existente en España. Cuando su declaración de guerra al Eje ("La violencia ha venido a buscarnos", 1º de mayo de 1942) calificó la guerra de España de *golpe de estado internacional que, con la apariencia de una revolución de finalidades nazifascistas, hundió al heroico pueblo español en un mar de sangre.* Y toda su conducta y su criterio en el caso nuestro vienen a tener culminación el 19 de junio de este año, en el discurso que pronunció el Dr. Luis Quintanilla a nombre de la Delegación Mexicana en la Conferencia de San Francisco: *Dado que esta guerra tiene por objeto acabar con los últimos vestigios del Eje... no resulta poco razonable exigir que ningún gobierno* DE FACTO *impuesto a cualquiera nación por fuerzas militares del Eje, llegue a participar en la conferencia de la Sociedad de Naciones Unidas... Podemos hablar al fin con intransigencia. Podemos ahora, sin poner en peligro el curso de las operaciones en Europa, decir toda la verdad. Y la verdad histórica es que la ayuda militar dada a Franco*

por las legiones de Mussolini y la fuerza aérea de Hitler es la única razón por la cual no se encuentra representada aquí hoy la España republicana... La intervención militar italiana y alemana en España constituyó una flagrante y criminal violación del principio de "no-intervención" que tiene tan vital importancia para México y para todas las pequeñas naciones del mundo... Consideramos este principio tan esencial para el mantenimiento de un orden mundial decente, que si hiciéramos una sola excepción, toda la estructura de la seguridad colectiva y todo el derecho internacional se verían en serio peligro... Su desaparición [la de Hitler y Mussolini] *no puede borrar automáticamente los pecados del hombre a quien ayudaron a escalar el poder. Señor Presidente: España fué una de las primeras víctimas del fascismo internacional. Centenares de miles de héroes que combatieron y perecieron por la causa de la democracia fueron realmente los primeros aliados de las naciones unidas. Los millones que quedan tienen el derecho de compartir nuestra victoria, ya que se trata de una victoria que es también victoria de ellos.* La voz de México se hacía escuchar una vez más en defensa de la justicia y del pueblo español. Y esta vez ganaba la primera gran victoria de su causa en desgracia. En San Francisco se repudiaba colectivamente la dictadura franquista, y México, que libró la misma batalla desde un principio, abría el camino de Potsdam. El mundo empezaba a dar la razón a quien no dejó de tenerla y mantenerla nunca.

La coyuntura actual del mundo, ganada al fin por la impecable tesis mexicana, nos brinda a los españoles desterrados la ocasión esperada. Ojalá las horas que se aproximan con prisas pavorosas no nos alcancen en la situación a que nos llevaron tantos errores y disputas inútiles. La meta, que se deja ver ya, parece surtir los efectos que nuestra fe auguró siempre, y la hora que viene nos encontrará al fin unidos. La hospitalidad generosa de México tendrá en su seno al salir este artículo un gobierno español en el destierro, dispuesto a la actuación inmediata y urgente que las circunstancias demandan. Reunidos nuestros políticos alrededor de la única fórmula que podía aunar sus posiciones divergentes en un esfuerzo común: la legalidad republicana, y con los órganos de esa legalidad vivos de nuevo y funcionando, los desterrados todos, olvidando rencores y equivocaciones para entregarse a la reconquista de la libertad de España, darán a su nuevo gobierno todo el apoyo y la autoridad que necesita para enfrentarse a su labor tremenda. Para la solución de nuestro problema interno —espinado de pequeñas rencillas y cuestiones— también el México vuelto a nosotros nos había dado ya la fórmula: razón y

corazón siempre juntos. Espléndida ecuación del hombre que los hombres pueden trasladar a su pueblo. Razón tenemos ya, y es razón de España —es decir, razón de ser— nada menos. Y el corazón común sabremos encontrarlo, lo hemos encontrado, si acercamos cada uno de los nuestros con decisión y entusiasmo a esa razón, a esa España que ya espera.

Después de entregado —14 agosto 1945— el comentario anterior a la redacción de Cuadernos Americanos se han producido acontecimientos en México que sería imperdonable no añadir a esa constante suma y sigue en la actitud mexicana en el caso de España. El 17 de agosto, en el Salón de Cabildos del Departamento Central, de espléndida tradición histórica, donde prometieron los diputados de México a las Cortes españolas de Cádiz, se reunieron las Cortes españolas desterradas para elegir presidente de la república a don Diego Martínez Barrio. El gobierno de México no se limitó a permitir la reunión: concedió las inmunidades necesarias para que las Cortes quedasen reunidas en territorio español, le cubrió la carrera con sus tropas al nuevo presidente de España y le rindió los honores que corresponden a un Jefe de Estado. El presidente Avila Camacho se hizo representar en el acto por el Jefe del Departamento Central, y el Secretario de Guerra, general Lázaro Cárdenas, envió con cuatro generales de su estado mayor un mensaje de felicitación al presidente Martínez Barrio, concebido en términos de la más amplia adhesión a la victoria futura de la República española. El acto tuvo, gracias al apoyo del gobierno mexicano y al calor que le prestó el pueblo reunido en el Zócalo, una solemnidad igual a la que hubiera alcanzado en el propio Madrid y una emoción y significación quizá mayores. Españoles y mexicanos vieron renacer, en medio de un entusiasmo extraordinario, un régimen que no amilanó la derrota transitoria. Y al amparo de México, en su seno, se está formando en los momentos que escribimos —plazo último ya de la revista— el gobierno español que ha de procurar la reconquista de las libertades nacionales. Ojalá los españoles todos respondan a la abnegada actitud republicana de don José Giral, el hombre del 18 de julio del 36, encargado de formarlo, y agradezcan de manera digna, con la altura necesaria, el gesto magnífico de México para con nuestra España.

Francisco GINER DE LOS RIOS.

Aventura del Pensamiento

"RAZA", VOZ DE MALA CUNA Y DE MALA VIDA

Por *Fernando* ORTIZ

La *raza* es un concepto humano tan histórica y científicamente convencional y cambiadizo como social y vulgarmente altanero y despiadado. Pocos conceptos hay más confusos y envilecidos que el de *raza.* Confuso por lo impreciso, envilecido por los vituperables menesteres políticos y sociales en que ha sido empleado.

El mismo vocablo "raza" no tiene una pura generación y llega a nosotros manchado de infamia. "Raza" es una mala palabra. "Raza" es voz de mala cuna y de mala vida.

Se dice que el concepto que hoy se tiene por lo común de la raza es relativamente nuevo en la historia, fijándose su aparición por el siglo XVI, si bien algunos, como Lord Bryce [1] y otros después, creen que el concepto no adquirió su sentido presente sino hasta la época de la Revolución Francesa. Se ha dicho también que el concepto de raza no se encuentra en las literaturas de Egipto, de Judea, de Grecia y de Roma, aun cuando estos pueblos tuvieron contactos frecuentes con otros grupos humanos de muy diferentes apariencias.[2] Pero todo esto requiere una explicación para no caer en equívocos.

Es indudable que siempre los seres humanos han reconocido diferencias entre sí por sus caracteres corporales más ostensibles, por ejemplo por el color de su piel, y que han apreciado su carácter hereditario y lo misterioso de toda coloración distinta de la corriente y acostumbrada. Aun cuando el concepto de raza, tal como se acepta en los

---

[1] *Race Sentiment as a Factor in History.* Londres, 1915, pág. 25.

[2] MARK GRAUBARD: *Man, the Slave and Master.* New York, 1938, pág. 299.

últimos siglos, no haya sido corriente en la antigüedad, es cierto que los hombres a lo largo de la historia se han considerado como separados en grupos de individuos dotados de caracteres personales semejantes entre sí y distintos de los manifestados por los demás grupos extraños. No hay pueblo de los llamados primitivos que, por ejemplo, no dé algún valor de diferenciación a las distintas pigmentaciones cutáneas. Los más atrasados indios de América y negros de Africa jamás han considerado al blanco como un igual, ora para beneficiarlo con su admiración hasta la actitud adorante, ora para repelerlo con su hostilidad hasta la lucha a muerte.

Para el primitivo, el individuo de piel distinta es un ser extraño y peligroso, dotado de sacralidad. Lo mismo piensa del albino, del jorobado, de los mellizos, de los nacidos con dientes, o con seis dedos o con otra anomalía cualquiera. O se les exalta o se les destruye, pero no se les mira con indiferencia; son seres sacros. Cuando un grupo humano sabe de otro grupo distinguido por el color de su piel, trata de explicarse siempre esa diferencia congénita, generalmente por razones de mitología cosmogónica, y de acuerdo con tales criterios concibe una clasificación de los seres humanos. Véase un curioso ejemplo. Los negros bakongo dividen a los hombres en cuatro grupos que ahora llamaríamos "razas": los blancos, los portugueses, los *bangundu* o sean los cocodrilos, y "ellos mismos", o sean los negros. Los blancos son los europeos, sin categoría de autoridad, con quienes los bakongo se relacionan; los portugueses son los europeos que los dominan; los cocodrilos son los seres humanos que por especiales dotes mágicas se transforman, según ellos, en tales bestias; y los negros son "ellos mismos", es decir, los clasificadores.

Es fácil sonreírse, con expresión de altiva superioridad, al enterarse de conceptos raciales tan singulares como esos de los bakongo. Pero esas clasificaciones de razas que no distinguen a la especie humana de las de los animales no son exclusivas de los hombres de la selva; pueden encontrarse también en la reciente bibliografía de la llamada ciencia nazi. Al menos por obra del Prof. Herman Gauch, quien dice textualmente: "Podemos, pues, establecer el siguiente

principio: no existen características, ni físicas ni psicológicas, que justifiquen la distinción entre el "reino del hombre" y el "reino animal". Las únicas diferencias que existen son aquellas entre los hombres nórdicos, de una parte, y los animales, de otra, incluyendo en éstos a los hombres no nórdicos, o sean los subhombres, que son una especie de transición".[3] Esta clasificación de la seudo ciencia nazi es aún más sorprendente que la bakonga, porque si ésta equipara ciertos animales a los seres humanos lo hace basándose en que éstos al morir reencarnan en los cocodrilos; creencia, la de la metempsícosis y del totemismo, que fué muy frecuente en la humanidad cuando ésta, sin el auxilio de la ciencia, trataba de explicarse los misterios del "más allá". Pero no sonriamos ante esa degeneración de algún profesor al servicio de las políticas criminales. Tras de estas salvajes renovaciones de los mitos arios hay la espantosa tragedia de un mundo sangrante y lacerado.

Esta clasificación de los bakongo es ya avanzada, pues comprende varios términos nacidos de criterios religiosos y políticos, y el grupo humano propio ya queda incluído dentro de un término genérico mayor. La clasificación más simple y primaria es la que separa el núcleo propio de toda otra clase de seres humanos; la que distingue en lo antropológico y social el "nosotros" y "los demás", así como en metafísica el "yo" y el "no yo".

Se dice que aun entre ciertos grupos de animales de una misma especie se suele observar cierta tendencia, diríase que intuitiva, al reconocimiento de la condición del extraño como distinta, y a veces enemiga, a la del grupo propio. Los naturalistas ofrecen casos muy expresivos. Cualquiera ha podido presenciar en la vía pública la animosidad de los perros contra el can recién aparecido y las meticulosas exploraciones y los tratos recíprocos que impone la desconfianza de la perrería antes de llegar a la admisión cortés de un nuevo compañero.

Igual criterio de distinción defensiva ha debido de tener toda tribu primitiva, así como el niño distingue al extraño de toda otra persona que le es familiar. Toda tri-

---

[3] *Neue Grundlage der Rassenforshung*, pág. 79. (Cita de L. L. Snyder. *Race*. New York, 1939).

bu suele considerarse a sí misma como genéticamente diferente de todas las otras o sea del resto de los seres humanos. Así en Africa, como en América o en Oceanía, es muy frecuente que los componentes de cada tribu se denominen a sí mismos "los hombres", por antonomasia. Esto ocurre aún con gentes del mismo color y de iguales o parecidas costumbres. Para los negros bantú y otros, la palabra "hombres" se aplica sólo a los miembros de su tribu, los otros negros no son "hombres".

Este calificativo antonomástico lleva consigo implícita o explícitamente un rango exclusivo y de superioridad. Como si dijera "los ricos", "los inteligibles", o, como en castellano se diría, "son gente". Algunos, como los hotentotes, se califican a sí mismos como los *khoi-khoi,* es decir los "hombres de hombres". Buen ejemplo y muy relevante de este sentido discriminativo es la tribu bakairi de los indios suramericanos, en cuyo gentilicio (que quiere expresar "nosotros los hombres") figura la raíz *kura,* que significa a la vez "nosotros" y "buenos", mientras para ellos la voz *kurapa* quiere decir por igual "nosotros no", "extranjeros" y "malos".

Cuando los conquistadores blancos avasallaron al antiguo Perú, los indios adoptaron el vocablo *runa,* de la lengua quichua, que quiere decir "hombre", para significar "toda suerte de indios naturales de la América", diferenciándolos con este apelativo antonomástico de los españoles y demás europeos,[4] los cuales tan sólo venían a ser para ellos como seres ultrahumanos o casi humanos.

A veces las tribus se consideran como constitutivas ellas solas de la humanidad entera y el resto es como una subhumanidad próxima al mundo pero perteneciente a otro mundo, al de los seres bestiales o al de los muertos.

En ocasiones los pueblos, al ser sorprendidos por la inesperada aparición de seres humanos muy extraños por su color, pelaje, vestimentas, armas y ostensible poderío, los han tomado como superiores, como seres sobrehumanos. Así ocurrió en las indias Antillas al ver sus indígenas a Cristóbal Colón y a su gente, blanca, barbada, vestida

---

[4] Bernabé Cobo: *Historia del Nuevo Mundo.* Sevilla, 1892. Tomo III, *pág.* 12.

y con carabelas, espadas y culebrinas. Tuvieron a los europeos por gentes *turey* o sagradas, como los mexicanos llamaron a los españoles *teules*, de *teotl*, "dios". Pero casos como éstos son excepcionales y transitorios. Los mismos antillanos hicieron experimentos para averiguar si aquellos extraordinarios intrusos, que perturbaban su orden social establecido, eran o no mortales. Ha quedado en la historia el experimento del indio de Puerto Rico que sumergió en el río a un español para ver si los blancos se ahogaban.

Como se observa, en los pueblos llamados "primitivos" de todos los continentes, los "hombres" son tan sólo los individuos del grupo tribal, los *in-group*, como dicen los antropólogos ingleses; los *intraneos* o *intrañeros*, como pudiéramos decir en español. Ellos se distinguen así de los otros seres de la especie del *homo sapiens;* los cuales, aun siendo del mismo color de piel, son forasteros del grupo. Son del *out-group*, o sea *extraneos* o *extrañeros*, como antaño se decía muy bien en Castilla, con voz hoy arcaica pero de reivindicación conveniente.[5]

Por América, Africa y Australia, son también frecuentes las leyendas que consideran a los blancos como "hombres" retornados del mundo de los muertos, o como exhombres o ex-miembros de la tribu, generalmente como antepasados héroes o semidioses y revestidos sus cuerpos de una albura fantasmal.

Los datos históricos del antiguo Egipto comprueban que en aquella civilización también los egipcios se creían autóctonos, creados por los dioses con independencia de todo otro núcleo humano. "Ellos solos eran 'los hombres'

---

[5] Claro está que del vocabulario español actual, para significar al individuo *out-group* pudiéramos preferir la voz corriente *extraño;* pero eso nos llevaría, por un lógicamente forzoso paralelismo, a escoger *intraño* para el *in-group*. *Intraneo* y *extraneo* nos parecen mejores y más exclusivos para esta terminología antropológica, en castellano, aparte de ser más morfológicamente próximos al básico latín (*intraneus* y *extraneus*). Además, *intraneo* y *extraneo* son correctos arcaísmos de Castilla. *Intrañero* y *extrañero* acaso corresponderían más al genuino sabor del lenguaje castellano, pero hoy quizás parecieran demasiado rancios. También pudiera decirse *indígenas* y *alienígenas*, pero los conceptos no son equivalentes; estos vocablos son de sentido geográfico y genético y aquéllos son de sentido social.

(romet); los otros pueblos eran denominados asiáticos, libios o negros, pero no 'hombres'. Según la mitología, estas naciones descendían de los que fueron enemigos de los dioses, de los que escaparon de las iras del dios solar *Ra*, cuando éste venció a sus adversarios en Edfú. Unos pocos huyeron al sur y fueron los etíopes, otros escaparon al norte y devinieron asiáticos; de los fugitivos en el oeste vinieron los libios y de los refugiados en oriente los beduínos".[6]

También los egipcios "se consideraban a sí mismos superiores a los extranjeros por el color de su epidermis", según el mismo Adolf Erman.

En los himnos sagrados de la época de Amenofis IV, se le dice al nuevo dios que fué impuesto por este faraón: "En los territorios extranjeros, de Siria y de Nubia, y en el país de Egipto, tú pones a cada uno en su lugar y haces lo que le es necesario; cada cual tiene su alimento y sus días están contados. Sus lenguajes son diversos como lo son sus aspectos. Su piel es diferente, porque tú has distinguido a los pueblos.

"Las antiguas pinturas de los habitantes de las orillas del Nilo —dice Wilkinson en su obra *Ancient Egypt*— nos demuestran la distinta coloración de la piel de las naciones con quienes tuvieron que tratar: el rojo-moreno de los egipcios, el amarillo castaño de los semitas, el color comparativamente más claro de los libios y el negro de los pueblos del interior de Africa". "Los cuatro colores de las razas humanas —dice Gerald Massey—, negro, rojo, amarillo y blanco, se encuentran en todos los monumentos y todos se funden en los tipos egipcios".[7]

Los griegos y luego los romanos para designar a los demás pueblos, al menos a los más apartados, usaron el término "bárbaro" que, según algunos, alude onomatopéyicamente a su lenguaje, al parecer ininteligible como un balbuceo, y, según otros, procede de un vocablo que quiere decir "negro" y dió nombre a los *bereberes*, a *Berbería* y a

[6] ADOLF ERMAN: *Life in Ancient Egypt*. Trad. ingl. Londres, 1894, pág. 32.

[7] GERALD MASSEY: *Book of the Beginnings*. I, pág. 17.

los antiguos *iberos* o pobladores de *Iberia,* la Península Ibérica.

Este criterio es el *etnocentrismo,* que aparece ya en la humanidad primitiva y no es sino "la conciencia de la solidaridad social ofensivo-defensiva de un dado grupo humano, expresada mitológicamente a falta de una explicación racional". Los mitos cosmogónicos de los pueblos así primitivos como antiguos suelen dar trascendencia a estas simples conceptuaciones del etnocentrismo, que varían según los tiempos y los pueblos y aun hoy sobreviven como ideologías de la barbarie.

Estas discriminaciones antropogónicas suelen ser explicadas como de origen divino o sobrenatural. El origen de la propia tribu o del propio pueblo suele confundirse con el origen del hombre, y los dioses consideran a esas primeras criaturas como "los hombres verdaderos" y "los elegidos". Pero, no obstante ese racismo teológico, las distinciones entre los "hombres" y "los demás" no siempre coinciden con diferencias morfológicas congénitas; por lo cual no son propiamente raciales. En esas distinciones las señas somáticas no son esenciales, sino meramente descriptivas cuando son muy aparentes. Su distinción de los otros seres humanos la establece cada pueblo de todos modos, aun sin connotación somática alguna, por referencias geográficas, religiosas, lingüísticas, indumentaria, etc., según los casos y las épocas. Los judíos decían *gentiles* a los no judíos, distinguiéndolos tan sólo por su religión diversa.

En estos términos no hubo pues un definido sentido biológico. Entre los diversos grupos humanos hubo siempre diferencias y conflictos, y se advertían las distinciones somáticas cuando éstas coincidían con las otras causas de diferenciación; el racismo no era entonces por sí una política ni una doctrina de biología. Para los pueblos antiguos, como para los primitivos, la distinción fundamental es la de *intraneos* y *extraneos,* y las diferencias de color, de cabello y otras corporales, que se hacían para denominar a tal o cual grupo humano, no eran sino indicativas y simbólicas. *Extraneo, extraño* y *extranjero* son palabras de una misma raíz, *extra,* que indica algo "de fuera", foraneidad o forastería.

Generalmente se aludía a la oriundez extraña, al país originario de su nacimiento, a la *nación* (del latín *natio*). En las grandes ciudades medievales de España, cada grupo de residentes extranjeros y de un mismo pueblo originarios formaban una *nación*, hoy diríamos una "colonia". También, en Sevilla y luego en las Indias, a los negros nativos de Africa y transmigrados a ultramar, esclavos o no, se les denominaba oficialmente "negros de nación", "flamencos de nación", etc. Así se indicaba en cierto vago modo un sentido genético, pero éste se refería a la cuna o tierra donde se nacía y no a la progenie de que se derivaba.

A los judíos no se les decía "nación" ni "gente", por lo general. Formaban una categoría especial porque los definía su particular religión y porque, además, la nación judía se tenía por desaparecida y su pueblo estaba sin territorio propio a causa de la *diáspora* o dispersión. Precisamente "el término *diáspora* fué primeramente usado por los griegos para designar una nacionalidad, o parte de ella, dispersa entre otras naciones, pero conservando su propia cultura".[8] *Diáspora* equivale a lo que luego se llamó "nación" y ahora decimos "colonia", en el sentido de un conjunto de extranjeros de una misma oriundez establecidos en un país. Esto no obstante, no se abandonó el concepto genealógico para los judíos, y a veces se les llamaba *israelitas* (de la estirpe del genearca Israel), si bien este apelativo solía referirse a los judíos históricos o de los tiempos bíblicos.

Algo análogo ocurría con los musulmanes. También se les denominaba *islamitas* o *mahometanos*, por su religión. O *moros*, adjetivo referente en concreto a los naturales de la Morería o antigua *Mauritania*, pero que implica en su origen un sentido racial de "color". Este vocablo llegó a ser sinónimo de mahometanos. A veces, para más detalle, se hacía referencia a la "nación" turca, a la berberí, etc. Sin embargo, no se olvidaron para los creyentes de Mahoma los antiguos apelativos de sentido genealógico, como *agarenos* (descendientes de Agar), *sarracenos* (descendientes de Sara) e *ismaelitas* (descendientes de Ismael).

[8] Robert E. Park. Prólogo a D. Pierson: *Negroes in Brasil*. Chicago, 1942, pág. xx.

Por lo común se empleaba con acierto en España el vocablo "gente", que tenía un claro y muy amplio sentido genético para significar una pluralidad de seres humanos; y también el vocablo "linaje", que expresaba la idea de una mera línea genealógica.

Con sentido semejante, aunque con mayor amplitud y extensivo a los animales, se usó todavía el vocablo *casta,* que originariamente significó "pureza", como se ve en sus derivados: *casto, castizo,* etc. Y cuando se hacía referencia a la condición genética del temperamento, índole o complexión de un individuo, o a su origen nativo, se acudía, como hoy, a los vocablos *naturaleza* y *natural.* Se dice, por ejemplo, que un sujeto es *natural* de un país y que es de *naturaleza,* o de su *natural,* blanco, glotón, criminal, enfermizo, etc. Pero la voz "raza", no por metáfora sino ya como un sentido más preciso, como una caracterización ostensible y hereditaria o significadora de un conjunto de cualidades congénitas y fatales de los seres humanos, no se empleó en el lenguaje general hasta por los siglos XVI y XVII.

Discuten los filólogos cuál debe ser la filiación lingüística del vocablo "raza". Una excursión por ese campo puede contribuir a explicar ciertos matices semánticos de dicha voz y una de las razones de su general adopción. Unos dicen que "raza" es voz latina, otros que sánscrita y otros que semita.

Se han dado varias etimologías latinas. Por la más común, "raza" procede de *radio, radias.* Según Jean Finot,[9] el primer uso del vocablo "raza" fué en 1600, derivado de *radix,* que quiere decir "raíz". Otra etimología latina hace nacer el vocablo "raza" del bajo latín *radia* y del clásico *radius,* "rayo". La Academia Española de la Lengua deriva de estas voces latinas los términos castellanos "raya" y "raza", si bien dando a esta palabra un sentido de "grieta, hendedura, rayo de luz que penetra por una abertura, lista de una tela en que el tejido está más claro que en el resto". Por esto se dice que un tejido tiene "razas" o que es "razado", y se llama "rázago" a la harpillera o al tejido burdo. Unamuno opinaba por estos antecedentes que "raza" es voz castellana, como "línea" o "raya". En

[9] *Le Préjugé des Races,* pág. 85.

Puerto Rico hemos oído decir recientemente, que "tiene raja" de la persona que no es totalmente blanca y entre sus ascendencias hay alguna línea negroide. "Raja" puede ahí expresar que la blancura está quebrada o rajada por una "línea" o "raja" oscura.

"Raza", según algunos, tuvo su origen del sánscrito *ra*, como idea de limitación, de alcance, de posesión, y del también sánscrito *ksats*, que quiere decir "cosa", "tierra". De un vocablo así compuesto se dice que en el alto alemán se formó *reiza*, "línea", equivalente a "raza", el cual pasó al italiano, al francés, etc.[10] Sin embargo, se ha advertido que en la obra de Josef Richter, *Grammatisches Worterbuch der Deutschen Sprache*, del año 1791, el vocablo se escribe *rasze*, lo cual parece presuponer su ascendencia italiana. Por otra parte, en lemosín se dice *retxa* o *reixa* por "raya" o "línea", cuyo sonido se aproxima más a la voz *raza*. Y ese etimo nos remontaría quizás al latín *rectum*, "recto", más que al sánscrito.

Una tercera etimología latina pretende derivar la voz italiana *razza* de *generatio;* pero esta etimología, que abandona precisamente el elemento semántico a la raíz idiomática para atender sólo al elemento fonético de la desinencia verbal, no ha sido aceptada.[11]

Otros sostienen que *razza* viene del latín *ratio*, en el sentido filosófico que se atribuyó a este vocablo hasta en la Edad Media, en la teología de San Agustín y Santo Tomás de Aquino.[12] La etimología derivada de *ratio* exige una harto larga, sinuosa y confusa vía, a través de muy sutiles disquisiciones metafísicas, desde la antigua teología cristiana. La "laicización" y la "trivialización" de esa palabra teológica *ratio*, alegadas por Spitzer, parecen más inverosímiles que la transformación del vocablo arábico *ra's* en la palabra *raza* de las lenguas romances; traspaso

[10] GAMILLSCHEG: *Etymologisches Woerterbuch der Franzoesischen Sprache*, 1928.

[11] W. MEYER-LUEBKE: *Romanisches Etymologisches Woerterbuch*, tercera edic., 1925.

[12] Véase un muy erudito estudio a favor de esta tesis en LEO SPITZER. *Ratio-Race "American Journal of Philology"*. Abril, 1941, vol. LXII. 2. 9. 129.

idiomático éste muy simple y breve, como fácilmente se verá.

La raíz semítica de "raza" es la voz arábiga *ra's,* que significa "cabeza", "origen" y, por extensión metafórica, "tronco de generación". El vocablo pasó del sur de España al resto de la Península para significar "res" y "raza" de ganado.[13]

Los romancistas han rechazado esta etimología, aun cuando la voz árabe *ra's,* "cabeza", aparece convertida en *res* y *rez,* "cabeza de ganado" en español y en portugués. Aquéllos se fijan, primero, en que de los fonemas *s* y *e* no hay trazo en la voz "raza" del español; porque la primera aparición del vocablo "raza", dicen ellos, no es la Península y, por tanto, añaden, es poco verosímil un influjo árabe; y además porque debe ser un principio de los filólogos romancistas, para sus etimologías de vocablos romances, no acudir a un idioma oriental, sino tan sólo en el caso de que no sea posible una explicación mediante una raíz procedente de los lenguajes latinos y romances. Estas razones no parecen incontrovertibles. La diferencia fonética entre *e* y *a* y entre *s* y *z* es harto breve y su trueque

---

[13] En pro del origen arábigo de este vocablo véanse: DOSY ET ENGELMANN: *Glossaire des mots Espagnols et Portugais dérivés de l'Arabe* (segunda edición, 1869, pág. 329, y BAIST: *Die Arrabischen Laute in Spanischen (Romanische Forschungen)*, vol. 4, 1891, pág. 415. Esta procedencia semita la sostienen modernamente LOKOTSCH (1927) y A. GOTZE (1934) en el diccionario etimológico alemán de KLUCE. Véase también ERIC VOEGELIN: *The Review of Politics,* II, pág. 283.

Recientemente ALEJANDRO LIPSCHÜTZ (*El Indoamericanismo y el Problema Racial en las Américas,* 2ª ed., Chile, 1944. pág. 29) hace hincapié en esta etimología: "La palabra *reshu* en asirio-babilónico (accádico), *rosh* en hebreo, *resha* en arameo, *res* en sud-arábigo y abisinio, *rasun* en norte-arábigo, dice en primer lugar "cabeza" (G. BERGSTRASSER, *Einführung in die semitischen Sprachen*, Munich, 1928, pág. 183). El diccionario de la lengua hebrea aplicado al antiguo testamento (K. FEYERABEND. *Taschenwörterbuch der hebräischen und deutschen Sprache su den gelesensten Teilan des Alten Testaments*", Berlín-Schöneberg, 1912), da los siguientes significados a la voz *rosh*: "cabeza, persona, persona principal, jefe, la capital, punta, primer rango, cima, el total, división o tropa de guerreros, punto de partida, comienzo, parte principal".

muy hacedero, para que el paso de uno a otro sonido sea inverosímil.

Si el vocablo "raza" no ha sido hallado primeramente en la Península Ibérica, no por eso resulta inadmisible su oriundez arábiga. Según el muy erudito ensayo etimológico del citado Spitzer, es incuestionable que la voz "raza" aparece escrita por primera vez en los lenguajes romances, en la Provenza medieval. El texto más antiguo parece ser uno del siglo XII, en Provenza, del poeta Bertrán de Born,[14] donde dice:

"*Rassa* vilana, tafura,
Plena d'enjau e d'usura
D'orguolh e de desmesura. . . "

Aquí la palabra "raza" tiene un obvio sentido despectivo y es aplicada como sinónima de "gente" o *gent,* que también se usaba en el viejo lenguaje lemosín. De esta voz provenzal algunos etimologistas han deducido la francesa *race.*

En un poema provenzal de 1275, dedicado al rey de Castilla, Alfonso X el Sabio, por el poeta Guiraut Riquier, aludiendo a los males juglares se dice "*menon vils rassas a deshonor vivén*". Recordemos que Provenza fué país dominado por los árabes, aunque no durante tanto tiempo como España y Portugal, y que hoy no se puede negar la antigua influencia arábiga en el lenguaje del lemosín y en sus poetas. Y no es menos imprudente olvidar el gran influjo de la literatura medieval de Provenza, en la primera época de la poesía peninsular, por toda España y Portugal. No es, pues, inverosímil que el vocablo romance *rassa,* si nació en Provenza, pasara de allí a la inmediata Península.

El poeta catalán Ausias March (muerto en 1458) usa el vocablo *raça* con un sentido de connotación corporal:

"*Bondat, virtut han perduda, sa raça
cossos humans han molt disminuit*".[15]

[14] En LEVY: *Prov. Supplement Worterbuch.* (Cita de L. SPITZER).

[15] Cita de SPITZER.

En la colección de versos populares titulada el *Cançoner de Zaragoza* se empleó la voz *rassa* en relación con animales:

"qui té falcó, ocell o ca de bona rassa".[16]

Por otra parte, el referido principio, alegado como norma de los romancistas, parece prudente siempre que la explicación etimológica latina que se proponga responda mejor que otra de oriental oriundez a todos los requerimientos fonéticos, semánticos, históricos y sociales que una etimología debe satisfacer. Y en nuestro caso, la derivación semita da una explicación más verosímil, más breve y más plena de sentido.

Acaso tenga relación raigal con "raza" la voz castellana *ralea,* aun cuando esto no se haya apuntado y se le atribuya una etimología latina, de *rarus* "raro"; de todos modos, ocurrió con "ralea" como con "raza". La voz "ralea" aun significa "especie", "género" o "calidad". Pudo decirse "buena ralea", como en el siglo XVI hacía Fray Bernardino de Sahagún, refiriéndose a "la mujer noble y de buena ralea, que es de buena parte y desciende de caballeros. . . y vive conforme a su genealogía, correspondiendo a su linaje". La palabra "ralea", como se ve, era de significado genético, como "raza", y también como ésta, según señala el mismo diccionario académico, tiene un sentido "despectivo" si "aplicada a personas, raza, casta o linaje", y procede así mismo del trato con animales, particularmente del lenguaje de la cetrería, y de las "razas" de las aves.

Parece comprobado que la voz "raza" se aplicó primero a los animales para señalar su casta y que, al extenderse metafóricamente dicha voz a los humanos, llevó consigo implícita una conceptuación de animalidad, por lo cual la palabra "raza" tuvo generalmente, desde su origen, un sentido despectivo. No hay, pues, que "laicizar" ni "trivializar" una voz expresiva de un concepto metafísico propio del lenguaje hierático; basta escoger un vocablo común del lenguaje usado para tratar de los animales y, por vía de metáfora y sin perder su sentido zoo-

---

16 Cita del diccionario catalán de AGUILÓ.

lógico, aplicarlo a los seres humanos. Esta metáfora deviene común precisamente en la época en que, por razones sociales, se trata de inferiorizar a determinados tipos de hombres hasta un nivel infrahumano, como el de animales.

No sabemos cuándo tal palabreja hace su aparición en las letras españolas. Nebrija no registra la voz "raza". No nos consta que los cronistas Gonzalo Fernández de Oviedo y Antonio Herrera emplearan la voz "raza" aplicada a los indios americanos. Aun cuando en sus obras trataron de éstos como si fueran de una "raza", en el sentido de un fatalismo genético a la vez de carácter corporal, mental y moral; por lo que dichos historiadores españoles han sido saludados como precursores de las modernas teorías racistas que dicen descubrir en el *Homo Sapiens* varias razas separadas entre sí por diferencias abismales,[17] aunque esto es erróneo ya que las ideas racistas, sin ese nombre, venían de más lejos.

Esto no obstante, Gonzalo Fernández de Oviedo sí emplea el vocablo "raza" en su *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, en su libro XIX. En dicha obra, publicada por primera vez en 1535, su autor, refiriéndose a los sucesos ocurridos en Cubagua, dice que en esa isla "han metido los españoles algunos puercos, de los que han llevado desta Isla Española é otras partes, de la raça o casta de Castilla". Pero nótese en seguida que ahí la voz "raza" está aplicada no a los seres humanos sino a los animales, como sinónima de "casta". Esto también parece corroborar el origen zoonómico de dicha palabreja.

Creemos que tampoco se usa la voz "raza" en la *Historia Apologética de las Indias*, que ya mediado el siglo XVI escribiera Fray Bartolomé de las Casas, libro compuesto para combatir el racismo antindiano y tan poco leído como curiosísimo para conocer el desarrollo de los conceptos raciales. Cuando Bartolomé de las Casas hace referencia a los indios, comparándolos con los castellanos u otros europeos, les dice "generaciones", "naciones" o "gentes" indianas, pero no los califica de "razas". Y aun en las

[17] Theodore Balk: *Races Mythe et Verité*. París, 1835, pág. 17.

veces en que aquél alude a ciertas condiciones que en ellos se suponen congénitas, dice que son "de su propia naturaleza". El vocablo más próximo al de "raza", entre los empleados por el P. Las Casas en su obra antirracista, es el de "linaje" y aun precisamente para decir que "todo linaje de los hombres es uno", como negando la existencia de las razas.

En la obra de 1537, muy recientemente publicada por primera vez, del P. Las Casas, titulada *Del Unico Modo de atraer a todos los Pueblos a la verdadera Religión,* se leen estas palabras: "toda y sola una *raza* o nación"; pero ellas no son sino traducción moderna al castellano corriente actual de la voz latina del verdadero texto lascasiano.

De otra parte, en las escrituras notariales otorgadas para la contratación jurídica sobre esclavos, para individuarlos, además del nombre de su bautismo y a veces el de su "nación", solía especificarse el apelativo de su color "negro, loro [18] o blanco"; pero no se empleaba la voz "raza".[19] En sendas escrituras de compraventa de esclavos, otorgadas por el siglo XVI en otras regiones de España, como Galicia y Cataluña, tampoco hemos hallado la voz "raza". En la *Historia del Nuevo Mundo* del P. Bernabé Cobo, escrita en 1650,[20] tampoco hemos dado, al correr de su lectura, con el vocablo "raza"; pero sí en su vez "casta", linaje y "naturaleza".

Precisamente por su originaria significación zoológica, la voz "raza" no podía eludir un sentido impropio y meramente metafórico y despreciativo si se aplicaba a los seres humanos; por lo cual no era adecuado su uso fuera del lenguaje vulgar, cuando se trataba de documentos jurídicos solemnemente otorgados y de escritos en lenguaje culto.

Es más verosímil, pues, que la voz española "raza", en vez de venir bajando de las alturas de la teología subie-

---

18 "De color amulatado o de un moreno que tira a negro", según el Dic. de la Acad. Las Casas decía "de color algo azafranado o, como decimos, *loro*".

19 Según los *Indices de los fondos notariales publicados por el Instituto Hispanoamericano de Historia de América de Sevilla.*

20 Publicada en Sevilla, el año 1890.

ra desde el lenguaje de la gleba; que la palabra fuese usada en España primeramente y desde tiempo atrás por el vulgo campesino, tomándola del árabe *ra's*, así como la supo utilizar y convertir en *res* para significar "cabeza de ganado".

Arabes y moros primero la usaron en los criaderos de sus famosos caballos y en sus chalanerías; y luego ellos y los judíos la extendieron por burda analogía, a los tratos de esclavos que hacían con los cristianos de la Europa mediterránea, en los cuales aquéllos demostraron también ser muy matreros.

En la Edad Media y aun en los albores de la Moderna, no hubo pueblo que no sufriera con frecuencia la esclavitud de sus hijos. Así los negros que eran arrebatados de las tierras bajo el Sahara y los atezados de Mauritania, Berbería y Egipto, como los blancos del Báltico y del Cáucaso y todos los pigmentos del Asia y de Eslavonia, hasta los guanches de color de codoñate y, después, los indios del Nuevo Mundo. Esclavos hubo así paganos y judíos como cristianos y musulmanes. Las guerras y las rapiñas no respetaron naciones; todo cautivo pudo ser esclavizado cuando no muerto. La esclavitud era como un favor para el vencido, una conmutación de la pena de muerte impuesta por el derecho de guerra a todo enemigo prisionero. Y los tratantes de esclavos, dada la abundancia de las mercaderías que eran objeto de su trato y su gran diversidad en colores, figuras, cabellos, lenguajes, religiones, costumbres y procedencias, tenían que distinguir las piezas de su comercio según sus respectivos tipos, principalmente por sus caracteres corporales y sus procedencias geográficas, que implicaban casi siempre otras características psicológicas y sociales. Ello era indispensable porque el precio de cada esclavo en el mercado se determinaba atendiendo los compradores a su color, su sexo, su lenguaje, su fe y su preparación para tal o cual trabajo y, además, en general, por sus oriundeces. Según eran éstas se les atribuían sendas condiciones anatómicas y de temperamento o conducta, tales como la belleza, la talla, la fecundidad, la robustez muscular, la laboriosidad, la docilidad, la intemperancia, la tanatomanía, la inteligen-

cia, la religión, etc. En la trata de esclavos se procedía en esto como en el chalaneo de caballos, procurándose fijar siempre con todo detalle el color, el alza y las demás condiciones de la bestia, según fuese destinada al tiro, a la monta, a la guerra, o al caballeo de lujo. Los mercaderes orientales, moros, turcos, árabes y hebreos, que en Ibiza, Venecia, Berbería, Egipto, Constantinopla y Arabia negociaban con el tráfico de esclavos tan diversos, los clasificaban según su "raza", empleando la voz semita *ras,* que indica "cabeza u origen", es decir, sus antecedentes genéticos.

Había tratantes tan expertos que con un rápido examen del esclavo en venta, deducían sus caracteres físicos y mentales, si eran fuertes y sanos como si eran humildes o pendencieros y torpes o inteligentes. Si se trataba de una esclava las exploraciones y deducciones del experto eran aun más amplias, más íntimas y más sutiles. Aun hoy día, a esa habilidad de diagnosticar las condiciones de una persona por su examen externo le dicen los árabes *filardsa.*

Los pueblos compradores de esclavos, cristianos y latinos, traducían generalmente el vocablo "raza" por "nación", atendiendo más a la oriundez que a la progenie. Así en Cuba los esclavos, aun en el siglo XIX, fueron distinguidos por "naciones"; y se dijo, por ejemplo, según los casos: de "nación mandinga" o "de nación lucumí" y "congo de nación", o simplemente, "de nación"; es decir, nativo de una nación africana y no "criollo" o nativo de América. Todavía en el siglo XIX, en las disposiciones de S. M. el Rey de España, era usualmente empleado el vocablo "casta" [21] como antes lo fué la palabra "gente".

La presión del ambiente económico esclavista desviaba la significación usual de las palabras y les daba refracciones semánticas muy diversas y caprichosas. El estudio del vocabulario de los pueblos de América, tocante a las

---

[21] Así puede verse en la R. C. del 15 de octubre de 1805 al Regente y Oidores de la R. Audiencia de Cuba sobre prohibición de los matrimonios de personas de blancos de "conocida nobleza y notoria limpieza de sangre con negros, mulatos, chinos y *otras castas*".

razas muestra claramente cuán extensa fué y es todavía la influencia social de la esclavitud en la semántica vernácula de ciertos vocablos muy castizos.

La misma voz "gente" fué complicándose en América con otras de sentido peyorativo. Los indios conquistados y sometidos a encomiendas y los negros traídos de Africa como esclavos tuvieron sus calificativos deprimentes. Los blancos conquistadores y los mestizos claros, asimilados por ellos, eran *gentes de razón;* los demás eran *gentes sin razón,* es decir, brutos. Hasta se declaró por sesudos clérigos que aquéllos no eran capaces de catecismo cristiano, y tan extendida fué esa doctrina que el Papa Paulo III mediante una bula tuvo en 1537 que condenarla por anticristiana.

Según escribió Miguel de Unamuno, el uso de la palabra "casta" también comenzó en la ganadería y por eso, al igual que la voz raza", sigue teniendo un sabor de animalidad. La palabra "casta" tuvo en América un sentido despectivo, aplicado a toda laya de mezclas de blancos, indios y negros, que en tipos y formas muy numerosas se daban en las colonias españolas. Denigrantes fueron asimismo las sendas denominaciones vulgares y oficiales que se adoptaron para significar cada uno de tales tipos mezclados; y es muy significativo que muchas de ellas también fueran tomadas del vocabulario usado para tratar de animales, tal como ocurrió con la voz "raza". Como dijo muy bien Nicolás León: "Una minuciosa revisión de la nomenclatura de estas *castas,* tanto de México como de Suramérica, nos manifiesta que ella deriva de la que en España se aplicaba a las bestias (principalmente caballar y vacuna), quizá para refinar más el desprecio de los peninsulares hacia las mismas. Muchos de los así apodados no ignorarían esa circunstancia, la cual, unida a otra, mantuvo tantos años el odio mutuo entre los naturales de México y de España".[22]

La observación del antropólogo mexicano es muy cierta. Algunos de tales apodos se referían a la aritmética de los mestizajes, falsa pero generalmente creída entonces,

---

[22] Nicolás León: *Las Castas de México Colonial o Nueva España.* México, 1924, pág. 27.

tales como *tercerón, cuarterón, quìnterón, requinterón, ochavón, octavón, ochavina,* etc. Y *puchela,* que derivaba de *pocho,* "quebrado de color", y *chamizo,* que quería decir "chamuscado". *Mestizo* y otros provenían sencillamente de expresar la mezcla de tintes. Pero los más de los apodos procedían de la folklórica nomenclatura de los animales. Ante todo, *mulato,* según la etimología que daba Covarrubias, procede de que la cría de blanco y negra "la comparamos a la naturaleza del mulo". *Albarazado,* del árabe, significa color *mezclado* de negro y cetrino o rojo, abigarrado, como ciertos leprosos. *Barcino,* "dícese de los animales de pelo blanco y pardo y a veces rojizo, como ciertos perros, toros y vacas"; y la voz procede del arábigo *baraxa,* "manchas en la piel del caballo". *Cambujo,* tratándose de animales menores equivale a "morcillo", es decir al nombre que se le daba al caballo de color negro con viso rojizo. *Calpamulo,* que se decía al individuo entre negro y albarazado, era aún más grosero que *mulato. Coyote* derivaba del vocablo mexicano *coyotl,* "especie de lobo de color gris amarillento". *Cuatralbo* se decía del caballo o res que tenía blancos los cuatro pies. *Galfarro* era el gavilán de plumaje grisáceo con fajas parduzcas y rojizas; pero, además, significaba hombre vago y de mala vida. Aparte de ser "sinónimo de cabra", como dice N. León. *Grifo*[23] puede referirse a los caballos crespos y enmarañados; pero también a cierto animal fabuloso, medio águila y medio león. *Harnizo* se apodaba al hijo de blanco y coyote, con vocablo traído del árabe *harón,* como *haronizo,* "caballo que se planta". *Jarocho,* de *jaro,* que se dice "del animal que tiene el pelo rojizo, y especialmente el cerdo y el jabalí". *Lobo* es nombre de un conocido animal. *Sambo* o *Zambo* y *Sambaigo* o *Zambaigo* pueden proceder del vocablo que en el Congo significaba "mono" *(nzambu)* y luego se le dió en América a cierto mono con pelaje de color pardo amarillento, "como el cabello de los mestizos zambos", al decir del diccionario de la Academia Española de la Lengua. *Zambaigo* puede también haberse contagiado de *sambango,* voz que

---

[23] *Grifo* se le dice aun hoy día al mulato muy claro que sin embargo conserva rasgos negroides en el pelo.

los negros mandingas, frecuentes en España y sus Indias durante el siglo XVI, usaban exclusivamente para designar el caballo bayo oscuro o sea de color blanco amarillento.[24] Estos vocablos, por sus despectivas evocaciones de bestias y su aplicación como calificativos raciales a individuos de castas supeditadas y mal vistas, hasta en ocasiones ser llamadas "viles", vienen a corroborar el proceso de la extracción y uso de la voz "raza", con análogas oriundeces, significaciones y malicia humilladora.

Algo similar ocurrió con las voces aplicadas en Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba a los campesinos y a la gente montuna, aun cuando blancos, no por raza sino por razón de pertenecer a la clase subordinada. Aun cuando en categoría superior a los negros y mulatos, también a ellos se les *calimbó* con epítetos que en su origen fueron envilecedores, si bien hoy día han perdido por lo general esa significación despreciativa. Se les dedicó en esas islas los mismos apelativos que a los animales montaraces o cimarrones. En Santo Domingo, como en España, se dijo *orejano* u *orejana* al animal o res que tiene orejas sin marca, "hierro" o "calimbo" alguno que indicara propiedad o pertenencia a un dueño ganadero. Y ese vocablo castizo pasó despreciativamente a Santo Domingo para significar al rústico campesino. En Puerto Rico, al montuno se le denominó *jíbaro,* con apelativo que aún perdura. *Jíbaro* era y es el nombre de ciertos bravos e indómitos indios suramericanos que *resistieron* victoriosamente la dominación española. Cuando los conquistadores de las Antillas

---

[24] Fernando Ortiz: *Glosario de Afronegrismos.* Habana, 1924. Véanse las palabras: *Chulo, Sato, Zambo* y *Zambaigo.* Digamos también que las voces: *maroon,* del inglés y *maron,* del francés, no proceden de un vocablo español *simaran,* que significa "mono". Así se indica en el reciente *Dictionary of Sociology,* editado por H. F. Fairchild (N. York, 1944). El autor de esta etimología alude a la costumbre de llamar "monos" o *monkeys* a los negros de las Antillas y de ahí piensa que se derivó aquel vocablo. Pero no es así. No hay tal palabra castellana *simaran. Maroon* y *maron* son voces derivadas de la española castiza *cimarrón,* aplicada a los negros esclavos que se huían a las *cimas* de los montes. Sin duda, a los esclavos fugitivos se les aplicó la misma palabra que se estilaba para los animales domésticos que se escapaban y se hacían montaraces; pero decirles *cimarrones* no era calificarlos de "monos".

se encontraron sin indios isleños a quienes explotarles su potencial de trabajo, trataron de reparar esa falta de brazos mediante la rapiña de los indígenas de las otras islas y tierras fronteras, organizando una extensa trata de esclavos indios entre las islas y las costas de estos mares, que precedió a la negrera entre los puertos americanos y los de Guinea y el Congo. Así fueron traídos en servidumbre a las grandes Antillas numerosos indios *jíbaros* y también *lucayos, goajiros, macuriges, taironas, guanajos, yucatecos* o *campechanos, zacatecas* y *mexicanos* o *guachinangos*. Como era de esperar en países tan extensos y entonces tan selvosos y poco poblados como las Antillas Mayores, los indios continentales se resistieron a servir de esclavos y escaparon a los montes, se hicieron *cimarrones,* como las bestias *cerreras* y los negros fugitivos. La historia de Cuba está salpicada de episodios con *indios bravos* que hacían vida libre por las ciénagas y las serranías donde no podían ser habidos por sus perseguidores. Andando el tiempo los indios se extinguieron y se olvidó el origen étnico de voces tales como *jíbaro* y *goajiro. Jíbaro* fué sinónimo de *cimarrón* y *orejano,* y al animal huído y montaraz se le llamó *jíbaro* en Puerto Rico y en Cuba, y aun se le dice así. La voz *cimarrón* quedó para los animales, los esclavos negros y las plantas silvestres; *orejano, jíbaro* y, en menor grado, *goajiro* quedaron para la despectiva calificación de los animales no domesticados o huídos y de los infelices y apartadizos campesinos blancos y de sus cosas y costumbres evasivas de las otras gentes. Además, dícese *jíbaro* por América, según el diccionario académico, del descendiente de albarazado y calpamula o de calpamulo y albarazado. Todavía para los *goajiros* cubanos hubo otra palabra, ya muerta y sólo conservada en los diccionarios, la cual adolecía originariamente de análogos sentidos animal y despectivo: *Managuaco* quiso decir en Cuba "animal manchado de blanco en las patas y el hocico" y también el "campesino blanco", con ingrata comparación.

Con la palabra "raza" sucedió como con la voz "negro", que fué extendida por Europa y América desde Portugal y España por los tratantes de esclavos africanos desde el siglo xv. Antes se empleaban en diversos idiomas europeos, inclusive en los de Iberia, los respectivos voca-

blos indicativos del color oscuro de la pigmentación para designar a los "negros", *blacks* en inglés y *noirs* en francés. Cuando la trata se fué extendiendo, prevalecieron en esos países otras palabras derivadas de la hispano-portuguesa *negro,* tales como *nigger* en inglés y *nègre;* en francés, y todos esos vocablos tuvieron una acepción despectiva como conexa a la esclavitud. Aun hoy día en el lenguaje francés se distinguen los vocablos *noir* y *nègre;* como en el inglés *black* se diferencia de *nigger* y de *negro.* En los países coloniales la voz "negro" tuvo una acepción específica más allá de la simple connotación del color y de la epidérmica. La expresión "es un negro", equivalía a decir "es un esclavo". Por ser negros casi todos los esclavos en ciertos países y épocas, *negro* vino a ser sinónimo de esclavo; así como, en otras situaciones geográficas e históricas, por haber sido los esclavos preferentemente "eslavos" hechos prisioneros en su propio territorio por los invasores magiares, búlgaros y turcos, "eslavo" fué sinónimo de "esclavo". Aun el diccionario académico español apunta esa etimología: "esclavo", del latín *eslavus* y éste del alemán *slave.* En inglés todavía el mismo vocablo *slave* tiene ambas acepciones, una étnica y otra despectiva y social.

Cuando la flexibilidad de los vocabularios lo permitió, fué aplicada restringidamente una voz *(negro, nègre, nigger,* etc.) para el esclavo, y otra *(noir, black,* etc.) quedó para la indicación racial. Donde esto no puede hacerse, como en el castellano, el vocablo *negro* fué a pesar de todo extendido por lo común como sinónimo de esclavo; particularmente en el coloquio verbal, cuando aquél solía marcarse con cierto tonillo despectivo. Tan depresivos fueron en los pueblos hispánicos, sin exceptuar la misma España, los vocablos *negro* y *mulato,* que su uso fué limitándose a los esclavos, porque implícitamente significaban esclavitud o vileza social. Y para el sentido corriente y meramente indicativo de la distinción racial se acudió a otro vocablo, análogo pero de acepción convencionalmente no peyorativa. Así se dijo *moreno* al negro libre y *negro* al esclavo; de igual manera que hubo que decir *pardo* al mestizo libre *y mulato* al sujeto a servidumbre. Estas palabras eufemísticas fueron corrientes

por toda la América hispánica y también por España, donde asimismo había muy numerosos esclavos negros, llevados de Africa desde muchos años antes del descubrimiento de América. Dichos vocablos amortiguadores se emplearon cuando, no en aplicaciones genéricas sino en casos singulares, se quería suavizar o suprimir el sentido despectivo de que usualmente estaban embebidas las voces *negro* y *mulato*. Así lo vemos en sendos textos de Cervantes, Quevedo y otros príncipes de la literatura castellana. Tras la abolición de la esclavitud y paso de las generaciones que estuvieron sumergidas en su atmósfera, ambos vocablos han perdido casi todo su sentido despectivo. Esas acepciones oprobiosas van eliminándose, pero aún persisten entre ciertos elementos tradicionales e hipersensitivos. Todavía quien quiera lanzar un insulto a "gente de color", usará siempre las voces *negro,* en lugar de *moreno,* y *mulato,* en vez de *pardo.*

También se solía evitar el uso del vocablo "negro" sustituyéndolo por *criollo,* que quería decir "negro nacido en América y no en Africa". Por esa palabra no sólo se implicaba una connotación de mayor civilidad y adaptación al ambiente americano, se olvidaba la mención de la negrura. El vocablo "criollo" se aplicaba también a los blancos; pero en cuanto a éstos no tenía resonancias racistas, aun cuando también servía para discriminar a los blancos insulares o nativos de América de los "peninsulares" o nativos de la Península Ibérica. Cuando el negro o mulato era nativo de América ya en una segunda o ulterior generación, se le decía *rellollo,* o sea reiterativamente "criollo". Así "criollo" como "rellolo" "equivalían a un título de nobleza entre ellos", como dijo la Condesa de Merlín, escritora cubana de la primera mitad del siglo XIX.

En el folklore cubano, y se nos dice que igualmente ocurría en otras naciones de América, a veces para disimular eufemísticamente ante extraños la condición negra o parda de alguna persona, se aludía a ella diciendo que es o parece emparentada con los "Cacho Negrete" o con los "Pardiñas" o los "Pardo Pimentel", no porque estos apellidos fuesen característicos de la gente "de color", sino para aprovechar un juego de palabras que de sus con-

tagios fonéticos derivaba una sinonimia, caprichosa pero sobreentendida.

La inquina contra el negro se atenuaba con frecuencia en casos individuales. Al negro o al mulato, y sobre todo a la negra y a la mulata, en ocasiones había que respetarlos, agradarlos y atraerlos, a veces por íntimos impulsos de amistad, gratitud o de amoroso afecto. Entonces se buscaban otros vocablos. Así, la expresión "de color" no tuvo sentido despectivo por lo general. El ilustre peruano Jacobo de la Pezuela, que fué Capitán General de Cuba y murió siendo Presidente de la Real Academia Española de la Lengua, se atrajo durante su mando en esta isla el odio de los esclavistas magnates coloniales por haber llamado en una proclama a los niños negros *niños de color*, en vez de *negritos*, como lo exigía el uso corriente. Según dijo Alcalá Galiano, que fué director del *Diario de la Marina*, periódico defensor del reaccionario integrismo colonial, éste fué un "delito" que jamás le perdonaron los negreros, enajenándole más voluntades y créandole más elementos de desorden y trastorno que la peor providencia gubernamental.

Más que *moreno* era socialmente suave el vocablo *prieto;* y más que *pardo* lo era *trigueño;* sobre todo aplicados a mujeres. Aun hoy día, en Cuba y Puerto Rico, *prieta* y *trigueña* implican una acepción afectuosa, aun cuando no totalmente derogatoria de la connotación del color. El tono del habla suele también dar sentido atractivo al vocablo *negro*. A una blanca que no sea rubia se le dirá cariñosamente *negra* sin que sea tomado a mal. Todos estos apelativos prueban cuánta era la virulencia social que cargaban consigo los vocablos raciales de *negro* y *mulato* y por cuántas vías hubo que acudir a menguarles su ponzoña para hacer llevadera la convivencia en los pueblos donde fueron socialmente casi sinónimas "esclavitud" y "negrura de piel".

En otros casos, según también puede verse en Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, Claramonte y otros literatos del Siglo de Oro español, muy conocedores de las costumbres y dichos de su pueblo y muy realistas en sus escritos, cuando se deseaba acentuar el desprecio para el negro o el mulato, se acudía a ciertos adjetivos y desinencias pe-

yorativas. Al negro insumiso o simplemente desagradado se le decía "perro" y "cachorro". Se les decía así también al moro, al judío y al diablo; pero ello llevaba implícito un sentido de animalidad y por eso se tenía naturalmente como denigrante y muy apropiado para increpar a los negros. *Perrengue* fué aún más despectivo, como se lee en Lope de Vega; de "mulato" se vino a decir *mulengue;* en uno y otro caso por aplicación de esa desinencia despreciativa que es una de las más difundidas influencias de los lenguajes africanos en los pueblos de habla española. No terminaban con eso los apelativos insultantes, pues a los negros también se les dijo *galgo, galguidoncella, cuza, cuervos, grajos* y otros, derivados todos de comparaciones con animales y algunos, como los dos últimos, motivados a la vez del color y del hedor que se tenían por características de unos y otros malhadados seres.

Al negro, si era recién sacado de su país nativo, se le dijo *bozal,* que tanto quería decir como "cerril" (en Cuba "cerrero"), adjetivo aplicado al ganado caballar, mular o vacuno que estaba sin domar y montaraz o huidizo por los cerros; tal como al esclavo escapado y escondido por las cimas de los montes se le dijo "cimarrón". Y esa fué la significación de *bozal,* porque esta voz fué antes aplicada al cabestro que se le ponía a los animales para tenerlos sujetos o impedirlos que mordieran. Y también a unas tabletas con finas púas que ponen a los terneros para que no puedan mamar a las madres, pues éstas no les permiten acercarse a la ubre con tal aparato, que las araña. *Bozalón* se dijo en Cuba al negro que comenzaba a darse a entender algo, chapurrando el castellano. Si ya hablaba corrientemente este idioma, aun cuando con el vocabulario y giros del vulgo, se le decía *ladino. Bozal* quiso también significar "necio, bruto o idiota", y *ladino* tuvo acepción de "taimado", o sea persona dada a la "taimería", que es picardía, malicia y astucia desvergonzada. También en América, a los indios algo instruídos y que sabían leer y escribir se les llamaba indios *ladinos,* que en el vocabulario corriente significaba indio "pillo", según Nicolás León.

Algo análogo ha ocurrido en relación con el vocablo *indio.* En algunos países, por ejemplo en México, esa pa-

labra conserva todavía, aunque ya bastante atenuado, un sentido despectivo y de origen colonial;[25] por cuya razón allí se prefiere el empleo del vocablo "indígena". Esta voz no tiene significado racial alguno, sólo indica una oriundez geográfica relativa al país de que se trate; pero por aquel motivo, y acaso también por el contagio fonético entre "indio" e "indígena", esta última voz vino a sustituir a la primera en el uso general. Este sentido inferiorizador del vocablo "indio" fué antaño corriente en la América hispánica. Lo atestigua el Padre Bernabé Cobo, diciendo en su ya citada obra: "usamos del (nombre) de indios cuando los españoles hablamos unos con otros; y porque ya está recibido como que dice algún desprecio y desestima, no usamos dél hablando con indios y comprendiéndolos a ellos..."[26] En tales casos se les decía "naturales".

Asimismo a los indios se les dijo *perros* como a los negros. Y *cholos* a los mestizos de blanco e indio. La expresión *perra chola,* mal pronunciada por un virrey catalán, produjo un apodo famoso en la historia del Perú. Y *cholo* quería decir "perro", como *chulo.* La etimología académica de *cholo,* derivada de *Chololán,* hoy Cholula, ciudad de México, no parece convincente. *Cholo* es cierto "perro" en Chile, y *chulo,* que es otra forma del mismo vocablo, aún se usa en Cuba, sobre todo en diminutivo, para significar "perrito" o *chulito,* como dicen los campesinos. *Chulo* fué "perro" entre los indios de Nicaragua. En ese país, "donde hablan la misma lengua que en Nueva España, al perro llamado *xulo* y de estos *xulos* crían muchos", según refiere el cronista Fernández de Oviedo. Acaso éste sea vocablo indio; pero pudiera ser africano, de los varios que los negros esclavos introdujeron por aquellos tiempos, en las Indias y también en Sevilla. *Xulo* o *sulo* es "perro" en lenguaje de los mandingas. En la plaza de toros sevillana, a los perros que ayudaban en el encierro de los toros a los negros matarifes, éstos les dijeron *chulos,* en su idioma mandinga, y los mozos del matadero

---

[25] Manuel Gamio: *Boletín Indigenista.* México, D. F., 1945. Vol. v, pág. 100.

[26] Obra citada, tomo III, pág. 13.

y de la plaza fueron también *chulos;* y de ese apelativo pasado a la torería brotaron luego varias acepciones chulapas o chulescas. De esa voz africana debió de surgir el *perro chulo* de América y después el "*perro cholo*" y... la *Perricholi.* Tal como en Cuba ocurrió con la palabra *sato,* que vino del Congo significando "hambriento" *(nsatu)* y aquí se aplica al perro callejero y sin raza definida, y a la persona "perra", lasciva y en general de baja condición y "mala raza".

La voz "raza" fué, pues, surgiendo desde los antros de la trata esclavera, que estuvo durante siglos en manos de mercaderes árabes, moros y hebreos; y de la raíz semita *ras,* usada por todos ellos, deben provenir *raza* en español, *raça* en portugués, *razza* en italiano, *race* en francés, *reize* en alemán y *race* en inglés.

El origen ganadero del vocablo "raza" parece confirmado por el uso que de él se hizo en el lenguaje castellano, aplicado a la cría selectiva de buenos caballos. A comienzos del siglo XVIII "la raza" conserva una precisa acepción zoológica entre españoles, pues significa la yeguada o piara caballar del rey para el ejército. La "raza", por antonomasia, era la "cría" o la "recría" de la remonta militar.[27]

En Italia ya suena la voz *razza* por el siglo XIV, según Pulci.[28] Y se empleó también en dicho sentido zoológico.[29] En Italiano, dice Tomaseo-Bellini, la voz *razza* se usaba sobre todo para las bestias, y para los hombres en sentido familiar y generalmente despectivo. Panzini, en su *Dizionario Moderno* (1927), expresa que *razza* se dice de los animales y "por extensión", de los hombres.

Es por el siglo XVI, es decir mucho después del renacimiento de la trata negrera a consecuencia de los descubrimientos y expediciones de los portugueses en Africa, cuando el vocablo *race* comienza a correr en Francia.[30]

---

[27] Véase la R. O. de 9 de abril de 1609 al Virrey de Nápoles. En OTIS H. GREEN: *On the Principe de Esquilache. Hispanic Review.* Philadelphia, 1939, julio, pág. 223.

[28] Cita de SPITZER.

[29] GIUBBILEI: *Re Carlo Alberto ed il Cavallo Sardo. "Rassegna di Cultura Militare",* Roma, mayo de 1939.

[30] OSCAR BLOCH: *Dictionaire étymologique de la langue française,* París, 1932.

Según Littré, ya se encuentra en Oliver de Serres, aplicado a los animales. Sin embargo, según Jean Finot,[31] el primer escritor francés que empleó el vocablo *race* fué François Taut en su *Trésor de la langue française*, de 1600, y en el sentido de "extracción de un hombre, un perro o un caballo". Y fué a partir de los siglos XVI y siguientes cuando el vocablo pasó a Inglaterra y después a Alemania; es decir, cuando la trata negrera directa con Africa se extendió más allá del Mediterráneo.

Las primeras aplicaciones literarias de la voz *race* en inglés se refieren a la "raza de Abraham", o sea "la raza de los judíos", en Fox (1570), y a la "raza de Satán", en Milton (1667). Ya Bacon escribió: "*A military race of men.*[32] En Alemania la palabra *rasse* comenzó a usarse esporádicamente por el siglo XVII, se escribía originariamente como en francés, *race*, y su empleo se limitó con referencia a los animales. Herder dijo que, aplicada a los seres humanos, era un neologismo innoble.[33]

Fué precisamente en relación con la esclavitud de grandes masas de hombres, sobre todo si caracterizados ostensible e imborrablemente por el color de su piel (así los negros de Africa como luego los cobrizos de América), cuando se extendieron en Europa los conceptos discriminadores basados en predestinaciones antropogónicas, en maldiciones bíblicas y en fatalismos zoológicos. Por el mero hecho de aplicarse originariamente a los animales y no a los seres humanos, el vocablo "raza" tuvo desde su cuna un sentido peyorativo, y si luego fué aplicado a las gentes fué ante todo a los esclavos. Precisamente por su sentido rebajador fué palabra usada adrede para clasificar a los esclavos, tal como se hacía con los animales; por las mismas razones y por los mismos procedimientos. La palabra "raza" se fué después difundiendo por todo el mundo y hasta hoy día, como expresión de ciertas políticas en busca de una aparente justificación racional, las cuales pretenden reforzarse con la falsa doctrina de las congé-

[31] *La préjugé des races*, París, 1906.
[32] Cita de ERIC VOEGELIN: *The Growth of the Race Idea. "The Review of Politics"*, Indiana, 1940, julio, pág. 296.
[33] Citas de SPITZER.

nitas y hereditarias condiciones como responsables de un destino que distribuye fatalmente a los hombres en categorías sociales y a las naciones en jerarquías de imperio y servidumbre.

Pero el concepto de raza es discriminatorio por sí. No se habla de razas, así de animales como de personas, sino para calificarlas por sus valores. Cuando en las lenguas romances comienza a leerse el vocablo "raza", ya suele ir seguido del adjetivo "villana" o de otro despectivo y pocas veces de la calificación de "buena". Al mismo tiempo que surge el concepto de las "razas", aparece también la contradictoria calificación de éstas en "buenas" y "malas" y, como consecuencia, en justa y predestinadamente dominadoras y dominadas. Desde las antitéticas apreciaciones acerca de los indios en América hechas por un Sepúlveda y por un Las Casas hasta nuestros días, en todas las ocasiones se repetirá la dualidad de criterios, invectivos o apologéticos, según sean los intereses sociales en conflicto. Ni siquiera hoy día puede lograrse una indisputada síntesis objetiva, a causa de los muy graves obstáculos que ofrece la pugna de los intereses egoístas, aun obstinados y ocultos tras de las opiniones más aparatosamente científicas e infundadamente prejuiciosas. Por todo esto, como todavía se consigna en el diccionario de la Academia de la Lengua Española, "el vocablo 'raza', hablando de los hombres, se toma a veces en mala parte"; es decir, tiene una acepción despectiva, sin necesidad de adjetivo que la secunde, lo cual no ocurre nunca con la voz "linaje".[34]

"Raza" fué voz corriente para clasificar a los esclavos, "linaje" fué vocablo selecto para expresar alcurnia de nobleza. Con la "raza" se quiso expresar un complejo de caracteres hereditarios para la servidumbre, con el "linaje" se buscó el abolengo para el blasón. En los otros lenguajes europeos ocurre algo análogo.

Nacido en tan mala cuna, el vocablo "raza" fué subiendo de la jerga esclavera al habla popular y común y al lenguaje de los naturalistas y antropólogos, necesitados

---

34 También en castellano la voz *extracción*, como dice el diccionario académico, "tómase, por lo común, en mala parte o se usa con los adjetivos "baja", "humilde", etc.

de distinguir y agrupar los seres humanos por sus caracteres similares y diferenciales.

Por otra parte, el vocablo y el concepto de "raza" adquieren un nuevo impulso cuando comienzan las oposiciones filosóficas y populares contra las aristocracias nobiliarias. Los magnates privilegiados y sus defensores, que aplicaron contra los indígenas de América y de Africa la doctrina de la fatídica división genética de la humanidad, tratan de imponerla contra los burgueses y los plebeyos. Los nobles, decían, eran tales por su sangre y su herencia, como los monarcas, por una especie de "gracia de Dios" o derecho divino plasmado en las leyes de la naturaleza. Por todo esto se ha podido decir, con razón, que la doctrina de la raza se desarrolló "fuera de la ciencia antropológica. Su historia demuestra que originariamente fué una doctrina de clases".[35]

Hemos leído que fué Buffon (1707-1788) quien a mediados del siglo XVIII introdujo el término *raza* en el vocabulario científico;[36] pero esto ya había ocurrido en el siglo anterior, pues en 1684 publicóse en Francia un estudio antropológico por François Bernier, titulado *Nouvelle division de la terre par les différentes espèces ou races d'hommes*, en las páginas del *Journal des Savants*. Y ya hemos visto que el vocablo tenía en España un sentido zoológico, al menos desde comienzos del siglo XVII, aplicable oficialmente a la cría de caballos. Pero el maldito vocablo no ha podido lograr en varios siglos un sentido inequívoco ni en el lenguaje de la ciencia, ni en el general de ningún pueblo. Hoy día, precisamente cuando más se abusa del vocablo "raza" para atropello de los hombres, más se le niega por los científicos una vigencia verdadera y más se reclama su abolición, como un día se pedía que se suprimiera la trata de esclavos, en cuyos terribles mercados naciera aquella voz.

Ya hemos dicho que el concepto fundamental de "raza" es esencialmente un criterio de clasificación. Y nada

---

[35] THEOPHILE SIMAR: *Etude Critique sur la Formation de la Doctrine des Races au XVIII-me. Siècle et son Expansion au XIX-me. Siècle.* Bruselas, 1922.

[36] Lo asegura SCHMIDT, citado por MAGNUS HIRSCHFELD: *Racism,* Londres, 1938, pág. 52.

más; pero la palabra "raza" en el lenguaje general suele llevar siempre consigo a rastras, implícita o explícitamente, un calificativo. Por la "raza" se clasifica y se califica. Pero ni se clasifica con precisión ni se califica con ética. La voz "raza", como si por estigma de ser ella mal nacida, jamás significa en sociedad ni pureza ni justicia. La voz "Raza" es de suyo racista. Es una "mala palabra" que debe proscribirse del lenguaje familiar.

APROXIMACION A LA POETICA DE DILTHEY

Por *José Antonio* PORTUONDO

La poética, ciencia del espíritu

PARA Dilthey hay tres formas o maneras de abordar la realidad que se manifiestan en la *poesía*, la *religión* y la *filosofía*, derivadas de la acentuación o predominio de alguno de los tres aspectos —*sentimental*, *volitivo* e *intelectual*— que constituyen la unidad de la conexión psíquica. De tal diversidad y de dicha conexión se originan la clasificación y la conexión de las ciencias del espíritu, entre las cuales figura la poética. Tratando de fijar el lugar de la Historia en la citada conexión de las ciencias del espíritu, afirmó el filósofo que "la esencia de la poesía consiste en expresar de tal modo lo vivido y representar de tal modo la objetividad de la vida, que se exhiba con toda su fuerza el acontecimiento destacado por el poeta en su significación para el todo de la vida".[1] El poeta, como tal, no aspira a "comprender" la vida ni a hacérnosla comprensible. Permanece ante las cosas en actitud *sentimental*, sin apariencia alguna de intentar explicárselas ni explicárnoslas ni de actuar tampoco sobre ellas. Y hay tanto de primario, de inicial, en esta actitud, en este modo desinteresado e ingenuo de abordar la realidad, es, por otra parte, tan rico y sugerente el material utilizable en su estudio, que el filósofo, como recuerda Eugenio Imaz, "creía que en el terreno de la poética era donde primero podía cuajar el intento de una ciencia particular del espíritu"[2]. Y aunque, en realidad, fué otra ciencia la pri-

[1] W. DILTHEY: *El mundo histórico*. Trad. de E. Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 191.

[2] E. IMAZ: *Asedio a Dilthey*. Jornadas 35. El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, 1945, p. 37.

mera en ser abordada por él, en todas las obras de Dilthey se hallan esparcidas observaciones de extraordinario valor referentes a la poética y se conservan dos valiosos esquemas complementarios, de los años 1892-94 y 1907-08, que preparan un planteamiento sistemático de los problemas de la poética, considerado, en el más antiguo de esos esquemas, como "ensayo de una aplicación de los métodos antropológicos y comparados a la materia de la historia literaria".[3] No obstante, tales esquemas no llegaron a ser desarrollados y, por esta razón, la única elaboración sistemática de la poética diltheyana es la contenida en el estudio de 1887, titulado *La imaginación del poeta. Materiales para una poética.* [4] A esta obra vamos a tratar de aproximarnos, procurando mostrar las líneas generales en torno a las cuales se agrupa la totalidad riquísima de un contenido imposible de ser sintetizado y del cual, puede afirmarse así, se deriva, aunque ella quiera, a veces, ignorar su fuente, la mejor parte de la Ciencia o Teoría Literaria actual.

Necesidad actual de una poética

DILTHEY comienza justificando la urgencia actual de una Poética, determinada por la anarquía contemporánea del gusto. "Esta anarquía del gusto —explica— caracteriza siempre a épocas en que una nueva manera de sentir la realidad ha quebrantado las formas y reglas existentes y se pretende crear nuevas formas de arte; pero no debe perdurar y una de las tareas más urgentes de la filosofía

[3] *"Nuevos esquemas para la poética"*, publicados como apéndice en *Psicología y teoría del conocimiento.* Trad. de E. Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1945, pp. 411-13. Conviene llamar la atención sobre el valor del vocablo *antropológico*, que aparece en el subtítulo del esquema más antiguo, y que Dilthey, como advierte Imaz en su ya citado estudio, "corresponde a la *psicología descriptiva y analítica*, general y comparada, que se ocupa de fijar lo común al individuo humano, hecha abstracción metódica de su realidad social, y también sus determinaciones particulares hasta llegar a la individualidad y que Dilthey ejemplifica con el símil del tronco y las ramas". p.76.

[4] En *Psicología y teoría del conocimiento.* Toda cita cuya procedencia no se indique debe entenderse que procede de dicho estudio.

actual, de la historia del arte y de la literatura consiste en restablecer la relación sana entre el pensamiento estético y el arte". Relación que habrá de fundarse en la comprensión de las nuevas realidades por los estetas, "pues —advierte Dilthey— la estética es infecunda cuando no coopera en el ideal de una época".

Urge, pues, frente a la anarquía, restablecer el orden, o mejor, crear un orden más justo, adecuado a las nuevas necesidades y a las exigencias permanentes, esenciales, y hallar las leyes de la creación poética. "La masa inabordable de obras poéticas de todos los pueblos tiene que ser ordenada a los fines de su goce vivo, del conocimiento causal histórico y de la práctica de la crítica, tiene que ser calibrada en su valor y utilizada para el estudio del hombre y de la historia. Esta tarea puede ser resuelta únicamente si, junto a la historia de la literatura, colocamos una ciencia general de los elementos y leyes sobre cuyas bases se eleva la poesía". Esta ciencia es la poética o, como han preferido llamarla otros, la Ciencia, la Filosofía o la Teoría de la Literatura, desarrollada, como señalara Dilthey, precisamente, junto a la historia literaria. Sus más destacados cultivadores contemporáneos —Emil Ermatinger, Michel Dragomirescou, Fidelino de Figueiredo, Alfonso Reyes, para no citar más que ejemplos representativos— han cultivado la historia literaria o son profesores de esa disciplina. Sin embargo, Dilthey no parte, en su abordaje de la poética, de un planteamiento histórico, del desarrollo en el tiempo del fenómeno literario, sino que, para él, "el punto de partida de una teoría semejante se hallará en un análisis de la facultad creadora cuyos procesos condicionan la poesía. La fantasía del poeta en su relación con el mundo de las experiencias constituye el punto de partida necesario de toda teoría que pretenda explicar claramente el mundo abigarrado de las creaciones poéticas en la sucesión de sus manifestaciones. La poética, en este sentido, representa la introducción verdadera en la historia de la literatura, lo mismo que la teoría de la ciencia lo es de la historia de los movimientos espirituales".

La poética tiene sobre las otras ciencias del espíritu la ventaja de que los productos de los procesos que ella estu-

dia se han conservado acumulados en las obras literarias y ellos son capaces de ilustrarnos, además, con ventaja, sobre el problema fundamental de las ciencias del espíritu: la historicidad de la libre naturaleza humana. Como explica Dilthey, "nace la esperanza de que, mediante la poética, se pueda explicar con exactitud la acción de los procesos psicológicos en los productos históricos. En la historia literaria se desplegó entre nosotros la consideración filosófica de la historia. Acaso corresponda a la poética una significación semejante en el estudio sistemático de las manifestaciones históricas de la vida".

La poética diltheyana, como vemos, de base psicológica, es considerada en la conexión de las ciencias del espíritu, como una de ellas.

Tareas de la poética

¿Cuáles son las tareas propias de esta ciencia del espíritu que constituye la poética y cómo han sido abordadas esas tareas a través de los siglos? Dilthey distingue dos épocas en el desarrollo de la poética: la *objetivista,* iniciada por Aristóteles y enriquecida por la posteridad hasta el siglo XVIII, que "era una teoría de las formas y una técnica fundada en ella", y la *subjetivista,* hija del XVIII, fundada en la facultad creadora del hombre, que ha llegado a nuestros días. Ambos modos de enfocar el problema literario aportaron conocimientos y ventajas parciales, sin llegar a una explicación totalizadora, entrañada. "Por eso —concluye Dilthey, resumiendo las nuevas tareas de la ciencia en cuestión— la poética tendrá que utilizar la ventaja que supone el aliar los medios proporcionados por la observación exterior —esclarecimiento recíproco, generalización mediante comparación, establecimiento y complementos de las series de momentos conexos de un desarrollo, etc.— el estudio psicológico de la creación poética. Si en lo que sigue predomina lo psicológico porque se trata de fundamentar, en el desarrollo de la una poética se haría patente la ganancia que acarrea aquel otro aspecto de los métodos modernos, especialmente cuando constituyen la base del método comparado las noticias más antiguas que

nos son accesibles y las realizaciones poéticas de los pueblos primitivos".

Es decir, que la nueva poética, o sea la Teoría o Ciencia de la Literatura deberá abordar el estudio del fenómeno poético desde el doble punto de partida subjetivo-objetivo, completando los hallazgos de la investigación psicológica con los aportes históricos y antropológicos-culturales necesarios. En su estudio sobre la *imaginación del poeta* que estamos glosando, Dilthey parte del punto de vista subjetivista, psicológico, sin desinteresarse por entero del punto de vista histórico que es, en cambio, el fundamento de los ensayos extraordinarios que constituyen el volumen titulado *Vida y Poesía.*[5] Por esta razón dicho volumen completa el estudio anterior, su lectura resulta indispensable para la cabal comprensión de la poética diltheyana y a él hemos de hacer constante referencia. Puede decirse que los ensayos de *Vida y Poesía* constituyen la prueba más eficaz de la validez de los principios teóricos mantenidos por Dilthey en las páginas de *La imaginación del poeta.* Hay, además, en aquéllos, planteamientos teóricos nuevos o más desenvueltos que en el estudio que comentamos, como ocurre con la teoría de las *generaciones* que, tratada en algunas partes de *El Mundo histórico* y en *Acerca del estudio de la historia de las ciencias del hombre, de la sociedad y del estado,*[6] alcanza en el ensayo sobre Novalis su más espléndido desarrollo.[7] Por cierto que quienes han tratado, en nuestra lengua, de las generaciones literarias, como el español Pedro Salinas o el cubano Antonio de Bustamante y Montoro, han preferido glosar a Julius Petersen, desdeñando la fuente misma de la doctrina en las obras de Dilthey que estamos comentando.[8]

---

[5] W. Dilthey: *Vida y Poesía.* Trad. de W. Roces, prólogo y notas de E. Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

[6] Incluído como suplemento en *Psicología y teoría del conocimiento,* pp. 433-76.

[7] En *Vida y Poesía,* pp. 341-402.

[8] El ensayo de Petersen sobre las generaciones literarias figura en el volumen colectivo organizado por E. Ermatinger con el título de *Philosophie der Literaturwissenschaft,* Berlín, 1930. Vid. también Pedro Salinas. "El concepto de generación literaria aplicado a la del 98",

La organización del poeta

Ya hemos dicho que en la poética de Dilthey predomina la consideración psicológica del fenómeno literario que se inicia estudiando los rasgos característicos del poeta, su organización psíquica especial. Para ello partimos de la vivencia. Porque, para Dilthey, "la base de toda verdadera poesía es la vivencia, la experiencia viva, elementos psíquicos de todo género que se mantienen en relación con ella. Todas las imágenes del mundo exterior se pueden convertir, indirectamente, a través de esa relación, en material para la creación del poeta". O, como afirma el mismo filósofo a la entrada de su ensayo sobre Goethe, "toda obra poética actualiza un determinado acaecer".[9] Y así, "no es el medio representativo de la palabra lo que ha separado a la poesía de las demás artes y ha fijado su fun-

---

en *Revista de Occidente,* No. CL. Madrid, 1935; y A. de Bustamante y Montoro.—*Ironía y Generación.* La Habana, 1937, pp. 41-70.

Nada se ha escrito, en cambio, al menos en nuestra lengua, sobre el criterio marxista en torno a este tema, no obstante existir algunos textos de Marx y Engels al respecto. Así, en la obra de ambos, *Ideología alemana,* redactada en Bruselas de 1845 al 46 y publicada en este siglo, se lee: "La historia no es nada más que la sucesión de las diversas generaciones. Cada una de ellas explota los materiales, los capitales, las fuerzas productivas que le han sido trasmitidos por todas las precedentes. La nueva generación prosigue las actividades de las anteriores, pero no bajo las mismas circunstancias. Como la nueva generación, además de proseguir las actividades de las anteriores, emprende otras completamente nuevas, modifica con ello en un todo, las circunstancias que le han dejado en herencia aquellas". Y antes, en la misma obra, habían escrito: "En cualquier período histórico que consideremos hallaremos una suma de fuerzas productivas de capitales, de circunstancias, un modo de relacionarse los individuos con la naturaleza y entre sí, que la generación de ese período ha recibido en herencia de la inmediata precedente.

"La nueva generación modifica sin duda el patrimonio legado por la generación anterior. Pero eso no quita que aquél influya poderosamente en ella, prescribiéndole el camino por donde ha de desenvolverse y confiriéndole carácter especial. Por tanto, las circunstancias hacen a los hombres no menos que los hombres a las circunstancias". Ob. cit. Trad. de Argos. México, 1938.

[9] Vid. los capítulos iniciales del ensayo citado —"La vida", "La fantasía poética", "Vivencia y poesía"— en *Vida y Poesía,* pp. 142-61.

ción específica dentro de la sociedad, sino su propio contenido nuclear".

"El método comparado —añade Dilthey— puede llegar, como si dijéramos, a la célula germinal, a las formas primarias y simples de la poesía; posponiendo aquí esta investigación, trataré de describir este contenido nuclear, que es común a toda poesía desde las formas más sencillas. La creación del poeta descansa siempre en la energía del vivir. En su organización, que se caracteriza por su fuerte eco para todas las resonancias de la vida, se convierte en vivencia la noticia muerta que en un periódico aparece bajo la titular de "sucesos", y lo mismo ocurre con la seca información del cronista o con la leyenda grotesca. Lo mismo que nuestra cuerpo respira, pide nuestra alma ser colmada y ensanchada en su existencia con las vibraciones de la vida afectiva. El sentimiento de la vida trata de pronunciarse en sonidos, palabras e imágenes; la intuición nos satisface por completo cuando va llena de este contenido la vida y de las vibraciones del sentimiento; este entretejimiento, nuestra vida original, plena, total, intuición colmada e interiorizada por el sentimiento, sentimiento de vida que irradia en la luminosidad de la imagen: he aquí la característica concreta, esencial de toda poesía. Semejante vivencia entra en nuestra posesión cuando se la establece en una relación interna con otras vivencias y se capta así su significado. Jamás puede ser resuelta en pensamientos o ideas; pero sólo puede ser puesta en relación con la totalidad de la existencia humana mediante la reflexión, especialmente mediante la generalización y el establecimiento de relaciones, y así puede ser comprendida en su esencia, es decir, en su significado. Toda poesía se compone de vivencia en este sentido, de ella están hechos tanto sus elementos como sus formas de enlace. En toda intuición externa del poeta opera un temple vivo que colma y configura la intuición; posee y goza de su propia existencia en un sentimiento fuerte de la vida, en las oscilaciones entre la alegría y el dolor proyectadas sobre el trasfondo claro y puro de la situación, de las imágenes de la existencia. Por eso solemos calificar de poética a una persona, aunque no cree nada, si nos hace gozar siempre

de esta bella vitalidad.[10] Por eso también designamos como poética una obra de otro arte si su alma es la vivencia, la vida que nos habla en los colores o en las líneas, en las formas plásticas o en los acordes".

"La función de la poesía —concluye Dilthey— es, por lo tanto, si consideramos lo primario en ella, que conserve, fortalezca y despierte en nosotros esta vitalidad. La poesía nos lleva de continuo a esta energía del sentimiento de la vida que nos llena en los más bellos momentos, a esta interioridad de la mirada con la cual disfrutamos del mundo".

El poeta no se diferencia de los otros hombres sino por la intensidad de sus procesos psicológicos y por su capacidad de expresarlos. "La fantasía creadora del poeta —advierte Dilthey— se nos presenta como un fenómeno que sobrepasa por entero la vida cotidiana de los hombres. Sin embargo, no es más que una organización más poderosa de ciertos hombres que se debe a la intensidad y duración extraordinarias de ciertos procesos elementales". Dilthey señala cinco rasgos distintivos del poeta: 1.—la intensidad, precisión, riqueza e interés de las imágenes perceptivas; 2.—la claridad, fuerza sensible y energía de sus imágenes; 3.—la fuerza de reproducción de estados anímicos, experimentados por él, captados en otros, es decir, la vivencia y su expresión o su reproducción en la fantasía; 4.—la enérgica animación de las imágenes y la satisfacción que así se origina, en la intuición impregnada de sentimientos; 5.—libre despliegue de las imágenes y sus combinaciones por encima de lo real. Este último rasgo es el que determina lo que el peruano Mariano Iberico ha llamado "la transrealidad del objeto poético",[11] y

---

10 En un libro reciente, desorbitado y anárquico, con frecuentes puntos de contacto con la posición trotzskista, y con algunos aciertos parciales que se destacan con dificultad entre continuos desplantes egoístas, en el *Tratado de Poética,* Buenos Aires, Ediciones Feria, 1944, del peruano Alberto Hidalgo, se ofrecen algunos ejemplos —Milosz, Parra del Riego, Eguren, Eduardo Keller— de esta poesía sin palabras que parece emanar de algunas personalidades poéticas.

11 MARIANO IBERICO: "La transrealidad del objeto poético", en *Letras,* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, tercer cuatrimestre de 1943, pp. 281-91.

es él, acentuado por los otros rasgos antes señalados, el que establece relaciones de afinidad entre la fantasía poética y ciertos estados como el sueño, la locura, la esquizofrenia, el sonambulismo, que han sido más de una vez estudiados en relación con la poesía. Son perfectamente conocidos los estudios de Freud, de Pfister, de Antheaume y Dromard, y, antes, los de Lombroso, Max Nordau o Ribot, a todos los cuales resulta excelente introducción un agudo ensayo de Gonzalo Lafora recogido en su libro *D. Juan, los milagros y otros ensayos.*

Refiriéndose a la afinidad entre la imaginación del poeta y los estados citados, Dilthey escribe: "En todos estos estados surgen imágenes que sobrepasan la experiencia. Y ésta es la característica del gran poeta, que su fantasía constructiva, a base de elementos de la experiencia y llevado por analogías de la misma, produce un tipo de persona o de acción que excede a la experiencia y con el que, sin embargo, comprendemos mejor ésta. Y también se emparenta el poeta con el que sueña o con el loco en que ve sus situaciones, figuras y sucesos con una plasticidad que los aproxima a la alucinación. Convive con las figuras, que habitan sólo su imaginación, como con personas reales, las ama y las teme. Otra analogía tenemos en su capacidad de transformar su yo en el del héroe, en hablar por él, en forma parecida a como lo hace el actor. En todo esto se encierra uno de los problemas más interesantes de la psicología".

Dilthey no lo resuelve ahora, sino que prefiere entrarse a un intento de explicación psicológica de la creación poética.

La creación poética

Advierte Dilthey como son absolutamente falsas la consideración de las representaciones como magnitudes fijas y la explicación de sus cambios desde fuera como simples productos de la asociación, la fusión y la apercepción. En realidad, toda representación es un *proceso*, está sometida a cambios internos por influencias de los sentimientos y por formas de la actividad volitiva. En la psique real se

producen dos tipos de procesos. Los primeros son los *procesos elementales* entre representaciones singulares, que son de tres clases: de diferenciación, de fusión y de asociación. Sin embargo, estos procesos sólo pueden ser considerados mediante la abstracción, porque, en realidad, los procesos se dan generalmente como *procesos de formación,* es decir, que los procesos elementales se hallan condicionados por el resto de la vida psíquica, o, como dice Dilthey, por toda *la conexión adquirida en la vida psíquica.* De la acción de ésta sobre los procesos elementales proceden los tres campos de los procesos formativos: representativos, volitivos, sentimentales. Recuérdese lo dicho al comienzo del presente ensayo.

No nos interesa ahora precisar el contenido de cada uno de los procesos mencionados, sino destacar lo propio del último, en el cual "se determinan y configuran los contenidos representativos y sus enlaces partiendo de los sentimientos, sin que surja de la situación afectiva un estímulo para la adaptación de la realidad exterior a la voluntad o de ésta a aquélla". "Estos procesos formativos —añade Dilthey más adelante— hacen posible la obtención de una continuidad en el desarrollo de los sentimientos superiores, tanto dentro de la existencia individual como del desarrollo de la humanidad. También en este terreno, lo mismo que en la esfera del representar y del pensar, la participación de la voluntad es capaz de llevar a cabo, de una manera consecuente, semejante configuración de las imágenes. Así nacen las formas fijas de la vida social, las fiestas y el arte. Y también en este caso las imágenes que surgen rebasan las fronteras de la realidad; si designamos la facultad que actúa en estos procesos con un concepto, tendremos la imaginación artística, poética, que es lo que constituye nuestro problema".

Ahora bien, como estos procesos formativos, en los cuales actúa la imaginación poética, están condicionados por los sentimientos, será preciso buscar en éstos la explicación del fenómeno poético. Dilthey agrupa toda la complejísima gama de los sentimientos en cinco círculos concéntricos que son, de fuera a dentro:

1.—El círculo del sentimiento común y el sentimiento sensible, caracterizado por la simple reacción fisiológica

de agrado o desagrado frente al estímulo, sin intermedio de las representaciones;

2.—Sentimientos elementales condicionados por un interés concentrado;

3.—Sentimientos que surgen en las percepciones;

4.—Sentimientos diversos que surgen en la trabazón mental de las representaciones, y

5.—"El quinto círculo de sentimientos procede de cada uno de los impulsos materiales, que atraviesan toda la vida y de cuyo contenido total nos percatamos en los sentimientos. Se producen estos sentimientos cuando los impulsos experimentan entorpecimiento o estímulo que proceden del medio que les rodea o de los estados internos. Entretejidos con nuestros instintos, surgiendo de las raíces de los sentimientos sensibles, atraviesan todo el mundo moral. Desde las profundidades del sentimiento sensible se alzan el impulso de nutrición, el de la conservación sensible o la voluntad de vivir, el de la procreación y el del amor a la prole. Estos son los fuertes resortes en el reloj de la vida, los músculos que operan el movimiento de esa criatura enorme que es la sociedad. Muy cerca del poder sensible de estos impulsos tenemos el de otros resortes impulsivos que pertenecen a una región superior. Lo que se nos ofrece como conciencia de sí es, visto desde el lado práctico, afán por la conservación y perfección de la persona, lo mismo que propia estimación; se trata de aspectos diferentes de la misma realidad y a ellos se enlazan sentimientos del mayor vigor. Al presentarse entorpecimientos y favorecimiento, y captarse relaciones, surgen los sentimientos, en su mayoría tan complicados, de vanidad, sentimiento del honor, orgullo, vergüenza, animadversión, etc. Y con el mismo poder domina a la sociedad el otro grupo de sentimientos con los que sentimos como propios la pena y la alegría de los demás y acogemos, por decirlo así, la vida ajena en nuestro propio yo: simpatía, compasión, amor. Toda la movilidad y sensibilidad más fina de la sociedad descansa, en primer lugar, en estos dos grandes rasgos del sentir humano".

"La poesía encuentra su materia elemental en este círculo de sentimientos. Cuanto más penetrantemente lleguen el motivo y la acción a estas raíces de la vida, con

tanta mayor fuerza sensible la mueven. La vivencia, en su nuclear potencia psicológica, de los grandes impulsos elementales de la existencia humana, de las pasiones que proceden de ellos y de la suerte que corren en el mundo, constituye la base auténtica de toda capacidad poética. La base del gran poeta la constituye, en primer lugar, el hecho de que en su alma, mucho más poderosa, actúan estos impulsos en forma más ancha y compacta que en el alma de su lector u oyente; de aquí resulta esa ampliación y potenciación de toda vitalidad que representa el efecto más elemental que ejerce la poesía en el lector o en el oyente".

Leyes de la poética

SURGE ahora, determinada la raíz de la creación poética, el problema de la posibilidad de determinar las leyes que rigen el proceso de esa misma creación. Desde hace algún tiempo viene preocupado Fidelino de Figueiredo por hallar los principios fundamentales de una Criteriología Literaria, con vistas a la fundamentación científica de la crítica y de la historia de las literaturas.[12] La interrogación que en todos estos casos se impone es, ¿será posible llegar a formular las leyes de la creación poética? No pocos lo han negado. Dilthey, en cambio, cree posible la determinación de esas leyes.

"Del análisis de la naturaleza humana —escribe— resultan leyes que determinan, con independencia del cambio de los tiempos, tanto la impresión estética como la creación poética. La posición de conciencia de un pueblo en una época determinada condiciona una técnica poética que se puede expresar en reglas y cuya validez se halla limitada por esta posición de conciencia; pero de la natu-

[12] FIDELINO DE FIGUEIREDO: *A luta pela expressão. (Prolegómenos para uma Filosofia da Literatura)* Coimbra, Ed. Nobel, 1944. Con anterioridad a esta última obra suya el profesor luso-brasileño había planteado el problema en un artículo, "Criteriology and Literature", aparecido en *Books Abroad*, Spring, 1943, pp. 112-15. En el número siguiente de la misma publicación respondió al artículo de Figueiredo el profesor Holguín, en sentido negativo.

raleza humana surgen principios que rigen el gusto y la creación de un modo tan universalmente válido y necesario como los principios lógicos rigen el pensamiento y la ciencia. El número de estos principios, normas o leyes es indeterminado; no son más que fórmulas que designan las condiciones de cada uno de los diversos elementos estéticos efectistas y el número de tales elementos es ya ilimitado a causa de la divisibilidad ilimitada de la totalidad del efecto estético. Algunas leyes elementales se nos dan ya en los círculos de los sentimientos, pero al formar los sentimientos elementales enlaces superiores se producen también leyes superiores de la poética".

Utilizando, y superándolas, algunas formulaciones de Fechner, Dilthey ha determinado seis leyes "según las cuales las representaciones se transforman libremente, por encima de los límites de lo real, bajo la influencia de la vida afectiva", es decir leyes de la creación poética. Son las siguientes.

1.—*Todas las formaciones de la vida psíquica se componen de percepciones como elementos suyos; también las creaciones poéticas.*

2.—*La creación del poeta transforma libremente las imágenes de lo real compuestas de estos elementos y las combinaciones de tales imágenes, contenidas en la realidad, sin estar limitado por las condiciones de la realidad; por esto semejante creación es afín al sueño y a otros estados vecinos, lo mismo que a la locura.*

3.—*Esta afinidad se debe a la ausencia de condiciones que suelen gobernar a las representaciones; sin embargo, en el que sueña, en el loco, en el hipnotizado, es producida por causas muy diferentes de las que actúan en el artista o en el poeta; en el primer caso mengua la conexión adquirida de la vida psíquica, en el segundo, toda su energía se aplica en la dirección de la creación libre.*

4.—*Las imágenes cambian porque partes de ellas se desprenden o son eliminadas.*

5.—*Las imágenes cambian al distenderse o contraerse, al aumentar o disminuir la intensidad de las sensaciones de las que se componen.*

6.—Las imágenes y sus combinaciones cambian cuando penetran en su núcleo más íntimo nuevos elementos y combinaciones y las completan.

Estas leyes o principios que resumen, como es fácil advertir, las observaciones realizadas en torno a la conexión de la vida psíquica destacada en la especial constitución del poeta, son confirmadas luego por Dilthey con el apoyo del testimonio de los poetas.

Lo típico de la poesía

El último rasgo estudiado en està teoría psicológica de la creación poética es el de *lo típico*. El poeta destaca lo esencial en la realidad representada o expresada, y, como explica Dilthey, "esto esencial destacado de lo real lo designamos como *típico*. El pensamiento produce conceptos, la creación artística tipos. Estos contienen, en primer lugar, una potenciación de lo experimentado, pero no en el sentido de una idealidad vacía, sino en el de una representación de lo múltiple en algo plástico cuya estructura poderosa y clara nos hace comprensible en su significación las experiencias menores y mezcladas de la vida. En las obras poéticas todo es típico. Son típicos los caracteres, quiere decirse, que se ha destacado lo esencial en su estructura, como si dijéramos su ley generadora; pero con un vigor de la representación, hasta en los casos en que su objeto es la debilidad, como una luminosidad que se extiende a toda su interioridad, como si nadie antes hubiese visto a este hombre tan de verdad. Son típicas las pasiones, es decir, sin particularidad alguna, sino que, surgidas a tenor de la ley más íntima de los afectos, aparece la conexión íntima de los "momentos" en los que se despliega una pasión en un hombre y le consume, aquello que es sentido en ella como esencial, como grandeza triunfal, como ensanchamiento del alma, y que puede ser reproducido o experimentado por completo por el espectador o el oyente. Es típica la trama de la acción y su nexo con el destino; es apartado todo lo que perturba la transparencia del enlace causal; los eslabones necesarios son reducidos a su número ínfimo y a su forma más simple; así como

la sabiduría de la fábula o del refrán expresa una regla del acontecer, un nexo interno de sus miembros, así también en una obra poética se expresa con el mayor vigor y simplicidad esta relación adecuada de los miembros que se hallan trabados en una acción según la ley de la misma. En la realidad nunca se da esto con su máxima energía y sin mezclarse con lo accidental, mientras que en la poesía se ha eliminado lo que es indiferente para el tipo y se ha hecho resaltar cada miembro de su máxima realidad y fuerza efectiva. También es típico el modo de la expresión; pues el aliento que anima al héroe, a su pasión y a su destino tiene también que animar a toda la obra hasta en sus ritmos y sus imágenes. Así la obra se convierte en un individuo".

Pero en un individuo simbólico. Porque toda obra poética no es otra cosa que símbolo de una vivencia. De ahí que junto a su valor expresivo tenga siempre otro significativo. El problema fundamental de la técnica poética es, de este modo, la creación de símbolos [13] y, como afirma Dilthey, la producción de lo típico.

La técnica poética

TODA teoría de la poética puede ser construída desde un doble punto de vista: el de la producción o el del consumo de la obra literaria. Croce ha precisado diferencias e identidades entre la actividad creadora —genio— y la juzgadora —gusto [14]—, y Paul Valéry habló de *productores*

---

[13] Véase a este respecto la opinión de Ernst Cassirer, influída por Dilthey, en el capítulo referente a "El Arte", de su *Antropología filosófica,* Trad. de E. Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1945, pp. 255-312.

[14] "La actividad crítica, que juzga y reconoce lo bello, se identifica con la actividad que lo produce. La diferencia consiste únicamente en la diversidad de las circunstancias, tratándose unas veces de producción y otras de reproducción estética. La actividad que juzga se llama gusto; la actividad productora, genio. Genio y gusto son, por ende, substancialmente idénticos". B. Croce.—*Estética como ciencia de la expresión y lingüística general.* Trad. de J. Sánchez Rojas, Madrid, 1912, p. 173.

y *consumidores* de la obra poética.[15] Dilthey coincide con Croce en afirmar la esencial identidad de ambos puntos de vista, o, por lo menos, su estrecha afinidad.

"El proceso primario —escribe— es el de crear. La poesía nació por el ansia de expresar una vivencia y no por la necesidad de hacer posible la impresión poética. Lo que se ha configurado partiendo del sentimiento excita de nuevo el sentimiento, y de la misma manera, aunque aminorada. Así tenemos que el proceso que tiene lugar en el poeta es afín al que tiene lugar en el oyente o lector. La unión de procesos psíquicos diversos en que se produjo una poesía es parecida, por sus elementos y su estructura, a la que provoca esa poesía en el oyente o lector".

"La teoría técnica —explica más adelante— debe arrancar, por lo tanto, de ambos procesos psíquicos y su relación interna en el poeta. Cuando la poética parte de la impresión convierte al poema, en mayor o menor grado, en obra del entendimiento, que calcula los efectos, y esto es lo que le ocurrió a la poética influída por Aristóteles. Por el contrario, cuando se presenta la creación inconsciente como fuente de la forma poética, en ese caso se desprecian las reglas, las ideas adquiridas y la articulación de tipo intelectual, y esto ocurrió en la época segunda del romanticismo alemán, la época de Arnim y Brentano. Es menester que la poética abra ambas puertas de sus experiencias con toda la amplitud posible, para que no quede excluída ninguna clase de hechos o de procedimientos. Al investigar las impresiones goza de la ventaja de poder provocar a placer el cambio de las mismas mediante el cambio de los objetos y de poder analizar la complejidad del proceso en sus elementos; es posible, así, la estética experimental, tal como la ha abordado Fechner. Al partir de la creación, puede, por fin, utilizar todo el cúmulo del material histórico-literario; año tras año trabajan incontables filólogos e historiadores de la literatura por hacernos comprensibles a los poetas; a esto se añade la poética, no la de Boileau, que quiere someter a la poesía, sino una poética nueva que pretende explicarla y, mediante la con-

---

[15] P. Valéry: "Introducción a la Poética". Trad. de Guy Pérez Cisneros en *Revista Bimestre Cubana*, vol. XLIX, No. 3, La Habana, mayo-junio, 1942, pp. 351-74.

sideración comparada, abarcar todas sus manifestaciones partiendo de la célula germinal de la poesía en los pueblos primitivos".

Poco más adelante traza Dilthey el programa de esta nueva poética, o, mejor, de este nuevo aspecto, ahora esencialmente historicista, de su poética. "En lo desarrollado hasta ahora —dice— ha dominado la psicología. Una vez que hemos logrado fundamentar la poética cambia el método. Corresponde ahora la guía a la empirie histórico-literaria. Ateniéndose al espíritu de investigación moderna, tendrá que abarcar todo el campo de la poesía y buscar entre los pueblos primitivos las formas elementales. Tendrá también que establecer relaciones causales entre esas formas y, en este punto, se ve abocada a una consideración histórico-evolutiva. No podrá, pues, respetar las fronteras de la actual historia literaria sino que buscará explicaciones, allí donde las encuentre, en el ancho campo de la cultura humana. En este trabajo se servirá del método del esclarecimiento recíproco, como lo ha denominado Scherer, tratando así de aclarar lo lejano y oscuro mediante lo próximo y accesible. Utilizará la comparación a los efectos de la generalización y tratará de obtener uniformidades. En esto se verá sostenida por los resultados de la fundación psicológica y en ningún punto podrá prescindir de la explicación psicológica. Pues una poética sin psicología no hace sino emplear conceptos típicos y nociones vulgares e insostenibles en lugar de las científicas y demostrables. Pero a la psicología le corresponde ahora el papel de segunda voz acompañante".

"Nuestra oposición a la poética actual —resume tajantemente poco después— se ha hecho cada vez más clara. Rechazamos todo concepto de lo bello con validez universal pero encontramos en la naturaleza del hombre un proceso de 'formación'. Como este proceso actúa en el medio del lenguaje desde el núcleo de la vivencia, se produce en todos los pueblos la manifestación rítmica de los sentimientos, tan necesarios para el alma como la respiración para el cuerpo, representación y transformación libre de lo vivido y actuación personal viva en una acción que conmueve el alma. Esto encuentra ya su medida y su rasgo característico en la creación poética, que

en su misma raíz se diferencia en géneros, en que el nexo imaginativo o figurado que así surge procura satisfacción al creador mismo; pero, al mismo tiempo, la satisfacción duradera del oyente o del lector se convierte en meta del poeta y en patrón de su producción. Con esto su trabajo cobra conciencia de su propio fin y desarrolla, lo mismo que cualquier otra actividad finalista, su técnica. Entendemos por *técnica poética* la creación del poeta consciente de su meta y de sus medios y seguro de ellos".

La técnica del poeta consiste en la transformación de lo vivido en un todo que se da únicamente en el representar del oyente o del lector, que engendra ilusión y que, mediante la energía sensible del nexo figurado, produce un contenido afectivo poderoso, significación para el pensamiento y también, con ayuda de otros medios menores, una satisfacción duradera.

Después de darnos este concepto de la técnica poética, emprende Dilthey una revisión de sus elementos, de los géneros y de otros aspectos de capital importancia relacionados con la técnica que no podremos resumir, para concluir con un estudio de los elementos o "momentos" de la obra poética. "Así como en el cuerpo natural —explica— separamos la densidad, el peso, el calor e investigamos estas propiedades generales de todos los cuerpos aisladamente, así como separamos y estudiamos las funciones del metabolismo animal, de la sensación y del movimiento volitivo de la fisiología de los cuerpos animales, también distinguimos en las obras poéticas la materia, la tónica poética, el motivo, la fábula, el carácter, la acción y los medios expresivos. Tendrá que ser estudiada la relación causal dentro de cada uno de estos "momentos" de una creación; sólo por este camino será posible una explicación causal de estas criaturas de la imaginación".

Sin poder detenernos a examinar ahora en detalle toda esta rica porción de la poética diltheyana, debemos sólo llamar la atención sobre su estrecho perentesco con otros planteamientos de los elementos de la obra poética que han servido, por ejemplo, a Robert Petsch para establecer las líneas generales de su teoría del análisis de la obra poéti-

ca.[16] Y cuando Dilthey plantea "la bella tarea" de desarrollar, sobre bases lingüísticas, un conocimiento causal de los fundamentos psicológicos de la obra poética, un descubrimiento de la vivencia siguiendo la pista que nos dan los medios expresivos, está coincidiendo con la estilística, tal como la conciben Croce, Vossler o Bally, o, mejor aún, como la expone Leo Spitzer en su ensayo *La interpretación lingüística de las obras literarias*.[17] Dilthey escribe: "Toda la creación del poeta está atravesada por la acción de los sentimientos sobre el movimiento expresivo. De este movimiento natural del alma proceden el lugar de las palabras en la frase y, en definitiva, las figuras del discurso. Lo mismo la hipérbole que el empequeñecimiento no son sino la última y más sensible manifestación de aquellas leyes de acentuación y mengua de las imágenes, de su expansión y concentración bajo la influencia de los sentimientos". Y Spitzer: "Nuestros sentimientos hacen brotar las formas del lenguaje como la savia fermentadora llena de brotes los árboles en primavera. Para llegar a esta savia inquieta y fecunda de lo espiritual, es preciso considerar las yemas y los botones lingüísticos. Siempre será posible descubrir en ellos una substancia espiritual".[18]

Hay, sin embargo, algo fundamental en lo cual Dilthey se aleja de la estilística, superándola: su acertada consideración de la historicidad de la técnica.

Historicidad de la técnica

DILTHEY ha afirmado, con entera razón, que del estudio de los elementos formales de la obra poética "sólo obtendremos sombras, posibilidades fugaces no determinadas de un modo unívoco ni en sí mismas ni en sus relaciones recíprocas". Sólo es posible comprender en su más entrañada totalidad la obra de arte si la concebimos

---

16 Incluída en el volumen colectivo antes citado, *Philosophie der Literaturwissenschaft*.

17 En el volumen colectivo *Introducción a la Estilística Romance*. T. I de la Colección de Estudios Estilísticos dirigida por Amado Alonso y Raimundo Lida, Buenos Aires, 1932.

18 Ob. cit., p. 94.

como un producto histórico, si advertimos la estrecha relación entre su forma y la vivencia que expresa, originada históricamente. En cinco principios ha recogido el filósofo esta justísima concepción suya de la historicidad de la técnica. Son éstos:

1.—*Se origina la conexión técnica de la obra poética a base de los principios de la impresión poética y de las posibilidades efectivas de trabazón de elementos impresionantes en una forma interna cuando un contenido originado históricamente elabora con estos medios la forma que le corresponde.*

2.—*Lo mismo que en la religión y en la filosofía, en el arte y especialmente en la poesía la coordinación de elementos de una época, que ya contiene en sí conexión causal y afinidad, es elevada a una unidad superior. De este modo, y partiendo de una diversidad primordial, de elementos y de sus relaciones particulares, surge en virtud de la acción del genio la unidad que designamos como espíritu de una época.*

3.—*Psicológicamente esta aportación del genio poético se hace posible porque la conexión adquirida de la vida psíquica del genio está condicionada por la coordinación de los elementos de una época y por eso representa esta coordinación. Luego, esta conexión adquirida condiciona los procesos poéticos que transcurren en la conciencia y sus resultados, la fábula, la acción, los caracteres y los medios expresivos, que por eso representan, a su vez, esta conexión.*

4.—*A partir del contenido, la forma de una creación poética y la técnica de un género poético se hallan condicionadas históricamente. La historia de la literatura deberá estudiar los tipos históricos de la técnica en los diversos géneros poéticos.*

5.—*Podemos conocer las relaciones legales entre esos tipos de la forma poética mediante el enlace de la poética con la historia comparada de la literatura. Dentro de un pueblo se da una sucesión regular de formas estilísticas. En la misma medida en que va creciendo en la humanidad la diversidad de las partes de la vida y aumentan los momentos técnicos afectivamente pobres, es menes-*

ter una fuerza creciente para elevar el contenido de la vida a forma poética.

Armado de estos principios, Dilthey hace de su poética, como pedía hace muy poco tiempo Fidelino de Figueiredo, una Ciencia de la Literatura y una Dirección del Espíritu. Lo ha dicho él mismo con estas palabras: "La poética, cuyos perfiles hemos trazado, ha expuesto al poéta de nuestros días los principios a que se enlaza la impresión y las normas a que se vincula su creación. Pero también ha demostrado la relatividad histórica hasta de las formas más perfectas. Quiere mover a los poetas actuales a que busquen una forma y una técnica nuevas para el contenido de la época y a que vean su ley superior en el efecto duradero, que satisfaga universalmente".

Para muchos espíritus para quienes dejó de ser la religión la fuente de sus concepciones del mundo, el arte y la poesía han venido a ofrecer el más idóneo sustitutivo. Eso quiso decirnos James Joyce cuando presentó por primera vez a Stephen Dedalus, el artista adolescente. Y aunque, como ha señalado Imaz, Dilthey se decidiera por la actitud teórica, filosófica, es indudable que, como también advierte sagazmente su comentarista, llegó a su conciliador concepto de la vida por vía de su comprensión artística y entregó su vida entera a esa comprensión para llenar su vacío religioso. Por eso pudo escribir: "En nuestros días la vía está completamente libre para el genio poético. Como la religión ha perdido el respaldo de las conclusiones metafísicas acerca de la existencia de Dios y del alma, en la actualidad para un gran número de hombres sólo en el arte y en la poesía se encuentra una captación ideal del sentido de la vida. La poesía se halla penetrada del sentimiento de que a ella corresponde dar con la interpretación auténtica de la vida y hasta las exageraciones de la novela francesa que compite con la ciencia social descansan en esta conciencia. La poesía ocupa por ahora un terreno pantanoso: esperamos, sin embargo, que de ahí saldrá la flor de una poesía auténtica".

Dilthey ha sabido advertir el proceso dialéctico de la sociedad y el de la poesía como expresión de aquél, y lo ha descrito más de una vez con tonos épicos en esos grandes cuadros que tanto gustaba de trazar. Reléanse, por

ejemplo, el capítulo inicial de *Vida y Poesía*, "Trayectoria de la literatura europea en la época moderna", el más breve, contenido en el capítulo sobre el "arte y la individuación" de *Psicología y Teoría del conocimiento*, o este otro del mismo volumen:

"Los pueblos modernos han producido, desde el tiempo que conservamos grandes masas de su poesía, dos grandes órdenes de la sociedad y han representado su contenido afectivo en dos siglos de oro de su poesía. Vivimos en el amanecer de la tercera época. El orden feudal de la sociedad se basaba sobre la guerra permanente, grande y pequeña, la fuerza de los guerreros y el reparto de la propiedad que así se originaba. Valor guerrero, lealtad feudal, amor caballeresco, honor y fe católica eran los resortes que mantenían en movimiento la vida de un hombre de entonces. Y la épica era creación y espejo de esa época. La realeza creó luego estados unitarios, con una administración que sometía a los señores feudales, y preparó en estos estados un ámbito mayor y un movimiento más libre al comercio, a la industria y al pensamiento científico. Creación y espejo de esa época es el teatro moderno. En las piezas de Shakespeare y de Lope se escucha todavía el alboroto guerrero de las últimas luchas entre la realeza y los señores feudales. El teatro francés representa la época de la monarquía absoluta en sus sentimientos más fuertes y más delicados. El rey más grande que ha visto la Europa moderna, Federico II, encontró en los campos de batalla de la Guerra de Siete Años, en las crisis de su existencia, la expresión de su sentimiento heroico de la vida en los versos de Racine. Porque estos personajes hablaban y se conducían como reyes. Y en los versos de Voltaire amaba el juego triunfal del entendimiento con la vida y con el amor. La poesía francesa de la época clásica tenía por esto un valor histórico que la historia de la literatura debe reconocer. Con la Revolución francesa ha comenzado una nueva época. Una ciencia que transforma toda la vida, industria mundial y máquinas, y el trabajo como fundamento exclusivo del orden social, guerra contra los parásitos de la sociedad, por cuyos goces ociosos pagan otros las costas, un nuevo y moderno sentimiento de señorío del hombre que ha sometido a la naturaleza y que

quiere reducir también los efectos ciegos de las pasiones en la sociedad; éstos son los rasgos fundamentales de una edad universal cuyos perfiles grandes, oscuros y espantosos empiezan a dibujarse ante nosotros. Sin embargo, en oposición con esta regulación racional de todos los asuntos, este globo, en definitiva tan irracional e irrazonable, ha desarrollado en la sociedad una conciencia histórica que conserva lo conquistado. Las unidades nacionales se sienten, gracias a los efectos del parlamento y de la prensa, como esencias peculiares. En las luchas que así nacen arraiga la heroicidad de nuestro siglo".

He aquí un cuadro aclarador de las relaciones estrechas entre la vida y la poesía, entre el devenir histórico y el desarrollo de las formas de expresión poética correspondientes. Por este agudo sentido suyo de la viva dialéctica de la historia, pudo el filósofo afirmar categóricamente, con palabras que parecen anunciar las formulaciones del realismo socialista, que "la novela del futuro tendrá que captar todo en devenir, en ascenso, camino de algo desconocido por la sociedad misma". Y es que, como todo pensador genial, Dilthey, partiendo sólo de la estricta secuencia lógica de sus reflexiones sobre el hombre y su existencia histórica, llega a conclusiones perfectamente válidas para la más avanzada concepción del mundo. Cualquier marxista estará dispuesto a aceptar estas palabras cálidas y certeras, que señalan lo permanente y lo fugaz en el proceso dialéctico que constituye la historia, lo absoluto y lo relativo en el devenir social y en el arte,[19], con las cuales concluye de sus *materiales para una poética* y nosotros queremos poner al fin de nuestro intento de exposición:

"Existe un núcleo en el cual el significado de la vida, tal como lo quisiera representar el poeta, es el mismo para todos los tiempos. Por eso todos los grandes poetas tienen algo eterno. Pero el hombre es, al mismo tiempo, un ser histórico. Cuando el orden de la sociedad y el significado de la vida han cambiado, ya los poetas del tiem-

---

[19] Cf. Mark Rosenthal: "Los criterios absolutos y relativos en el arte", en *Didáctica,* vol. III, No. 8, La Habana, julio-agosto, 1943, pp. 62-71.

po pasado no nos conmueven como a sus contemporáneos. Así pasa ahora. Esperamos al poeta que nos diga cómo padecemos, cómo gozamos y cómo luchamos con la vida".

Conclusión

HEMOS procurado aproximarnos, en este ensayo meramente expositivo, a las líneas generales de la poética de Dilthey, como un modo de incitar al lector a descubrir por sí mismo la totalidad de sus riquezas. Quisimos, al mismo tiempo, destacar algunas de sus relaciones con toda la Ciencia o Teoría literaria posterior, cuyos problemas fundamentales están planteados ya en la obra diltheyana, y, a veces, resueltos de un modo más feliz que al presente. De ella viene lo mejor de la Literaturwissenschaft, y en sus páginas hay mucho de lo que preocupa a otros autores no alemanes, como Fidelino de Figueiredo y hasta como Jorge Santayana, con cuyos planteamientos en torno al fenómeno literario ha señalado Eugenio Imaz, en la obra de Dilthey, interesantes coincidencias.[20] Todo esto viene a probar la riqueza de la poética diltheyana que quiso ser, y sigue siéndolo con absoluta eficacia, como luego demandara Figueiredo, Ciencia de la Literatura y Dirección del Espíritu.

---

20 En el prólogo de *Vida y Poesía*, pp. XIV-XVI.

LA JORNADA DE DILTHEY EN AMERICA

Una publicación muy interesante del último par de años son sin duda las *Jornadas* del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México. Comprenden hasta el momento de escribir esta nota cuarenta y cinco números, formados por cuadernos de cincuenta a cien páginas, con algunas excepciones que se desvían de estos términos, aunque poco, por exceso o por defecto. Se iniciaron como órgano de publicidad de las reuniones de los llamados "seminarios colectivos", aunque fueron más bien lo que se llama una "mesa redonda", sobre la guerra y sobre la América Latina, que el nombrado Centro de Estudios Sociales sostuvo a lo largo del segundo semestre de 1943 y primero de 1944. El proyecto incluía la publicación de las ponencias que habían de presentarse a discusión en las reuniones y la de las discusiones mismas, siquiera en resumen, o de sus resultados; la realización no llegó a ajustarse al proyecto más que en un caso, el de la reunión dedicada a discutir la ponencia sobre el pensamiento hispanoamericano, presentada por mí y a la que pude agregar un resumen de la discusión redactado con las notas que tomé durante la misma. Pero aún reducidas a las solas ponencias estas *Jornadas* de la guerra y de la América Latina, son contribuciones excepcionales y de fecundidad segura al estudio de los respectivos temas. Las primeras, después de un *Prólogo al estudio de la guerra,* en que el Profesor Medina Echavarría logra tal síntesis de las diversas facetas del tema que el saber y la inteligencia necesarios para lograrla quizá no sorprendan y admiren menos a los doctos que a los profanos, y después de unos *Principios de la guerra,* en que hace algo análogo, aunque sólo desde su punto de vista profesional, un militar tan distinguido asimismo intelectualmente como el general Sr. Sánchez Hernández, contienen estudios sobre los principales grupos de causas y efectos de las guerras en general y en particular de la mundial de estos años, así como sobre la prevención de la guerra y sobre la postguerra, debidos a un maestro como el Dr. Antonio Caso, a un escritor como el diplomático Sr. Jorge Zalamea, a especialistas como los Sres. Antonio Carrillo Flores, Daniel Cosío Villegas, Manuel Chavarría, Vicente Herrero, José E. Iturriaga, Gilberto Loyo, Emigdio Martínez Adame, Manuel Pedroso, Gonzalo Robles, Josué Sáenz, Manuel Sánchez Sarto,

Víctor L. Urquidi y Jorge A. Vivó. Las *Jornadas* de la América Latina se ocupan en seis números con varios aspectos de la vida política y económica de estos países, y en sendos números con el Brasil, el contenido social de la literatura iberoamericana y el pensamiento hispanoamericano. Esta última parte, autores de las ponencias son el intelectual y diplomático brasileño Sr. Renato de Mendonça, el Profesor de la Universidad de Buenos Aires Sr. Raúl Prebisch y los Sres. Agustín Yáñez y Javier Márquez, además de los Herrero, Iturriaga y Robles anteriormente mencionados. La ultima de las *Jornadas* de la serie contiene una encuesta sobre la integración política de Iberoamérica en la que toman parte los Sres. Manuel F. Chavarría, Alfredo Pareja Díez-Canseco, Mariano Picón-Salas, José Antonio Portuondo, Luis Alberto Sánchez, José Vasconcelos, Jorge A. Vivó y Joaquín Xirau, cuyos nombres bastan para indicar cómo están representados los países interesados por la encuesta y el alcance de ésta. El mismo número de las *Jornadas* se cierra con una sinopsis de los principales puntos de una política internacional de la América Latina suscrita por el también conocido escritor y diplomático mexicano D. Antonio Castro Leal.

A partir del número 20, inclusive, entraron las *Jornadas* en una segunda etapa. Interrumpidos hasta nueva ocasión, con arreglo a los planes de trabajo del Centro editor de la publicación, sus seminarios colectivos, la publicación se ha convertido en una serie, aperiódica pero frecuente, a la que el Centro editor quisiera diese unidad la de las ciencias sociales, pero que no llega siquiera a ésta, ya de suyo un tanto laxa, pues que desborda el campo de dichas ciencias, por anchamente que se pretenda, no acotarlo, sino dejarlo confundirse con los colindantes. La razón decisiva del carácter misceláneo que la publicación ha venido, pues, a tomar, se encuentra sin duda en la densidad de la vida intelectual en estos países, todavía insuficiente, no sólo por parte de los profesionales de la inteligencia, sino más aún por parte del público cultivado, para sostener publicaciones más rigurosamente especializadas, ni siquiera con una colaboración internacional. Pero quizá el carácter misceláneo no prive, precisamente, a la serie de interés, sino todo lo contrario, se lo dé literalmente multiplicado.

Los números que entran en el campo de las ciencias sociales no pasan de un tercio, ni siquiera contando aquellos cuyo contenido pertenece a la sociología y su metodología e historia, como el *Ensayo sobre el espíritu de las sectas* o *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones*, de los sociólogos de renombre internacional Roger Cail-

lois y Florián Znaniecki, respectivamente, o el estudio de los Sres. Howard Becker y Philip Fröhlich, de la Universidad de Wisconsin, sobre *Toynbee y la sociología sistemática.* Pero, al menos, otro tercio está compuesto por números dedicados a temas de disciplinas tan cercanas a las ciencias sociales como son las ciencias políticas. En ellos predominan los trabajos de índole teórica general, hasta filosófica, como el *Ensayo sobre la libertad* o *El método de la ciencia política,* de los Profesores españoles, inmigrados en estos países, Francisco Ayala y José Miranda, respectivamente, para no citar sino el par de trabajos que me parecen ser en mayor grado de dicha índole. En el tercio restante vienen por eliminación a convergencia desde muy varias direcciones trabajos cuyo nexo con las ciencias sociales se adelgaza en casos hasta la tenuidad más extremada. Los *Tres puntos de exegética literaria,* de Alfonso Reyes, son una —triple— de las recientes aportaciones del gran escritor y humanista a la ciencia y a la filosofía de la literatura culminantes por ahora en su monumental *Deslinde, Prolegómenos a la teoría literaria* —que es un escándalo que esta revista no haya comentado todavía. *El siglo* XVIII *español en América* y la *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala* son reiteraciones de la obra de investigación a que deben su reputación como historiadores el Profesor español José M. Ots y Capdequí, inmigrado en Colombia, y el Profesor mexicano Silvio Zavala. Al mismo grupo de *Jornadas* históricas deben agregarse las *13 conclusiones fundamentales sobre la guerra libertadora cubana* del Historiador de la Ciudad de La Habana D. Emilio Roig de Leuchsenring. Las *Fichas mexicanas* de Agustín Yáñez son tres estudios de historia literaria como los hace, originales de puntos de vista y poderosos de construcción, el escritor y profesor mexicano; que no se concentran, pues, sobre el contenido social de la literatura, como la ponencia del mismo autor que figura entre las *Jornadas* de la América Latina, o *El contenido social de la literatura cubana,* en que el intelectual cubano José A. Portuondo, miembro este último par de años de El Colegio de México, amplió su intervención en la discusión de la ponencia de Yáñez hasta una Historia de la literatura cubana por generaciones con sus temas generacionales, hisórico-sociales, tan original como sugestiva. El número de las *Jornadas* sobre la filosofía jurídica, en especial del derecho de propiedad, de Suárez, por el joven Manuel Calvillo, y *La lección de Varona* en que la mayor autoridad en materia de historia de las ideas en Cuba, D. Medardo Vitier, da una nueva, aunque más breve versión de su trabajo sobre el máximo pensador de su tierra cubana, pertenecen a la historia del pensamiento

en los países hispánicos. Y, en fin, el *Asedio a Dilthey*, de Eugenio Imaz, a la Historia de la filosofía universal contemporánea.—De los autores de las *Jornadas* de esta segunda etapa son miembros de El Colegio de México los nombrados Alfonso Reyes, su Presidente, Zavala, Yáñez, Portuondo y Miranda; es mexicano, además de Reyes, Zavala, Yáñez y Calvillo, el Sr. Antonio Carrillo Flores; los demás son de variada oriundez nacional y trabajan en los demás países hispano-americanos, desde Cuba a Chile, en Brasil y en los Estados Unidos: quizá hubieran bastado a sugerirlo los nombres citados, pero estos datos, en general, no me han parecido superfluos, para acabar de perfilar la fisonomía de las *Jornadas*, como una abierta y loable empresa de colaboración internacional.

Evidente que ellas no pueden ser reseñadas con mayor detalle sino por los especialistas y en las revistas especializadas que lo hayan hecho o debieran hacerlo. Por mi parte, no podría reseñar con mayor detalle sino unas pocas, pero éstas quisiera reseñarlas, y espero hacerlo en ocasiones próximas, si no en lugares más propios, con excepción de aquella a que voy a dedicar el resto de esta nota. Son principalmente las siguientes. La de Alfonso Reyes: el deslinde de la literatura respecto de los demás "sectores de la cultura" es operación correlativa del análogo deslinde de la filosofía en que veo el tema de la filosofía de la filosofía que constituye para mí el tema de la filosofía desde —la *Crítica de la razón pura*, cuando menos. La de Portuondo, juntamente con la de Yáñez que la originó: de la Historia de las letras en los países de lengua española es inseparable la de las ideas en los mismos, que viene siendo asunto preferente de mi propia actividad profesional, pero es inseparable de ella sobre todo cuando se concentra sobre el contenido social de la literatura. Las de Calvillo y Vitier: pertenecen obviamente a la Historia de las ideas a que acabo de referirme. Y la de Imaz sobre Dilthey —a la que me ha parecido deber dedicar el resto de esta nota.

ESTÁ compuesta con los prólogos y epílogos puestos por Imaz a los cinco tomos de su traducción de las obras de Dilthey publicados hasta el momento de aparecer ella misma, más complementos, necesarios unos, ocasionales otros. El título, *Asedio a Dilthey*, es perfectamente expresivo del contenido, determinado por su origen, y de éste mismo. He aquí que Imaz recibe el encargo de traducir para la sección histórica de las ediciones del Fondo de Cultura Económica los estudios

más conspicuos entre los que constituyen la importante parte histórica de la obra del gran filósofo alemán contemporáneo —pero que traductor y editorial pican en el excepcional cebo, se tragan el no menos excepcional anzuelo, y se deciden a acometer la empresa de llevar a cabo la publicación de una traducción de las obras completas —prácticamente— del filósofo. La empresa no ha sido osada hasta ahora por personas ni entidades de países de otras lenguas. Entra en la cuenta, ya imponente, de aquellas con que en los años anteriores a la guerra civil española la Revista de Occidente, y en estos años de inmigración española en estos países el Fondo de Cultura, se han adelantado a los países de otras lenguas, incluso a los más pujantes intelectual y editorialmente. Cabe pensar que esta pujanza se manifestaría precisamente en la menor abundancia e importancia de las traducciones, debida a la riqueza y valor de la propia producción original, pero no cabe negar que la incorporación de las obras que señalan hitos en la historia de la cultura universal a lenguas y culturas distintas de las nativas u originarias, por lo menos en los casos en que éstas mismas son extensas o ilustres, constituye una aportación tan fértil como meritoria a la historia de la cultura universal —desde los tiempos del contacto alejandrino entre la cultura griega y las culturas orientales.

Al ir adentrándose Imaz por la obra de Dilthey va haciéndose una idea cada vez más personal y verdadera al par, en todo caso más cabal, de la obra, que va manifestándose en la elección del contenido de los sucesivos tomos de la traducción y en los prólogos y epílogos que justifican la elección y explican el contenido. Ya en el tránsito del segundo al tercer tomo queda el plan de todos fijado en términos que no experimentarán sino algún pequeño, aunque no del todo insignificante retoque (cf. las pp. 31 y 58), lo que denota que para el mismo momento había llegado Imaz a redondear su idea de la obra, que sin embargo no expone ampliamente sino por primera vez en el magnífico prólogo al tomo cuarto y dándole una segunda vuelta especial y complementaria en el prólogo al quinto. Semejante procedimiento, de verdadero "asedio", puede parecer inadecuado método de estudiar una obra, impropio contenido de una exposición y crítica de la misma. Sin embargo, quien piense que la actividad intelectual es en todos los casos un proceso biográfico e histórico únicamente inteligible y enjuiciable como tal proceso, concluirá que Imaz estaba tan autorizado, tan obligado a darnos el proceso de su propia idea de Dilthey como el proceso de las ideas del propio Dilthey. Quien, además, sepa hasta qué punto se puede sacar de Dilthey semejante

manera de pensar, podrá apreciar, encima, hasta qué punto sea diltheyana, auténtica, pues, una exposición y crítica de Dilthey obediente a la misma manera de pensar. Pero —no cabiendo en una nota, evidentemente, más, voy a limitarme en el resto de la presente a apuntar el par de cosas que entre las sugeridas por la poliorcética de Imaz me parecen las más importantes o interesantes.

Desde luego, la idea misma que se ha hecho Imaz de la obra de Dilthey. No habiendo podido hasta ahora reanudar el estudio completo de esta obra que estaba llevando a cabo en la última época de la estancia en España anterior a la guerra civil, no me atrevo a emitir más que una impresión, pero ésta es que la idea que Imaz se ha hecho de la obra de Dilthey da una visión de esta obra que resulta más coherente que las conocidas y parece en realidad más fundada histórica, psicológica y filosóficamente. La obra de Dilthey plantea un problema central: la articulación de las partes histórica y sistemática en que cardinalmente consiste y de las partes psicológica, gnoseológica y de filosofía de disciplinas y de la filosofía misma en que consiste a su vez la parte sistemática. Mi impresión, repito el término, es que la idea de Imaz hace aparecer la parte histórica incorporada esencialmente a la filosófica, en forma que resulta mucho más satisfactoria, por más congruente con la orientación esencialmente filosófica del pensamiento, de la actividad y personalidad todas de Dilthey; que resuelve de un modo convincente a fuerza de ser simple en el fondo, es decir, a fuerza de ahondamiento en la obra, la en las apariencias inextricable cuestión fundamental de las relaciones entre la psicología y la hermenéutica; y que presenta la filosofía de disciplinas como lo que es, como aplicación de la fundamentación de las ciencias del espíritu a algunas de estas ciencias. Unicamente en punto a la filosofía de la filosofía habría que matizar: la filosofía de la filosofía no resulta una aplicación semejante a la filosofía misma sino porque a ésta le es peculiar la reflexividad sobre sí misma de la que el ejemplo más al alcance de todos es quizá el de la lógica, cuyo discurso no debe dejar de caer, evidentemente, bajo las reglas que él mismo va sentando.

Mas para que Imaz acabe siendo tan consecuente como consigo mismo con Dilthey, es menester que acabe dándonos no sólo el proceso de su idea de la obra de Dilthey, sino el proceso de esta obra. El método histórico de tratar los autores, único "a la altura de los tiempos", los tiempos de Dilthey, muy justamente, no se limita a la evolución *histórica* de unos autores a otros, sino que se extiende a la evolución *biográfica* de cada autor. En punto a la primera evo-

lución se encuentran, ciertamente, diseminadas por el trabajo de Imaz referencias que figuran entre lo mejor visto y más incitante del mismo. En punto a la segunda, el trabajo resulta relativamente muchísimo más pobre. Y sin embargo, sólo ordenando cronológicamente los escritos de Dilthey citados en él con sus fechas, salta a la vista la siguiente. El más antiguo es un escrito sobre Schleiermacher del año 60. Los inmediatos, la *Habilitationschrift* sobre la conciencia moral, un escrito sobre Novalis y otro sobre el movimiento poético y filosófico en Alemania, de los años 64, 65 y 67, respectivamente. Vienen luego: en el 70, el primero y único tomo de la gran biografía de Schleiermacher; en el 75, el trabajo, orientado ya decisivamente, sobre el estudio de las ciencias del hombre, de la sociedad y del Estado; en el 83, el primero y único tomo de la fundamental y capital *Introducción a las Ciencias del Espíritu;* en el 86, una nueva insistencia sobre Schleiermacher. Ello, en los veinticinco años de vida del autor que van desde sus veintiocho a sus cincuenta y tres. Pero a partir del 87, o de los cincuenta y cuatro del autor, se espesan: en el 87, los *Motivos fundamentales de la conciencia metafísica* y la *Poética;* 88 y 89, las cartas de y a Hegel, la *Pedagogía,* la *Importancia de los archivos literarios para el estudio de la historia de la filosofía;* 90, *Origen de nuestra creencia en la realidad del mundo exterior;* 91, a 93, *Experiencia y pensamiento, Imaginación del poeta;* 94, la *Psicología;* 95 a 98, *Schiller, Contribución al estudio de la individualidad, Sinopsis de mi sistema, Qué es filosofía, Imaginación del poeta;* 99, *Las tres formas fundamentales de los sistemas filosóficos en el siglo* XIX. Y a partir de 1900: en el mismo 900, *Panteísmo evolutivo, Hermenéutica, La conciencia histórica y el siglo* XIX*;* el 1, *El mundo histórico y el siglo* XVIII*;* 2 y 3, nada; pero 4, *Función de la Antropología en los siglos* XVI y XVII, *El Hombre moderno y la pugna de las concepciones del mundo;* 5 a 10, *Juventud de Hegel, Esencia de la filosofía,* fragmentos de reelaboración de la *Poética,* ésta misma reelaborada y la *Estructuración del Mundo histórico;* y el 11, en que el filósofo muere a los 83 años, el prólogo al *Mundo espiritual, El problema de la religión, Desarrollo metafísico de las concepciones del mundo.* Salta a la vista, pues: última década del siglo pasado, década del sexagenario, década de los trabajos psicológicos y gnoseológicos fundamentales; primera década de este siglo, década del septuagenario, década de los trabajos definitivos —hasta donde se puede aplicarles este término— históricos y filosóficos. No es posible que esta sucesión biográfica no ayude a comprender y justipreciar la obra de Dilthey y en particular a iluminar la cuestión de la articulación de sus partes.

Imaz no podía menos de polemizar con los autores más conspicuos de ideas acerca de la obra de Dilthey de las que discrepa la suya: Heidegger, Ortega. Declaradas mis anteriores impresiones, no puedo dejar de darle la razón en su crítica de las ideas de estos autores acerca de la obra de Dilthey, pero ello no me obliga en consecuencia a dársela en la crítica de la obra de Heidegger que se le desliza en más de un pasaje: porque por una némesis curiosa él mismo hace a Dilthey, con cierta inconsecuencia para sus fervores hacia éste, tan heideggeriano como lo hace en la página 52 — como quizá no podía dejar de ser, dado el enfrentamiento común de Dilthey y de Heidegger con Hegel. Y si se acude a la dependencia de Heidegger respecto de Dilthey, no por ser Heidegger diltheyano dejará, precisamente, de resultar Dilthey heideggeriano. Tampoco quiero dejar de consignar que el apendicular palo a Marías lo siento, si quizá fundado en el fondo, excesivo sin duda en la forma, a pesar, y todo, de que indulgentemente (!) concluya: "Podríamos proseguir, pero *damit* basta" (me he permitido corregir la que me parece una pequeña errata). En cambio, son tan certeras como incitantes las aproximaciones o referencias, no ya de cajón como a Max Weber, p. 35, sino como las hechas a Heine, p. 25, a Unamuno, p. 36, y, quizá sobre todas, a Menéndez Pelayo, p. 36.

Por último. Este número de las *Jornadas* es, juntamente con la traducción de Dilthey, el culminante término de la jornada de introducción de Dilthey en América cuyos antecedentes e inicios recoge el propio Imaz, p. 13. ¿Tendrá la jornada un significado especial para la historia cultural de estos países, será fecunda en bienes para ésta? He aquí por qué me respondo que sí. La filosofía nunca ha trabajado *sola;* siempre lo ha hecho *con* las ciencias, los otros sectores de la cultura, siquiera la simple experiencia de la vida. En los tiempos modernos, hasta Kant inclusive trabajó principalmente con las ciencias exactas por antonomasia y la ciencia de la naturaleza; desde la Ilustración y el Idealismo postkantiano pasó a trabajar con pareja principalidad con las ciencias humanas y los sectores de la cultura objetos respectivos de ellas. Dilthey precisamente es altura de singular relieve en la cadena de esta segunda colaboración. Los hombres de lengua española no hemos probado históricamente vocación para las ciencias exactas, la ciencia natural ni la filosofía que trabaja con ellas como la hemos probado para los sectores de la cultura objetos de las ciencias humanas y hasta para éstas mismas. En todo caso venimos pregonando un gran afán de filosofía. Esta parece, pues, ser la nuestra. Ahora o nunca.

La historia de la cultura occidental enseña que con la inicial y forzosa excepción de los griegos, los creadores de filosofía se formaron en las filosofías preexistentes: en la griega, los romanos; en la pagana, los Padres; en la antigua pagana y cristiana, los escolásticos medievales; en la escolástica medieval y su restauración española a principios de los tiempos modernos, los modernos. Los hombres de lengua española venimos buscando afanosamente maestros de filosofía por el extranjero. Por las mismas razones insinuadas, pocos quizá más adecuados que Dilthey. El enseña la disciplina que los hombres de lengua española necesitamos para hacer filosofía en aquellos dominios en que nuestra obra ha sido hasta ahora principalmente creación artística del genio a una colectivo e individual. La forma fragmentaria en que quedó la obra de Dilthey no parece instancia decisiva en contra: porque se trata de una disciplina interna, de actitud ante los problemas y de manera de ideación. Es más: de esta disciplina es raíz cierto tipo de escrupulosa conciencia profesional y de esta conciencia resulta efecto tal forma. Instancia en contra más decisiva pudiera ser el fondo protestante que anima la obra de Dilthey, incomprensible quizá para espíritus de católicos poco versados en erudición religiosa o espíritus indiferentes en materia de religión; pero tampoco es seguro que el contraste, que el choque incluso, con el catolicismo practicado, profesado o dejado, pero con suma probabilidad latente, no lo excite a controversia fructífera.

No quiero terminar sin requerir a Imaz y al Fondo a que acaben de publicar lo antes posible la traducción, para que quepa empezar o reanudar el estudio de Dilthey con arreglo al método anteriormente aludido, ni sin loar expresamente al traductor por los merecimientos de su labor, que —sin inmodestia, por razones puramente circunstanciales, pero efectivas, que en mí concurren— pocos podrán apreciar en su manifiesta excelencia y en su íntima heroicidad como yo.

José GAOS.

Presencia del Pasado

A

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

GRANDE DE AMERICA

EN EL CENTENARIO DE SU INMORTAL

FACUNDO

CIVILIZACION CONTRA TIRANIAS

CUADERNOS AMERICANOS

RINDE ESTE HOMENAJE

HOMENAJE A SARMIENTO

SARMIENTO Y LOS ESTADOS UNIDOS

PARA entrar a Estados Unidos en un primer viaje de conocimiento, voy en buena compañía. He elegido las cartas que hace un siglo, en 1847, dirigió Sarmiento a un compatriota, D. Valentín Alsina, cuando de regreso de Europa, visitó la democracia norteamericana. Aunque volvía colmado por la grandeza del Viejo Mundo, sol y sombras, se siente cómo, recién aquí, se encuentra a sus anchas. ¡Qué frescura de impresiones, qué certeza en los juicios, cómo se adelanta en sus previsiones a lo que devendrá! Compárense sus previsiones de viaje con las "American Notes" que Carlos Dickens había escrito un lustro antes; el más querido, y tal vez el más comprensivo de los ingleses de entonces, sólo había podido percibir sus aspectos grotescos o subalternos. O con la obra "Del Plata al Niágara" que medio siglo después compuso Paul Groussac, el intelectual máximo de la época del Porfirismo argentino, la del General Julio A. Roca. Queda sólo un residuo de aquel viaje intelectual de Groussac: una civilización tosca, grandiosamente pesada, mecánica, en que pobres seres se debaten furiosamente en persecución de bienes materiales, y que sintetiza en una palabra, la civilización *Mamouth*. Sarmiento entra sin lastres, sin telarañas en los ojos y halla en la tumultuosa democracia en formación respuesta a muchas de las preguntas que bullían en su mente, cuando busca en su periplo, afanosamente, los que América necesitaba.

La Patria estaba entonces sumida en las sombras de su más tenebrosa y prolongada tiranía. Y Sarmiento que no había cesado de combatirla desde el destierro, en Chile, había sido empujado a salir de este país por la polvareda que levantaron sus polémicas, su actuación de educador, y sobre todo su *Facundo* inmortal. Le mordían las en-

trañas los enigmas que su patria, y la patria continental, con sus incesantes luchas intestinas, desorganización y anarquía, desidia y abandono, ofrecían a sus ansias de civilizador. Hay que imaginar a esa mocetón de 35 años, libre de otros deberes que los que su libre voluntad se imponía, vagando por los caminos del mundo en esa era de la revolución industrial, retozando con alegría múltiple, pero sistematizada por colosal avidez de saber, abierto a todas las enseñanzas e impresiones nuevas, importantes, hermosas, que pasan ante los ojos de su rostro y de su espíritu. Aquí, en Estados Unidos, afianzó su sentido de la democracia, de la de un pueblo fuerte en su razón, que se da el gobierno que necesita, bien nutrido, y vestido, que habita en casas decentes, amparado en sus derechos, preocupado por acrecentar los bienes de la cultura y de las artes. De un pueblo que asentó sus libertades desde su aurora sobre bases que nunca más se modificaron substancialmente; desde aquel preciso instante de 1629 en que el primer Congreso Norteamericano que apenas representaba 16 villorrios miserables con una población no mayor de 600 entre hombres, mujeres y niños, se dió su ley, y la respetó. Mientras a mediados del siglo XIX, comprobaba, en otras partes del suelo americano hay millones de hombres que no habían tenido suficiente fuerza ni dignidad para poner límites al poder inquisitorial que los domina. ¡Oh, reyes o tiranos de la tierra, exclama, que habéis injuriado por tantos siglos a la especie humana, que habéis puesto el pie de los esbirros sobre los progresos de la razón y del sentimiento político de los pueblos, ya veréis a qué altura rayará el nombre de la República Norteamericana! Cuando los habitantes se cuenten por cientos de millones, bien educados y vestidos, ¿qué vais a oponer a la voluntad soberana de la gran República en los negocios del mundo? Me exalta, agrega, la idea de presentir el momento en que los sufrimientos de tantos siglos, la violación de tantos principios santos encontrará al fin el hecho que los domine y aplaste... "El día del grande escándalo de la República fuerte de centenares de millones no está lejos". Pone su confianza hasta en su sentimiento artístico, que tantos le negaron. Con moneditas de cobre contribuían al magnífico monumento a Washington que se le erigía

en aquellos días; muy diferente a los monumentos europeos, decía, amasados con lágrimas e iniquidades, incluso el mismo San Pedro, que no es Gloria Dei lo que encierra, "sino la perversidad y las extorsiones de sus ministros". Y al anunciar días de gloria para el genio artístico de este pueblo, señala que no hay otro en Europa que se apasione tanto por una idea como éste, y que la lleve a cabo. Anoto entre sus observaciones cómo avizora el extraordinario rol que jugarán las mujeres, gracias a la libertad y a su participación en toda suerte de actividades. Confirmada en 1867 en aquella deliciosa, larga epístola a la bien amada Aurelia Vélez, cuando en el viaje de regreso habla de aquellas mujeres, los ángeles tutelares que tuvo durante su segunda estadía.

Aun cuando su entusiasmo peque a veces de ingenuo, no se encandila con las construcciones enormes, repara en sus vicios, la esclavitud de los negros, la guerra civil que ya anuncia en 1847. Y si repetidamente muestra su admiración por el sistema de gobierno, afirma que los individuos adolecen de defectos que califica de repugnantes. No podía naturalmente intuir los riesgos que para sus vecinos del Sur traería su desarrollo económico bajo las banderas del capital monopolista, pero tampoco hizo la crítica de la estructura de entonces, que la contenía en germen.

Un cuarto de siglo después, justamente, el más grande de los poetas y profetas de América, ahondó más en el mismo sentido. En "Perspectivas democráticas" Walt Whitman expresa su admiración ante las hazañas y aventuras americanas, sin rendirse ante los grandes progresos, señalando los aspectos toscos y putrefactos de su vida política y social. Eleva su canto al pueblo: nada es tan bueno como la tierra común, las masas; pasan los grandes poderes, sólo queda el pueblo. En forma indirecta, pero segura, la Virtud y la Ley, siguen a la Libertad. La democracia, en que suelen crecer las peores plantas, necesita urgentemente animadores y antídotos más fuertes y más grandes. Y como Sarmiento: si queréis grandeza, pagad por ella un precio razonable.

Dos problemas capitales, entre tantos, le preocuparon: el de la educación y el del régimen de la tierra. El pri-

mero lo llevó a estudiar apasionadamente la obra de Horace Mann. En cuanto al segundo declara repetidamente que el error fatal, la llaga profunda de la colonización española viene de la manera de distribuir las tierras. Si recordamos esto tan sabido, sus campañas educacionales y por la reforma agraria, es para acentuar como su visión de águila precedió al clamor revolucionario que de Norte a Sur, lanzaron en este siglo las masas, sobre todo aquí, en México: ¡Tierra y Libertad, Tierra y Escuelas!

Cuando Sarmiento vuelve veinte años después ya como Embajador de la Argentina, reafirma en su plena madurez las enseñanzas de su primer viaje. "¿Qué le diré de mis impresiones al volver a Nueva York, a los 20 años de estancia? escribe a su amiga. Usted recordará mi eterna prédica, hasta cansar a su padre, sobre los Estados Unidos. Gloríome de haber tenido 20 años antes la clara percepción de su definitiva influencia sobre los destinos de América toda..." Dos años de prodigiosa actividad no le hacen perder de vista los objetivos principales, como se desprende en el aspecto educacional de la colección de cartas, recién publicadas en 1935, que dirigió a Mrs. Mann, ya viuda, en las que viven el común fervor por continuar la obra del ilustre educador, "*nuestro santo*", que así lo llamaba Sarmiento. Ya al término de su vida, en 1886, vuelve sobre lo mismo en "Las Escuelas, base de prosperidad de la República de los Estados Unidos". En carta del mismo año al hijo de su mecenas y amigo, a Luis Montt, le dice terminantemente: "Doy a mis revelaciones sobre aquél país una importancia capital".

En Estados Unidos se abrevó principalmente para su obra de gigante. Ahí tuvo la visión de una Argentina poblada de 100 millones de habitantes; de una democracia como no podía ser de otra manera, fundada sobre bases de justicia y de libertad; allí la de una América redimida de las lacras y fealdades con que la habían cargado siglos de opresión; allí la comprensión de que el trabajo y la riqueza son el humus sobre el que pueden desarrollarse los dones de la cultura y de la belleza; allí se afianzó su certidumbre de que el más poderoso instrumento para estos desarrollos es el de una cabal educación popular.

Cierto es que su acción educacional se convirtió en manos de los que en estos últimos años se ampararon en su nombre, en una beatería pedagógica de poca ley. Y que no pudo cumplir sino en mínima parte la soñada reforma agraria. Quedó empero su aliento abrasador, presto a revivir de las cenizas con que lo han ocultado generaciones positivistas. No en vano nazis viles, que se dicen argentinos, enlodaron el año pasado su monumento, el de Rodin, que se levanta en el Palermo porteño. Y no es por azar que se concentraron en su memoria las babas de su más vulgar denigración. No fué ajena a esa bajeza su pasión por las instituciones y civilizaciones norteamericanas y europeas.

En esa fragua forjó su universo. Toca a las jóvenes generaciones, a los hijos de su espíritu y de tu sangre, reanudar y remozar, en estos tiempos trascendentales, su obra grandiosa.

Gregorio BERMANN.

México, agosto de 1945.

EL "FACUNDO" DE DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

¿CUÁL es el mérito principal de este libro que no ha envejecido después de cien años; de este libro que es, al mismo tiempo, una novela y una disertación sociológica, una evocación sentimental y un programa político, una charla al calor del hogar y una arrebatada denuncia; en el que alternan, en sabias proporciones, la sonora elocuencia y la conversable facilidad, la reflexión y la anécdota, la historia y la tradición popular, la melancolía del desterrado y la indignación del patriota, el descontento y la esperanza, el amor y el dolor de la tierra?

Su mérito principal es, sin duda, un mérito literario. No quiero decir con esto que no tenga importancia —y la tiene muy grande— como documento para la historia política y social de la Argentina y, también, de la América española. Quiero señalar simplemente que su organización, su factura, el equilibrio de sus partes, la variedad de sus registros, su armonía y su contrapunto, todo aquello, en fin, por lo que vive para el público lector, lo debe al arte literario.

Muchas obras tenemos en América sobre la historia y la vida nacionales de aquellos momentos de la primera mitad del siglo XIX en que fuerzas contrarias se disputaban el derecho de modelar las sociedades que salían de la tutela colonial. Grandes hombres salieron de esas luchas, como astros arrojados fuera de sus órbitas, y en el ocio punzante del destierro meditaron sobre la realidad y el destino de sus propias naciones. Pero cuando sus pensamientos no volaron en artículos de periódico o en arengas y discursos, revistieron la forma monumental de una historia de su patria, que, preparada en el gabinete como justificación o alegato, no quedó, al cabo, más que como una especie de testamento político para el reducido grupo de los especialistas.

En Sarmiento el resultado fué el *Facundo*. Y es que Sarmiento tenía un profundo sentido de la realidad. Cuando otros varones ilustres de su tiempo, en otros países de la América, se dejaban llevar por las ideas como por una plácida corriente, alejándose sin sentir de la ribera donde quedaban los conflictos y los problemas, el prócer argentino exigía, como el poeta, que la idea se revelara en una imagen. Para Sarmiento una idea viva era una forma de redención inmediata de la realidad.

El Facundo fué un libro para que fuera leído por sus contemporáneos. Para que fuera leído y entendido. Es una de las grandes obras literarias de América porque los fines de la literatura —a pesar de esas insignes excepciones de nuestro tiempo, tan caras al corazón del artista— son el escribir para ser leído y comprendido. Sarmiento escribía en una nación amiga, vecina y limítrofe, de habla española, que tenía un interés realista en la suerte y los

sucesos de la Argentina, y produjo exactamente el libro que, diciendo lo que él quería decir, no se le cayera al público de las manos.

Había momentos en que a Sarmiento le impacientaba tener que mantener despierta la atención del lector. Y es natural que quisiera razonar más largamente sobre temas que le quemaban el corazón. Pero siempre se detenía a tiempo. Después de un párrafo de reflexiones políticas se interrumpe y dice, como dolido de no poder contar con un público más dócil: "Si el lector se fastidia con estos razonamientos, contaréle crímenes espantosos". Pues bien, el gran valor literario del *Facundo* radica —no sólo en que el autor haya tenido que contar *crímenes espantosos,* que siempre son cosa agradable de oír— sino en su capacidad para presentar un cuadro histórico y sociológico de su patria sin que el lector *se fastidiara.* De manera que el *Facundo,* que se leyó en su tiempo, se sigue leyendo todavía en el nuestro.

Antonio CASTRO LEAL.

LA ARGENTINA DE SARMIENTO

El centenario de la aparición de *Facundo* nos recuerda, en esta hora decisiva, que el héroe más grande del pueblo argentino fué un maestro de escuela —gran luchador, escritor y estadista que tuvo como nota dominante en todas sus actividades la investigación humilde, la divulgación y la implantación de la cultura.

La nación que ama a un hombre de este tipo con un cariño más profundo que el que consagra a su gran héroe, San Martín, merece el respeto y la comprensión de sus hermanos de América.

Las naciones eligen a sus héroes por motivos muy diversos. A unos los eligen porque simbolizan triunfos y realizaciones nacionales; a otros, porque encarnan aspiraciones nunca realizadas. Abraham Lincoln, por ejemplo,

representa la norma no realizada de nuestra patria. Es muy frecuente que los ciudadanos de los Estados Unidos del Norte suban, como Lincoln, de la obscuridad al poder; que sean, como Lincoln, sagaces, bondadosos, perseverantes y de ingenio popular. Pero no es frecuente que entre nosotros se transformen esos rasgos en un profundo amor religioso —en la humildad, en la tristeza del mal ajeno, en la voluntad de sobrellevar la culpa de los hombres— como en el caso de Lincoln. Lo amamos por lo que no somos y, sin embargo, nuestro amor revela lo que podemos ser y queremos ser. Esto nos da fuerza en el fracaso, fe en nosotros mismos a pesar de nuestras limitaciones, como lo expresan las palabras que Pascal puso en boca de Jesús: "Console toi, tu ne me chercherais pas si tu ne m'avais trouvé".

También Sarmiento es un héroe de irrealización, de potencialidad. Ese humilde soldado del espíritu humano, áspero e incorruptible, de intelecto potente, encendido de amor y lleno de odio profundo para los enemigos del amor, está muy lejos de la realidad de la Argentina, tan lejos como Lincoln de nuestra realidad. Pero es más verdadero que la realidad.

Sí. Sarmiento encarna la promesa espiritual y compleja de su pueblo. Los argentinos son fuertes; gente vigorosa y saludable bajo la costra de su amaneramiento convencional; gente de extraordinaria habilidad intelectual y sensibilidad estética, gente que vive en grata armonía con su tierra, una tierra tan sutil y tan impregnada de cultura original que nos recuerda la jugosa tierra ribereña del antiguo Egipto.

Ciertas naciones, como ciertos individuos privilegiados, sólo despiertan a su alto destino ante el desastre. Sus aptitudes demasiado ágiles los mantienen en una plácida complacencia consigo mismos hasta que el destino los hiere y los salva.

Estos últimos treinta años han sido trágicos para la Argentina. La vida era demasiado halagadora; la gente iba perdiendo fuerza y vivacidad en esa tierra ubérrima; la metrópoli se fué convirtiendo en una rémora para el campo. Y cuando la crisis actual sacudió al mundo, los argentinos, despegados de los valores humanos, no pudieron

librarse de sus enemigos interiores para ocupar su sitio entre las naciones democráticas del mundo. La Argentina cayó en malas manos. Le faltaron líderes democráticos. Sus dirigentes descuidaron su labor o murieron demasiado jóvenes. Sólo la Reacción cristalizó —el poderío de la riqueza, los forjadores de la fuerza armada.

La Argentina sufre. Se cierne una maldición sobre su vasta tierra cuyo pueblo disperso es impotente para luchar contra la súbita concentración de máquinas de guerra y de dinero. Los argentinos sufren intensamente. Y éste es el momento en que todos los americanos deben acercárseles con simpatía y comprensión. Con pena tengo que decir que en mi país no hay mucha comprensión. Y siento que pagaremos cara nuestra vanidad de hombres superiores y nuestra ignorancia, que es ignorancia de lo que realmente somos. Ojalá que los otros pueblos americanos se comporten mejor que nosotros, que entiendan mejor su misión fraternal, que no juzguen tan a la ligera y que se esfuercen por comprender la situación.

Hay que tener fe en la Argentina porque debemos recordar que el pueblo de Sarmiento tiene la misma fe que nosotros. Su fe se basa en el conocimiento de sí mismo, que al fin lo libertará —nos libertará— en la lucha común que se aproxima: la Guerra Profunda que no se pelea con bombas ni cañones, la Guerra Profunda del espíritu, que aún no se ha ganado, cuyos frentes de batalla aún no se han unido y en la que todos, vacilantes, hemos de cometer errores. En la creación de América y del mundo democrático, por los que luchó Sarmiento con tanto amor, estoy seguro que no faltará la colaboración de su pueblo.

Waldo FRANK.

LA AMERICANIDAD DEL "FACUNDO"

> Aquí los blancos se vuelven huarpes.
>
> La naturaleza tropical es dueña de hacer lo que le dé la gana.
>
> Si un destello de la literatura nacional puede brillar... es el que resultará de la descripción de las grandes escenas naturales, y sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena.
>
> SARMIENTO

EL FACUNDO, libro extraño e impresionante, se publicó por primera vez en 1845, en el destierro. Hace un siglo que circula por el mundo, pero no ha perdido ni su frescura ni su actualidad...

En sus orígenes, el *Facundo* fué un panfleto periodístico, destinado a explicar la lucha que en tierras argentinas sostenían (?) la "civilización" europea y la "barbarie" americana. Con orgullo, el autor lo llamó "verdadero pedazo de peñasco lanzado contra la cabeza de los tiranos" de su tiempo. Más tarde, sin embargo, vino a constituir la obra cumbre de un gran mestizo iberoamericano, al par que la imagen bien caracterizada de un pueblo indomable y nuevo que se agita en masas, buscando su propia libertad y su propio porvenir, y no sólo en tierras argentinas, sino en todo el continente, desde el Río Grande, y más arriba, hasta los desiertos de Salta y de San Juan, y más abajo... Su fuerza original, política y aparentemente local y transitoria, se ha transformado en mito, en fuerza espiritual amplia y permanente.

Se ha dicho, en tono peyorativo, que el *Facundo* es el libro de las "montoneras". Nosotros vemos en él la epopeya del pueblo iberoamericano, por estar hecho de sus propias esencias, informes y bravías, y por contener una síntesis extraordinaria de la emoción de las tierras tropicales de América, junto con las tradiciones y la lengua

del pueblo, y el ideal más o menos claro que anima su recia voluntad de resistir a todo lo foráneo, y de asimilar tan sólo lo que más conviene a su libre y legítimo desenvolvimiento. En este sentido, el *Facundo* inicia la serie de novelas americanistas cuyos mejores exponentes son *Los de abajo* en México, *La vorágine* en Colombia, *Doña Bárbara* en Venezuela, *Don Segundo Sombra* en la Argentina, y *El mundo es ancho y ajeno* en el Perú. Más modernas y más artísticas que el *Facundo,* estas novelas, en último análisis, están hechas con las mismas esencias terrígenas y en obedecimiento a los mismos impulsos vitales que aquél. Si en el libro del genial sanjuanino la intención americanista aparece dirigida en contrario, y no es tan consciente como en ellas, no por esto resulta menos cierta y evidente. Se explica esto por el hecho de haberse sentido Sarmiento atraído, de un lado, por fuerzas telúricas y atávicas irresistibles, y de otro, por las formas culturales aprendidas en libros extranjeros. Era una paradoja vital en estado de oscilación y de agonía. ¿Quiso Sarmiento expresar en el *Facundo* su índole dual y contradictoria, y revelar, aun sin quererlo, el profundo amor que le tenía a todo lo americano, a pesar de sus simpatías hacia todo lo europeo? Si lo quiso, acertó; y si no lo quiso, acertó también ¡y más y mejor!... Sarmiento, el *desterrado,* el individualista, el *self-made man* —como decía al hablar de sí mismo, usando la expresión inglesa—, era en realidad una muchedumbre iberoamericana, un "montonero", el anti-godo personificado en él y hecho fuerza expresiva en él, aunque un tanto indisciplinada e inconsciente. Por eso en el *Facundo,* aunque es equivocado como libro de historia y ha sido rectificado como programa sociológico, hallamos un valor imperecedero: en sus páginas, que a veces se rastrean por el suelo y a veces ascienden a los lindes de la belleza trágica, el alma iberoamericana palpita y fulgura, libre y afirmativa. Como ella, como su autor, el libro es audaz e impresionante.

Poseyó Sarmiento una de las personalidades más ricas y complejas de Iberoamérica. Intuitivo, amoroso, mesiánico, rígido, arbitrario, soberbio e independiente, el formidable sanjuanino —que llevaba en sus venas sangre de indio *huarpe* y sangre de conquistadores iberos— podría

considerarse como el paradigma de una raza nueva, *orientada* hacia una meta de cultura preterista y futuradora, clásica en las formas y romántica en su elación humanitaria. Vivió cerca de ochenta años, y fué minero, maestro de escuela, diputado, senador, ministro de estado, presidente de la república y, por encima de todo, un conspirador empedernido y un gran prosista original, capaz de realizar una labor enorme que su pueblo ha recogido en cincuenta y dos volúmenes cuya sustancia se concentra y aquilata en el *Facundo*. Hombre inquieto y avasallador, que ofendía a muchos con su entusiasmo y su petulancia, Sarmiento era un "loco" a quien dominaba la pasión de la Patria y la Justicia, y en grado tan elevado y de tan enérgico poder, que a veces se mostraba injusto y antiamericano. Fué el Prometeo criollo, encadenado a las rocas milenarias de los Andes, y su mayor afán consistió en quererle robar a los dioses el fuego con que alimentar la fragua donde esperaba forjar la Patria fuerte, individualizada, culta y libre y justa del porvenir.

En su destierro, el sanjuanino hizo una promesa que supo cumplir: "Seré conspirador, por la palabra..., en un conspiración que será de mi parte eterna, constante, infatigable, de todos los instantes, mientras una gota de sangre bulla en mis venas, mientras un sentimiento moral viva en mi conciencia, mientras la libertad de pensar y de emitir el pensamiento exista en algún ángulo de la tierra".

Y conspiró siempre, en vida, como porteño en las provincias, como provinciano en Buenos Aires, y como iberoamericano en dondequiera que se alzaba la tiranía, en dondequiera que estuviese el pueblo bajo la explotación de los "providenciales", así fuesen individuos o sistemas... Y conspira en la muerte, en las páginas de su *Facundo*, pues no otra cosa es este libro singular: una conspiración eterna contra todas las tiranías: la voz de la americanidad que articula frases de indignación, de desafío y de maldición contra todos los déspotas de la tierra.

Carlos GARCIA PRADA.

DEL IDEARIO DE SARMIENTO

El gran prócer argentino diseminó en sus escritos ideas vivas que conservan su poder de incitación. Son como lucecitas que las nuevas corrientes doctrinales no apagan. Es así cuando un guiador le sorprende a la realidad sus senos fecundos. En ellos descubrió Sarmiento problemas y métodos. Me refiero, en su caso, a la realidad argentina, y en mucho, a la de nuestra América.

Esto puede atribuirse a que fué un hombre preocupado. Forma raza moral, por decirlo así, ese tipo de hombres; Alamán, González Prada, Hostos, Martí... Tuvo el autor de *Facundo,* entre otras, la preocupación de la enseñanza. Habló de educar al soberano, esto es, al pueblo, como medio de asegurarle su destino. Esto es de lo más sustantivo en el ideario de Sarmiento.

¿Qué le llevó a esa instancia? Dos causas, cabe pensar. Una es su propia condición de autodidacto, de individuo que aprendió a puro esfuerzo de voluntad, como pudo y cuanto pudo. Algunos grandes hombres de Hispano América han sido autodidactos. Lo cual tiene ventajas e inconvenientes. La otra razón es, no hay duda, la urgencia argentina del período turbulento en que actuó Sarmiento.

Sus compatriotas y la América toda aceptaron la norma. Se creyó en la eficacia educacional como en un problema resuelto. Mucho de certero hay en ese empeño escolar. Pero por ahí se echa de ver una de las fallas de nuestra hechura social. Veamos.

Escuelas de primera y segunda enseñanzas, centros de otra índole, universidades, maestros, profesores, material escolar, métodos modernos, presupuesto más o menos adecuado: tal ha sido la serie de recursos. Como en Europa y los Estados Unidos.

¿Qué rendimiento ha producido todo eso? Ha civilizado, ha afinado. Admitamos aún más: ha dulcificado las costumbres, y sin duda, ha hecho accesible a un mayor número la herencia cultural de Occidente. Todavía más: nos ha preparado para el examen (ahora en auge) de las realidades y problemas de estos países.

Pero, resueltamente, ¿somos mejores? —Se vacila antes de responder que sí. La cosa radica en la preeminencia de los medios con respecto a los *fines*. Estos, en su fondo, apuntan a la conducta. Por ahí hallamos la deficiencia. No hemos educado con fines claros, enérgicamente buscados.

La instrucción en sí, vale mucho, pero no podemos fiarle la bondad humana. Para obtener ésta necesitamos otro afán, otra orientación. *Saber* no es *ser,* sin detenernos aquí en la tesis del conocido filósofo europeo.

Cuando Sarmiento clamaba por la educación del pueblo, esperaba, de fijo, frutos de superior humanidad, no mera *información*. No pocos se informan bien para realizar con pericia el pillaje. Y es que la ciencia, en sí, no es esfera de *valores* éticos. Hay necesidad de educar con nuevos elencos y con la escuela vinculada a la vida social. La llamada *Escuela nueva* advierte algo de esto, pero continúa, me parece, subrayando más los medios que los fines. El tema sería de extenso tratamiento.

De todas suertes, vigente está la idea de Sarmiento. Él sintió el problema. Hemos menester otras simientes. El surco está abierto.

Si nos proponemos determinado tipo de sociedad, la escuela es uno de los instrumentos para alcanzarlo. El Derecho positivo y la política práctica figuran por modo esencial. Con frecuencia lo esperamos todo de la educación, siendo lo cierto que fuera de las aulas, palpita una realidad multiforme, con frecuencia extraña a toda finalidad superior. Agréguese que esa finalidad no está clara y valientemente articulada en la enseñanza, y no parecerá raro el escaso fruto.

Sean estas reflexiones, en las cuales apunto, no más, la cuestión, una nota incitante, a más de un férvido tributo a uno de los mejores hombres de América.

Medardo VITIER

N. de la R.—*Recibido este original después de tirada la presente sección de la revista, ha sido forzoso intercalarlo aquí, fuera de su lugar alfabético y con falsa paginación.*

SARMIENTO, EDUCADOR DEL SOBERANO

La personalidad de Sarmiento desconcierta y cautiva por su mezcla de brillantez y pasión, tumulto y contradicción que se advierte en su ideario. Tan pronto preconiza la necesidad de la inmigración europea para mitigar la barbarie gauchesca, como condena a italianos, irlandeses y alemanes por incapaces de sumarse a la nacionalidad argentina; ora la emprende en denuestos contra el indio, ora suspira por una colonización sajona cuyos resultados admira en Norteamérica; abomina de nuestra herencia hispánica y afirma: "Feliz el día en que desembarcó el primer caballo en tierras de América"; energúmeno de ascendencia españolísima, abjura de su estirpe, pero ello no le impide decir algo que más tarde se convertirá en sorprendente profecía, cuando en 1939 los españoles huyen de la Antiespaña: "Habrá patria y tierra y trabajo y libertad para los españoles cuando en masa vengan a pedirnos todo eso como una deuda".

Empero, en medio de lo contradictorio y turbulento del pensamiento de ese autodidacta insigne que se llamó Domingo Faustino Sarmiento, puede hallarse una fidelidad interna hacia algo que le dió pleno sentido a su existencia y lo agiganta a través del tiempo ante nuestros ojos: *educar al soberano,* esto es al pueblo; devolver el señorío y la libertad al pueblo por la acción pertinaz de la escuela, tal fué su divisa.

Más que escritor de recia y castiza pluma, más que polemista temible y estruendoso, más que pensador de *pur sang,* Sarmiento es educador. Maestro de primaria desde su niñez y su juventud inicial, regresa del exilio obseído de una idea: proliferar las escuelas primarias y modernizar la enseñanza universitaria.

Claro que aparte del título de educador egregio, Sarmiento posee otro de pareja cuantía, el de ser acaso el primero entre los grandes hombres de este Continente que ensayó una caracterología del hombre americano, atendiendo

a sus raíces geográficas y a su singularidad histórica. Ciertamente que Bolívar intentó algo de esto en su célebre *Carta de Kingston a un caballero inglés,* pero Sarmiento, en medio de la prisa y la improvisación que exige el combate, ofrece el primer esquema completo de sociología americana desprovisto de tendencias extranjerizantes, esto es, un ensayo de sociología argentina que explica al gaucho hincado a su pampa interminable. Eso es puntualmente su *Facundo,* cuyos cien años de aparición hoy recordamos: la biografía de un hombre —Juan Facundo Quiroga— que no es simplemente un caudillo, producto de la Revolución Argentina, sino "la manifestación de la vida de mi Patria, tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno". Así definía Sarmiento a su *Facundo* en el Prólogo a la edición de 1845.

Sarmiento cobra actualidad porque personifica al hombre superior que de cuando en cuando pare la América Española y cuya presencia todos esperamos: al hombre que posee temperamento profético y ejecutivo, de pensador, de maestro y de realizador.

José E. ITURRIAGA.

UNA FILOSOFIA DE LA HISTORIA HISPANOAMERICANA

Europa, en sus grandes crisis históricas, ha tenido sus intérpretes; cuyas interpretaciones son a la vez explicación e intentos de solución de sus problemas. Intérpretes e interpretaciones de esta alcurnia lo son un Agustín de Hipona y su *Ciudad de Dios,* un Hegel, un Marx, etc. América, y en especial Iberoamérica, ha tenido también sus intérpretes, los filósofos de su historia. Sarmiento es uno de éstos, y su *Facundo* la interpretación de uno de los momentos más dramáticos de la historia de América.

Civilización y Barbarie, tal es el primer título que llevaba la obra de Sarmiento. Es aquí donde se debate uno

de los problemas más típicos y propios de Iberoamérica, el de la Independencia. Palabra que tiene un valor muy especial para nuestra América dado el carácter colonial de su origen. América entra en la historia de la Cultura Occidental con el carácter de Colonia. La Independencia es la lucha y triunfo contra esta situación histórica. Pero no basta la Independencia política; obtenida ésta los americanos siguen luchando por obtener una independencia más plena y auténtica. Es una lucha en la que ya no luchan España y América, sino América contra América, los americanos contra los americanos. ¡Es una lucha en la que el americano se ve forzado a pelear contra sí mismo!

Facundo es la expresión de esta lucha. Aquí se ven a las oscuras fuerzas de la Colonia en lucha contra las fuerzas de la Ilustración. La Barbarie en lucha contra la Civilización. Esta lucha no es sino la continuación de la gran lucha entablada en el mundo Occidental entre el Medievo y la Modernidad. Hispanoamérica aparece como el último baluarte del derrotado mundo medieval. España es quien lo ha impuesto y sostiene arraigándolo en todo hispanoamericano. La lucha no es sólo exterior, sino profundamente interior. La contradicción la lleva Hispanoamérica en sus entrañas. El *Facundo* pretende desentrañar esta contradicción. Para salvar la contradicción hay que desarraigar lo que de negativo tiene y afirmar lo positivo.

El *Facundo* muestra latentes a las fuerzas del mal. Hispanoamérica se abre las entrañas y muestra las causas de sus contradicciones. Ahora sólo queda cortar. La civilización debe extirpar toda barbarie. Tal será la misión del nuevo americano, llámese Sarmiento, Alberdi, Lastarria, Luz y Caballero o José María Luis Mora. En toda Hispanoamérica la lucha se entabla y se perfila el triunfo. Al igual que Facundo Quiroga, los Rosas, los Santanas y Portales van siendo derrotados. El *Facundo* muestra la filosofía de esta historia. Una historia propia de Hispanoamérica, cuyos problemas y soluciones son plenamente hispanoamericanos.

Leopoldo ZEA.

EL HISTORICISMO DE SARMIENTO

EN EL CENTENARIO DEL "FACUNDO"

Por *Enrique* ANDERSON IMBERT

Don Yo

DE Sarmiento sabemos, ante todo, lo que él mismo nos ha contado. Fué hombre de acción, pero tan locuaz que sus escritos, siendo siempre actos políticos, tienen un peculiar tono autobiográfico. Y en el modo con que nos cuenta su vida está la clave de su obra: le rebosa el sentimiento de ser algo más que un individuo, de ser nada menos que una fuerza histórica. Tanto insistió en el valor de su personalidad y en el sentido misional de su conducta que el vulgo le llamaba Don Yo. Pero la egolatría de Sarmiento —tema favorito de coleccionistas de anécdotas— es sólo una vista exterior, superficial, de esa íntima plenitud con que vivía. Es a su yo apasionado al que deberíamos asomarnos para comprender su mensaje.

La voluntad y las circunstancias

SARMIENTO sentía dramáticamente que había nacido en uno de los rincones de la cultura occidental más desventajosos para el vuelo del espíritu, en el punto último, frío y oscuro de una vasta espiral que venía apagándose a cada vuelta: la Romania, España, la América española, las provincias argentinas, el barrio más humilde de San Juan... Y el tema de sus páginas autobiográficas es siempre el relato complacido de cómo, a pesar de un arranque tan bajo, consigue al fin remontarse hacia ideales universales. Su historia personal, como la de todo el mundo, es pues un

conflicto entre un yo que quiere y un ambiente que le resiste. Sólo que las memorias de Sarmiento se diferencian de las que escribieron otros políticos en que ese doble chorro de frases con que se va expresando —unas, que señalan la inercia de las circunstancias; otras, el limpio impulso de su espíritu— brota de un hontanar que ya no es común a todo el mundo, sino exclusivo del hombre único que fué Sarmiento. Brotan esas frases de la intuición de la propia vida como vida histórica, del sentimiento de que el yo y la patria son una misma criatura espiritual amenazada por idénticos peligros y lacerada por idénticas penurias.

"*Mi defensa*" (1843)[1]

EN su primera autobiografía, forjada en Chile a los 32 años como una arma política ("necesito una reputación para ofrecerla a la sociedad"), Sarmiento se exhibe luchando a brazo partido con las adversidades:

> "Mi vida ha sido desde la infancia una lucha continua; menos debido esto a mi carácter, que a la posición humilde desde donde principié, a mi falta de prestigio, de esos prestigios que la sociedad recibe como realidades, y a un raro concurso de circunstancias desfavorables. Los que creen que hace dos años que principió esta lucha con las resistencias, con la sociedad, con las preocupaciones, y que es debida a mis indiscreciones solamente, se engañan mucho. Es mi vida entera un largo combate, que ha destruído mi físico sin debilitar mi alma, acerando y fortaleciendo mi carácter. Lo que me sucede en Santiago me ha sucedido en mi tierra natal: siempre se me han presentado obstáculos para embarazarme el paso; nunca me ha faltado un *oficioso* que, no alcanzándome a los hombros, se me ha prendido en la cintura para que no me levante, y la corta carrera que he podido andar, me la he abierto a fuerza de constancia, de valor, de estudios y sufrimientos. ¡Ah! la mitad del tiempo lo he perdido en estos trabajos, tan improductivos como inevitables. ¡Cuando he logrado surgir para mi patria, ella se hunde bajo mis pies, se me evapora, se convierte en un espectro horrible! Cuando he querido adoptar

[1] SARMIENTO: Obras, III (Santiago de Chile, 1885).

otra y he llamado a sus puertas, sale a recibirme un perro rabioso que me desconoce, me salta a la cara, me muerde y me desfigura a punto de quedar hecho un objeto de asco o de compasión". "A los que quieren de buena fe conocer mi carácter privado, les presentaré una vida llena de vicisitudes que he atravesado sin contaminarme".[5]

¿Se advierte la satisfacción con que Sarmiento organiza el espectáculo de su esfuerzo rehaciéndose sobre ruinas, fracasos, dificultades y trampas? Es casi una complacencia estética. Por eso, porque al embelesarse ante su vida por momentos le cosquillea la sospecha de que acaso alguien piense en que eso es tan falso como los melodramas de Walter Scott donde el héroe siempre triunfa sobre el villano o sobre el destino, Sarmiento se cura en salud: "No es una novela, no es un cuento", dice.[5] Y ya tranquilo sigue recargando las tintas, puesto que cuanto más bajo y difícil aparezca su punto de partida mejor se verá la ambición de su vuelo:

"He nacido en una provincia ignorante y atrasada, no como cree Don Domingo S. Godoy, en el barrio de San Pantaleón, sino en otro más oscuro todavía, llamado el Carrascal. . ." "He nacido en una familia que ha vivido largos años en una mediocridad muy vecina a la indigencia, y hasta hoy es pobre en toda la extensión de la palabra".[6]

Y a las contrariedades las enfatiza para que se vea que no son mero azar sino determinaciones de un orden natural:

". . . una rara fatalidad ha pesado siempre sobre mí que parecía cerrarme las puertas de los colegios".[7]

Ahora bien, este movimiento de su atención que lo lleva a destacar el origen humilde y las trabas en su carrera se contrabalancea y se completa con otro que ha de destacar la pureza moral en que se educó:

"Mi padre es un buen hombre. . . Se halló en la batalla de Chacabuco y por su exaltación patriótica le dieron sus contemporáneos el apodo de Madre Patria". "Mi madre es el verdadero tipo del cristianismo en su acepción más pura; la confianza en la Providencia fué siempre solución a todas las dificultades de la

vida". "De edad de cinco años entré a una escuela que cuando he leído las obras de M. Cousin he visto en ella un dechado de perfección... La parte moral era cuidada con un esmero de que no he visto ejemplo después en escuela alguna". (6-7).

Una tras otra, en contrapunto con las notas nefastas, nos va dando otras propicias, claras, orgullosas, alegres, vivaces.

"...este trabajo interno, obra de la paciencia y de una idea fija, llevada adelante, durante veinte años, en despecho de la pobreza, del aislamiento y de la falta de elementos de instrucción, en la oscura provincia que me he criado". (10).

"¡Ah! si alguna vez mi espíritu ha sentido con gratitud la presencia de un Dios protector de la virtud desamparada es en este solemne momento..." (16)

"Pero sea fortuna, sea disposición de la Providencia, nunca he tenido ocasión de echar sobre mis hombros la responsabilidad de ningún acto personal de los muchos que son frecuentes, necesarios y justificados en medio de las revoluciones. No tengo que reprocharme un solo acto de venganza, ni una sola acción que pueda mancillarme". (17-18).

"...nunca he cometido un delito, y hasta ahora bendigo a la Providencia y a los que formaron mi corazón por haberme dado fuerzas para cruzar una juventud borrascosa sin caer nunca, aunque algunas veces haya bamboleado". (20)

"Recuerdos de provincia" (1850)[2]

AQUELLOS dos haces estilísticos en que se refracta el optimismo vital de Sarmiento —por un lado, menciones a la realidad hostil, laxa, sórdida; por otro, menciones a los caminos de la voluntad— se hacen más patentes en la mejor de sus autobiografías: *Recuerdos de provincia.*

Entre *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia* han transcurrido ocho años intensísimos. Ha escrito *Facundo* (1845), ha escrito los *Viajes por Europa, Africa y América* (1845-1847). Sus paseos por Francia, España, Italia, Alemania y los Estados Unidos le han dado una pers-

[2] Ibídem.

pectiva favorable para comprender la América española. Es ahora más hombre, más escritor. Tiene conciencia de su misión y se dirige a públicos que han de sobrevivirle. Su prosa es más personal e imaginativa. Y escribe los *Recuerdos,* no sólo por la necesidad política de defenderse de las calumnias, sino por el placer lírico de evocar el propio pasado.

Sarmiento se observa a sí mismo surgiendo de una familia moral de argentinos en cuyos casos particulares, en unos más, en otros menos, se da el espíritu de la civilización. No es que tenga preocupaciones de abolengo. Al contrario. En el árbol genealógico de toda persona siempre hay ramas de donde ahorcarse, y son las que podan los frívolos. Sarmiento no. Allí están, intactas, las ramas tristes: "Una tía mía casi mendiga", "otro de sus hermanos, imbécil", "de los otros once hermanos y hermanas de mi madre varios de sus hijos andan ya de poncho con el pie en el suelo, ganando de peones real y medio al día". Ya se ve que Sarmiento no oculta a los tíos y primos "en el borde del osario común de la muchedumbre oscura y miserable". (46) Si se detiene en las ramas linajudas de la parentela es porque de veras son más próximas al ambiente moral en que se crió y en ellas él siente, concretamente, como en carne propia, las fuerzas históricas. Esto es lo que siempre ve: historia, historia... Mira a su alrededor y ve una procesión en marcha; es la marcha de la civilización en tierra argentina. Él mismo anda entremezclado en la multitud. ¡Y qué placer ir reconociendo a su familia en ese desparramo de gentes impulsadas todas por un buen viento espiritual!

"Tiene esto por lo menos de interesante el examen de los individuos notables de las familias, que a medida que pasan generaciones ve uno transformarse poco a poco los personajes, cambiar de forma el atavío de hechos de que se revisten, y presentar casi completas las diversas fases de la historia. Si tomamos la familia de los Albarracines, por ejemplo, desde fray Miguel, fray Justo de Santa María y Domingo de Oro, nos dan por resultado estos hechos: el convento, la teología, el milenario, la inquisición, viajes a España, la declaración de la Independencia, Bolívar que la termina, la guerra civil, los caudillos, Rosas y el destierro. Tres ge-

neraciones han bastado para consumar estos hechos, tres individuos los han reflejado en sí por actos notables y significativos. Hay un momento como hay una persona que es a la vez el término medio entre la Colonia y la República. Todos los hombres notables de aquella época son como el dios Término de los antiguos, con dos caras, una hacia el porvenir, otra hacia lo pasado. Distinguida muestra de este hecho fué el deán Funes". (96)

Lo que Sarmiento ve de valioso en los personajes de sus *Recuerdos* es que todos son progresistas, renovadores, esforzados, inquietos. Las evocaciones que de ellos hace Sarmiento son como relámpagos que iluminan a un ejército en avance; y en esos momentos en que a la luz de la evocación se hace visible el oscuro desenvolvimiento histórico, Sarmiento se siente confortado al comprobar que todos, mientras marchan a oscuras, se dirigen juntos hacia el mismo fin. ¿Qué es lo que Sarmiento destaca en sus parientes?:

Fray Miguel Albarracín. Tuvo que responder del cargo de herejía ante la Inquisición por sus osadas doctrinas sobre el milenario.

Presbítero Don José de Oro. Reformador de estudios gramaticales, carácter independiente, renovador de costumbres.

Obispo Fray Justo de Santa María de Oro. Energía de carácter, pertinacia en sus designios, emprendedor, constructor de cosas, instrucción superior a su tiempo, revolucionario.

Domingo de Oro. Observador y militante agudo en la política de su tiempo. Partidario de Rosas, pero sin mácula. Progresista.

Deán Funes. Reformador con mentalidad enciclopedista. Precursor.

Doña Paula Albarracín de Sarmiento. Su madre, alcanzada por la reforma religiosa del clérigo sanjuanino José Castro.

Pero al trazar las semblanzas de su familia no sólo Sarmiento siente el fluir de la realidad histórica, sino que además se siente a sí mismo henchido de buenas herencias morales que lo comprometen en la conducta de cada día. No expone una teoría de la historia ni una teoría de la

educación, sino la experiencia inmediata de que su vida es espiritual porque es histórica.

Sarmiento nos cuenta cómo José de Oro le insufló el amor a la libertad y a la patria; cómo fray Justo de Santa María de Oro le suscitó con el ejemplo las ganas de construir abnegadamente; cómo oyendo a Domingo de Oro pudo comprender el turbión político de su época; cómo a su madre, en fin, le debió todas las riquezas de su alma. Sarmiento, pues, se exhibe como fruto del frondoso árbol ancestral; pero en esa rica, llena y colorida experiencia de un yo temporal, de un yo agitado por las conmociones que vienen del pasado, hay también la conciencia de una misión providencial que cumplir. No se ha reparado lo suficiente en el providencialismo de Sarmiento. Vivía, no sólo su vida de individuo, sino la vida de su pueblo, de la humanidad, de Dios mismo, puesto que para él la historia era el desarrollo de un plan providencial y él se sentía gestor de historia. Su providencialismo, no como teoría, sino como estado de ánimo, se expresa a cada paso, en los arrebatos de su prosa.

> "Aquí termina la historia colonial, llamaré así, de mi familia. Lo que sigue es la transición lenta y penosa de un modo de ser a otro; la vida de la República naciente, la lucha de los partidos, la guerra civil, la proscripción y el destierro. A la historia de la familia se sucede como teatro de acción y atmósfera, la historia de la patria. A mi progenie me sucedo yo; y creo que siguiendo mis huellas, como las de cualquier otro en aquel camino, puede el curioso detener su consideración en los acontecimientos que forman el paisaje común, accidentes del terreno que de todos es conocido, objetos de interés general, y para cuyo examen mis apuntes *biográficos,* sin valor por sí mismos, servirán de pretexto y de vínculo, pues que en mi vida tan destituída, tan contrariada, y sin embargo tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, me parece ver retratarse esta pobre América del Sur, agitándose en su nada, haciendo esfuerzos supremos por desplegar las alas, y lacerándose a cada tentativa contra los hierros de la jaula que la retiene encadenada. Extrañas emociones han debido agitar el alma de nuestros padres en 1810. La perspectiva crepuscular de una nueva época, la libertad, la independencia, el porvenir, palabras nuevas entonces, han debido estremecer dulcemente las

fibras, excitar la imaginación, hacer agolpar la sangre por minutos al corazón de nuestros padres. El año 10 ha debido ser agitado, lleno de emociones, de ansiedad, de dicha y de entusiasmo. Cuéntase de un rey que temblaba como un azogado a la vista de un puñal desnudo, efecto de las emociones que lo conmovieron en las entrañas de su madre, en cuyos brazos apuñalearon a un hombre. Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de mayo, y mi padre se había lanzado en la revolución, y mi madre palpitado todos los días con las noticias que llegaban por momentos sobre los progresos de la insurrección americana". (154-156)

¡"Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de mayo"! Es, pues, una sana criatura gestada nueve meses en el vientre de su patria, un advenimiento histórico, una fuerza genesíaca que aparece para cumplir un destino. Este mesianismo de Sarmiento (que pareció egolátrico sólo a testigos distraídos) le enciende frases de entusiasmo cada vez que nos cuenta sus combates para mejorar la patria. Se podrían coleccionar esas expresiones jubilosas de quien siente en la energía restallante con que actúa un ímpetu sobrenatural: "estaba yo poseído en aquel momento del espíritu de Dios —nos dice al recordar su desafío al tiranuelo Benavides—; era el representante de los derechos de todos próximos a ser pisoteados". (179).

Más aún: tanta confianza tiene Sarmiento en que su gestión personal aquí, en este reducido medio argentino, está cumpliendo nada menos que los propósitos de una gran gestión providencial en toda la historia humana, que, frente a los estorbos, se alza como un profeta y maldice al amparo de potencias inescrutables. Así en aquel episodio en que la soldadesca gaucha del comandante Espinosa quiere aterrarlo con el simulacro de un asesinato. Sarmiento lo cuenta, no como una escena bárbara en un pedazo insignificante del planeta, sino como un grave choque entre el despotismo y los efluvios demoníacos que lo asistían a él, Sarmiento, el servidor de principios providenciales para civilizar la Argentina:

"Algo más hay sobre este suceso y quiero consignarlo aquí para consuelo de los que desesperan de que los atentados cometidos impunemente hace diez años reciban su condigno castigo en la tie-

rra. Los ejecutores de aquella farsa sangrienta, *todos*, sin escapar uno, han muerto de muerte trágica. A Espinosa lo atravesó una bala en Angaco. En la oscuridad de la noche, viendo Acha un bulto en la calle, hizo disparar algunos tiros al retirarse de la chacarilla de la plaza y cayó muerto del caballo el cómico aquel que esperaba la orden de atravesarme; el indio Saavedra que me había dado un puntazo, acabó su carrera asesinado. Y el gaucho Fernández, tullido, encenegado en la borrachera y en la crápula, si vive todavía, es para mostrar quién fué ayudante del gobernador en aquellos días de vértigo y de infamia. Como mi madre, yo creo en la Providencia, y Bárcena, Gaetán, Salomón y todos los mazorqueros, asesinados entre ellos mismos, ajusticiados por el que les puso el puñal en las manos, carcomidos por el remordimiento, la desesperación, el delirio y el oprobio, atormentados por la epilepsia o disueltos por la pulmonía, me hacen esperar todavía el fin que a todos aguarda. ¡Rosas está ya deshauciado! Su cuerpo es un cadáver tembloroso y desencajado. El veneno de su alma está royendo el vaso que la continee, y vais a oírlo estallar luego, para que la podredumbre de su existencia deje lugar a la rehabilitación de la moral y de la justicia, a los sentimientos comprimidos por tantos años. ¡Ay, entonces de los que no hayan hecho penitencia de sus pasados delitos! El mayor castigo que puede dárseles es el de vivir, y yo he de *influir* para que a todos, sin excepción, se les castigue así" (184-185).

Sarmiento es la conciencia agorera de su patria. Lanza profecías y maldiciones porque él, que está hecho con la sustancia del tiempo, adivina el secreto del porvenir. Y, en efecto, algunas de sus anticipaciones han asombrado por lo certeras.

Concepción romántica de la historia

En este sentimiento de la propia vida como drama pueden reconocerse los elementos de toda una concepción romántica de la historia. Sería fácil explicar el historicismo de Sarmiento por las fuentes literarias de su época. Pero establecer filiaciones directas entre la intimidad de un autor y el ambiente intelectual de donde recibe préstamos es la más peligrosa de las tareas de un crítico. La creación

artística es un misterio; nunca sabremos cómo en el peculiarísimo yo de Sarmiento, cobraban nuevas formas las sugestiones que recibía del medio cultural. Además, Sarmiento no fué un estudioso, ni siquiera leyó sistemáticamente. Al contrario: fué un improvisador repentino, fecundo y desaprensivo.

Sin embargo, por difícil que sea averiguar las fuentes escritas y orales que efectivamente modelaron las ideas de Sarmiento, es obvio que el romanticismo, que había entrado al Río de la Plata con Esteban Echeverría, en 1830, y lo alcanzó a él en San Juan, en 1838, dió a su obra un aire de familia, un repertorio de preocupaciones y aun en lenguaje generacional.

El año 130 es un año límite en la historia de las influencias filosóficas en nuestro país.

En 1830 los hombres cultos de Buenos Aires viven "en la época de las luces". Manuel Belgrano, Mariano Moreno, José de San Martín, Bernardino Rivadavia, Florencio Varela, hasta los ideólogos Juan Crisóstomo Lafinur, Fernández de Agüero y Diego Alcorta, constituyen un ciclo del pensamiento argentino, el ciclo de la Ilustración bajo cuyo signo se hizo la Revolución de Mayo, la Independencia y la primera organización política y cultural de la República. Para esos vástagos del iluminismo europeo la Razón era un bien ajeno a la Historia; y mediante el ejercicio libre de esa razón creían despojar a la historia de sus contingencias irracionales para fundar un orden social eficaz. La razón irradiaba sus luces, y eran estas irradiaciones —a las que se llamaban "progresos del espíritu humano"— el objeto valioso de la filosofía. Frente a los hechos absurdos, monstruosos, grotescos, caprichosos, insignificantes, indignos o imperfectos que narra la historia, los iluministas sólo confiaban en el brillo interior de la lógica apriorística.

Desde 1830 Buenos Aires recibe las influencias del romanticismo francés; y se forma la generación de Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Domingo Faustino Sarmiento, concordantes todos en justificar la ruptura total con España, en expresar las emociones originales que suscita el

paisaje americano y en proponer un sistema político liberal. Pero lo específico de estas tendencias residía en su historicismo. Vico y Herder —para citar solamente las cumbres por donde el racionalismo del siglo XVIII, después de haber llegado a lo más alto de su curso se contempla a sí mismo, se critica, se corrige y, más rico en visiones, se lanza ya renovado para dar nacimiento a las corrientes románticas— Vico y Herder, digo, habían inspirado en Francia una concepción de la historia opuesta a la de la Ilustración. En la vida política francesa del siglo XIX aquellas teorías se hicieron prácticas; el historicismo se convirtió, pues, en conciencia moral, en militancia cívica, en ideal progresista y humanitario, en religión de la libertad, y así, como liberalismo, llegó al Río de la Plata. La historia no es un espejismo que refleje de tanto en tanto, e imperfectamente, las luces de la razón; no es un telón de fondo contra el que la razón humana declame sus solitarias hazañas; la historia —decían los románticos— es una unidad de naturaleza, vida, espíritu, en proceso hacia fines superiores; y esa unidad dinámica consiste en que, a través de pueblos diversos, a través de condiciones naturales distintas, siempre se va cumpliendo un plan providencial de civilización. Cada nación tiene, pues, su voz profunda; y si pudiéramos oír el coro universal de "las voces de los pueblos" se nos revelaría el advenimiento de una humanidad cada vez más próxima a bienes morales supremos. Esta especie de panteísmo histórico trata de aprehender el sentido de los fenómenos culturales en un lugar y en un momento concretos. El paisaje, el folk-lore, las disposiciones sociales, los modos de vivir, eran ademanes expresivos de un espíritu inmanente.[3]

[3] Todavía no se ha estudiado seriamente la historia de las ideas filosóficas en Hispanoamérica. Suelen confundirse las voces y los ecos. Además, no siempre se averiguan las fuentes con el rigor metódico que exige este tipo de crítica comparativa. Véase, para nuestro tema, la siguiente bibliografía argentina: a) sobre el iluminismo, JOSÉ INGENIEROS: *La evolución de las ideas argentinas.* (Buenos Aires, 1918-1920). ALEJANDRO KORN: *Influencias filosóficas en la evolución nacional. Obras,* III (Universidad Nacional de La Plata, 1940). DELFINA VARELA DOMÍNGUEZ DE GHIOLDI: *Filosofía argentina: los Ideólogos.* (Buenos Aires, 1938). Prólogo al *Curso Filosófico* de Juan

El historicismo romántico llega a conocimiento de Sarmiento —que estaba en San Juan, todavía en una atmósfera iluminista— tan sólo cuando algunos jóvenes sanjuaninos que habían ido a estudiar a Buenos Aires becados por Rivadavia regresan a su provincia con los libros de moda. "En 1838 —escribe Sarmiento en sus *Recuerdos*— fué a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fe y entusiasmo en las nuevas ideas que agitan el mundo literario en Francia, y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos. Villemain y Schlegel en literatura; Jouffroi, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux en democracia; la *Revista Enciclopédica*, como síntesis de todas las doctrinas; Carlos Didier, y otros cien nombres hasta entonces ignorados para mí alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimiento. Durante dos años consecutivos prestaron estos libros materia de apasionada discusión por las noches en una tertulia, en la que los doctores Cortínez, Aberastain, Quiroga Rosas, Rodríguez y yo discutíamos las nuevas doctrinas, las resistíamos, las atacábamos, concluyendo al fin por quedar más o menos conquistados por ellas. Hice entonces, y con buenos maestros a fe, mis dos años de filosofía e historia, y concluído aquel curso empecé a sentir que mi pensamiento propio, espejo reflector hasta entonces de las ideas ajenas, empezaba a moverse y a querer marchar".

En los cincuenta y dos volúmenes de las obras completas de Sarmiento hay las suficientes citas de autores y, sobre todo, las suficientes confidencias sobre su formación intelectual para que podamos trazar un mapa de lecturas.

Crisóstomo Lafinur. (Buenos Aires, 1938). JORGE R. ZAMUDIO SILVA: Prólogo a los *Principios de Ideología*, de J. M. Fernández de Agüero. (Buenos Aires, 1940); b) sobre el romanticismo, CORIOLANO ALBERINI: *Die Deutsche Philosophie in Argentinien.* (Berlín, 1930). *La metafísica de Alberini* (en Archivos de la Universidad de Buenos Aires" 1934). RAÚL A. ORGAZ: *Sarmiento y el naturalismo histórico.* (Córdoba, 1940). RAIMUNDO LIDA: *Sarmiento y Herder.* (Memoria del Segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana. Los Angeles, California, 1940). LUIS JUAN GUERRERO: *Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del "Facundo".* (Universidad Nacional de La Plata, 1945).

Pero más interesante que catalogar las fuentes librescas —en la que desde luego no todo es francés: Larra, v. gr.— sería ver cómo la concepción romántica de la historia que él respiraba en el clima intelectual de su generación se confundía con un modo temperamental, espontáneo y originalísimo de sentir que su propia vida era un drama histórico que se estaba representando dentro de la civilización. Y tanto se confundían que ningún lector puede poner el dedo sobre un párrafo y decir: esto se le pegó a Sarmiento de fuera; esto lo inventó él desde la raíz.

En la América española —y especialmente en la Argentina, que hasta el siglo XIX no tuvo ninguna capacidad creadora— las sucesivas orientaciones intelectuales que nos llegaban de Europa no conservaban sus contornos característicos. Allá la dialéctica era más enérgica. Había ciclos de pensamiento que maduraban y se secaban dentro de su corteza. Había generaciones que surgían con una clara conciencia de su originalidad y se definían con gritos de polémica. Y gracias a ese reventar, siempre renovado, de la vida intelectual, ha sido posible que de esa totalidad continua que es el pensamiento occidental se abstrayeran con cierto valor objetivo las nociones de "iluminismo" y "romanticismo". Pero en la Argentina esas oleadas, que habían nacido rotundas y separadas, llegaban sin fuerza interior y rodaban casi confundidas sobre nuestras playas desiertas. Un autodidacto como Sarmiento, que hasta los 25 años se había educado en las humildes tradiciones católicas de la provincia de San Juan, leyendo solamente autores españoles y franceses del siglo XVIII (autores que, a pesar de su racionalismo, no alteraron su fe), no iba a convertirse de repente en un teórico del historicismo porque se enterara de las novedades francesas, no tanto en libros como en conversaciones y revistas. Es un sentidor, no un teórico; y como lee y oye mientras pelea a grandes saltos de un sitio a otro, su "filosofía de la historia" no tiene coherencia sistemática. Cada vez que queramos meterlo en las hormas ya consagradas de las escuelas filosóficas Sarmiento se nos escapará por los costados. A veces opina como iluminista; a veces como romántico (y hasta como fe-

ligrés. . .) sin que sus opiniones sean lo bastante originales para fundar una posición nueva. Lo nuevo es el hombre.

"Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga". (1845)[4]

ESTE hombre nuevo, este hombre singular que fué Sarmiento, está tan derramado en las formas vivas de la realidad argentina y, desde dentro, acomete a esa realidad con tal ánimo de reformarla, que al escribir *Facundo* no tuvo que hacer ningún esfuerzo teórico, ningún estudio riguroso, ninguna compulsación de fuentes librescas, para revelarnos, estupendamente, lo que veía a través de su óptica historicista. *Facundo* no es ni historia ni novela ni sociología: es la intuición genial del país por un joven ansioso de actuar como fuerza interna en esa plástica sociedad que describe. El esquema que nos propone para comprender la política argentina es el que ya estaba implícito en sus páginas autobiográficas: 1) la Revolución de Mayo y las guerras de la Independencia significaron la lucha de las ideas europeas y liberales que se asentaban en las ciudades contra el absolutismo de una España que ya no creaba valores espirituales pero que regía con su peso tradicional; 2) luego sobreviene la anarquía, porque en las campañas desiertas e inmensas del país se sueltan las masas bárbaras, resentidas contra las ciudades cultas. Hay, pues, tres estadios en la vida argentina: la Colonia, la Independencia, la Restauración. Y en los tres tuvo que luchar el espíritu con las resistencias de la naturaleza, de las tradiciones caducas y de los atavismos brutales. Ahora, dice Sarmiento, esas resistencias dominan la Argentina en figuras tan sombrías como Juan Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas. Muerto Facundo, hay que derribar a Rosas. Él, Sarmiento, será uno de quienes lo derriben, y lo hará en nombre del espíritu eternamente acosado, eternamente victorioso. Dios —un Dios que gobierna mediante principios el

[4] Título de la primera edición, Santiago de Chile, 1845. En nuestras citas seguimos la edición crítica y documentada, con prólogo de Alberto Palcos, publicada con el título *Facundo* en la Universidad Nacional de La Plata, 1938.

acaecer histórico— está apoyándolos, a él y a sus compañeros de destierro. Ese Dios empuja la Argentina toda hacia un orden libre y civilizado.[5] Aun Facundo y Rosas no pueden menos que avanzar, si bien lo hacen de espaldas, a regañadientes y sin sospechar que cuando caminan de frente, en verdad están retrocediendo, y que cuando reculan es que están acercándose a la meta.[6] La meta inmediata es la civilización europea, pero alguna vez la misma Europa se integrará en una unidad espiritual ecuménica.[7] Porque si bien la historia se realiza siempre en compactos medios nacionales, las fuerzas que le dan sentido no son las emana-

---

[5] Deliberadamente nos hemos limitado a los trabajos de Sarmiento anteriores a la batalla de Caseros (1852). Hay continuidad de pensamiento hasta su última obra importante, *Conflicto y armonías de las razas* (1883), pero el tema que aquí tratamos se transparenta mejor en el período nítidamente romántico, del que extraemos estas citas sobre Dios: "La mano de la Providencia está visible en todas partes, pero en los fenómenos históricos se le ve, como en los naturales, al través de las leyes que ella ha impuesto al corazón humano y a la materia. Un gran trastorno social, la caída de un gran imperio, como un cataclismo o un terremoto, son la obra de la Providencia, por cuanto ella ha establecido la causa generadora de estas revoluciones". 10 de abril de 1843, *Obras*, IV, p. 302. "Dios castiga a los pueblos obstinados en sus errores. Ved la España, ved la América del Sud. Dios premia a los que obedecen a la impulsión de la justicia, a los que marchan en el sendero que él les ha trazado, dándoles la inteligencia por guía". 25 de febrero de 1849. *Obras*, IX, p. 36.

[6] "Pero no se vaya a creer que Rosas no ha conseguido hacer progresar la República que despedaza, no: es un grande y poderoso instrumento de la Providencia, que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa. Ved cómo". Y a continuación Sarmiento se ingenia para mostrar que la unidad del país, la hegemonía de las ciudades sobre las campañas, la bienvenida a los extranjeros, la navegación de los ríos, la educación de los argentinos, la discusión pública de los problemas patrios y otros ideales de los "unitarios" se abrieron paso a pesar de Rosas y aprovechándose de la furia de Rosas. *Facundo*, págs. 292-298. Rosas "es una fórmula de una manera de ser de un pueblo"; en ese sentido es "fatal, forzoso, natural y lógico". Pero quienes lo combaten son personificaciones de principios providenciales: "¿Somos dueños de hacer otra cosa que lo que hacemos, ni más ni menos como Rosas no puede dejar de ser lo que es? ¿No hay nada de providencial en estas luchas de los pueblos? ¿Concediose jamás el triunfo a quien no sabe perseverar?" Ibídem, 15.

[7] Cfr. sus opiniones sobre París, en los *Viajes*: "Sus ideas y sus modas, sus hombres y sus novelas, son hoy el modelo y la pauta

ciones telúricas ni los hábitos sociales de una región, sino la espiritualidad que, idéntica a sí misma, y ensanchándose constantemente, va conectando los centros creadores de cultura en unidades de civilización cada vez mayores.[8] Amor a la patria, sí; pero no nacionalismo. Rosas es nacionalista; Sarmiento, en cambio, quiere que su nación crezca, pero como parte de la estructura cultural europea.

Sarmiento afirma, pues, el orden libre de la voluntad humana contra el orden necesario del proceso natural, "la inteligencia contra la materia", "la Civilización contra la barbarie". Y esta polarización de la realidad histórica que da estructura a *Facundo* e imanta todas las partículas de su prosa es la misma que en *Mi defensa,* en *Recuerdos de provincia,* dirigía las frases, ya hacia el extremo negativo de la ignorancia, el atraso y la tiranía, ya hacia el extremo positivo de la cultura, el progreso y la libertad. Por esta correlación entre las interpretaciones históricas y las confidencias personales se ha visto que el historicismo de Sarmiento arranca de una identificación emocional entre las peripecias de la civilización y las peripecias de su propia vida. Según que haga historia o que haga autobiografía Sarmiento cambiará de postura, pero no de perspectiva: en el fondo él permanece siempre como el verdadero sujeto de la historia. El pasado que nos cuenta le era tan reciente que él recogía sus vibraciones como si fueran las de una

---

de todas las otras naciones; y empiezo a creer que esto que nos seduce por todas partes, esto que creemos imitación, no es sino aquella aspiración de la índole humana a acercarse a un tipo de perfección que está en ella misma y se desenvuelve más o menos según las circunstancias de cada pueblo. ¿No es, sin duda, bello y consolador imaginarse que un día no muy lejano todos los pueblos cristianos no serán sino un mismo pueblo, unidos por caminos de hierro o vapores, con una posta eslabonada de un extremo a otro de la tierra, con el mismo vestido, las mismas ideas, las mismas leyes y constituciones, los mismos libros, los mismos objetos de arte? Puede esto no estar muy próximo; pero ello marcha y llegará a ser blanco, a despecho, no del carácter de los pueblos, en que no creo, sino del diverso grado de cultura en que la especie se encuentra, en puntos dados de la tierra". *Obras,* v, 142,

[8] Una miniatura de la visión que Sarmiento tenía de la historia universal y de sus fines puede encontrarse en la descripción de "Washington", en sus *Viajes. Obras,* v, 482-484.

melodía no terminada, de una melodía que él, de pronto, se puso a continuar activamente. La comprensión amplia y serena aun para los males que como ciudadano repelía con violencia no se debía tanto a las frías virtudes de una actitud intelectual más o menos científica, sino a que al país lo llevaba él metido dentro de sus huesos, de sus carnes, de sus nervios, de su conciencia, lo llevaba metido con males y todo; y para comprenderlo no tenía más que abandonarse a los golpes de la sangre, sentir las palpitaciones de la sociedad en los sobresaltos del corazón. La fuerza telúrica que creó a *Facundo* lo había creado a él también. Estaban amasados con el mismo barro. Sólo que de ese barro surgían dos estirpes morales: los "caudillos" de las montoneras, manifestaciones bravías de estados naturales; y los "grandes hombres", cuya función era provocar fases progresivas en el correr de la civilización. Facundo, el caudillo; Sarmiento, el gran hombre. Pero uno y otro eran afines, y el gaucho intelectual que fué Sarmiento —"soy Doctor Montonero", dijo una vez— *com-padecía* desde la entraña al otro gaucho, al verdadero, a Facundo, el hermano Caín.

Dentro del esquema dinámico con que Sarmiento dió sentido a su percepción del país —"civilización contra barbarie"— la sombra terrible de Facundo cobró una pujante realidad artística porque no era tema retórico, sino una patética presencia en sus entrañas. En este sentido Facundo es una creación fantástica de Sarmiento. Nos impresiona como personaje vivo precisamente porque lo que le dió vida es la fantasía del autor. Y los trazos exagerados con que Sarmiento nos pinta la criminalidad, lascivia, coraje y primitivismo de Facundo, no responden al propósito político de denigrarlo, sino a que, de veras, para el romántico Sarmiento, la naturaleza toda, Facundo incluído, estaba estremecida por algo fascinante, tremendo, catastrófico; y al sobrecogerse Sarmiento ante el horroroso misterio de la barbarie dió a sus evocaciones un trémolo de melodrama. ¡El episodio de Facundo y la Severa Villafañe, por ejemplo! (180) Sin embargo su Facundo, todo lo fantástico y exagerado que se quiera, fué verdadero. Investigaciones ulteriores han corregido deta-

lles en el cuadro; el mismo Sarmiento se rectificó varias veces. Pero lo que él vió en 1845 fué esencial; y logró esa lucidez porque se había zambullido en medio de la corriente histórica y mientras con los brazos iba hendiendo las olas de las cosas, a cada cosa la veía cerca y movediza. Los esquemas de "filosofía de la historia", de moda en aquella generación romántica, no asoman bajo la piel del libro como huesecillos flacos y abstractos, sino que más bien se tienden y distienden como los músculos de un ojo atento a miríadas de pormenores valiosos. Bajo ese ojo todo se hace concreto, todo adquiere color, relieve, perfil, todo se mueve y vive.

Las tendencias de la naturaleza se presentan, líricamente en las figuras del rastreador, del baquiano, del gaucho malo, del cantor. (53-63).

A los períodos históricos —como el iluminista de los años de Rivadavia— los ve Sarmiento en el modo personal de caminar, de alzar la cabeza, de hablar, de valorar, de desdeñar con los ojos: "me parece que entre cien argentinos, reunidos yo diría: este es *unitario*". (134)

Y si, por el contrario, se encara con un hombre concreto, escamotea rápidamente su nombre propio, lo sustituye con un concepto histórico y pone en descubierto la dirección que ese hombre lleva: así, al referirse a la captura del general Paz (le enredaron con boleadoras las patas del caballo) dice "la civilización fué *boleada* aquella vez". (208)

Un paisaje no es para él un volumen físico exterior al alma: hay reciprocidad, armonía, entre esos dos lados de una misma realidad histórica, y Sarmiento, en un brillante juego estilístico, traspone las notas del paisaje al alma, del alma al paisaje. Recuérdese su descripción de Córdoba: "el habitante de Córdoba tiende los ojos en torno suyo y no ve el espacio; el horizonte está a cuatro cuadras de la plaza; sale por las tardes a pasearse, y en lugar de ir y venir por una calle de álamos, espaciosa y larga como la Cañada de Santiago, que ensancha el ánimo y lo vivifica, da vueltas en torno de un lago artificial de agua sin movimiento, sin vida, en cuyo centro está un cenador de formas majestuosas, pero inmóvil, estacionario. La

ciudad es un claustro encerrado entre barrancas, el paseo es un claustro con verjas de fierro, cada manzana tiene un claustro de monjas y frailes; los colegios son claustros; la legislación que se enseña, la teología, toda la ciencia escolástica de la Edad Media, es un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia contra todo lo que salga del texto y del comentario". "¿Qué asidero encontrarían las ideas revolucionarias, hijas de Rousseau, Mably, Raynal y Voltaire, si por fortuna atravesaban la pampa para descender a la catacumba española, en aquellas cabezas disciplinadas por el peripato para hacer frente a toda idea nueva; en aquellas inteligencias que, como su paseo, tenían una idea inmóvil en el centro, rodeada de un lago de aguas muertas que estorbaba penetrar hasta ellas" (122-127).

La historia es teatro, y en su escenario irrumpen los cataclismos como actores trágicos: "Rivadavia la había visto venir [a la guerra civil], pálida, frenética, armada de teas y puñales". (166).

La tiranía es inercia, pasividad, estatismo. Pinta, pues, al tirano del Paraguay, José Gaspar de Francia, muerto por "la quieta fatiga de estar inmóvil pisando un pueblo sumiso" (13).

Y como el tirano proyecta sus preferencias mentales sobre el pueblo en forma de costumbres impuestas, Sarmiento alegoriza a Rosas, el estanciero, convirtiendo a los argentinos en ganado humano: "las fiestas de las parroquias son una imitación de la *hierra* del ganado, a que acuden todos los vecinos; la *cinta* colorada que clava a cada hombre, mujer o niño, es la *marca* con que el propietario reconoce su ganado; el degüello a cuchillo, erigido en medio de ejecución pública, viene de la costumbre de degollar las reses que tiene todo hombre en la campaña; la prisión sucesiva de centenares de ciudades sin motivo conocido y por años enteros es el rodeo con que se dociliza el ganado, encerrándolo diariamente en el corral;" etc. (263).

El genuino historicismo de Sarmiento inspiró su obra, la alimentó, le dió poesía y patetismo. Y por sentirse factor de historia Sarmiento trazó los caminos fundamenta-

les de nuestra grandeza. Leer a Sarmiento es comprender el país; estudiar el país es encontrarse en todos los caminos la figura de Sarmiento. El construyó la imagen de una Argentina libre, progresista, abierta a la inmigración europea, dignificada constantemente por la educación liberal y regulada por una constitución democrática.

SARMIENTO Y UNAMUNO

(SARMIENTO, EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO DE UNAMUNO)

Por *Dardo CÚNEO*

"Es lo que hace falta, predicar al hombre concreto, tangible y visible, al de carne y hueso y corazón y cabeza, al que sufre..." *Soliloquios y Conversaciones*. 1912.

"El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere—sobre todo muere—, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hombre, el verdadero hombre" *Del sentimiento trágico de la vida*. 1914.

SARMIENTO es el *hombre de carne y hueso* de Unamuno, el que se hombrea en el ejercicio de lo unánime, el que graba en el espejo de los días la imagen íntegra. Unamuno no quiere al hombre prisionero de lógicas, cercenado por preceptos, soldado de una estrategia de abstracciones. El hombre es una realidad, una realidad diaria y total. El hombre es la fuerza peregrina de un Dios que es siempre anhelo. El hombre es todo y no ha de fragmentársele en partes. Es el que cada día libera sus energías. El que hace posible la evasión de la vida que tiene dentro a través de los poros —rieles conductores— que le comunican con el mundo, con todo el mundo, en el que él no es espectador sino personaje, protagonista en escena (personaje que si le ocurre no saluda al público y en cambio le da la espalda), y que por esos mismos poros —rieles de doble tránsito— se le entra el mundo, libremente, en un tumulto de voces y sensaciones para reproducirse en imá-

genes de contradicción en su interior, zona ésta de energías renovadas, zona de tierra y agua, tierra de impetuosa cosecha y agua de lluvia regadora. El mundo se le entra al hombre en irrupción, sin clasificaciones, ejército sin órdenes tácticas, sin banderillas o acaso con todas ellas, pero nunca con parciales exclusiones. El mundo de los días totales. El mundo que es realidad sin limitaciones y al que mal le están el patrón riguroso, las definiciones de la lógica, los croquis diferenciales. Cuando el mundo en movimiento de internación y plenitud se ha llegado hasta poner un estremecimiento en la carne y rozar los huesos, es porque el hombre se ha adueñado del mundo y puede medirse en él, saberse en él en la posibilidad de todas las medidas. El mundo, todo el mundo hace curso en su sangre. Y el hombre vive, piensa, sueña, desde él mismo, en función a él, centro de su universo —aquí el decir de Unamuno—, "con todo el cuerpo y toda el alma, con la sangre, con el tuétano de los huesos, con el corazón, con los pulmones, con el vientre, con la vida" (*Del sentimiento trágico de la vida*). Ser. Sentirse ser; serlo plenamente en la unanimidad de emociones y energías, de realidad y anhelo. Saber que la vida asciende por las venas, que estremece la carne, que viene a combinarse —síntesis prodigiosa, experiencia total— en el espíritu. Saberse precisamente en ese eterno punto de referencia que es el espíritu del hombre. "Mala cosa es —nos dice Unamuno— que al posar uno una mano sobre la pierna, ni ésta sienta a aquélla ni aquélla a ésta; pero peor es que al fijar tu atención sobre ti mismo no te *sientas* espiritualmente. Mala cosa es que al recostarte en la tierra no sientas a lo largo de tu cuerpo el toque de la tierra, y que ésta es firme y sólida; pero peor es que al recibir en tu espíritu el mundo no sientas el toque del mundo, y que es firme y sólido y pleno, con plenitud de plenitudes y toda plenitud". (*Ensayos*. v). Es la indicación unamunesca, piedra fundamental de su concepción del *hombre de carne y hueso*. La ha escrito en un ensayo de 1904 y se la verá en el curso de su labor señalando caminos, sobresaltando a toda hora a su angustiada prosa sinceradora. Plenitud de plenitudes y toda plenitud. Equivale decir: la vida sin

fragmentaciones, sin zona mutilada, sin voces que en el hombre o en el mundo no encuentren respuestas, sin valladar limitador y frontera encerradora. ¿Ser el *hombre universal?* Ser el *Hombre.* Recibir al mundo con esa unanimidad de sentidos que profesa Walt Whitman. Que el mundo se entre en el hombre como el viento de calleja del pueblo: filtrándose a través de los huecos de las cerraduras cuando no encuentra las puertas abiertas, pero es preferible abrirle todas las puertas y ventanas para que el viento —el mundo— haga su circuito natural hasta pegarse junto al muro en donde convivirá, agitándolas, con las sombras que dibujan figuras inquietas e inquietantes en la media claridad de los interiores. Recibir al mundo y llevarlo hacia adentro, haciéndolo propio, adueñándose del mundo, asaltándolo con las armas desnudas de la sensibilidad, de la pasión, y asediarlo y dominarlo. Y luego, devolver al mundo. Darlo. Cuando el mundo abandona al hombre lo hace liberando las fuerzas, las energías y las posibilidades del hombre. Ellas se hacen al viaje, a la peregrinación, como naves al mar: con las velas llenas. En su ensayo cardinal de 1900, *¡Adentro!,* pide Unamuno al hombre, que diga estas palabras: "Doy conmigo al mundo entero", y le previene al hombre: "Para ello tienes que hacerte universo, buscándolo dentro de ti. ¡Adentro!" (*Ensayos.* I). Adentro de sí el hombre reelaborará el mundo, lo recreará —recrear es verbo de que gusta Unamuno—, para hacer de su vida, de la vida, un ejercicio total, unánime, para hacerla vida con vida, con muertes. Y con resurrecciones. Plenitud de plenitudes y toda plenitud. Que es el orden, la consigna de lo que Unamuno llama *Espíritu de Creación* y opone a aquel *Espíritu de Disolución* que escribió: "Vanidad de vanidades y todo vanidad" en el *Eclesiastés.*

El hombre ha recibido y ha devuelto al mundo. Pero, el hombre no queda solo. Puede quedar en soledad, pero solo nunca. Otras versiones nuevas, diarias, de lo unánime, del mundo, están penetrando en él, sorprendiendo sus guardias, ganándole el corazón.

Domingo Faustino Sarmiento da paso al mundo. Es el mundo violento del desierto argentino, del Zonda apre-

surado, de la Cordillera inquietadora, de la guerra de los paisanos y las partidas. El recibe a todo. El paisaje y su violenta soledad. La soledad y sus ecos de violentas voces. Las voces y sus violentos protagonistas. Ascienden violentamente hacia él los términos de la naturaleza americana. Y ascienden las ideas de su época, todas ellas. Puerta abierta al mundo en la vida de Domingo Faustino Sarmiento. "Adquirid ideas de donde quiera que vengan", advertirá en la primer polémica chilena. "Nutrid vuestro espíritu —es el texto complementario de la advertencia— con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, sobre las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con el corazón lo que os alcance, lo que os antoje, que eso será bueno en el fondo aunque las formas sean incorrectas; será apasionado aunque inexacto".[1] Es decir, recibir al mundo, tomar posesión de él, hacerlo propio, sentirlo unánime y personal. Y devolverlo. Y hacer propia huella. Y avanzar destruyendo las sementeras ajenas. Domingo Faustino Sarmiento sabe proceder así. Es actor de vida propia, de vida unánime, de vida ancha, de plenitud. Tumultuosa, violenta y personal plenitud de Sarmiento.

El *hombre de carne y hueso* es *hombre de fe.* "La vida y la fe han de fundirse" leyó y anotó Unamuno en el comentario sobre Ibsen, hombre de vida y fe fundidas. Y en el recetario unamunesco para la crisis española que se reabre al cerrarse el siglo figura —medicina primera— no la idea, sino la fe. La fe es restablecedora. Es el primer ejercicio del hombre. Aquella honda resurrección de España que Unamuno quería y promovía habría de encontrar su herramienta en la fe al encontrar el hombre en ella

---

1 You shall not look through my eyes either, nor take things from me.
You shall listen to all sides and filter them from myself.
WALT WHITMAN, *Song of Myself.*

una manera de encontrarse consigo. "Busca tu vida, que si te empapas en tu vida, con ella te entrará la fe". (*Ensayos.* I). Fe restablecedora. Fe sinceradora. Fe que hace al hombre y motoriza su vida. Fe creadora, medida de unanimidad. Viene sin explicarse a explicarlo todo. Tiene un puerto de partida en el hombre que es su corazón, y no importan la proximidad ni la seguridad de los de llegada. Ella vale en sí y no se la calibra por cumplimiento ni fines. Tener fe es ya un propósito, un fin, una realización. "Fe es comulgar con el universo todo". En sus propios caminos, la fe realiza su destino. Fe resurrectora. La fe acompaña a Sarmiento y se hace en su vida motor de ritmos incesantes. Y en un momento argentino que es de crisis como lo será el momento español de la recomendación de Unamuno, le escribe Sarmiento a Urquiza, vencedor de Caseros, en la *Carta de Yungay*: "El único remedio, el único apoyo sólido es uno que S. E. ni sospecha siquiera: "*La Fe*". Así, con las mayúsculas y el subrayado de Sarmiento. Y propone: "Restablecer la fe perdida. . ." Proposición suficiente. La fe, programa de la reconstrucción argentina para Sarmiento. La fe programa de la reconstrucción española para Unamuno.

LA fe es actora de contradicción. Gran creyente, Pascal lo supo así y no dejó de decírnoslo. "La fe —fueron sus palabras— abarca varias verdades que parecen contradecirse". Varias verdades. El *hombre de carne y hueso* que es hombre de fe no lo es de verdad única, no sabe la servidumbre de la sola verdad. Cuando la fuerza abunda, la sinceridad es diario motín, la energía muestra sus rostros unánimes y el mundo se recrea en el protagonista, el plural es el signo. "Yo tengo muchas plumas en mi tintero", le dice Sarmiento a Alberdi. (*Las ciento y una*). Muchas plumas. Muchas verdades. La contradicción y la fe. La fe insistente, abarcadora, madre de contradicción y esencia contradictoria haciendo espacio en el espíritu a sus plurales. Unamuno que reconoce en Pascal uno de los hombres que en el mundo supieron serlo, reclama siempre su derecho a incurrir en sincera, simultánea

y sucesiva contradicción. En el ensayo —fechas de 1900— que dedica a la fe comenta la de los padres apostólicos afirmando que a través de ella "hasta gozaban, no pocas veces, de la santa libertad de contradecirse". En carta a Darío, un año antes, le había indicado: "Quisiera pensar cada día de diferente modo, y reclamo el derecho de contradecirme". "...reclamo mi libertad, mi santa libertad —es en *Mi religión y otros ensayos*—, hasta la de contradecirme, si llega el caso". El caso —los casos— llegan. Y él pone textos diferentes y numerosos a ese derecho que ha hecho suyo. "Como que sólo vivimos de contradicciones y por ellas —escribe en *Del sentimiento trágico de la vida*—, como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella; es contradicción".

Contradicción en el contradictorio Sarmiento. Desde el destierro chileno —el tercero y último— le escribe a Mitre palabras incitadoras. Y entre ellas éstas: "Porteños en las provincias, provincianos en Buenos Aires". Es la contradictoria fórmula de una completa conducta argentina que le propone al gobernador bonaerense. Un día, le requieren a Unamuno sus paisanos, los vascos. Es una requisitoria en nombre de la raza, en nombre del país natal, y ya sabemos cuanto cuenta en él todo eso. A Don Quijote, comentándolo, le ha dicho: "Deja, Don Quijote, que hable de mi sangre, de mi casta, de mi raza, pues a ella debo cuanto soy y valgo..." Va a Bilbao tras el llamado y dice en Bilbao cosas que nadie esperaba que dijera. El mitin procuraba la exaltación de la tradición vascuence y el orador se despachará contra los sentimientos y costumbres de esa tradición. Pero cuando regresa a Salamanca volverá a hacer defensa y evocación de su raza. Mas, cuando lo llaman los interesados castellanos para que reproduzca el discurso contra los vascos, les pronuncia un discurso contra Castilla. Vasco en Castilla. Castellano en Vasconia. Contradicción sarmientina. Gobernador de San Juan, Sarmiento pone en carta al mismo Mitre ya Presidente de la República esta solicitud: "Precisamente quiero tropa, para hacer la paz". Al término de su novela bilbaína —*Paz en la guerra*—, Unamuno pone estas palabras:

"En el seno mismo de la paz verdadera y honda es donde sólo se comprende y justifica la guerra; es donde se hacen sagrados votos de guerra por la verdad, único consuelo eterno; es donde se propone reducir a santo trabajo la guerra. No fuera de ésta, sino dentro de ella, en su seno mismo, hay que buscar la paz; paz en la guerra misma". O lo que es lo mismo: "Precisamente quiero tropa, para hacer la paz". Y recordando en crónica trazada en años ancianos aquella su primer novela y aquellas palabras finales, comenta Unamuno: "Y si ahora la traigo a colación es para que se vea, por el final que he transcrito, cómo desde que empecé a escribir para mi pueblo he seguido, en esto como en lo demás, una línea misma. No derecha en el sentido de línea recta, sino como la vida, llena de vueltas y revueltas; una línea dialéctica. El pensamiento vivo está tejido de íntimas contradicciones". (*La Ciudad de Henoc*).

Hay otra causa de contradicción para Unamuno. "La riqueza imaginativa —lo escribe en *Contra esto y aquello*— le lleva al hombre a contradecirse a los ojos de los pobres de imaginación". Esa causa actúa en Sarmiento, gran imaginario, potente imaginador. A la pampa la ha descrito en *Facundo* sin conocerla: imaginándola. Y es ese activo caudal de imaginación el que lo recubre de contradicciones mientras imagina a un mismo tiempo varios planes para la reconstrucción argentina, mientras escribe a la vez con muchas plumas.

En polémica, Alberdi le acusa de modificar substancialmente sus ideas en el camino que va de *Facundo* a *Argirópolis*. Y él le responde reclamando su derecho a variar de opinión. "En siete años puede un hombre sin mengua, en cosas de forma, abrazar opiniones distintas". (*Las ciento y una*). Pero, acaso, hubiera podido anticiparle la explicación de Whitman que era la suya, que era la de Unamuno:

Do I contradict myself?
Very well then, I contradict myself,
(I am large, I contain multitudes).

VIDAS columnadas en la fe. En ella alimentan sus destinos mientras en pelea diaria, en prosa sinceradora, en itinerario de contradicción, van grabando sus enteros rasgos. No se fraccionan. Alguna vez, le refiere Unamuno en carta a un amigo que "tomé parte en el homenaje a Mogrovejo, el escultor...", pero inmediatamente rectifica: "...es decir, no tomé parte, tomé casi todo". El todo es la medida de Unamuno. Y la medida de Sarmiento. Y en ese ejercicio ambicioso de la totalización de la vida, la primer persona del singular asume toda su conciencia, desenvuelve todos sus pliegues, sube a la torre y desde allí domina. El "Yo" sarmientino y el "Yo" unamunesco no relevan sus puestos de guardia. Siempre la velan, impacientemente. "Yo soy Don Yo", exclama Sarmiento. Y comentará a propósito de ese inmenso "Yo" sarmientino, Unamuno: "...aquel noble y desinteresado egotista". Es cuando escribe esta frase: "con la modestia que me caracteriza". La frase no es solamente suya, y lo declara: "...esta frase que he aprendido en Sarmiento". (*Contra esto y aquello*). El "Yo" unamunesco apresurará siempre su explicación. "¿Qué otro llenaría tan bien o mejor que yo —se pregunta en *Del sentimiento trágico de la vida*— el papel que lleno? ¿Qué otro cumpliría mi función social? Sí, pero no yo". Al lado cuenta con la fe para sostenerlo en su insistencia yoista. La fe que le hace decir a Sarmiento: "Jamás he reconocido otra autoridad que la mía". (*Recuerdos de Provincia*). La fe que le hace sentirse un predestinado de la acción, un mensajero del quehacer. Y le permite invocar: "La misión providencial que desempeño..." (En carta a Mitre). Fe de predestinados. En algún momento —acaso siempre— le sobrecoge a Unamuno, le reclama desde dentro, lo ilumina, y lo esperanza un anuncio de predestinación. Es en las fechas primeras de 900, cuando ya rector en Salamanca se llega hasta las ciudades españolas a predicar "sermones laicos, con tinte protestante" como lo advierte él. Pastor de rebaño indiferente, aquietado. Misionero inquietador. "Por mi parte —le comunica a un amigo— tengo tal fe en mí mismo, tan honda persuasión en mi providencial misión pedagógica o demagógica (entendido esto etimoló-

gicamente) en España, que le he de convencer". No pone dudas sobre su destino ni desconfía para nada en su arma de predicación. "Hace tiempo —le dice al amigo— que la Providencia pone resonador a las palabras que me salen del alma. ¡Y adelante! Tengo una misión que cumplir y la cumpliré". Predestinado Unamuno. Hijo del hombre, con cargo de misiones. "Hace años —es en la misma carta— me dijo Da. Emilia (refiere a Emilia Pardo Bazán) que le recordaba yo a San Ignacio, y no lo he olvidado. Sólo pido a Dios, a mi Dios, que no me ciegue la soberbia, pero que me la sostenga". Unamuno, santo vasco. Aun cuando recorriera solo, enteramente solo, de ciudad en ciudad, a su España, predicador solitario, llevaría consigo una multitud. Como Sarmiento. En la soledad —siempre está solo Sarmiento porque se adelanta en casi un siglo a su siglo— en la bélica soledad sarmientina hay multitudes clamorosas, impacientes, gritando y desafiando. Son las multitudes sarmientinas, unamunescas, del fervor y del anhelo.

EN su comentario del Quijote pasa por alto Unamuno el capítulo cervantino que cuenta del examen y liquidación que el cura y el barbero hicieron de los libros del héroe manchego. "Trata de libros y no de vida", dice el comentarista para explicar inmediatamente esta su resolución al respecto: "Pasémoslo por alto". Donde no hay vida no se detiene para hacer estación breve o larga, descansada o de prisa, la inquietud comentadora. Que la vida muestre sus rostros encendidos o pálidos es condición de la aventura unamunesca, pero que los muestre, que la vida se aparezca desde los cuatro rumbos con sus cuatro suertes, con sus cuatro júbilos, con sus cuatro anhelos. La vida llena de vida. Don Quijote es de los que viven esa vida "no de ente de ficción, como creen los mundanos, sino de los hombres que han comido y dormido y muerto", advierte el comentador. Y saben de resurrecciones, olvidó de decir él que desesperaba de inmortalidad. Quijote Quijote; no Quijote cervantino. Quijote lleno de vida; no muerto en textos. "Libros muertos, no", ya ha

resuelto Unamuno. "Yo he puesto en mis libros calor y vida.... He puesto en mis libros pasión". (*Soliloquios y Conversaciones*). Por eso, el capítulo que trata de libros y no de vida —de libros sin vida— no lo detendrá. Como no lo detendrá a Sarmiento. "Dejémonos de libros y de papeles", le dice a Alberdi. (*Las ciento y una*). Y le indica: "A los hechos". Que sus libros estarán llenos de vida. Más de cincuenta volúmenes van a formar sus *Obras* y restan todavía originales que no han sido convocados por la recopilación. Cincuenta libros. Unamuno es de los que mejor advierte la viva factura de esos muchos libros sarmientinos. En artículo titulado *Ojo con vuestros científicos, argentinos,* refiere a los materiales que sirven para componer los libros y destaca el material que empleaba Sarmiento: "el de substancia, al vital y carnal, de Sarmiento". Vitales y carnales los libros del sanjuanino. No hay página en ellos en que la vida no marque sus pasos, en que la vida no tenga algo que hacer, donde ella no rabie, hiera, pelee, muera y resurreccione, es decir, donde la vida no complete sus trayectos posibles e imposibles. Y no vive solamente Sarmiento su vida en los que ya es bastante vida, sino que hace vivir en ellos nueva vida a los muertos. Los pistoletazos de Barranca Yaco terminaron con Facundo Quiroga. Ahí se interrumpen las violentas corrientes de la sangre del caudillo para recobrarse, años después, en el libro de Sarmiento. Sarmiento pasa por alto a Barranca Yaco, como Unamuno el capítulo libresco del Quijote. Y una nueva vida, una vida realmente verdadera, física, completa, recomienza a vivir Facundo en el libro de Sarmiento sin que otros pistoletazos le cubran el camino. Sarmiento hubiera —sin dudarlo— querido dárselos, pero en verdad obró de resurrector, de inmortalizador. "Facundo no ha muerto", escribió en la primer "página del libro de *Facundo*. Y le devolvió la vida.

En otra página del comentario unamunesco del Quijote se lee esta advertencia en la que va la solidaridad del comentarista con ella. "Sabía bien —dice Unamuno— que a la perfección se llega imitando a los hombres y no tratando de poner en práctica teorías". Tan bien como Quijote lo sabía Sarmiento, y por eso escribe biografías,

para que la vida que comenta en ellas sea espejo de perfección, modelo de hombres. En la biografía cabe el hombre y su tiempo, el héroe y su pueblo. "Cuando se ha estudiado atentamente —escribe en *El Mercurio* chileno el 20 de marzo de 1842— la vida de Washington, i de ella sus opiniones, su sencillez, su religiosidad i sus convicciones profundas, su amor a la libertad, su respeto a sus conciudadanos i su confianza en la Providencia, nada queda por conocer de aquel período histórico, ni en cuanto al carácter y disposiciones de la sociedad, ni en cuanto a sus hábitos, creencias i modo de ser particular". Muestrario total. "La biografía es, pues, el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo i de una instrucción más directa i más clara", agrega el periodista de Santiago que se propone trazar la biografía de Franklin "tan convencidos estamos de esta poderosa influencia". *(Obras.* T. I). En *Recuerdos de Provincia,* confirma: "Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe una especie de judicatura... Hai en ellas algo de las bellas artes, que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua". Libros con vida. Y con vida "no acalorada", además.

UNAMUNO se negará a desarrollar fórmulas, apenas a indicarlas, promoverlas. Se sabe —y se quiere— más anunciador que conductor; resueltamente más incitador que ideólogo, como que a éste lo negará y al incitador lo reclama realizándolo en él. "Yo he buscado siempre agitar y a lo sumo sugerir más que instruir", y nos dice que él no vende pan "sino levadura y fermento" (*Mi religión y otros ensayos).* Su lenguaje busca el corazón de los hombres para hablarles. Sentimiento y no conocimiento. "... no dejaré de decir que si creo haber merecido la vida no es por los conocimientos que haya podido transmitir a otros, sino por ánimos que haya podido levantar". (*Contra esto y aquello*). Pastor sentimental. Su misión es agitar, conmover, reabrir las antiguas cicatrices del hombre para que el dolor nuevo le obligue a pensar en su carne y en el fin de la carne y en lo que sobrevendrá a ese fin.

Volverlo al hombre a sí, enrostrarlo consigo mismo, poner en sus vidas rápidas una afilada inquietud de eternidad. Agitar, conmover, reñirle al sosegado, castigar al indiferente, convocar al hombre al ejercicio total de su vida. Convocarle a todas voces, despertarlo, lanzarlo al camino, sobresaltarlo en la marcha, angustiarlo en su alegría, alegrarlo en su dolor. Convocarle a toda hora. Pero sin plan, sin plan alguno. "¡Nada de plan previo, que no eres edificio!" Lo grita en la prosa anunciadora de su ensayo *¡Adentro!*, que es mensaje orientador en estación española de crisis, de crisis devastadora. "No hace el plan a la vida, sino que ésta lo traza viviendo. No te empeñes en regular tu acción por tu pensamiento; deja más bien que aquélla te forme, informe, deforme y transforme éste". (*Ensayos.* T. I). Convocar sin plan para la acción, sin fijarla a ninguno de los convocados un lugar determinado en el escuadrón. Hablarles a todos en un tiempo de anhelo, mas no entrar en el razonamiento, en la definitiva programación del anhelo, no hacer de él un programa, ni un cartel, ni un partido. "Agitar es algo", dice, y se complace, juanbautísticamente, en desear: "Si merced a esa agitación viene detrás otro que haga algo duradero, en ello durará mi obra". (*Mi religión y otros ensayos*). El continuará agitando, conmoviendo, sin plan, sin programa.

Sarmiento programará siempre. No hay línea que haya salido de su pluma tumultuosa y militante donde no se trasunte, se perfile y surja animado de fuertes alientos, urgido de apresurada inquietud, el afán realizador, afán que se pone plazos, tiempos y metas, que quiere verse en el espejo inmediato de las obras. El país sin historia, el país del desierto que era la Argentina de sus días, le imponía a él, anunciador y conductor al mismo tiempo, la perentoria necesidad de trazar planes, de instruir programas, de convocar en torno a carteles, para hacer la historia que faltaba, para poblar la tierra que permanecía desierta como mar silencioso en el que naufraga la energía dormida de un país inarquitecturado. La Argentina irrealizada no consentía —y menos a Sarmiento— que la misión de agitar estuviera alejada de la función realizadora. Por eso, Sarmiento agita y programa, conmueve y realiza. Los

dos términos de la empresa no dejan de acompañarse. Cada agitación suya es la formación de un programa. Cada programa suyo es la piedra de toque de una agitación. Sus carteles inauguran polémicas y proponen planes. El ofrece pan, levadura y fermento.

Su misión pedagógica receta métodos —y se le va mucha de su vida en la misión pedagógica—, pero él nunca los tuvo en sus libres y personales universidades, ni jamás los tendrá, y no por lo que se llama falta de voluntad para hacerse de ellos, sino porque su estremecimiento, su pasión, su desvelo, su impetuosidad los supera a todos. Su guardia no tiene horarios. Siempre está de guardia. Al país que le urgía un programa —o muchos—, le urgía por igual un método, el de su organización, el del recuento de sus inéditas posibilidades, el de la población de su inmenso territorio, el de la alfabetización de su multitud. A la política le faltaba un método para que pusiera en escena un ritmo seguro, regulador, a cambio del sobresalto conspirador. Al hombre argentino le urgía por igual un método para asociarse a los procesos nuevos de la sociedad argentina como agente de actividad realizadora y potencia de creación. A la soledad que comenzaba donde morían los muros de la ciudad y aun se internaba, como en propicio laberinto, en la ciudad misma, debía también vencerla un método. Para todos esos sectores del inmenso problema argentino que a su conciencia asciende no precisamente como problemas mismos, sino como programas de realización, el sanjuanino contradictorio y evangelizador propone y dispone métodos, pero él no acertará a incorporarse, definitivamente, ninguno. Cuando aquellos problemas del país y del hombre argentinos llegan a él para grabarse profundamente en las placas íntimas de su espíritu hecho de violentas realidades y violentos sueños, nunca encontrará a la pasión dormida. La pasión de Sarmiento siempre vela su guardia, y todo lo que se le acerque sabrá de su violenta marca, de su estruendosa profesión de contradictoria fe, que por ser contradictoria —ya lo sabemos— es fe verdadera. Para proponer métodos actúa en él no el propio método, sino la pasión, pasión entera, sin clasificaciones posibles, sin fronteras y sin pausas. "No

quiero más método que el de la pasión", escribirá a principios de siglo en su ensayo *Sobre la europeización* don Miguel de Unamuno, palabras que pudo haber escrito, con sus letras plenas, Domingo Faustino Sarmiento en el siglo anterior, acompañándolas de estas otras del vasco que extraigo del mismo ensayo: "La pasión afirma, y la prueba de su afirmación estriba en la fuerza con que es afirmada". (*Ensayos* T. VI). No necesita otras pruebas, ni necesita de razones ni de métodos. Unamuno lleva su adversión por los métodos hacia todas las consecuencias. No los admite para sí, ni los receta a nadie. Sarmiento los receta a todos y no consigue conciliarse con ninguno. Jamás escribió un libro sobre un plan precisado de antemano, y lo mismo podemos pensar de sus discursos. Los libros se le fueron formando en el curso de los trabajos y los días, sin plan organizador, sin método. Lo que ocurría con sus programas políticos. Es la obstinada pasión quien se los dicta, quien se los manda, que sólo de ella atiende voces exigentes y ordenadoras su natural instinto. Pasión que lo lleva y lo trae, que todos los días le provee de cabalgadura nueva y lo lanza al camino con el primer aire del amanecer. Pasión de Sarmiento. ¿Y por qué no corazonada de Sarmiento? Con qué gusto hubiera escrito Unamuno esta palabra nuestra, argentina por todos sus lados. Corazonada es el vuelco de todos los sentimientos indisciplinados sin la espera que impone el cálculo para concebirse, con la prisa que piden las emociones para mostrarse. Corazonada es manera de liberar al corazón. Y Sarmiento liberaba a su corazón cada mañana. Y le subían espontáneamente sus júbilos de carne y hueso, sus ambiciones de tal, sus torrentes de sueños y sus tempestades de rabia. Corazonadas de Sarmiento.

Con haber pregonado siempre ideas, nunca se asimiló Sarmiento, definitivamente, a ellas. Ellas le fueron sus obedientes servidoras. Ellas se le comportaron como tropa de guerrilla que se la lleva a la escaramuza y muere por su capitán, tropa que se la alimenta, se la viste, se la equipa, se la adiestra, se la saca a combate, se la hace avanzar entre callejones de lanzas y fuegos adversarios, y se la sacrifica, acaso, en la conciencia de una necesidad táctica,

y al final del combate se la ve reunir en torno del capitán para que éste haga recuento y advierta las posibilidades que van restando, y tal vez el capitán entre en entendimiento de que abandonar a su tropa es manera de quedarse con una posibilidad. Así las ideas de Sarmiento. Como tropa que ha encendido muchos vivaques y que una noche cualquiera, en la soledad de los caminos del desierto, queda perdida, porque su capitán ya anda haciendo marchas apresuradas en el alba. Sarmiento alimenta y equipa ideas. Las saca a la lucha de las prensas entre zonas de polémica que fueron siempre las de su tránsito. Las lanza con una energía que podría estar hecha de desesperación si no fuera que es energía americana con una raíz primitiva —él le llamó barbarie— que ni aun batiéndose por la bandera de la civilización europea alcanza a ser desmentida. La tropa se mueve a sus órdenes gritadas, a su capricho de poderoso de la energía. Y no le evitará jamás la aventura y el riesgo. Querrá que ellas se midan, se pierdan, se recobren, se sangren. Que es misión de tropa esa de sangrarse en lucha y no oxidar aceros. Las ideas de Sarmiento sitian y asaltan plazas, salen al llano agitando banderolas y siempre son las caras de una pasión belicosa, de la que no se sabe que se haya recogido a sueño tranquilo, porque sus sueños fueron vigilias impacientes de campamento, de una pasión que tendrá del capitán montonero la seguridad dominadora que le gana la servidumbre de sus hombres, pasión hecha de violencias, de estruendos, de paisanadas.

Las ideas van quedando subordinadas —suerte de la tropa— a esa pasión. La pasión es caudillo. Las ideas, soldados. Pueden éstas dejar su cuerpo en la pelea, pero la pasión del caudillo sobrevivirá a todo riesgo y muerte. Cambiará de tropa y seguirá peleando. Y eso ha ocurrido en Sarmiento. No pocas veces cambió de tropa, mudó de ideas, porque la tropa y la idea eran lo secundario en él. Lo primero, la pasión. Acaso todo su trayecto se resuma en esto: pasión que sobrevive a la muerte de las ideas. Cuando se enfrenta jubiloso y asombrado a la experiencia norteamericana, hace abandono —relevo— de sus antiguas aspiraciones europeistas. Al advertir que la inmigración

puede limar los relieves de la nacionalidad se vuelve contra ella después de haber sido la suya la voz que con más insistencia la llamara. Tropa abandonada. Andanza de las ideas. La pasión, rectora, constante, sobreviviente. Sarmiento no era en primer término aquella u otra idea. "Que las ideas no me tienen a mí", pudo haber escrito, como escribió Unamuno en *Cómo se hace una novela.* El, como Unamuno, las tiene a ellas. Como Unamuno, es la pasión. O la corazonada. "De las tiranías todas, la más odiosa me es, amigo Maeztu— dice el español con las fechas de 900— la de las ideas". "Aborrezco todas las etiquetas; pero si alguna me habría de ser más llevadera es la de *ideoclasta,* rompeideas. ¿Que cómo quiero romperlas? Como las botas, haciéndolas mías y usándolas". *(Ensayo.* T. I.). Y es lo que hace Sarmiento: se calza las ideas, las usa, las deja, vuelve a calzar otras, a usarlas, y constantemente tiene ideas —en plural— en uso, rompiéndolas, haciéndolas jornada, apremiante realidad, impaciente realización.

El político Sarmiento quisiera un partido de *sarmientistas,* tropa miliciana que hiciera sus trayectos violentos y clamorosos detrás de sus pasos igualmente clamorosos y violentos, pasos fuertes que despierten a los que se entregaron al sueño en horas de vigilia, pasos apresurados y resonantes que quieren ser saludados por las guardias que velan impacientes los puestos durante la noche de las alarmas y la mañana que promete el encuentro. Milicia de partidarios que le grite a sus oídos ensordecidos por los gritos que le vienen de adentro, ese *¡Viva Sarmiento!* que él quisiera grito unánime, consigna argentina. Deseo de gran ambicioso. Ambición poderosa de Sarmiento. Le están agitando banderas en su mundo interior sus ambiciones. Y le hacen estremecer su corazón de eterno anhelante, de protagonista de la impaciencia, y se lo hacen estremecer como si una multitud en la plenitud de sus rumores preparara en sus voces ciegas ese grito de *¡Viva Sarmiento!* El necesita ser vivado, y que los ecos de los gritos de sus partidarios vayan a hacerse eco numeroso en sus paredes

íntimas, que esas voces de pueblo convocado se hagan tejido en la urdimbre oscilante de sus sueños. Sarmiento necesita de sarmientistas. ¿Caudillo Sarmiento? Sí. No ha finalizado en su país el ciclo del caudillaje ni tendría por qué haber finalizado. El caudillo es el primer rostro de una sociedad que pone pasión, coraje, entereza y vida, que todo lo pone en el debate de sus cuestiones, en el planteo de su destino. Acaudillar es ejercicio de vida. Vivar al caudillo es igualmente ejercitar la vida. El caudillo y el acaudillado es un gastador de vida, el que pone la suya en toda circunstancia de su condición de jefe y de partidario. Y Sarmiento se iba al exceso en eso de gastar su vida. ¿No se excederá acaso en la ambición de que sus partidarios se la gastaran con él? Formar con ellos una milicia de marchas ininterrumpidas, de voces conjuntas que compusieran el insistente vítor de su nombre, que con él se acercaran al riesgo y ante sus puertas peligrosas alardearán ofrecimiento de vida, desafío de muerte. Y reemprender todos los días las labores —las marchas— entre estruendo de herramientas y órdenes. Y llenar el país con el grito numeroso de sus sarmientistas: *¡Viva Sarmiento!* Que en torno a él, a su nombre escrito en las banderolas, voceado por la multitud, se personalizaran ideales, que los ideales quedaran siempre rubricados por su persona, nunca distante de su carne y de sus huesos, de su pasión, porque él los sentía con la integridad de su vida y aun se excedía en ese sentimiento. Excederse es su impensado plan, su indisciplinado método, su urgencia de hombre de cuantiosa energía y vista larga, de corazón apresurado y constante anhelar. Y se excedía en dar vida de su vida a sus ideales, en llenarlos de ella, en ponerles en cada uno de ellos mucho de su carne temblorosa y anhelante. ¿Personalista Sarmiento? Personalista también. Cómo no serlo si la vida, lo personal, le cubría todo y todo lo que de él parte —su prosa, su discurso, su actitud— lleva el signo de esa vida, su vida abundante y copiosa. De sus partidarios había reclamado mayor adhesión a su persona que a sus ideas. A las ideas él las trataba, él les daba oportunidad y destino. Sus partidarios sólo debían tratarlo a él, Sarmiento, no a sus ideas. En su ambición se

precisan dos planos. Los que le siguen, le siguen a él. El sigue —o las cabalga— a las ideas. De algunas de ellas —ya lo sabemos— se desprende en la marcha para hacer lugar a otras nuevas, pero nunca deseará mudar el contingente de sus militones de partido, porque la adhesión de ellos es cosa que estima intransferible. "Interésanme más las personas que sus doctrinas", dirá Unamuno. (*Ensayos*. T. I.). A los hombres les exigirá Sarmiento fiar más en él, hombre, que en su programa, que en sus ideas. Su hombre no varía sus esencias. El programa desaparece para ser reemplazado por otro tantas veces como la estrategia política o la activa contradicción —verbo sarmientino— lo dispone. "Un hombre es, con muy pequeñas variaciones —escribe Unamuno para explicar el personalismo, el *fulanismo*— siempre el mismo, y una misma idea no es siempre la misma". Y esto otro: "Y una idea no tiene valor sino en un espíritu, con sus raíces en él, íntimamente enlazadas con otras, sin límite preciso que de ella le distingan, formando parte de un todo orgánico". (*Ensayos*. T. IV). Primero, el hombre, el caudillo, Sarmiento. Después el programa y las ideas.

El *hombre de carne y hueso* desespera de inmortalidad. Por serle la vida un ejercicio total la quiere vida "no acabadera". Su carne, su hueso, su corazón y su cabeza riñen en conjunto al destino del hombre mortal que olvida y es olvidado, le riñen con esperanzas y en la desesperación. Desesperar es verbo diario en Unamuno que se llega a advertir que la palabra *desesperación* es española. "¿Es que la desesperación es algo genuinamente español? En cierto modo creo que sí. No es la desesperación de un Pascal, un René, un Obermann, un Thompson, un Leopardi, un Vigny, un Lenau, un Kleit, un Quental, un Kierkegaard. ., es algo de esto, sí, pero es sobre todo una forma española de desesperación a base de esperanza. Es una esperanza desesperada. . ." (*Ensayos*. T. VII). Es la desesperanza española de Unamuno. Desesperar por sobrevivir. Desesperar en hambre de inmortalidad. Que es desesperar, humanamente, con carne y huesos y corazón

y cabeza, en la pista de Dios. Busca Unamuno a Dios, eternizarse con él, llevar a Dios en sí —"¡ser siempre! ¡ser Dios!" es su grito (*Del sentimiento trágico de la vida*)—, y antes de encontrarlo, de hacerlo suyo y de hacerse él de Dios, ya le reñirá, antes de alcanzarlo, le pedirá cuentas, antes de mirarse en sus ojos le discutirá. Si no tuviera que buscarle, hubiera renunciado a él. Porque, primero, y siempre, es el anhelo. La inmediación de Dios le hubiera desarmado, dejándolo sin grito. Mientras tanto la vida le es, como al portugués Teixeira de Pascoes, "un grito que Dios oye". ¿Qué Dios oye? La certidumbre con respecto a él le hubiera dejado sin esa angustia en que se nutre y en la que vive su unamunesca empresa, su unamunismo, su aventura en la búsqueda y en la riña, el itinerario de su desesperación, que ésta es mayor, más carnal, más española y suya no cuando la fe desespera en dudas, sino cuando la fe entrevé o presiente la proximidad de la fe realizada. El riesgo de su fe no es su fracaso; ese riesgo es su realización. Si la fe fracasa, sobrevive, es otra vez fe, es acaso más fe todavía; y si la fe se realiza, la fe muere. Unamuno sabe que él le sacará vida a la fe que no se confirma, que desespera. Lo que no podrá ocurrir con la fe realizada, que nunca será suya, porque suya es el ansia, no la meta. Su desesperación se alimenta en desesperaciones nuevas. Por eso, se queda siempre en el partido del deseo, del deseo sin posibilidad de satisfacciones, del deseo cierto que se hace de incertidumbres. Si Unamuno hallara a Dios, se transformaría inmediatamente en su angel opositor. Si diera con él, le echaría al rostro su desafío:

—¿Usted es Dios? ¿O se sueña Dios? ¿O alguién lo está soñando?

Porque él había admitido —fué en *Niebla*— la posibilidad de que nosotros fuéramos, en definitiva, un sueño de Dios. ¿Cómo no suponerlo a Dios un sueño nuestro? Soñar es manera de desesperar, puesto que esta desesperación española es inicialmente esperanza, está elaborada por ésta, por ésta está conjugada. Somos sueño. El sueño del *hombre de carne y hueso* es su existencia verdadera. Somos, en verdad, el que nos soñamos. El que nos soñamos "es el real de verdad. Y por el que hayamos querido

ser, no por el que hayamos sido, nos salvaremos o perderemos" (en el prólogo de *Tres novelas ejemplares y un Prólogo*). Somos nuestro sueño más que nuestra realidad. "El sueño es el que es vida, realidad, creación" (en el mismo prólogo). Pero, acaso, más exactamente, somos en el laberinto de realidad y sueño esa contradictoria, vacilante, casi siempre derrotada medida estremecida —en carne y alma— entre el sueño y la realidad. Lo somos en nuestra vigilia, en nuestra pasión, anhelo, disconformismo, desesperación, esperanza. Lo somos en la angustia de no hallar certidumbre y seguridad algunas a la urgencia de sobrevivir. Es el caso de Unamuno. Lo somos en la urgencia de dar todo a la angustia de todo hacer. Es el caso de Sarmiento. Unamuno se desvela —se sueña— en el afán de sobrevivir. Sarmiento se sueña —se desvela— en el afán de realizar. Aquel se quema en la angustia metafísica; éste se agita en la jornada del creador. Y el creador Sarmiento es el cronista de su propia jornada creadora. Escribe, escribe. Pocos hechos de su tiempo quedan sin registrar en su prosa de alboroto y de proclama, tan alborotada y pregonera como la de Unamuno, y es que los dos se daban íntegros con todas sus sinceridades, con sus contradicciones en las palabras que escribieron, y nunca dejaron de escribir el dolor que los arañaba, la angustia que los ceñía, el júbilo del dolor y de la angustia. Unamuno ambiciona escribir para perdurar en la palabra escrita. En ese libro de delirio místico que es *Cómo se hace una novela,* recuerda a Tucídides "el que nos dejó *¡para siempre!* la historia de la guerra del Peloponeso". "Hay que escribir —dice en una página de *La Ciudad de Henoc,* sus páginas últimas— no para salir del paso sino para entrar en la queda". Y aquí, otra vez, el recuerdo de Tucídides: "Cabe escribir periódicamente, el periodista —analista o diarista, según el período— *para siempre* como dijo Tucícides, que escribía su Historia de la guerra del Peloponeso. *¡Para siempre!*".

En ese afán sarmientino de escribirlo todo ¿no hay, acaso, un reclamo de eternidad? Para cada paso que da, quiere crónica. Y él se transforma en el seguro cronista de todos sus pasos. Porque quería grabar su imagen —su

presente, su temporalidad— pensándose ciudadano del recuerdo, eco perdurable; es decir, inmortal. Esa prisa de cronista del propio hecho no se explica de otro modo. Escribiendo, Sarmiento, se piensa una nueva existencia al cabo de esa suya de la diaria jornada cumplida entre fuegos de batalla. Escribiendo se sabe sobrevivir. Haciendo crónica de su vida temporal se va ganando otra vida. Escribiendo desesperaba con esperanza. O escondía en pozo ciego a su desesperación. Sí, en verdad, la escondía. Y se encargará de decírnoslo. Suyas, enteramente suyas, son estas palabras en un comentario al transformismo y de adhesión a Darwin: "Necesito reposar sobre un principio armonioso y bello a la vez, a fin de acallar la duda, que es el tormento de mi alma". A fin de acallar la duda, tormento del alma. La duda, esa duda, completa al *hombre de carne y hueso* de Unamuno.

Pero a la duda aquel que de muchacho ha dormido durante las noches de un año en un cementerio de San Luis, acompañando a José de Oro, la oculta en pozo ciego. Y en la superficie queda su afán de hacer, que es, en alguna manera, el rostro de la inquietud y el afán de sobrevivir. Sobre el pozo ciego se incorpora el político, el realizador. La política y su jornada. "Existen desdichados —escribe Unamuno en *Cómo se hace una novela*— que me aconsejan dejar la política. Lo que ellos con un gesto de fingido desdén, que no es más que miedo, miedo de eunucos o de impotentes o de muertos, llaman política y me aseguran que debería consagrarme a mis cátedras, a mis estudios, a mis novelas, a mis poemas, a mi vida. No quieren saber que mis cátedras, mis estudios, mis poemas son política". Política en Sarmiento. El político Sarmiento, anhelante de poder, inquieto de realización, cubre la escena. Se agita, se violenta, grita, escribe, pelea. Y mira hacia el futuro. Alguna vez se le ríen en el Senado ante la audacia utópica de un proyecto suyo. Y es entonces cuando pronuncia palabras como estas: "Que en la versión consten esas risas, para que sepa la posteridad con quiénes tenía que vérselas Sarmiento". Desde el pozo ciego, asoma el afán sarmientino de inmortalidad. . .

PERFIL DE SARMIENTO

Por *Pedro HENRÍQUEZ UREÑA*

GENUINO representante de nuestro romanticismo fué Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). Tenía el ímpetu romántico pleno, la energía de la imaginación y el apasionado torrente de palabras, junto con vivaz percepción de los hechos y rápido fluir de pensamiento. Con todos esos dones, no se resignaba a quedarse en mero escritor; sólo pensaba en servir, a su patria argentina, a Chile, a toda la América española. Educar fué pasión suya, la más temprana, educarse a sí mismo y educar al pueblo. En la infancia y la adolescencia trató de adquirir conocimientos, luchando contra la pobreza de su familia venida a menos, en su anticuada provincia montañosa de San Juan, y logró darse el tipo de educación que necesitaba, según sus propósitos. Tuvo que estudiar latín, que le interesó poco pero le dió, dice, un instrumento valioso para la adquisición del francés y del inglés; leyó todo lo que pudo encontrar de filosofía, de historia, de doctrinas políticas, de pedagogía; como no podía dejar de leer cuanto cayera en su manos, se leyó además la Biblia y muchos libros de religión. Cuando apenas contaba catorce años, sabía matemáticas suficientes para aprender el arte de la agrimensura ayudando al ingeniero francés Barreau. Como hombre del siglo XIX, tuvo la veneración de las ciencias de la naturaleza, aunque no fué mucho lo que de ellas pudo aprender en las tierras donde vivió hasta terminar la adolescencia. A los quince años empezó a en-

* Este perfil de Sarmiento forma parte de las conferencias que dí en la Universidad de Harvard, en la cátedra "Charles Eliot Norton", durante el año académico 1940-1941, publicadas ahora bajo el título de *Literary currents in Hispanic America.* Por primera vez aparece este perfil en castellano.

señar, adoctrinando a gentes campesinas, junto a su tío el sacerdote José de Oro, a quien ayudó a construir una escuela y a reconstruir una iglesia herida por el rayo. No fué precoz en su vocación literaria. Después de muchos cambios de lugar y de trabajo, comenzó a escribir a los veinte y ocho años,[1] y sus motivos fueron políticos: fundó su primer periódico, *El Zonda*, en San Juan, para combatir por la libertad y el progreso. Naturalmente, tuvo que salir desterrado, y se estableció en Chile. Allí trajo la atención de Manuel Montt (1809-1880), estadista de larga mirada, a quien no le puso temor la idea de encomendar a este maestro autodidacto la organización de la primera escuela normal de la América española (1842). Para entonces ya escribía en los periódicos principales de Chile y tomaba parte en la querella de clasicistas y románticos. Y aquel año fundó, además, el primer diario de Santiago, con el característico nombre de *El Progreso*. De ahí en adelante, y durante toda su vida, tuvo siempre entre manos dos o tres o más tareas a la vez. En 1845 emprendió el estudio sistamático del despotismo en la Argentina, escogiendo como asunto la vida de Aldao, el fraile convertido en jefe militar, e inmediatamente después publicó *Facundo*, vida del feroz caudillo de la Rioja —por ello recibió de Alberdi, en momentos de irritación, el mote de "Plutarco de los bandidos". La biografía de Facundo Quiroga iba precedida por una descripción de la Argentina, especie de ensayo de geografía humana donde trató de discernir las causas de la enfermedad social del país, la tiranía engendrada por la anarquía; al final del libro iba el estudio de la situación política: allí demostraba que era inevitable la caída de Rosas y de todo el sistema del caudillaje, al cual

[1] A diferencia de la mayoría de nuestros escritores, Sarmiento nunca publicó versos. Se sabe que los escribió y en 1838 envió una muestra de ellos, en demanda de consejo, a su contemporáneo Juan Bautista Alberdi (1810-1884), que sólo le llevaba un año de edad pero que disfrutaba las ventajas de residir en Buenos Aires y haber comenzado a hacerse de nombre en las letras. No conocemos la respuesta de Alberdi; debió de serle desfavorable, porque no parece que Sarmiento haya escrito más versos, y hasta manifestó en ocasiones desdén platónico hacia ellos, incitando así a Bartolomé Mitre (1821-1906) a escribir su defensa de la poesía (1858).

sucedería la reconstrucción orgánica. Era una profecía sorprendente; se cumplió pocos años después. Este libro poderoso es la obra maestra de su tiempo en América. Ha sido la obsesión de muchos lectores cuya preocupación esencial es el problema de las causas y los remedios de los males que ha padecido y padece la América española.

Tres años (1845-1848) en Europa y en los Estados Unidos, estudiando las nuevas orientaciones de la enseñanza, dieron como fruto dos nuevos libros, *De la educación popular* (1849) y *Viajes* (1849).[2] Como respuesta a las absurdos ataques que le dirigían los partidarios de los caudillos, Sarmiento había escrito en 1843 un folleto, *Mi defensa;* al regresar a Chile lo desarrolló y lo convirtió en *Recuerdos de provincia* (1850), libro que contiene su autobiografía junto con descripciones, ya vigorosas, ya pintorescas, ya delicadas, de la vida común en su tierra natal, y espléndidos retratos como el de Domingo de Oro.

A fines de 1851, Sarmiento se une al ejército de Urquiza, que marcha desde Entre Ríos para luchar contra Rosas en Buenos Aires, y asume el papel de boletinero oficial de la campaña; estuvo presente en la batalla de Caseros (3 de febrero de 1852), donde quedó finalmente derrotado el dictador, y narró sus experiencias en un libro muy original, *Campaña del Ejército Grande* (1852). Se había alcanzado la meta, al parecer. Pero Sarmiento se separó de Urquiza, en quien hallaba todavía demasiados rasgos de caudillo, y regresó a Chile. Al fin volvió a Buenos Aires (1855), para comenzar su larga carrera de constructor de la nación, el más grande que en su especie ha conocido América. Su carrera abarcó muchas campañas en la prensa y en el Congreso, dos años de gobierno en San Juan (1862-1864), tres como ministro en los Estados Unidos (1866-1868), seis como presidente de la

[2] Cuando Sarmiento emprendió su viaje a Europa y los Estados Unidos, uno de sus propósitos era descubrir, estudiando la situación de España, las causas de las enfermedades políticas y culturales de la Argentina (censuraba acremente los errores de España, pero fué siempre muy español en el fondo, como observó Unamuno), y, estudiando el desarrollo de los Estados Unidos, el método para hacer triunfar la democracia. Mantuvo siempre su fe política, pero no cerraba los ojos ante hechos sociales que impiden la perfección del sistema democrático,

República (1868-1874). El prodigioso catálogo de sus hazañas comprende centenares de escuelas y bibliotecas, observatorios astronómicos, jardines botánicos y zoológicos, parques, carreteras, ferrocarriles, barcos, líneas telegráficas, inmigración, hasta nuevas ciudades. Tuvo parte en toda contienda cuyos motivos fueran la libertad y la justicia, y, sobre todas cosas la regeneración del pueblo mediante la educación. La guerra de tres países —Brasil, Uruguay, Argentina— contra el Paraguay llegó a su término mientras él gobernaba, y a su gobierno se le pidió que formulara sus demandas territoriales; la inmortal respuesta la dió su ministro de Relaciones Exteriores, Mariano Varela: "La victoria no da derechos".

Sarmiento vivió pluma en mano, y escribió tanto después de regresar del destierro como antes: artículos de periódico, discursos, mensajes e informes oficiales, libros de texto, vidas de hombres que le interesaron (Lincoln, o el naturalista Muñiz, o su propio hijo, Dominguito, que murió en la guerra del Paraguay mientras él se hallaba en los Estados Unidos); finalmente emprendió una vasta obra sociológica que nunca terminó. *Conflicto y armonías de las razas de América* (1883).

A su propio período inicial pertenecen sus tres libros mejores, *Facundo, Recuerdos de provincia, Viajes*. Están sólidamente construídos; los escribió de prisa, pero concibió su estructura íntegra y armoniosa desde el principio. Hechos y teorías, en ellos, marchan de la mano. Todo hecho que observa —y observa mucho— está siempre, implícita o explícitamente, en relación con un amplio y coherente sistema de ideas. Todo lo que atrae su atención lo espolea a pensar. Pero su mirada no es sólo intelectual; es también imaginativa. Tiene el don descriptivo: su pintura de Río de Janeiro en diez líneas es un ejemplo clásico. No menos clásica es su pintura de las pampas de la Argentina en las primeras páginas del *Facundo*, después de la Introducción; culmina en aquel momento en que la mesnada de gauchos "vuelve maquinalmente la vista hacia el sur, al más ligero susurro del viento que agita las yerbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje [de indios] que puede de un momento a otro sorprenderla desaper-

cibida; si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo oscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algún caballo que está inmediato al fogón, para observar si están inmóviles y negligentemente echadas hacia atrás; entonces continúa la conversación interrumpida. . ." Cuando escribió estas páginas excitantes, Sarmiento conocía la pampa sólo de oídas.

A veces su pensamiento mismo se encarnaba en imágenes: así, el doctor Francia, el tirano del Paraguay "muerto de la quieta fatiga de estar inmóvil pisando un pueblo sumiso"; o el viajero ignorante que nada entiende de las modernas maravillas de invención técnica que se le muestran: "el Anacarsis no viene con su ojo de escita a contemplar las maravillas del arte sino a riesgo de injuriar la estatua con sólo mirarla"; o nuestras tradiciones latinas, resumidas en una frase: "pertenecemos al Imperio Romano"; o los hábitos de los gauchos, a quienes describe viviendo en una edad de cuero, porque el cuero les servía no sólo para calzado, sombreros, trajes, camas, sillas, mesas y alfombras, sino también para techar casas y para construir botes.

Tuvo extraña maestría de lenguaje. Hubo muchas leyendas sobre él mientras vivió, y una de ellas le ha sobrevivido: la de su estilo descuidado. Como inició su carrera literaria cuando era nuevo el romanticismo y las opiniones en literatura estaban gobernadas todavía, a sabiendas o no, por las doctrinas clasicistas, se le condenó en nombre del siglo XVIII. Transcurridos cien años, sus escritos nos lo revelan como maestro. Es desigual, sin duda. Como hombre público y como periodista escribió muchas páginas que esperó vivieran más de un día; pero las hemos recogido toda. Es apresurado, como hombre que escribía para la publicación inmediata; apresurado, además, porque las ideas se le agolpaban con impulso tumultuoso y en ocasiones se olvidaba de enlazarlas adecuadamente: es a menudo elíptico. "El estilo cuidadoso —decía en 1842— sólo puede existir como flor de una civilización completa y bien desarrollada". Pero nunca fué descuidado a la manera de los mediocres, y nunca escribió jerga periodística,

ni siquiera en sus artículos de periódico sin firma. Su estilo tenía vigor de raza y podía alzarse hasta la brillantez sin esfuerzo. Acertaba muchas veces con la palabra justa, que podía ser un solo adverbio, como cuando habla del "camino que sólo conduce a la riqueza". Se le acusó de caer en el galicismo, plaga que infectó el idioma castellano durante los siglos XVIII y XIX; la verdad, sólo hizo uso de unas pocas palabras de origen francés, y ésas las empleó, por lo común, deliberadamente: creía que el empobrecido español de sus tiempos necesitaba enriquecerse. Al contrario: su lenguaje era ricamente idiomático, cualidad que heredó del habla tradicional de su provincia nativa, libre entonces, como ahora, de los vientos internacionales que soplan sobre Buenos Aires. "Mi español —decía— es algo colonial".

Los libros que escribió después de su regreso a la Argentina en 1855 no igualan, como literatura, a los que escribió antes: estaba entonces más urgido que nunca por la desconcertante multiplicidad de sus actividades; además, ahora era constructor, que se exprimía en "la labor del minuto" para alcanzar "el prodigio del año", y no ya el combatiente crítico cuyos ojos tratan de escudriñar bajo las apariencias para penetrar hasta el corazón de la realidad social.[3] Pero todavía escribió páginas magníficas, co-

---

[3] La obra de mayor amplitud que emprendió Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas en América* (publicada en 1883), la concibió como desarrollo de las ideas contenidas en *Facundo*. Pero resultó cosa distinta. Cuando él escribió *Facundo* percibió claramente y describió las influencias de la geografía y la historia en la vida social y política de la Argentina: hechos como la vastedad del territorio y la escasez de la población, o la muchedumbre de vacas y caballos que hacían gratuitos el comer y el viajar. Después, en el libro nuevo, quiso explicar la historia de la América hispánica desde el punto de vista de la raza. Pero la raza no explica nada. Y el método que adoptó se le convirtió en carga onerosa: leyó obras recientes sobre sociología y etnología, citó autoridades, reunió documentos de la época colonial. Se ve que el esfuerzo lo fatigó: el libro no se terminó nunca, y aun en la porción que dió a la imprenta el plan no se discierne con claridad. En suma: tuvo éxito en *Facundo* porque fundó sus interpretaciones en la cultura, según se entiende ahora el vocablo en etnología y sociología; fracasó en la obra posterior porque quiso fundarlas en la raza.

mo el discurso sobre la bandera, al inaugurarse la estatua de Belgrano.

Poco antes de su muerte, Sarmiento resumió su autobiografía en pocas palabras, apropiada conclusión de semejante vida: "Partiendo de la falda de los Andes nevados, he recorrido la tierra y remontado todas las pequeñas eminencias de mi patria. No se describirá con menos frases vida más larga. He vivido en todas partes de la vida íntima de mis huéspedes y no como viajero. Dejo tras de mí un rastro duradero en la educación y columnas miliarias en los edificios de escuelas, que marcarán en la América la ruta que seguí. Hice la guerra a la barbarie y a los caudillos en nombre de ideas sanas y realizables, y, llamado a ejecutar mi programa, si bien todas las promesas no fueron cumplidas, avancé sobre todo lo conocido hasta aquí en esta parte de América. He labrado, pues, como las orugas, mi tosco capullo, y, sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan. Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía, de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y en toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito alguno bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé y no deseé mejor [4] que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas

---

[4] Aquí se advierte la prisa que llevaba a Sarmiento a saltarse los nexos entre las ideas (esta autobiografía la escribió de un tirón en el álbum de una joven paraguaya): para el encadenamiento normal de los conceptos faltan palabras. El pasaje debería decir: "la que me vendrá en política es la que yo esperé, y no deseé ninguna mejor que. . .".

el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé sólo a hurtadillas".[5]

---

[5] Muchos libros se han escrito sobre Sarmiento. Los principales son los de José Bernardo Suárez (1863), José María Zuviría (1889), Manuel Antonio Ponce (1890), José Guillermo Guerra (1893), Augusto Belín Sarmiento (1905), Leopoldo Lugones (1911), Enrique Richard Lavalle (1911), Carlos Octavio Bunge (1926), Armando Donoso (1927), Alberto Palcos (1929), Aníbal Ponce (1932), Porfirio Fariña Núñez (1934), Bernardo González Arrili (1938), Juan Rómulo Fernández (1938), Emeterio S. Santovenia (1940), Madaline Wallis Nichols (en inglés, 1940). Está próximo a darse a las prensas uno de Ricardo Rojas. El reciente de Manuel Gálvez (1945) es falso como historia y burdo como literatura. Hay artículos y discursos importantes, y referencias extensas en libros, de Charles de Mazade (en francés, *Revue des Deux Mondes,* noviembre de 1846), Juan Bautista Alberdi, Nicolás Avellaneda, Aristóbulo del Valle, Carlos Pellegrini, Diego Barros Arana, Lucio Victorio Mansilla, Santiago Estrada, Pedro Goyena, Miguel Cané, Martín García Mérou, Paul Groussac, Joaquín V. González, David Peña, Ernesto Quesada, Agustín Alvarez, José Ingenieros, Raúl A. Orgaz, Rafael Alberto Arrieta, Octavio R. Amadeo, Gabriela Mistral, Eduardo Mallea, Miguel de Unamuno, Percy Alvin Martin (en inglés) y Mrs. Horace Mann (en inglés, prólogo a su traducción del *Facundo*, 1868). Poco se ha escrito sobre Sarmiento desde el punto de vista exclusivamente literario: cf. Carlos María Onetti, *Cuatro clases sobre Sarmiento, escritor,* Tucumán, 1939; Roberto Fernando Giusi, *Sarmiento, escritor,* en la revista *Cursos y Conferencias,* del Colegio Libre de Estudios Superiores, de Buenos Aires, octubre-noviembre de 1938; Juan Pablo Echagüe, *Sarmiento, crítico teatral,* Buenos Aires, 1925; Marcel Bataillon, discurso en la Sorbona, 1938.

LA INMORTALIDAD DE "FACUNDO"

Por *Ezequiel* MARTINEZ ESTRADA

De toda la producción doctrinaria del siglo XIX, tres obras argentinas conservan aún su lozanía y actualidad: *Dogma Socialista,* de Echeverría; *Facundo,* de Sarmiento, y *Bases,* de Alberdi. Por el proceso mecánico de los acontecimientos readquieren un relieve que habían perdido, pues durante los casi cien años de vida institucional siguientes se olvidó que los problemas allí planteados se referían al contenido mismo de la nacionalidad y no a las formas y estructuras teóricas del gobierno. Hasta pudo suponerse, en el resurgimiento económico del país, que aquellas exposiciones profundas o radiografías del esqueleto se refirieran a un estado de cosas superado, a un desarreglo circunstancial que la creación de órganos de regulación institucional habían corregido. Todavía muchos leen el *Facundo* sin miedo, como cuento pintoresco.

Si esas instituciones funcionaban como artefactos ortopédicos, si se violaban sus disposiciones en casos que aparentemente no amenazaban la estabilidad de la organización legal y política, por transgresiones que se atribuían a la inevitable imperfección de los hombres, suponíase que no pasaran de ser desajustes susceptibles de rectificarse y corregirse pronto. Todavía no lo hemos hecho, y no sé si alguien piensa ya que la descomposición de los Estados es un proceso molecular. Socavaban esa construcción elaborada sabiamente, los interiores parásitos del fraude; la construcción llegó a ser una obra magnífica viciada por el dolo convertido en régimen legalizado por la cotidiana transgresión a la ley. El funcionario compuso una legislación complicada de transgresiones que justamente la ley vino a servir.

Esa imperceptible cava profunda del suelo en que se asentaban las instituciones republicanas y democráticas no eran anomalías circunstanciales, desajustes del funcionamiento, sino el trabajo unánime y perseverante de un modo de ser determinado por los orígenes, un pasado no saneado en sus raigambres, el retorno del antiguo régimen, que en nuestra historia era la restauración de la Colonia y de la Corona republicanas. Por Colonia debemos entender el régimen de vida tanto como el sistema de gobierno finiquitado teóricamente por la Revolución de 1810. Era un mal del raigón.

La contemporaneidad del *Facundo,* como asimismo de las otras obras mencionadas, nos previene de que cien años hemos vivido en la ingenua suposición de que el país progresaba moral y culturalmente en avance paralelo y sincrónico con el adelanto material. Las vacas y el trigo eran el respaldo en oro de la cultura circulante. Sarmiento señaló muy bien en otras obras, además, nuestro destino de pastores de Europa. Lo que había ocurrido era una desconexión entre la realidad de las cosas representadas por los ferrocarriles, el telégrafo, la industria, la edificación, las maquinarias agrícolas y de transporte, las tiendas y almacenes donde acumulábamos los productos de la fábrica y la manufactura internacionales como bienes propios; y por otra parte la realidad de los espíritus, la educación y la instrucción públicas, la novela, el drama y la historia funcionando en el vacío. Para sostener el desequilibrio de esa desarmonía, actuaba el Estado en calidad de giróscopo. El panorama y el elenco político y social del *Facundo* han variado, pero sus líneas fundamentales, el mapa de los accidentes étnicos, políticos, sociales y culturales sigue teniendo la misma validez terráquea del mapa geográfico que le da forma y color. No obstante, la relectura de esa obra exige ahora algún conocimiento más fino que el de los periódicos donde acostumbramos leer noticias de desfalcos, encarcelamientos o motines como material de información para los suscriptores. Eso pasa en la luna. Texto y cosas deben reducirse a un álgebra en que con los mismos signos se expresen las mismas ideas. La obra no ha envejecido porque las cosas perduran en su

calidad de signos que conservan su semántica vieja. Algunos creen que ha sobrevivido por su buena prosa, y eso es lo que ha envejecido más, pues ahora escribimos peor.

Facundo es el libro que como entonces (1845) sólo entienden los desterrados, aquellos ciudadanos que contemplan desde fuera el desfile de los mismos acontecimientos bajo apariencias distintas: el desfile de los disfraces. El que ha vivido dentro del sistema no tiene conciencia de sus dilataciones y contracciones, porque también él las ha sufrido; pero al espectador distante le es fácil penetrar el sentido de las homologías tal como en el tractor del arado ve la metamorfosis del buey. Sin embargo, dos obras no pueden entenderse sino desde dentro: *Facundo* y *Martín Fierro.* La lectura de nuestra realidad hoy es un palimpsesto donde quedan muy borrosos los signos primitivos, mas dice lo mismo con otras palabras. La doctrina que se infiere en la interpretación de sucesos y de personajes es precisamente lo que pareció superado, porque de nuevos personajes y sucesos no parecía lícito deducir las mismas consecuencias. Empero, justamente del cambio de los elementos accesorios resultaba asegurada la persistencia de la doctrina, como de la renovación de las hojas y los frutos la del árbol.

Nuestra realidad de cosas, de funciones y de fines no ha sido inventariada ni sobre ella se ha detenido nadie a meditar. Nuestra historia está inédita. Esta meditación de lo viejo en lo nuevo, de la vejez de lo contemporáneo, la debemos a los forasteros que en carácter de huéspedes nos dejaron sus puntos de vista, que atribuímos a simple olvido descortés en sus habitaciones. Los juicios de esos viajeros no coincidieron en general con la conciencia de nuestra realidad, porque esa conciencia se había formado de acuerdo con las leyes del sistema. El estado de confusión que algunos comienzan a experimentar como súbito trastorno, acusa que la realidad no averiguada, no tiene sino accidentales conexiones con la que vivimos. Nos falta una conciencia veraz, porque nos faltan una historia y una literatura veraces. Eso representa todavía el *Facundo*: historia y literatura de la conciencia veraz.

El *Facundo* pertenece, por su visión trascendental de la historia, a la historia que se vive y no se escribe; se lo ha considerado en sus valores literarios ante todo porque su sentido corresponde a la visión del desterrado, a nuestro vivir sin censo ni registro en lo que siempre hemos considerado formas inexpresivas de la realidad. En cambio es la historia lo inexpresivo y ornamental. Los capítulos de los escándalos, cohechos, peculados, malversaciones, violencias legalizadas, guerras civiles, caudillismo de frac, revoluciones, campañas contra el indio, burocracia dinástica, delincuencia, venalidad, no figuran en los textos de la buena historia. Hemos considerado como antipatriotas y negadores de la nacionalidad, a los que dirigíamos la mirada a esos territorios desglosados del Estado, la nación, el pueblo, la vida regular. Los buenos patriotas han sido, en cambio, los que aceptaron el espectáculo de las dársenas y los despachos ministeriales como la imagen, en los transatlánticos y las alfombras persas, del país. El *Facundo* fija los invariantes de la historia y tiene a este respecto la trágica perennidad de los genes típicos en las hibridaciones.

Facundo Quiroga representa para Sarmiento una faz de la vida argentina: la bárbara, fiel a su frágil teoría de que barbarie y civilización eran dos fuerzas contrarias con dos campos de acción y dos programas. "Facundo Quiroga, empero, es el tipo más ingenuo del carácter de la guerra civil de la República Argentina —dice—; es la figura más americana que la revolución representa. Facundo Quiroga enlaza y eslabona todos los elementos de desorden que hasta antes de su aparición estaban agitándose aisladamente en cada provincia; él hace de la guerra local la guerra nacional, argentina, y presenta triunfante, al fin de diez años de trabajos, de devastaciones y combates, el resultado de que sólo supo aprovecharse el que lo asesinó". Y, en seguida: "He creído explicar la revolución argentina con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular".

La identificación de historia y biografía fué un hallazgo proficuo y esa es la forma desde entonces más aproximada para enfocar los problemas de nuestra inefable realidad. Las razones de por qué resulta así no las dió el autor, y a pesar de que sigue siendo uno de los métodos de mayores promesas para el investigador, permanece intacto. Solamente Mitre lo utilizó. Cuarenta años más tarde, en "Conflicto y Armonías de las Razas de América", volverá Sarmiento al tema, esta vez despojado de su énfasis, más cercano a la solución. Facundo Quiroga —la barbarie— se disuelve en un clima y un plasma sanguíneo: España. Al caudillo le restituye su auténtica apostura de bárbaro americano; pero separa lo biográfico de lo histórico, que en su obra anterior había amalgamado, no sin alguna razón.

La tesis primitiva y la última (en su obra inconclusa) es simple y pertenece, en verdad, a Echeverría; España quedó, después de la revolución, enquistada en instituciones, costumbres, ideas, intereses, creencias, milicia, curia y burocracia. Ambos escritores, con pruebas vivas a la vista, hicieron un diagnóstico que en cien años no ha perdido validez. Sarmiento calculaba en doscientos años el tiempo necesario para borrar esos estigmas. El retrato del caudillo y la historia que personaliza contenían a la vez que esos estigmas irritados, los mejores elementos sobrevivientes de la independencia. Porque ese bárbaro que combatía contra la "civilización de las ciudades", era de los últimos abanderados de la libertad en las formas campesinas con que se proclamaba un credo que las ciudades habían traicionado. "Facundo —leemos—, expresión fiel de una manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos; Facundo, en fin, siendo lo que fué, no por un accidente de su carácter, sino por sus antecedentes inevitables y ajenos de su voluntad, es el personaje histórico más singular, más notable, que puede presentarse a la contemplación de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que el espejo en que se reflejan en dimensiones colosales las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia". El

cotejo con Rosas es igualmente sagaz: "Facundo no ha muerto; está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero y su complemento; su alma ha pasado a este otro molde más acabado, más perfecto; y lo que en él era sólo instinto, iniciación, tendencia, convirtióse en Rosas en sistema, efecto y fin; la naturaleza campestre, colonial y bárbara, cambióse en esta metamorfosis en arte, en sistema y en política regular, capaz de presentarse a la faz del mundo como el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre que ha aspirado a tomar los aires de un genio que domina los acontecimientos, los hombres y las cosas". Y agrega, sobre la necesidad de un estudio de la vida política, que todavía no se ha escrito: "Hubiérase entonces explicado el misterio de la lucha obstinada que despedaza a aquella República: hubiéranse clasificado distintamente los elementos contrarios, invencibles, que se chocan; hubiérase asignado su parte a la configuración del terreno y a los hábitos que ella engendra; su parte a las tradiciones españolas y a la conciencia nacional, íntima, plebeya, que han dejado la Inquisición y el absolutismo hispanos; su parte a la influencia de las ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte a la barbarie indígena; su parte a la civilización europea. . ."

Facundo era la barbarie, pero las ciudades eran la traición, la contrarrevolución. Moreno, enviado en misión diplomática a Europa, había sido asesinado en alta mar; Belgrano, abandonado a la caridad de extraños, Rivadavia y San Martín desterrados, el país copado por Buenos Aires y esta ciudad convertida en "cabecera de puente" de España e Inglaterra, que nos ganaban así sus derrotas. Eso era la reconquista. El dominio de España no se sostuvo por sí solamente; se sostuvo por los intereses de Inglaterra, que no dió por fallida su tentativa de 1806, sino que delegó en una administración de desorden y embrutecimiento la conquista, un poco en el sistema liberal del dominio de la India y Egipto. La revolución, frustrada desde dentro, por la reacción hispana, sirvió a los planes de una diplomacia aviesa. Rosas fué una especie de virrey de las Indias Occidentales, agente de esa compleja tutoría, con

todo el empaque de un liberador, en el mismo juego que facilita hoy la reacción antibritánica y antinorteamericana. Entre Facundo y Rosas media un abismo. Rosas resucitó la Colonia, anulando de raíz las conquistas democráticas de la Revolución e inclusive los fueros que rememoraban, desfigurados, los cabildos —esto lo explica Echeverría— y sirvió a Inglaterra, que bloqueaba el Puerto, con Francia, bajo pretexto de ayuda a los expatriados. Esta diabólica estratagema hizo imposible el tráfico internacional, asegurándose Rosas las exportaciones de sus saladeros de la Provincia de Buenos Aires (no los de Entre Ríos, donde imperaba Urquiza). Sarmiento lo advirtió más tarde. Rosas fija en la República lo colonial, suelda el injerto hasta entonces precario y al irse deja un árbol opulento de frutos, pero la revolución no será nunca más proseguida.

De ahí que nos interese poco, en el *Facundo,* la narración de las guerras de Paz y La Madrid contra Quiroga, Bustos, Ibarra o Aldao; y los retratos del comandante, el juez, el cantor, el gaucho malo (que reaparecen en *Martín Fierro*), el rastreador, el baquiano, están bien dibujados y coloreados, mas no pasan de ser láminas en el texto. La ley persistente del medio, la reaparición de los tipos representativos del pasado, la contrarrevolución con las mismas armas y contingentes emancipadores, son los intereses de los hacendados y de los contrabandistas. Apenas esbozada en el *Facundo,* es la tesis central de la Joven Argentina, del Salón Literario, de Marcos Sastre, de la Asociación de Mayo, últimas organizaciones en defensa de la revolución traicionada. Echeverría es el primero que lo advierte y lo dice con palabras inequívocas. Eso mismo es lo que leemos en el *Facundo,* lo que hoy leemos en decretos y disposiciones gubernamentales: una política que está al servicio de las doctrinas y los intereses contrarrevolucionarios. No era, pues, Quiroga el agente de la traición, sino Rosas, su enemigo. Ninguno de nuestros males los generaron las potencias extranjeras con su diplomacia del tasajo y del riel, es verdad; esto estaba y está en las cosas, en sus disposiciones, en las técnicas de usarlas y de pensar con ellas. Pero la España de Franco y la Inglaterra del Churchill que ahora se nos revela, nos eviden-

cian hoy lo que vieron claro los desterrados de 1837 a 1852 y lo que se dejó de ver y de decir desde 1853. La consigna del progreso era la consigna del silencio. Nueva luz nos arrojan los planes del imperialismo económico que la barbarie de Hitler, por suerte excesiva, dejó al desnudo. El que no comprenda ya el plan, está ciego; el que no advierta que tiene ciento treinta y cinco años de vigencia, mira su propio interés. También Sarmiento dejó de verlo y de decirlo con la misma crudeza cuando, obcecado en sus limitadísimas ideas sociales, jugó inadvertidamente en la política militante el papel de agente irresponsable de aquella diabólica intriga ideada con genio por Canning, nuestro protector. La doctrina de la Revolución de Mayo, olvidada en 1853, desaparece de su horizonte desde que llega al poder y se entretiene con el panfleto y el generalato.

El *Facundo* era una tentativa para la investigación de la historia, más que una simple galería de personajes y pintura de paisaje, y que también sirve como pieza de engranaje entre las Historias de Mitre y el *Martín Fierro*. Mitre escribe la historia argentina con los títulos: *Historia de Belgrano* e *Historia de San Martín*. Estos dos capítulos constituyen nuestra historia auténtica; aquel otro capítulo bárbaro —el *Facundo*—, la novela. ¿Por qué? La parte anecdótica del *Facundo* es considerada como literatura y la parte filosófica no halla una conciencia popular ni oficial en que poder insertarse, porque no tenemos la historia completa de los interesantísimos episodios de las guerras civiles, últimas prolongaciones, barbarizadas sin duda, de la historia auténtica. Cualquier noticia que salga de los cánones de la tradición es repelida como antipatriótica y, por lo tanto, falsa. Para la inmensa mayoría de los argentinos, el *Facundo* carece de sentido histórico, pero su "biografía" es tan historia como las de Belgrano y San Martín. Como lo es *Martín Fierro* y *Amalia*. Esos argentinos que no conocen la historia ni el país, aunque de una y otro tienen nociones fabulosas, están desconectados de la realidad, aunque vivan la realidad de las formas superpuestas, cuya eventualidad y endeblez se evidencian en cada sacudida con que el país regresa a su reacomodación colonial. Indiscutiblemente se puede vivir

sin estar en lo cierto y hasta vivir bien. Hay, efectivamente, esa tradición regresiva y hasta en la línea de la historia tradicional argentina. Pero esa tradición no es la verdaderamente revolucionaria, la de 1810, que se pierde pronto y concluye inclusive con sus héroes. Hay dos tradiciones, como hay dos historias: la revolucionaria y la colonial, y si alguna se prolonga en continuidad sostenida, es ésta, la que denunciaron los desterrados, hoy otra vez proscriptos en todo documento oficial. La historia que ve Sarmiento desde Chile, en el *Facundo,* no es la misma que ve Sarmiento general, gobernador, ministro, presidente, legislador, plenipotenciario. A cierta altura de su carrera política pudo considerar al *Facundo* como un libelo de circunstancias, porque estaba empeñado en construir una realidad que renegaba de esa materia histórica que había anatematizado como barbarie, sin recordar que existía además una materia histórica revolucionaria, de 1810, sin otros herederos por desgracia. En verdad, la Revolución de 1810 no fué una revolución como anhelaba Echeverría sino en la imaginación de Moreno, en la administración de Rivadavia y en las campañas de Belgrano y San Martín. Faltaba que trascendiera a la masa popular, que se infiltrase en las conciencias y que se la viviera. Por eso quedó simplemente como un desprendimiento de la Corona, como apéndice de la historia de España. Se desprendió del cuerpo peninsular y no engarzó en el continente americano. Nuestra historia es la historia de España, corporalmente desgajada, un camalote con todas sus instituciones a la deriva. El territorio era americano y no alcanzó a crear un clima americano. En las tres obras fundamentales de nuestra nacionalidad que al principio mencioné, se examina este problema. Los elementos étnicos y geográficos —lo dice también Sarmiento—, arrastran en sus actitudes e ideas una historia continua colonial. Son la colonia misma. Luego actúan como dramatis personae en calidad de tutores, albaceas, representantes, procuradores, vicarios. Los que quedaron en el país, durante Rosas, cargaron con el ignominioso papel de reaccionarios; los desterrados se invistieron, por el hecho de no aparecer en la escena, con el de patriotas verdaderos. Unos y otros

pueden cambiar alternativamente sus papeles, porque los desterrados no eran la realidad; estaban fuera del juego y veían con claridad desde lejos lo que desde cerca les habría parecido nebuloso. En el *Facundo* hay estas palabras extrañas: "Los otros pueblos americanos, que indiferentes e impasibles miran esta lucha y estas alianzas de un partido argentino con todo elemento europeo que venga a prestarle apoyo, exclaman a su vez llenos de indignación: "Estos argentinos son muy amigos de los europeos", y el tirano de la República Argentina se encarga oficiosamente de completarles la frase, añadiendo: "Traidores a la causa americana". ¡Cierto! dicen todos: Traidores; ésta es la palabra. ¡Cierto!, decimos nosotros; traidores a la causa americana, española, absolutista, bárbara. ¿No habéis oído la palabra *salvaje* que anda revoloteando sobre nuestras cabezas? De eso se trata, de ser o no ser salvajes. Rosas, según esto, ¿no es un hecho aislado, una aberración, una monstruosidad? ¿Es, por el contrario, una manifestación social, es una fórmula de una manera de ser del pueblo? ¿Para qué os obstináis en combatirlo, pues, si es fatal, forzoso, natural y lógico?".

Sarmiento carecía de sentido social en lo histórico, aunque intuitivamente tocara aspectos esenciales en el *Facundo;* su obra es polémica. Lo fué por no haber comprendido a fondo la tesis de Echeverría de la negación inmediata de la doctrina revolucionaria, según la cual todos los movimientos ulteriores debieran ser vistos como contrarrevolucionarios. Sarmiento no comprendió a Echeverría y por eso era también contrarrevolucionario, un conservador que odiaba a España inclusive en lo que tenía de bueno, y admiraba a los países que coparon la Revolución para sus fines imperialistas, sin advertir que aquellos males interiores que nos quedaban como rizomas borbónicos no eran peores que el bloqueo que hacía causa común con los enemigos internos. Inglaterra y Francia no nos defendían de la España que desde dentro deshizo la Revolución; nos defendían del poder de la Corona, que es asunto muy distinto. Rosas en Southampton es la clave.

Este malentendido proviene de que unos dicen España a lo que nosotros llamamos casta borbónica y atraso cle-

rical; y llaman argentino a lo que ha traicionado al pensamiento y la acción de los libertadores. Aunque habitemos territorios ricos y prósperos, no es el que ellos emanciparon sino el que se entregó a la reacción. Para muchos no interesa ya si la Revolución fué traicionada, puesto que el país ha progresado, y ésta parecería la opinión de Sarmiento, que supuso que con la caída de Rosas desaparecían los males. Por evolución de los acontecimientos vuelve a crearse en el país una generación de proscriptos, y tan nítidamente como hace un siglo, los representantes de la Colonia y de los intereses foráneos restauran las leyes y defienden el patrimonio nacional con métodos similares.

Para ciertos lectores, lo permanente en el *Facundo* es aquello que está fijado con exactitud fotográfica: la anécdota, el paisaje, el hecho, la fecha y el sitio. Esos son los lectores que tampoco leen la realidad actual. La mejor parte del país ha sido declarada fuera de la nacionalidad, juzgada como forastera, otra vez en situación de destierro en el territorio o fuera de él. ¿Qué significa todo esto sino que hemos vuelto al punto de partida? Sin embargo, nada hay igual. Necesitaremos recurrir a la historia apócrifa, a las pocas obras informativas de la literatura popular. La República Argentina aparece en el *Facundo* como campo de crímenes, despojos, tropas de bandidos, esbirros, amanuenses, acólitos y turiferarios del tirano. Para Sarmiento —como para Echeverría y Alberdi— la barbarie es una aberración dentro del bastidor de la civilización. Treinta años después *Martín Fierro* expresa lo mismo en verso. El bastidor de civilización no es descrito, debemos imaginarlo y en casi todas las obras sensatas queda implícito en el fondo de los relatos. Civilización son las cosas que usamos, los artefactos eléctricos, mecánicos, automáticos. En 1837 Echeverría dijo ya que los ideales democráticos de Mayo habían sido traicionados; en *La Cautiva* nos presenta el mismo horror de los cuadros del *Facundo* y de *Martín Fierro,* de la *Amalia,* de Mármol, del *Juan Moreira,* de Gutiérrez. Los poetas gauchescos disfrutaron del privilegio negado, por lo visto, a los historiadores. En prosa se hizo una selección del material, como si se tratara

de una antología de hechos, un panegírico necrológico. No la comprendemos porque le faltan los capítulos más útiles para entender el texto, para formular una doctrina y para comprender esta realidad de 1945 que nos parece absurda, increíble, anómala, falsa. Los protagonistas que sienten que continúa la historia no escrita, y que quisieran y no pueden hacer verídica la historia de las crestomatías, son vástagos, en efecto, de los próceres del tabú. Sarmiento percibió lo engañoso del mito superpuesto al héroe: "Bolívar es todavía un cuento forjado sobre datos ciertos; Bolívar, el verdadero Bolívar no lo conoce aún el mundo y es muy probable que cuando lo traduzcan a su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande aún". Nosotros vemos así a los héroes y a las historias de los otros países americanos y los despreciamos sin decirlo; acaso ellos nos vean así a nosotros. La verdad histórica en Hispanoamérica se escribe siempre del otro lado de las fronteras, como hicieron nuestros desterrados.

Civilización y barbarie, que Sarmiento manipuló en el *Facundo* como las dos fuerzas dialécticas de nuestra historia es la fórmula que todavía tiene validez. Civilización y barbarie se han convertido en integrales que entremezclan los elementos de la antítesis. Lo que antes era reconocido como sedimento español en nuestras campañas se recluta en las falanges de otro caudillo, Franco, y en la barbarie germánica de que llevaron algo los Habsburgo a España. Despotismo, negación de lo americano, persecuciones religiosas y policíacas, retroceso en la enseñanza es lo que leemos en el *Facundo*, pero no lo que Sarmiento comprendió más tarde. En cambio esta es la tesis de Alberdi que, extraída de Echeverría o del *Facundo* mismo, ha de esgrimir en las *Cartas Quillotanas*, contra Sarmiento. En lo que hubiera estado de acuerdo Sarmiento es en que existe la presión interna, colonial, y la presión externa, de la riqueza, que ya no podríamos diferenciar como civilización y barbarie. Hay dos pasajes en el *Facundo* que deben ser citados aquí, porque hoy, cuando la Inglaterra tory somete al pueblo español a la brutalidad de un dominio tan nefasto como el nuestro de Rosas, aquella presión interna y aquella otra externa se nos

aparecen como lo que fueron hace un siglo: el secreto de nuestra estagnación. "Entonces se habría podido aclarar —escribe Sarmiento— el problema de la España, esa rezagada de Europa, que echada sobre el Mediterráneo y el Océano, entre la Edad Media y el siglo XIX, unida a la Europa culta por su ancho Istmo, separada del Africa bárbara por un angosto Estrecho, está balanceándose entre dos fuerzas opuestas, ya levantándose en la balanza de los pueblos libres, ya cayendo en la de los despotizados; ya impía, ya fanática; ora constitucionalista declarada, ora despótica impudente; maldiciendo sus cadenas rotas, a veces, ya cruzando los brazos y pidiendo a gritos que le impongan el yugo, que parece ser su condición y su modo de existir. ¡Qué! ¿El problema de la España europea no podría resolverse examinando minuciosamente la España americana, como por la educación de los hijos se rastrean las ideas y moralidad de los padres? ¡Qué! ¿No significa nada para la historia y la filosofía esta eterna lucha de los pueblos hispanoamericanos, esa falta supina de capacidad política e industrial que los mantiene inquietos, sin norte fijo, sin objeto preciso. . . ?" Y en el capítulo XV, que suprimió en las ediciones 3ª y 4ª, observa: "Digo lo mismo con respecto a la Inglaterra, cuya política en el Río de la Plata haría sospechar que tiene el secreto designio de dejar debilitarse bajo el despotismo de Rosas, aquel espíritu que la rechazó en 1806 para volver a probar fortuna cuando una guerra europea u otro gran movimiento deje la tierra abandonada al pillaje, y añadir esta posesión a las concesiones necesarias para firmar un tratado, como el definitivo de Viena, en que se hizo conceder Malta, el Cabo y otros territorios adquiridos por un golpe de mano. Porque, ¿cómo sería posible concebir de otro modo si la ignorancia en que viven en Europa de la situación de América no lo disculpase? ¿cómo sería posible concebir, digo, que la Inglaterra, tan solícita en formarse mercados para sus manufacturas, haya estado veinte años viviendo tranquilamente, si no coadyuvando en secreto a la aniquilación de todo principio civilizador en las orillas del Plata, y dando la mano cada vez que le ha visto bambolearse al tiranuelo ignorante que ha puesto una barra

al Río para que la Europa no pueda penetrar hasta el corazón de la América a sacar las riquezas que encierra y que nuestra inhabilidad desperdicia?"

Sí. El bloqueo del país, pero el entendimiento con el sitiador de dentro. Nadie ha escrito palabras tan claras sobre el enigma de nuestra política postcolonial. Ahora, tras la guerra, los países imperialistas siguen la misma táctica de bloquear la nación y de sostener gobiernos que les aseguran sus miras político-económicas, aunque esgriman éstos la tesis de la soberanía como justificación de su entrega. Vituperan y acatan, con lo que el pueblo cree que se va salvando el honor nacional. Los dictadores que en Hispanoamérica precedieron a la guerra como fijadores o estabilizadores de emergencia, no brotaron por generación espontánea. Para esos fines estratégicos también fué miserablemente entregada España, metrópoli de facto de Hispanoamérica. Los nazis descubrieron, como los cerdos las trufas, el juego de una política internacional siniestra, que no sospechábamos, frente a la cual la política económica era un pasatiempo de párvulos. La situación es ahora la misma que en 1845, pero España se nos revela como la llave central del dominio británico sobre las colonias emancipadas. Sojuzgados desde dentro, convertidos nosotros mismos en defensores de la Colonia, servíamos intereses que tampoco eran los de España sino de la dinastía borbónica, que parece indispensable en este juego complicado. Nuestro deber es, entonces, como ya lo había presentido Sarmiento, liberarnos liberando a España.

En el *Facundo* están planteados los problemas de nuestra formación colonial, de nuestra deformación americana y de la reorganización nacional. Para servir esos intereses valían los mismos representantes de las fuerzas retrógradas, los caudillos, amotinados, restauradores de leyes, salvadores mesiánicos y los demás agentes secretos del atraso de los pueblos americanos, y ahora también de España como de Grecia, Italia, Portugal, Bélgica y algunas naciones más. La lectura actual del *Facundo* requiere, por cierto, suma perspicacia.

Dimensión Imaginaria

PIERRES LEVÉES

Por *Jules* ROMAINS

I

L'EAU s'étendait comme une lande
Que ne finit pas l'occident.
Tout n'était sous la chaleur blonde
Que l'écho d'un écroulement.

Les routes saignaient égorgées;
Les villes hurlaient à la mort;
Les siècles, de leurs mains rougies,
Titubant, s'accrochaient aux murs.

Ouvre-toi, lande horizontale,
Disaient les sombres voyageurs;

PIEDRAS ALZADAS

I

El agua se extendía como una landa
Que no termina el occidente.
No era todo, bajo el calor rubio,
Sino el eco de un derrumbe.

Sangraban los caminos degollados;
Las ciudades aullaban a la muerte;
Los siglos, con enrojecidas manos,
Vacilantes, se asían de los muros.

Abrete, landa horizontal,
Clamaban los sombríos pasajeros;

Plaine sans routes et sans villes
Plus profonde que nos frayeurs.

Où nous allons? Peu nous importe.
Le but est sûrement trompeur.
Pas de but. Fuir. Rien que se perdre.
Toute la terre nous fait peur.

Un navire seul comme un astre
Evitant le port et l'écueil.
Rien que la mer et le soleil,
Et l'écho dernier du désastre.

II

Le plateau monte infiniment
Vers trois arbres nus et tragiques.
Un sanctuaire de Saint-Jacques
Vous promet secours et vous ment.

Planicie sin caminos ni ciudades
Más honda que nuestros espantos.

¿A dónde vamos? Nos importa poco.
La meta es sin duda engañosa.
Ya no hay dondes. Huir. Hasta perderse.
La tierra entera nos asusta.

Solo, un navío como un astro
Esquivando puerto y escollo.
Unicamente el mar y el sol
Y el eco final del desastre.

II

La meseta sube infinitamente
Hacia tres árboles mondos y trágicos.
Un santuario de Santiago
Os promete auxilio y os miente.

Passé le col, le chemin tombe
Dans un val que fuient les bergers.
Le cœur s'affole à coups légers.
La terre s'accroche à vos jambes.

Cette auberge, la verra-t-on,
Dont les marchands disaient merveille?
Encore un col dans la broussaille
Qu'il faut passer, pauvre piéton.

*

Le dos s'appuie à l'encoignure.
Le poids du corps descend, descend.
Le cœur se blottit sur le sang.
Gémit une porte d'armoire.

Un bois moelleux revêt le mur.
Les pots attendent sur la planche.
Et le vin tourne dans la bouche
Comme un vol d'oiseaux dans l'azur.

Pasado el puerto, el camino cae
A un valle que el pastor evita.
El corazón se aloca a paso alígero.
La tierra se os cuelga de las piernas.

¿El parador al fin veremos
Que tanto loaban los mercaderes?
Aun queda un puerto por salvar, oh mísero
Caminante, entre la maleza.

*

La espalda se apoya en el ángulo.
El peso del cuerpo baja, baja.
El corazón se apretuja en la sangre.
Gimen las puertas de un armario.

Madera blanda viste el muro.
Aguardan sobre el anaquel los jarros
Mientras gira el vino en la boca
Como un vuelo de ave en el cielo.

Des voix sonnent; des voix, des rires.
La fatigue coule de vous.
Le dessous de la chair est doux,
Tout ameubli par ses brisures.

Ne jamais s'en aller d'ici.
La croisée étroite et profonde
Montre le soir, le vent, la lande.
Les voix bercent un vieux souci.

III

Il faut qu'un chant t'accompagne.
Tu vas loin et tu vas seul.
Tous ces mouvements te baignent.
Des lueurs sortent du sol.

Il passe tant, tant de monde.
Le lieu s'écoule en grondant.

Resuenan voces; voces y risas.
Os mana del cuerpo el cansancio.
El envés de la carne es tierno,
Mullido de lastimaduras.

Nunca jamás salir de aquí.
La ventana angosta y profunda
Muestra la tarde, el viento, el páramo.
Mecen las voces una cuita antigua.

III

Debe un canto acompañarte.
Vas muy lejos y vas solo.
Esas cadencias te envuelven.
Brotan fulgores del suelo.

Pasa tanta, tanta gente.
Retumba el lugar fluyendo.

Un feu rouge te commande.
Tu repars à l'abandon.

Il faut qu'un chant t'accompagne,
Te protège pas à pas;
Qu'il t'enveloppe de signes,
De broussaille, de sapins.

Chant de cor dans la broussaille;
Un oiseau caché répond.
Des pas amis sur les feuilles.
Un souffle en haut des sapins.

Etincelles amorties,
Les yeux filent sans te voir.
Il tombe une solitude
Pareille aux flocons d'hiver.

Il faut qu'un chant t'accompagne
Comme le vent dans le val.

Te dirige un fuego rojo.
Partes de nuevo al acaso.

Debe un canto acompañarte,
Paso a paso protegerte;
Que de signos te rodee,
De matorrales, de pinos.

Canto de trompa en el monte;
Responde un pájaro oculto.
Un paso amigo en las hojas.
Un alto aliento en los pinos.

Centellas amortiguadas,
Huyen los ojos sin verte.
Desciende una soledad
Como los copos de invierno.

Debe un canto acompañarte,
Como el viento por la vega.

Entends craquer les châtaignes
Sous le pas de ton cheval.

IV

L'AIR nous cède, à peine remue,
S'ouvre et se ferme avec le pas.
Il nous reste encore un ami
Caché dans les plis impalpables.

Les grandes choses d'alentour
Et d'au loin et d'au bout du monde,
Les grandes choses de la terre
Dansent la danse du démon.

Mais parfois la spire d'un souffle
T'effleure la joue en passant,
Aussi douce et tendre que s'il
Y flottait de l'âme innocente.

Oye crujir las castañas
Al andar de tu caballo.

IV

Nos cede el aire, oscila apenas,
Se abre y se cierra con el paso.
Aun nos queda un amigo, oculto
Entre los pliegues impalpables.

Las grandes cosas del contorno,
De lo distante y fin del mundo,
Las grandes cosas de la tierra
Danzan la danza del demonio.

La espira a veces de un aliento
Te roza la mejilla al paso,
Tan dulce y tierna como si un
Alma inocente allí flotase.

Cela caresse et traîne un peu,
Comme une approche de guirlande.
Une approche furtive et pâle
Presque pareille à l'air tremblant.

Les grands blocs de choses visibles
T'assiègent de mort et de mal.
Reste un duvet d'ange saisi
Par hasard dans un intervalle.

V

DES PIERRES, des genêts, des fougères.
Les pierres bien rudes et râpeuses;
Les genêts si verts qu'ils semblent peints;
Les fougères, ployantes et pâles;
Entre deux pentes de maigres pins.

Esto halaga y retiene como
La vecindad de una guirnalda,
La vecindad blanca y furtiva
Casi pareja al aire trémulo.

Los grandes bloques de las cosas
Con muerte y con dolor te asedian.
Queda un plumón de ángel prendido
Casualmente en un intervalo.

V

Piedras, retamas, helechos.
Las piedras muy rudas y rasposas;
Las retamas tan verdes que parecen pintadas;
Los helechos agobiados y pálidos;
Entre dos laderas de macilentos pinos.

Pauvres gens, cela suffit. Mémoire,
Cela suffit. Vieux hommes tremblants,
Cortège des pères et des mères,
Cela suffit. Cent ans et mille ans
Viennent au son de la trompe noire.

Mieux qu'une croix au-dessus des blés,
Pauvres aïeux, morts de la montagne,
Cela suffit à vous rassembler.
Chair d'avant moi qui survit et saigne,
Cœur total que rien n'a consolé.

Ah! vous avez trop souffert, mes pauvres,
En sont témoins les pierres râpeuses,
Les genêts peints, les fougères pâles;
Trop supporté, trop courbé l'épaule,
Trop patienté dans la montagne.

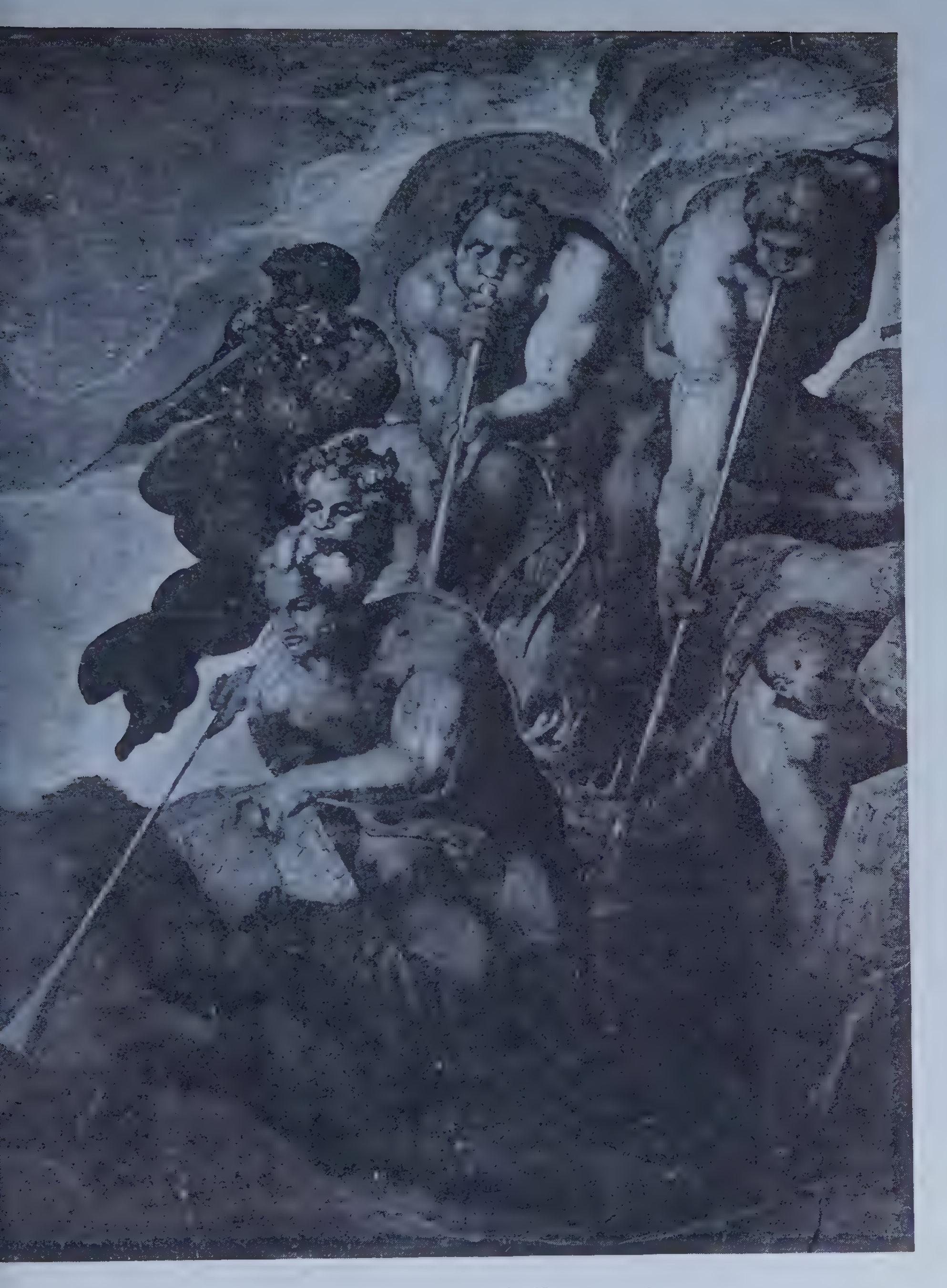
Vous m'avez légué l'immense tort,
Cent ans, mille ans d'injure et de honte,

Basta ya, pobre gente. Memoria,
Basta ya. Ancianos temblorosos,
Comitiva de padres y de madres,
Basta ya. Cien años y mil años
Avanzan a los sones de la trompeta negra.

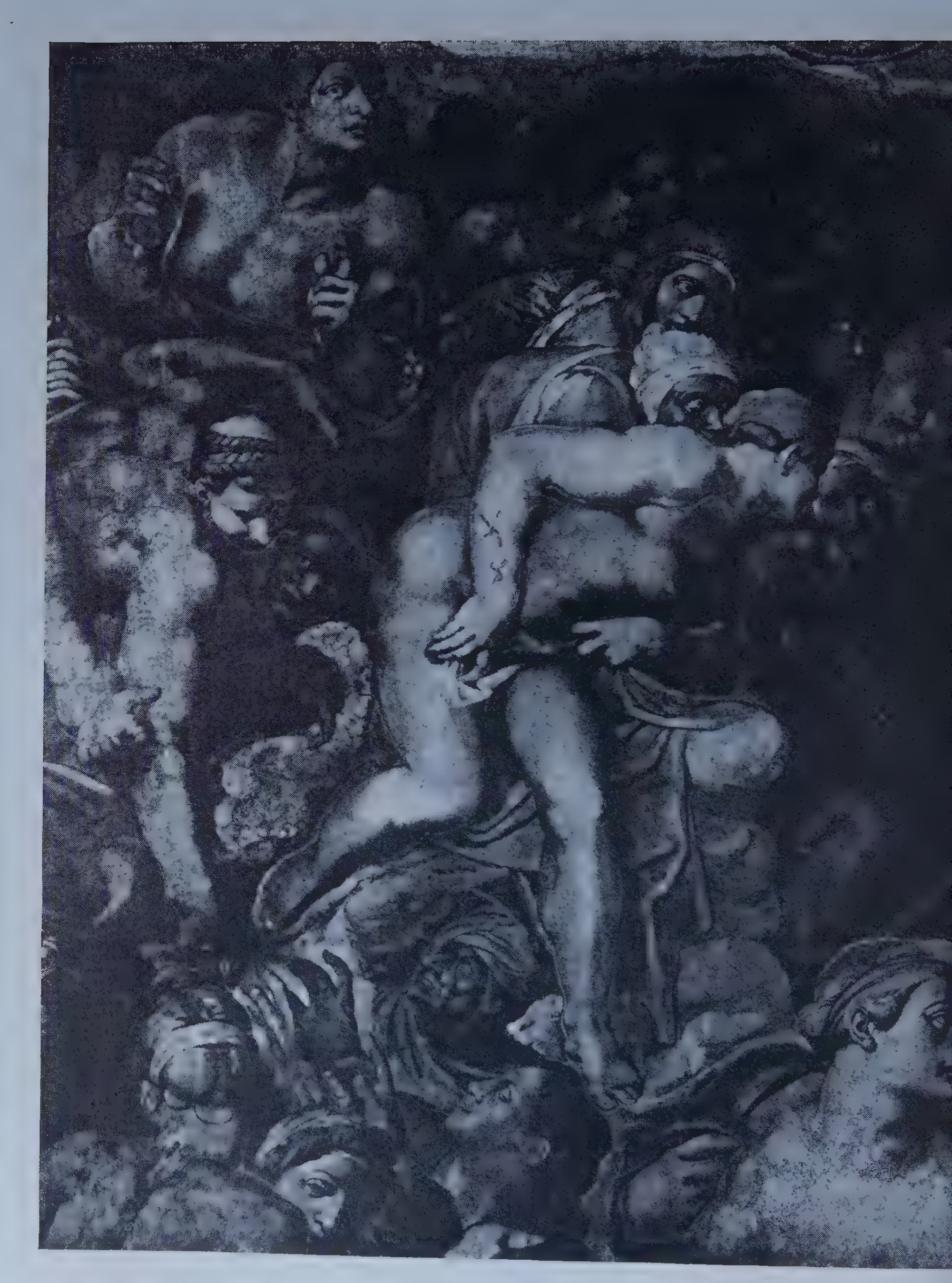
Mejor que una cruz encima de las mieses,
Pobres antecesores, muertos de la montaña,
Esto basta para congregaros.
Carne anterior a mí que sobrevive y sangra,
Corazón total que nada ha consolado.

¡Ah! demasiado habéis sufrido, pobres.
Os son testigos las rasposas piedras,
Las retamas pintadas, los pálidos helechos;
Demasiado aguantado, demasiado doblegado el hombro,
Demasiado esperado en la montaña.

Me habéis legado el atropello inmenso,
Cien años, mil años de injurias y vergüenza,



MIGUEL ANGEL. Juicio Final (Fragmento).



MIGUEL ANGEL. Juicio Final (Fragmento).

Vos corps battus, vos maisons sans porte,
Vos toits brûlés, le rapt de la terre
De par le roi, l'évêque et le comte.

Vous me dites: "Sommes-nous vengés?"
Et nous voilà, moi cherchant réponse,
Interrogeant les pâles fougères,
Les sombres genêts, les pierres ponce;
Vous, attendant, laboureurs, bergers.

VI

JAMAIS ne fut pareille solitude
Depuis que l'homme est sorti de ses bois.
Ilot cerné par une mer sans voiles
L'esprit connaît que l'horizon s'est tu.

Chacun là-bas, blotti dans son refuge,
Respire à peine et tremble de penser.

Vuestros cuerpos contusos, vuestras casas sin puertas,
Vuestros techos quemados, el robo de la tierra
Por el rey, el obispo y el conde.

Me preguntáis: "¿Hemos sido vengados?"
Y henos aquí, yo en busca de respuesta,
Interrogando a los pálidos helechos,
Al retamar oscuro, a las piedras volcánicas;
Vosotros, en espera, labradores, pastores.

VI

Nunca existió soledad semejante
Desde que el hombre abandonó sus selvas.
Islote rodeado por un mar sin velámenes
Sabe el espíritu que el horizonte ha enmudecido.

Metido allí cada cual en su escondrijo
Respira apenas, pensar le atemoriza.

Le monde est fait de lèvres qui se figent
Et de regards peureusement baissés.

C'est chaque nuit qu'avant la prime aurore
Le compagnon est renié trois fois.
Les amitiés, les serments et les fois
Croulent, et le chaos crève de rire.

NOTA.—Estos poemas pertenecen a un libro inédito del mismo título, que aparecerá pronto en México.

El mundo se compone de labios que se encogen
Y de miradas medrosamente abatidas.

Todas las noches antes del albor primero
Tres veces del compañero se reniega.
Las amistades, las fes, los juramentos
Se derrumban y el caos se retuerce de risa.

(Trad. J. L.)

EL ARTE DEL TOREO

Por *Bernardo* ORTIZ DE MONTELLANO

La fiesta de toros es un fermento del alma española. No se puede conocer lo característico humano del español, sin comprender y analizar la fiesta de los toros. Ejemplo, enseñanza, levadura constantes, durante siglos, del ser hispano.

El toreo es el arte característico exclusivo del mundo hispánico y, dentro del mundo hispánico, característico de tres o cuatro pueblos y dentro de estos pueblos característico de algunas regiones: Andalucía y la Mesa Central de México. ¿Qué condiciones físicas de clima, raza y estación requiere este fruto exclusivamente hispánico del arte?

Si la muerte, la cercanía o el pensamiento en la muerte, es para el arte, dueño de su naturaleza propia, artística, un motivo de creación capaz de evadirse de las leyes de la naturaleza biológica, el toreo posee de sobra esta condición para merecer su puesto entre las artes.

El arte de torear tiene su retórica, sus reglas indispensables para que las suertes se realicen con decoro artístico; pero también tiene su parte de milagro, de inspiración, de necesidad, fuera de los límites de la retórica cuando el artista, el torero, lealmente unido al instinto que lo limita —el toro— realiza una de esas faenas inolvidables, perfectas, que no podrá repetir a voluntad cuando lo quiera, porque obedeció a un instante supremo de su naturaleza

embriagada, hasta el olvido, en el éxtasis de la muerte o segura de su poder para dominarla.

En el toreo, como en el arte, el milagro de la perfección es insólito y apasionante. La misma suerte repetida en muchas ocasiones por el mismo torero, alguna vez se realiza en forma inusitada y comunica al público —al espectador— su perfección de acto de belleza inolvidable por su realidad junto a la muerte.

La memoria de esos recuerdos latentes en la imaginación, forma la materia estética de este arte sujeto a las mismas leyes que los otros; el arte de torear.

El torero no es un "ejecutante" o un actor con ensayos sino, a su modo, un artista porque con su vida —en peligro cierto— se entrega al goce creador.

El ejecutante sabe que todos los días de trabajo, a la misma hora, podrá repetir la interpretación de la obra de arte preparada con método y con inteligencia pero el torero, como el artista original, sabe que no podría repetir la "trouvaille" los lunes, miércoles y viernes a una hora en punto.

¿El Toreo corresponde a la danza? A veces, porque en ocasiones —según sea el estilo de cada torero— corresponde a la escultura y, otras veces, al desarrollo plástico de finas imágenes en movimiento, gestos, actitudes, que no volverán a repetirse. ¿Y el color? ¿y la línea? ¿Y, en último análisis, las proporciones exactas y el desarrollo musical de un conjunto de emociones y sugestiones de orden estético desde el principio al fin de la lidia de cada toro?

(Después de la suerte de "varas", de impresionante ritmo de lucha y de bravura frente al espanto ciego del caballo, se inicia la gracia y el ritmo ligero de danza de los "quites" cuando el torero dibuja una línea geométrica y melódica con el color rojo ondulante de la capa).

En rigor, el arte del toreo es un arte popular que se desarrolla en lo profundo del instinto y del inconsciente hu-

manos, ahí en donde el elemento intelectual puro no tiene participación. Se une a la metáfora, a la imagen, al color y, a veces, por su ritmo, a la danza.

Sin embargo, se basa sobre todo en la inteligencia del hombre para burlar a la naturaleza en el instinto del animal y, en todas sus partes, desde la salida del toro hasta su muerte, se rige por leyes implacables. (Los "terrenos" para las diversas suertes y los toros distintos; el castigo; el desengaño con el percal; la alegría renovadora de las banderillas). Inteligente aplicación de medios para producir un resultado sea de belleza o de emoción física, pero siempre de dominio de una parte instintiva y en bruto de la naturaleza —el toro— elemento esencial de belleza y fuerza para la belleza y fuerza del espectáculo.

Como entre los artistas de otros géneros de arte, entre los toreros hay intelectuales, emotivos y simplemente retóricos. Los hay, también, y en escuelas completas de toreo, clásicos y románticos; parnasianos y preciosistas o geniales innovadores.

También hay escuelas nutridas por la raza y la geografía —como las de la luz entre los pintores— con sus características propias: la escuela andaluza, la rondeña y la escuela mexicana.

En el toreo sí hay escuela mexicana con su estilo particular, su lentitud y su gracia características.

El arte español de torear es más rápido, más seguro, más apasionado y vibrante en la lucha con el demonio —el toro— que el mexicano. El arte mexicano de torear es más lento, más emotivo, más subconsciente que el español cuando no pertenece a la escuela andaluza, que es muy semejante a la escuela mexicana.

El más grande representante de la escuela mexicana de torear ha sido Gaona; el de estilo más original dentro de la escuela mexicana por su lentitud y su desprecio a la vida y a las normas fué Carmelo Pérez, indio gitano triste.

"La gracia aparece bajo su aspecto más puro —explica H. Von Kleist, místico maestro de estética— en toda forma humana que posea o la falta absoluta de conciencia o una conciencia infinita: en un muñeco o en un dios".

El torero tiene la gracia de un muñeco de seda movido por las pasiones inconscientes del público espectador: (sobre todo cuando el toro, alguna vez, lo zarandea entre sus cuernos).

Mucho se ha dicho sobre la inmoralidad del arte de torear, sobre su manifiesta crueldad; pero a semejanza de otras actividades humanas que escapan a la justiciera razón sólo sabemos que es una expresión, un lenguaje, de arraigo oculto en la sensibilidad de una raza y sólo podemos comprobar su existencia.

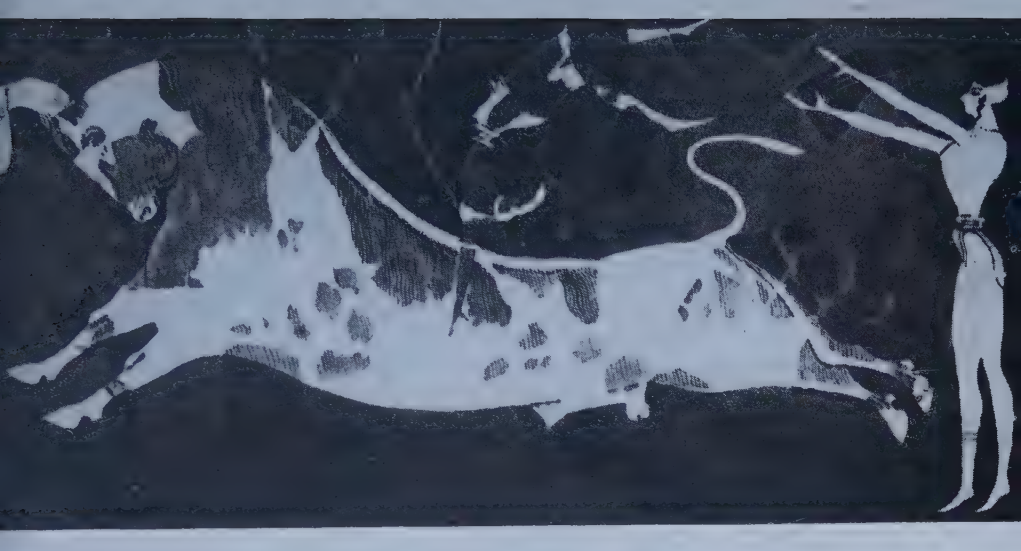
¿Cómo podrían aplicarse las doctrinas marxistas al arte de torear? Arte individualista por excelencia. (El hombre solo frente a su destino y su toro), nacido del pueblo y vinculado a grandes masas de hombres que colaboran, ya sea por la crítica o por el aplauso, en la realización de la obra maestra.

Pero mientras más personal e individual sea el arte del torero, más convence a la multitud. Y no paremos mientes en el salario y en el valor del trabajo humano.

Arte de grandes proporciones, el del toreo, por su lucha constante entre el ángel y el demonio. (A veces el toro, a veces el torero).

¿Entre el toro y el hombre silencioso que torea, vistos desde la distancia de la gradería, no hay más que una diferencia de forma, de fuerza y de sentidos?

La unión de lo femenino y lo masculino, es, en el toreo, característico desde el traje de luces que usa el torero.



El toro de Cnosos. Creta.



Conducción del toro al sacrificio. Museo del Vaticano.

El toreo, como el arte, no es una diversión. En tanto que no se produce el hecho artístico verdadero la multitud en las plazas se distrae o inventa gritos para divertirse, pero cuando el hecho artístico se revela, el público se entrega con frenesí al goce apasionado de la obra de arte olvidado de todo, hasta de su propia naturaleza.

El toreo no es un arte universal, civilizado, sin raíces. Es un arte ingenuo del mundo hispánico que se aviene a la tragedia del mundo indígena nuestro. Es la ceremonia ritual de nuestra sangre que sólo nosotros sentimos en su belleza y en su grandeza. Para el extranjero civilizado no tiene explicación posible.

¿Por qué nuestros pintores han dejado a la fotografía el drama artístico de las escenas del toreo?

Cada espectador, como en el arte, busca su propia naturaleza en el desenfreno de la fiesta de los toros. Cada uno toma del espectáculo lo que le es propio (la crueldad, la gracia, el valor, la lucha, la alegría), como sucede, por ejemplo, entre la poesía y el lector.

En sus orígenes el arte del toreo comenzó con la suerte de rejonear —el toreo a caballo— prolongación de las hazañas de los *caballeros* medioevales. Después fué el toreo a pie y, en su evolución, el desarrollo de numerosas suertes de capa, muleta y banderillas.

Su origen se relaciona, también, con los espectáculos del Circo Romano, en la lucha entre los hombres y las fieras —¿los hombres cristianos, las fieras paganas?

En el fondo, el toreo es una ceremonia cristiana desde la salida de la cuadrilla en forma de procesión hasta la muerte del toro con que el hombre —el torero— vence a los tres enemigos del alma: mundo, demonio y carne.

A veces, naturalmente, el alma cae vencida por sus enemigos, pero entonces el torero no resulta victorioso ni obtiene los galardones de la gloria.

En el mundo hispánico el arte de torear es el único arte que cuenta con crítica organizada e inteligente. Se comenta en la conversación, se discute y, a su hora, en la plaza de toros se advierte la sanción de los espectadores.

La crítica escrita por los críticos del toreo podría llenar numerosos volúmenes. Se ha escrito más sobre los toros que sobre el Quijote. Sin embargo, no se ha escrito aún la estética del arte de los toros.

El interés popular que este arte despierta en el hombre desde su infancia, en nuestra raza, no lo despierta igual ningún otro.

La crueldad es visible en la fiesta de toros, sobre todo cuando no alcanza su finalidad artística, cuando el torero, que debe embellecer hasta la muerte del toro con la precisión y la rapidez, se convierte en innoble carnicero. Pero la crueldad —lo dice Baudelaire en alguno de sus "Diarios"— es una de las fuentes principales de goce estético para el hombre. Y las corridas de toros parecen comprobarlo.

La muerte del toro es bella, además, por la bravura y la entereza con que la desafía y la recibe. Esos toros que no quieren morir, ya heridos de muerte, y que se aferran tambaleantes a la vida, representan el más vivo canto a la fuerza vital del instinto.

En el toreo no todo ni siempre es evasión artística, goce dionisíaco de su propia magia. Muchas veces es nada más la vida la que se representa, dramáticamente, bajo la viva luz del sol.

Por eso tiene sus fórmulas y su cortesía: los saludos a la presidencia, el brindis del torero, las categorías por antigüedad, el cambio de los capotes de lujo por los de brega, el ejercicio humanitario de los quites, la vuelta al ruedo en honor del toro o del torero —el toro muerto, el torero vivo—, las banderillas de lujo, los petos y el antifaz para los caballos que, por cortesía de la fiesta, ya no participan en la lucha.

Entre la vida —acción, movilidad que pasa— y el arte —recuerdo, inmovilidad que dura— navega este espectáculo apasionante: el toreo.

El arte del toreo es un arte exclusivamente sensual que domina por los sentidos. Es, también, un arte exclusivamente externo, superficial, basado siempre en imágenes realizadas y no en conceptos abstractos.

Por su sensualidad, su superficialidad y su sentimiento de la carne y la muerte como negación física del placer o como existencia física del dolor, realizado todo en imágenes, es característico de la raza hispánica —raza de sueños— plástica, intuitiva y musical.

Como la vida y el arte, el espectáculo de los toros tiene diversas calidades, cualidades y riesgos visto de cerca o de lejos.

Es la distancia y la perspectiva que existen entre el héroe y su biógrafo, entre el artista y el espectador.

Los críticos, los fotógrafos, los artistas del toreo —el toro y el torero— están siempre cerca del fenómeno y de su misterio.

Son notables las diferencias entre el toreo y el deporte. La finalidad en la lucha, desde luego. En el toreo no se disputa el triunfo, entre contendientes desiguales como son el toro y el torero, sino la belleza y el dominio entre la naturaleza y el hombre.

En cambio, en el deporte, lejos de todo sentido profundo de la lucha humana es, simplemente, el triunfo lo que se disputa.

(We, in games, are not fascinated by death, its nearness and its avoidance. We are fascinated by victory and we replace the avoidance of death by the avoidance of defeat. It is a very nice symbolism but it takes more *cojones* to be a sportsman when death is a closer party to the game.

("Death in the afternoon" por Ernest Hemingway. Página 22.)

El toreo es un espectáculo menos excitante de las bajas pasiones del hombre que algunos deportes usuales en los países civilizados, porque la lucha se entabla entre dos elementos distintos —el toro y el hombre— y, por lo tanto, *no se cometen injusticias.*

En un campo de "foot-ball" o frente al "ring", en donde luchan hombres con hombres, las pasiones son más encarnizadas —siempre ajenas al goce estético— y tienden naturalmente a la injusticia que es el imperio de la ley del más fuerte *entre semejantes.*

La suerte del toreo que se llama la "verónica" es un lance en que el torero, inmóvil, lleva por instantes que parecen siglos —dicen los cronistas— con sólo el movimiento de los brazos la cabeza del toro dentro de los pliegues de la capa.

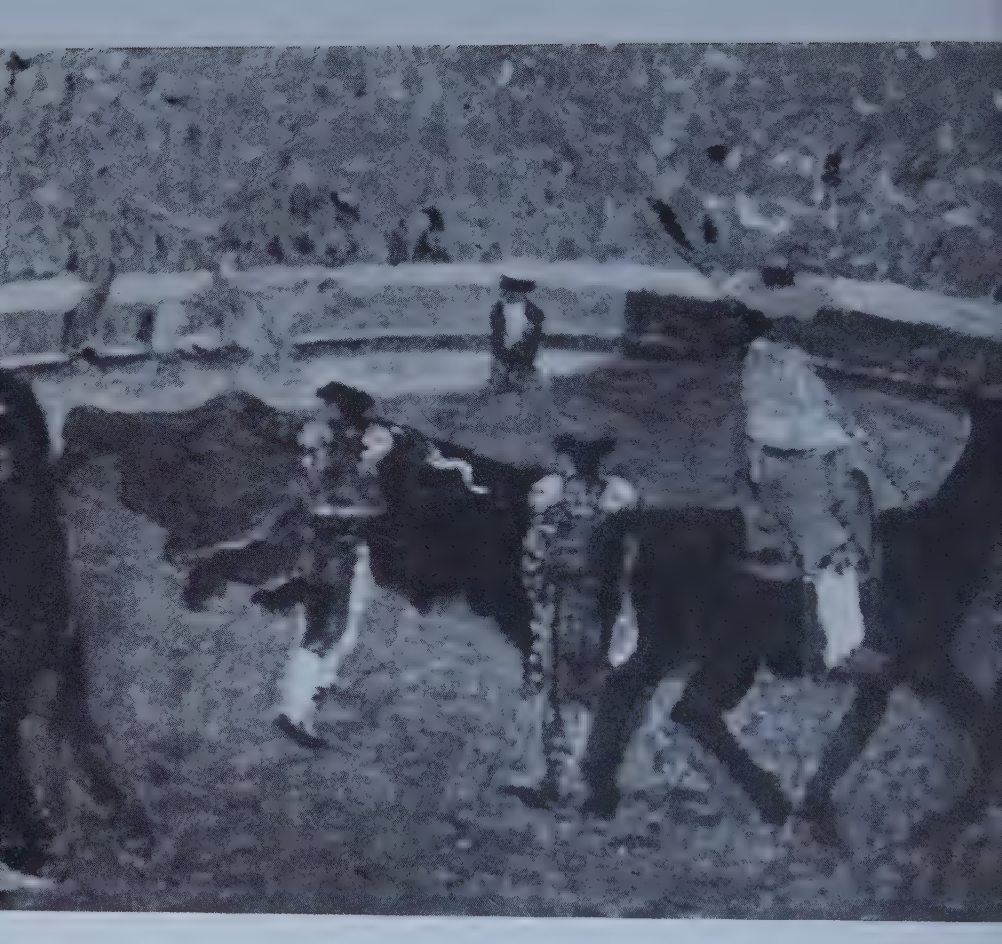
¿El nombre de la suerte (verónica) será la vulgar denominación para el toreo del paño de la mujer de la Pasión, paño de sangre y lágrimas?

El arte de torear se realiza con la rapidez del pensamiento. El juego rápido, muscular, del toro y el torero se desarrolla por fracciones de segundo en cada lance, y, sin embargo, aquellas suertes que por su perfección a veces lograda permanecen en la imaginación del espectador, parecen como captadas por el ojo de una cámara lenta por cuanto producen un detallado goce en la mente del aficionado. (Como las otras artes, el toreo tiene su tiempo propio).

¿El toreo es un arte de creación o de repetición? Aparentemente —para los no iniciados— el toreo es un conjunto de suertes que se repiten en la lidia de cada toro y en todas las ocasiones pero, en realidad, y aun cuando sean siempre iguales el orden y los acontecimientos, la lidia de cada toro es diferente, la realización de cada suerte, también. Por eso es un arte de creación y no de repetición como puede serlo el teatro y la danza misma, en su representación.



GOYA. Los toros de Burdeos. *Litografía.* (Fragmento). 1825.



FIGARI. Corrida de toros. *Oleo.* 1922.

El toreo —como el arte— se desenvuelve sobre aspectos sexuales, a veces única atracción para el espectador instintivo.

De los aspectos sexuales del toreo parten los goces no depurados que la multitud experimenta, sobre todo en el primer tercio de la lidia. En los otros tercios lo sexual tiende a superarse, y cuando se realiza el hecho artístico lo sexual del espectáculo se supera, aun cuando no todos los espectadores logren advertirlo.

La emoción, transportada a veces hasta sus límites estéticos, es la fuente del toreo.

En el gesto del lidiador, cuando realiza una "faena" de arte, se advierte la decisión gozosa, afirmativa, entre el peligro y la gracia, entre el desdén de la vida y el triunfo de algo inmortal. La misma emoción sacude a los espectadores compenetrados, inconscientemente, del triunfo de la gracia, del espíritu, sobre la instintiva fuerza del toro, negra, dura materia que no alcanza todavía el leve ritmo de la inteligencia.

Hay un modo de torear, el menos artístico, en que se advierte la lucha entre dos masculinidades —la del toro y la del torero— (faenas llamadas de castigo), pero el arte del toreo empieza con el triunfo de lo femenino sobre lo masculino, la gracia inteligente y dominadora sobre el peligro ciego del instinto. (A veces el toro, a veces el torero).

El arte verdadero de torear, que comienza más allá de la defensa contra el toro y de su logrado dominio, no se aprende. Es la herencia emotiva de una raza que se ha desarrollado en el mediodía de la Tierra —lejos de los nórdicos polos fríos— y en el goce de una naturaleza de luz y de color, pródiga en captar la belleza por la imagen y el ritmo.

Crear, inventar con goce estético, es lo artístico en el toreo.

La lucha con el toro, gallarda, valiente, la realizan todos los toreros pero sólo algunos logran convertirla en faena de arte.

¿Por qué pensamos en Cristo cuando un torero herido en la cara y desangrándose continúa la lucha con la bestia, dolorosamente?

La inocente naturaleza del toro que puede matar cumpliendo a ciegas con su destino, con su instinto, se refleja en sus ojos curiosos y en su tenacidad valerosa y sin objeto.

Algunos toros artistas —también ellos— de finas maneras condescendientes con el torero y su engaño, aparecen de cuando en cuando en los ruedos. Parecen hipnotizados por el milagro del lujo de la fiesta, de su equilibrio geométrico y plástico, de su reverente gracia, y se entregan al juego, al rito, con toda su belleza física de animal y todo su instinto transformado en naturaleza estética.

Dionisos y Cristo; el Oriente, la antigüedad Griega; la casta hindú o egipcia de los gitanos; la virginidad del Catolicismo; el mundo sangriento y refinado de los antiguos indígenas de América, son los elementos íntimos de la esencia mágica, mística y pagana del Arte del Toreo.

Arte primitivo cristiano, el del toreo, hasta en los bordados de los capotillos de lujo —litúrgicos— con los que los toreros hacen el paseo.

En la fiesta del toreo, los "picadores" tienen algo de bufones, por su seriedad y su indumentaria. En una fiesta española no podían faltar los Sancho-Panza.

Todos los castigos para el toro (varas, banderillas, espada) están femeninamente adornados para que los re-

ciba como una caricia que conduce voluptuosamente a la muerte.

El alma del Picador es el caballo.

En la suerte de varas coinciden tres animalidades: la del toro —voluptuosa y valiente—, la del caballo —temerosa y honrada—, la del Picador —expuesta a todos los riesgos sin la menor defensa.

La suerte de "banderillear" es la más alegre en el toreo y, también, la menos engañosa. Cuerpo a cuerpo entre el toro y el torero desvalido que habrá de ganar su salvación entre las astas utilizando, nada más, su sentido intelectual de la mecánica y la geometría que el toro, inferior al hombre, no posee.

En la suerte de banderillear el hombre frente al toro es leve y frágil como un pájaro. Por eso difícilmente logra verlo el toro en el momento preciso en que aquél podría ser su víctima.

Las banderillas son, además de un adorno, una ligera excitación de la bravura del toro y una enseñanza correctiva de sus malas, peligrosas, maneras de embestir —como si dijéramos, de su lenguaje— adquiridas durante la lidia.

El torero, al entrar a matar, no tiene el aspecto de asesino, porque entre dos astas hirientes y poderosas habrá de entregar la espada fina y delgada como un rayo de luz para la negra carne del toro.

Niños o ángeles, los toreros jóvenes triunfan sin malicia, inocentemente, del Dragón milenario, como en las leyendas y en los cuentos de hadas triunfa la infantilidad.

Los toreros creen en la inspiración más que en la seguridad "occidental" del Yo. Saben que, bajo determinadas condiciones, realizarán en el ruedo —contando entre ellas con la atenta ansiedad emocional colectiva del público— una suerte relativamente imprevista, en el desbordamiento de su ambicioso goce estético, signo de raza que el torero extrae de lo más hondo de su propia emoción.

El arte del toreo revela un profundo conocimiento de lo animal específico y de lo humano. Sólo una raza de honda y vieja experiencia y observación de la vida, pudo crearlo.

La caballerosidad y el honor, virtudes masculinas de la raza, se advierten a cada paso en el toreo, ya sea entre los compañeros de lucha o bien con el enemigo, el toro.

Decía Valdelomar que el toreo es la exaltación del arte de la danza —arte supremo— frente a la muerte. Arte dinámico, arte excelso, que contiene, además, el sentido heroico de la vida. Y es cierto.

El torero debería ser algo de salón, de corte, de gran elegancia, "torear de frac", decía Gaona, cuyo estilo de torear delicado, sereno, de suave ritmo, suprimía la angustia de la muerte.

"Me gustaría torear desnudo. Tener la sensación completa de ser yo, solo, ante la fiera", decía Belmonte el torero más emotivo, el reformador del arte moderno de torear, a quien Unamuno habría llamado agónico.

El hombre se exhibe tal como es en la fiesta de los toros. No nada más el hombre-masa, el espectador, también el torero, el artista, exhibe su valor o su cobardía, su serenidad inteligente o su pasión devoradora, su inmoralidad o su valor moral, cuando en la arena nos muestra libremente sus reacciones frente al toro.



PICASSO. Corrida de toros. *Oleo.* 1934.



ANDRÉ MASSON. Tauromaquia. *Oleo*. 1937.

La fiesta de los toros es la escuela en donde aprende el pueblo a reconocer lo auténtico y a desdeñar lo falso.

Un "mozo de espadas" no puede suplantar nunca al "matador"; volaría por los aires. La verdad jerárquica en que se apoya la fiesta, comprobada frente al público y frente al toro, es indiscutible. El "matador" es "matador"; el "maestro", "maestro". No caben los falsos oropeles, las falsas glorias, las reputaciones falsificadas, las apariencias engañosas, frente al toro, grave desengañador.

Esta facultad de juicio —en lo moral y en lo artístico— que el espectáculo de los toros concede fácilmente al pueblo se advierte en las formas de vida y en las costumbres del español y el mexicano atentos a descubrir la verdad, la autenticidad, la lucha contra lo falso, lo aparente, lo engañoso.

Puede decirse que, como en el toreo, todo hombre tiene su "hora de la verdad". Como la tuvo Don Quijote.

Todos los seres, sin distingos de edad, sexo o condición —lo mismo el banquero que el albañil— se interesan en el arte de los toros. Prueba que es arte puesto que, como la música o la poesía, unifica a los hombres y los reúne en un mundo ajeno al de la lucha personal.

¡Qué exaltación del poder creador del hombre para la belleza, frente a la vida y la muerte, se manifiesta en los toros!

Después de la realización de una gran faena, el lidiador que ha logrado comunicar a la muchedumbre su propia exaltación, sabe que no fué el éxito, el aplauso o la admiración conquistados, el origen de su emoción sino el sentirse arrebatado, fuera de sí, y, a la vez, seguro de su poder frente al toro —dócil colaborador, olvidado instrumento y visión de la muerte.

¿La dicha oscura de la sangre, lo mismo en el amor triunfante que en la revelación del sueño? ¿La embriaguez —el éxtasis— de vencer el peligro hasta olvidar el temor y, sobre sus cenizas, crear la gracia de un vuelo con el cuerpo feliz, liberado y convertido en vibración, línea y color?

¿La danza ante la muerte, vencedora, de la que participan miles de espectadores —otros hombres— contagiados por la emoción del lidiador?

El espectáculo tiene algo de la fuerza primitiva, mágica, africana, de esas ceremonias religiosas de algunas sectas, practicadas entre los negros, que alcanzan el trance colectivamente, por medio de danzas y cantos, guiados por un sacerdote. Pero en el toreo el origen de la exaltación por la gracia y la belleza de las imágenes, burlando el peligro con gracia y belleza, es más refinado, más intelectual, de un orden estético superior por desinteresado e inútil.

No son los conceptos sino los sentidos —las sensaciones— las fuentes del arte.

El espíritu sería ajeno al hombre si careciésemos de la conciencia de nuestros sentidos y si por su educación, su perfeccionamiento, no se lograran las nociones más espirituales, por ejemplo, en la música y en la poesía.

El arte del toreo nace del choque de las sensibilidades inconscientes del toro y el caballo y la conciencia de los sentidos en el hombre. Es una sensación embellecida. Es la sensación viva de la belleza plástica del movimiento junto a la muerte que es la negación del movimiento, lo inerte.

El toreo es un arte incompleto porque carece de la belleza de otros sentidos, los más delicados e intelectuales; pero, quizás, el único arte completo, en relación con la Naturaleza, sea el del amor, que se sirve de todos nuestros sentidos y todas nuestras sensaciones para dar la vida.

PEDRO FIGARI, PINTOR AMERICANO

Por *Jorge* ROMERO BREST

A MIS AMIGOS URUGUAYOS GISELDA ZANI
Y CARLOS A. HERRERA MAC LEAN.

I

La ya copiosa biografía figariana se ha visto enriquecida últimamente con dos trabajos de valor, debidos a los distinguidos críticos uruguayos Giselda Zani [1] y Carlos A. Herrera Mac Lean.[2] Después de leerlos, la responsabilidad para escribir sobre Figari se acrecienta, pues los autores citados no sólo han volcado un acendrado amor por la obra del genial artista uruguayo, sino han puesto toda la competencia de críticos honestos que poseen al servicio de una comprensión plena de la misma.

Sólo quien pudiera frecuentar las obras del maestro con la asiduidad y dedicación de aquéllos —como en su momento lo hizo Julio Rinaldini entre nosotros [3]— estaría en condiciones de reintentar una interpretación de conjunto. No es ese el propósito que me guía al escribir este ensayo, sino plantear —y resolver a mi modo— un problema, no suficientemente debatido, que se puede formular así: ¿expresa la realidad americana, o por lo menos rioplatense, la pintura de Figari? ¿ha abierto, por tanto, el camino de la futura pintura de nuestro continente o por lo menos de los países sureños?

---

[1] GRISELDA ZANI. *Pedro Figari.* Editorial Losada. Bs.As. 1944.

[2] CARLOS A. HERRERA MAC LEAN. *Pedro Figari.* Editorial Poseidón. Bs. As. 1943.

[3] JULIO RINALDINI. *Un pintor de América*: *Pedro Figari.* En "De Leonardo a la pintura contemporánea. Editorial Poseidón. Bs. As. 1942.

Como el problema es de sociología y no de crítica artística excluiré toda consideración sobre el alto valor individual de la obra de Pedro Figari, a quien es justo caracterizar como "un peintre qui ne doit rien à personne, qui a inventé sa propre technique, qui a trouvé à son inspiration un domaine absolument neuf et en a tiré une des oeuvres les plus captivantes qui soient", según palabras de Georges Pillement.[4]

II

SERÁ necesario presentar a Pedro Figari, su vida y su obra, porque no tuvo una trayectoria definida y permanente de pintor. Por el contrario, orientó sus primeros pasos en el campo de la abogacía y de la magistratura, llegando a ocupar en ésta el cargo de Defensor de Pobres, que ejerció durante muchos años con una competencia que mal podría suspecharse en un artista de su talla. Especie de Emilio Zola, tuvo también su "affaire Dreyfus", consagrándose durante cuatro años a la defensa de un militar acusado unánimemente de haber cometido un crimen, hasta que logró su absolución; rasgo de carácter que denunciaba ya el profundo sentimiento humanitario que lo distinguió en toda hora y que le llevó a ser reformista social y fogoso periodista.

No fué extraño a la política: diputado, miembro del Consejo de Estado, presidente de corporaciones políticas, revolucionario en su hora, ministro plenipotenciario, fueron cargos que ocupó sin descuidar sus tareas de abogado y jurista, de filósofo y ensayista, y de pintor. Tampoco fué ajeno a la enseñanza, aunque su paso por la Escuela Industrial haya sido meteórico, renovando planes de estudio según las concepciones modernas y quitándole todo el lastre académico que entorpecía la formación espiritual y técnica de los alumnos.

Y bien, este hombre terminó su vida como fecundo pintor. Frecuentemente se afirma que empezó a pintar

[4] GEORGES PILLEMENT. *Pedro Figari.* Editions G. Crès. París, 1930.

después de cumplidos los 50 años. Según Herrera Mac Lean habría sido en Buenos Aires donde, junto con su hijo Juan Carlos, "se dieron a una febril e incógnita creación pictórica" en 1921. Y Rinaldini, que lo confirma, ha escrito: "Podemos suponer que durante ese tiempo se fueron acumulando en él los silencios que una fatal incomunicación va sedimentando en ciertas naturalezas mientras sonríen a la necesidad y a los hombres. Podemos suponer que la pintura fué para él el conducto de salida de una expansión de secretos vitales, de una experiencia moral donde la realidad se filtra y sale transfigurada". Giselda Zani, no obstante, ha protestado contra "la leyenda del viejo abogado, que, tras haber realizado algunas escaramuzas artísticas —poco valiosas, se ha dicho— en la adolescencia, vuelve a su pretendido pasatiempo después de haber cumplido el medio siglo de existencia" y ha afirmado que "el Figari 'niño', el Figari 'primitivo', el Figari de las figuras 'abocetadas' (sic) es nada menos que un hombre que pintó durante toda su vida", aunque reconoce que en la primera parte de ella no alcanzó la mágica fecundidad de los últimos años.

Sin terciar en la polémica —porque no poseo elementos de juicios para hacerlo— puede admitirse fácilmente la última opinión, ya que ningún artista madura repentinamente en el momento en que se inicia la curva descendente de la vida, sin una etapa previa de largos y cruentos ejercicios de la mano y el espíritu; pero también es cierto que la fecundísima obra de Figari —dejó a su muerte más de cuatro mil cartones— se realizó en el corto lapso transcurrido entre su instalación en Buenos Aires (1921) y su muerte acaecida en 1938.

Se sabe que Figari estudió pintura desde temprana hora con un artista italiano residente en Montevideo, Wilfredo Sommavilla, de tradición académica, y se conocen algunos cuadros primeros de aquél que la denuncian claramente. Su amistad con Milo Beretta, pintor uruguayo impresionista, y sus frecuentes viajes a Europa, permiten suponer que conoció el gran movimiento de la pintura francesa de fines del siglo, al que parece repudió con energía.

Muchos grandes nombres se han citado para encontrarle raíces a la pintura de Figari: Brueguel, Watteau, Goya, Toulousse-Lautrec, Daumier, Constantin, Guys, Vuillard, Bonnard, pero en verdad ninguno de ellos parece haber influído verdaderamente más que "por un vago emparentamiento artístico" (Herrera Mac Lean). Lo cierto es que en el momento en que Figari comenzó a pintar apasionadamente, el naturalismo académico estaba en derrota, se anunciaba ya el fracaso del impresionismo y penetraban con renovadas energías, después del fin de la guerra del 14, las direcciones puristas y el "fauvisme". Es cierto que aquél había escrito al frente de su libro, ARTE, ESTÉTICA, IDEAL: "A la realidad, mi más alto homenaje", pero su concepción de la realidad estaba lejos del chato naturalismo académico y se manifestó casi desde el primer momento como una fuerza avasallante de trasposición poética. Rinaldini, que cultivó la amistad del maestro, ha hablado de los reproches que le formularon los artistas de su tiempo: "Para los cultores de la realidad impresionista Figari era algo así como un imaginativo, o un fantasista de la pintura; para los que ya hablaban de abstracciones o de valores plásticos puros, era un narrador solazado en el desarrollo de un tema que tenía para nosotros —grave defecto— un poderoso ascendiente sentimental".

En medio de la crisis —Guttero organizó el primer SALÓN DE ARTE NUEVO en "Amigos del Arte" en 1928— Figari se encaminó solo, perdido el apoyo que le significara su hijo, hacia el triunfo de su originalísima personalidad.

III

No es fácil saber si Figari se propuso realmente expresar la realidad americana. "Siempre le oímos, sus amigos —antes de saberlo pintor— reclamar maneras americanas, pensamientos americanos —ha escrito Herrera Mac Lean—. Y hablaba, repudiándolo siempre, del sentimiento simiesco de estos pueblos jóvenes, que antes de actuar, de dar un paso, miraban y copiaban el cansado paso de Europa". También Rinaldini se ha referido al aliento

que daba a los pintores que trataban de echar las bases de un arte americano, aun cuando confiesa que nunca creyó que tal fuera propósito del maestro y recuerda que solía decir: "Yo no soy pintor. Mi intención es fijar algunos recuerdos, anotar algunos episodios genuinos de nuestra vida social para que los artistas vean el partido que pueden sacar de ellos". "De este modo —agrega Rinaldini— daba la razón a unos y a otros. Pero la verdad no era esa. Figari fué sobre todo y ante todo pintor".

Los que piensan que Figari logró realizar una pintura americana se basan esencialmente en los temas —pintorescos, costumbristas e históricos— con los cuales "compuso" su evocación de cierta etapa del pasado rioplatense. Creen ver en los candombes de negros, las soledades pampeanas, las escenas callejeras, las danzas gauchas, las escenas históricas, los salones federales, los barrios de la Restauración, las corridas de toros, hasta en los temas de trogloditas e indios, la reviviscencia histórica de una realidad que suponen auténticamente americana. El dinamismo de las figuras, aun en los casos en que pareciera propicio el estatismo, por ser más pictórico éste que aquél, acentúa el carácter reviviscente de su pintura.

La manera de tratar dichos temas: primitiva, ingenua y ruda, hace pensar en una pintura de iniciación, genuinamente arcaica, así como otros rasgos particulares que Giselda Zani se ha encargado de hacer notar: el gran descubrimiento de fidelidad a la atmósfera rioplatense, manifestado en su preferencia por la luz del atarceder, la que "confiere a su pintura la calidad nostálgica que la hace tan solidaria con nuestra música popular o campesina, con la psicología solitaria y orgullosa de nuestras gentes de campo. . ."; la composición según "las grandes horizontales dominantes en la arquitectura colonial sudamericana", a la que también alude Herrera Mac Lean.

No deja de ser un rasgo americano la violenta oposición de contrarios en la que reposa la pintura de Figari: entre lo popular y lo culto, lo grotesco y lo refinado, el color plano y el color "valorizado", el movimiento y el estatismo, sobre todo entre los títulos de los cuadros, llenos de sabor épico, y el contenido objetivo de los mismos, rítmico y decorativo.

IV

A pesar de las razones apuntadas, no me parece tan evidente el carácter americanista del genial artista uruguayo; por el contrario, su obra se presenta como un producto genuinamente europeo o europeizante, que no conserva más vínculo con la realidad de América que el que posee toda la cultura occidental con nuestros países. La misma Giselda Zani, llevada por su ardor crítico, dice que Figari "fué un gran pintor occidental, uno de los grandes europeos de nuestro siglo", aunque bien es cierto, agrega que "en esa fidelidad a la tradición más auténtica de nuestra cultura, que es la de la Europa occidental, radica la grandeza de su lección". Esto resulta innegable pero ¿alcanzó Figari a expresar, manteniéndose fiel a la tradición de Occidente, la modalidad propia, el acento peculiar, del alma americana? Ahí reside el meollo de la cuestión.

La ascendencia italiana de Figari, su "formación" cultural europea, sus gustos artísticos, sus viajes, el carácter del "Salón Figari" del que habla Mac Lean, lugar de paso de todas las personalidades de Europa en sus viajes al Plata, así como el entusiasmo que sus obras provocaron en París y siguen provocando en todos los extranjeros cultos que viven en Buenos Aires o en Montevideo, son síntomas coadyuvantes, aunque no los elementos de juicio fundamentales, para juzgar un estado de espíritu no americanista.

La rápida aceptación de la pintura de Figari por los pintores "modernos" rioplatenses, después de su segunda exposición en Buenos Aires (Herrera Mac Lean), es decir por los que acababan de llegar saturados con los principios de la Escuela de París, y el repudio de los que continuaban en la ingenua tradición naturalista americana, no deja de manifestarse como un testimonio de la filiación europea de aquélla, ya que los primeros la apreciaron porque supieron ver, por debajo de la temática, las formas que habían aprendido a estimar cultivando los movimientos de vanguardia.

La actitud de los extranjeros que viven en nuestras ciudades es igualmente sintomática. Se arrebatan ante los

cuadros de Figari y hablan de que es la única pintura que expresa la realidad americana, porque satisfacen en ellos una doble urgencia emocional: la de la sensibilidad europea y la del exotismo. Se refieren a la realidad americana cuando son ellos precisamente los menos indicados para palparla y conocerla, como lo demuestran al afirmar constantemente que las ciudades de América no tienen carácter y sólo lo hallan, en Buenos Aires, por ejemplo, en el barrio de la Boca, porque allí predomina el elemento genovés y es sumamente pintoresco por ser viviendas de ribera y de pescadores. Actitud lógica sin duda, porque los europeos llegan a América con un esquema mental y sentimental que les impide ver cuanto pueda haber de original en ella y les hace rechazar, como manifestación regresiva de cultura, todo lo que implique negación de las formas de vida imperantes en Europa.

V

Si se comparan ciertos cuadros de temas evidentemente europeos —los paisajes de Venecia o las corridas de toros, por ejemplo— con los de temas circunstancialmente americanos, se verá que no existe entre ellos ninguna diferencia desde el punto de vista expresivo y que el pretendido americanismo de los segundos se desvanece como por encanto en los primeros. Este testimonio bastaría para probar que la inspiración americana reside solamente en los temas; pero aun en esto último es discutible, pues ellos son evocativos —lo que implica ya evasión— de una realidad que ha perdido todo contacto con el presente: ante todo el negro —casi totalmente desaparecido en ambas márgenes del Plata—, luego el campo, cuya primigenia e incipiente cultura sólo se mantiene con cierta fuerza a causa de su exotismo, finalmente la ciudad colonial o semicolonial, a la que cuesta reconocer aun en las más pequeñas poblaciones de Argentina o Uruguay. Ningún crítico ha dejado de subrayar ese sentido evasional de la pintura figariana: Giselda Zani dice que pintó "la luz del recuerdo" y Georges Pillement, que "n'étant asservi à aucune réalité, suivant tous les caprices du souvenir et de l'imagination,

la peinture de Figari est d'une richesse de poésie éblouissante".

La pintura histórica puede ser actual, cuando la realidad que ella expresa mantiene sus vínculos vivos con el presente, pero tal no es el caso de Figari, para quien los temas sólo fueron prètextos con los cuales creó un supramundo de intensa expresión poética universal. Pienso que el más exaltado folklorista rioplatense ha de confesar que la cultura actual de estos países ha cortado sus amarras con esa realidad campesina y suburbana que le fué tan cara a Figari.

La maduración de la cultura moderna en los países del extremo sud de América —sospecho que el mismo fenómeno ocurrió en todo el continente— no se produjo como resultado de una lenta evolución, sino por implantación de nuevas raíces, lo que determinó que las antiguas, más profundas y auténticas, se fueran secando hasta morirse definitivamente en nuestros días. Figari, sin la sensibilidad hispánica que quizás le hubiese permitido rastrear en los orígenes mismos de la cultura rioplatense, atenaceado por ideales europeos que no podía ver realizados en las ciudades, todavía incipientes como grandes urbes, creyó honradamente sin duda que la tradición estaba en ese mundo, transformado en sueños por su espíritu, que correspondió a un momento pasajero de nuestro desarrollo histórico.

Por otra parte, ni siquiera esa realidad histórica la expresó con fidelidad, pues introdujo en la interpretación de los temas caracteres y modalidades exclusivamente modernos —por ejemplo, la falta de sensualidad en los candombes— de modo que con razón ha protestado Giselda Zani contra los que insisten en afirmar que Figari fué pintor costumbrista y pintoresco, porque en verdad sus obras no fueron documentales, y con la misma razón Rinaldini ha podido decir, que "no es un teórico empeñado en llevar al arte de la pintura por cauces de inspiración americanista, ni es un simple evocador del pasado rioplatense".

Se ha hablado del primitivismo de Figari, de su ingenuidad e infantilismo, del estado de inocencia en que pintaba, todo lo cual ha hecho suponer que supo ver nuestra realidad histórica con ojos vírgenes, libres de toda conta-

minación académica y de toda tentación imitativa de lo europeo. El ejemplo del aduanero Rousseau parece imponerse, aunque éste no evocaba sino que veía con simpleza, y el recuerdo de Gauguin, huyendo a islas perdidas del Caribe o del Pacífico, no deja de aparecer. El segundo sobre todo es de recordación legítima, porque la ingenuidad de Figari obedeció a idénticos motivos que los que tuvo él —cansancio ante una expresión estereotipada y terriblemente intelectualizada, en la que amenazaba zozobrar el arte europeo— como se comprueba comparando los cuadros anteriores a su madurez: el retrato del pintor y su esposa (1890) y Mercado viejo (1909), reproducidos en el libro de Herrera Mac Lean, y los que pintó después de 1921.

No siendo intelectualista Gauguin, como tampoco lo fué Figari, obedecieron no obstante a impulsos intelectualistas sin saberlo, y por eso las formas de ambos, aunque parezcan ingenuas, están cargadas de sentido cultural, de civilización. No creo en la inocencia de Figari, ni en su falta de prevención frente a la realidad, ni en su aptitud de captación espontánea de los hechos, como ha escrito Rinaldini, sino en una fingida ingenuidad para poder liberarse de ciertas trabas académicas y dar rienda suelta a su expresionismo barroco y decorativista originario.

Ahora bien, ¿se dieron en el Río de la Plata las condiciones naturales que justificaran esa evasión hacia el recuerdo de ensoñación poética y esa búsqueda afanosa de "lo primitivo"? No creo que nadie pudiera afirmarlo. Por el contrario, parece que la introducción de esos problemas y de las formas correspondientes —en el momento en que Figari comenzó a producir copiosamente, es decir hacia 1921— respondió a motivos absolutamente ajenos a su realidad social y espiritual, razón por la cual el desequilibrio que entonces se produjo no ha dejado de tener consecuencias hasta nuestros días.

VI

La concepción expresionista y anti-naturalista de Figari justifica las contradicciones anotadas, sobre todo entre la realidad viva que pretendió expresar y las imágenes que

creó, porque aquélla le llevó a imponerse a sí mismo la voluntad poética de pura pintura. En verdad Figari nunca relata —la pintura por otra parte no se presta para hacerlo—; siempre crea un mundo artificial. Herrera Mac Lean dice que "nos trae inagotable, el libro de todos sus cuentos", pero no advierte que el relato sólo está implícito en los títulos, como ya he hecho notar. El relato puede ser imaginativo, pero deja de serlo cuando la pura expresión lírica lo supera como intención creadora: tal fué el caso de Figari.

Así se explica también la permanente huída a toda expresión psicológica individual. ¿Cómo se puede decir que se trata de una pintura nostálgica y angustiosa y que Figari como ningún otro pintor ha sabido penetrar la psicología de los negros de América? Y ¿cómo se pueden cohonestar esas afirmaciones de Pillement con el acercamiento justo a Watteau, lleno de gracia, de delicadeza y de refinamiento? ¿Puede admitirse la caracterización de Herrera Mac Lean como pintor "impresionista subjetivo, íntimo, de emocionada vida interior?". Por el contrario, Figari aparece como un artista que osciló entre la épica y la lírica, descargado de todo sentido humano naturalista y aun del romántico. Quizás en algunos paisajes pampeanos, urgido por la expresión propia de la tierra que representaba, se manifieste un atisbo de sentimiento romántico, pero nadie estuvo más alejado que Figari de toda aventura panteística.

Figari no fué un sentimental ni un romántico; "fué un 'emotivo visual' en quien los hechos se graban con caracteres indelebles y en quien los pensamientos se materializan, toman forma material", como ha escrito Rinaldini. "Ese singular mecanismo que convierte en imagen todo lo que el individuo siente y percibe, voluntades, nostalgias, sugerencias de la palabra y el sonido, reacciones temperamentales y morales; esa imaginación plástica que todo lo materializa, que todo lo *realiza,* fueron en Figari perfectos. Así podía pintar —hecho del que fuí testigo, ha agregado— un cuadro con todos los atributos de la buena pintura mientras relataba los pormenores del tema". Más que ideas o pensamientos, lo que expresó en sus cartones fueron las fragmentarias formas de su emo-



FIGARI. Autorretrato. 1890.



FIGARI. Mercado viejo. 1909.



FIGARI. Doble boda (detalle).



FIGARI. Candombe.



FIGARI. Pericón en el patio.



FIGARI. Reunión colonial.



FIGARI. La pampa. 1927.



FIGARI. Colonial. 1925.



FIGARI. Entierro. 1932.



FIGARI. Candombe. 1927.

ción visual, conforme a un proceso de pura intuición sensible que difícilmente puede considerarse como genuinamente americano.

Los demás caracteres de su pintura, acordes con la de muchos artistas europeos contemporáneos, en especial con los que derivaron del movimiento "fauve", no hacen sino confirmar ese predominio de la intuición sensible sobre la observación empírica naturalista y toda ideología mental. De manera muy sagaz Giselda Zani ha señalado ese paso apenas perceptible y paradójico que suele producirse en los pintores naturalistas hacia las formas barrocas. "Es como si los cultores fanáticos de lo transitorio, lo puramente anecdótico, cayeran víctimas de su propia idolatría —ha escrito—, y llegaran a confundir la transitoriedad de lo contingente, su infinitud, con la serena esencia de lo real, de lo que vale y perdura en sí mismo". Aunque ella afirme que Figari se preservó de ese peligro, resulta innegable a mi juicio que se mantuvo en la concepción barroca y decorativista, manifestada en la densidad de los empastes y la exquisita riqueza de los ritmos plásticos, en consonancia con un fuerte sentido imaginativo de la expresión, gracias al cual parece que hubiese jugado con los elementos de su arte. Atalaya señaló [5] este carácter de la pintura figariana en su hora, aunque quizás haya extremado su juicio adverso al derivar consecuencias de él.

El carácter musical, destacado por ambos críticos uruguayos como una de las notas definitorias de la pintura de Figari, confirma esa exaltación desmedida de la sensibilidad que imperó en algunos movimientos europeos de vanguardia, pero que siempre fué importada en América.

Y la técnica, empaste grueso, vibración no sólo del color sino de la materia, figuras rápidas y certeramente esbozadas, contrapuntos sonoros o suaves melodías tonales, todo hace pensar en el pintor repentista que trabajaba llevando su emoción en la punta del pincel. "Manchaba nerviosamente, facilitado por la técnica del cartón, de secado rápido... Pintaba con premura. De un cartón apenas manchado, pero ya palpitante, pasaba a otro cartón; y luego otro. Después volvía a retomarlos para el ajuste

5 ALFREDO CHIABRA ACOSTA (Atalaya). *Doctor Pedro Figari. Críticas de arte argentino (1920-1932)*. M. Gleizer. Bs. As. 1934.

del color... La obra no la admitía nunca terminada...". (Herrera Mac Lean).

No se engañe el lector, esta menuda caracterización de la pintura figariana, aunque cierto ardor polémico pudiera hacerle pensar en intenciones negativas, no tiende a restarle valor, sino simplemente a probar su neta y directa filiación europea.

VII

No se ha insistido suficientemente sobre el carácter irónico de la pintura de Figari, aunque Rinaldini haya dicho que "este hombre de regreso tenía, en su modo de ser, mucho de la socarronería del gaucho". Más que socarronería, malicia o impresión virginal, en las representaciones de candombes, fiestas criollas o interiores federales, vibra esa ironía finamente cáustica que constituye el "esprit" francés; la socarronería criolla es directa, graciosa si se quiere, pero simple, carente de trastienda cultural, mientras que la ironía de Figari es la que corresponde al hombre refinado y escéptico.

¿En qué documentos de orden literario, musical o plástico podrían basarse quienes se animaran a decir que la gracia de los ritmos de los pericones criollos, la potencia imaginativa de los nocturnos, la comicidad finamente irónica de los candombes, la sátira de las fiestas federales, tienen raíces criollas? Piénsese en Martín Fierro, en Mármol, Echeverría, Sarmiento o Alberdi, en las danzas campesinas, en el florilegio retórico de los clásicos y en la fuerza apasionada de los románticos, en Prilidiano Pueyrredón o Eduardo Sívori, en Juan Manuel Blanes o en Carlos Sáez, en José Enrique Rodó y se comprenderá hasta qué punto nos son extrañas las imágenes de Figari. ¿No se está viendo a las claras que hay en los cartones de éste una violenta trasposición poética, gracias a la cual las figuras históricas remozadas cobran una extraña espiritualidad que nos es ajena? Quizás por ser francés, Georges Pillement ha captado con certeza este aspecto de la pintura del maestro uruguayo, aunque haya querido al mismo tiempo dotarla de una aspereza emotiva que a mi juicio no posee.

VIII

La afirmación de que la pintura de Figari es americanista proviene, a mi juicio, de quienes se aferran a tradiciones literarias, creyendo que son éstas las que constituyen la realidad que debe expresar el pintor, sin que adviertan que el contenido del arte no es literario, ni histórico, sino vivo y actual en todos los casos; o de quienes se han dejado llevar por las ideas de Figari, de cuño positivista, sin reparar en la contradicción que siempre existió entre ellas y sus imágenes pintadas; o de quienes aun hoy mantienen una inadecuada posición frente a lo que debe ser la "expresión de la tierra", embarcados en la vana tarea de resucitar el folklore nacional.

Por lo pronto, la tradición pictórica en estos países de América es naturalista y romántica, caracteres manifestados a través del retrato, el paisaje y el tema costumbrista, tradición de pintura ingenua, fuerte, generosa, sin complicaciones metafísicas y sin alardes de sensibilidad quintaesenciada. Figari, como tantos otros, vino a quebrar esa tradición, para introducir, más disfrazadamente es cierto, una sensibilidad y una concepción del mundo que no eran ni son las de las mayorías americanas: el pueblo trabajador en la ciudad y en el campo, la clase media y la superior —salvo las pequeñas minorías intelectualizadas y europeizadas— son positivistas, naturalistas y románticos todavía, razón por lo cual no comprenden esa avalancha de lo exquisito y lo sensible que ha irrumpido en los últimos veinte años.

Lejos de abrir una senda real, como tantos creen, Figari tomó por un camino muerto que sólo le permitió crear un mundo mágico de ensoñación poética, sin consecuencias fecundas. En países jóvenes como Argentina o Uruguay estos excesos de sensibilidad entorpecen el crecimiento y no contribuyen a vigorizarlos. Si nuestras costumbres y nuestras maneras de ser, por demasiado rudas excluyen el ejercicio de la fantasía y reducen las posibilidades de expresión imaginativa, tienen en cambio otros caracteres que tendrán que mostrar alguna vez los artistas de América.

IX

El fundamento de un posible arte americano ha de buscarse, a mi juicio, no en actitudes apriόricas o de evasión, como se acostumbra, sino en el análisis de la realidad de América. Si la peculiaridad de este continente estuviese en su pasado, lógico sería postular su revitalización como punto de partida para el logro de una auténtica expresión. No han faltado quienes han creído en esa posibilidad originando un problema de retornos, similar al de Europa, ya sea a la tradición vernácula, anterior a la época colonial, ya sea a la hispánica o a la europea occidental.

Resulta difícil comprender la idea de los que propugnan un retorno a las viejas culturas indígenas, sobre todo en países como los nuestros, donde no llegaron a desarrollarse ni a madurar, limitándose a ser expresiones de una técnica de vida en extremo primaria. ¿Quién puede creer que los restos hallados de la cultura calchaquí o chaco-santiagueña o guaranítica en Argentina pueden ser fundamento de la expresión artística actual? No sólo se trata de formas artísticas en extremo rudimentarias, sino que carecen además de toda fuerza actuante, de modo que la pretendida vuelta a la tradición sólo ha podido engendrar un arte anecdótico y superficial, cuyas expresiones son dignas de figurar como "american curiosity" en los bazares para turistas.

No han faltado los que postularan una vuelta a la tradición hispánica, basándose en la comunidad de idioma y en cierto modo de ideales con la madre patria. No se puede negar que fué España la que sembró las primeras semillas de cultura en suelo americano, de donde surgieron obras artísticas de la mayor importancia durante los siglos XVII y XVIII; pero tampoco se puede olvidar que, desde la época posterior a la Revolución de Mayo, la influencia cultural española se fué debilitando cada vez más, hasta que fué suplantada, con el movimiento liberal y romántico, por la francesa, triunfante no sólo en el Plata sino en el mundo entero, a la que se agregaron luego la italiana, la inglesa y la alemana. Este alejamiento de España, visible claramente en la evolución de las artes plásticas, no res-

pondió solamente a motivos políticos, sino a una nueva forma de vida, más europea que española, que se inauguró entonces. La vuelta al pasado artístico hispano-americano, pues, aunque pudiera ser grata por razones sentimentales, carece de toda vigencia cultural. Hoy, la pintura colonial resulta tan extraña y exótica, para el alma del argentino o del uruguayo, como la que proviene de las viejas culturas indígenas.

Se ha creído entonces, y no sin razón, que la pintura rioplatense no puede obedecer a otra tradición que la europea, ya que desde mediados del siglo XIX ha sido el arte de Italia y de Francia en especial el que ha predominado. Sucesivamente han ido apareciendo los diversos movimientos del viejo continente: neo-clasicismo, romanticismo y naturalismo, impresionismo y post-impresionismo, las formas diversas del vanguardismo. Enamorados de Europa, en realidad de París y de su clima especial, los artistas rioplatenses han ido perdiendo en lo que va del siglo su horizonte natural y se han lanzado a crear con la utópica pretensión de que formas que responden a una realidad espiritual inexistente en América, tengan no obstante vigencia social. Mientras unos siguen creyendo que la expresión americana debe ser naturalista ingenua y sentimental, otros creen que para lograrla se debe huir de lo circunstancial y anecdótico, e ir en pos de la engañosa expresión universal. Entre el naturalismo y el purismo ha oscilado la pintura en los países del Plata, escapándoseles a los artistas lo único que importaba expresar: la realidad espiritual de América.

Bien están los maestros cuando son buenos; bien está que se los honre y se les agradezcan sus lecciones; pero es muy peligroso entregarse a ellos, porque a cambio de un puñado de sabiduría —en definitiva, un plato de lentejas— se llevan lo mejor que cada uno posee, ya sea un hombre, ya sea un país o un continente: la espontánea capacidad de crear. Por eso, si bien considero nocivo todo retorno al folklorismo indígena o a la tradición hispánica, no menos nocivo es continuar en esta corriente de europeísmo agudo en la que se hallan embarcados los mejores, amenazando malograr las posibilidades de expresión genuina.

Figari comprendió muy bien, como se ha dicho, los peligros que se escondían tras los fáciles retornos y la brillante tutoría europea, pero no llegó a enraizarse vitalmente en la nueva realidad que se imponía mientras él pintaba afiebradamente y por eso prefirió evadirse hacia sus propios recuerdos. A él le tocó vivir, en efecto, en un momento en que se acentuó el divorcio entre el campo y la ciudad, siendo aquél un mero repertorio de posibilidades económicas, incapaz de elaborar una cultura artística propia. La ciudad entretanto, quemando etapas, fué perdiendo todo vestigio hispánico y adquiriendo ese matiz de deshumanización aparente que la caracteriza. ¿Qué posibilidades tenía entonces un pintor como Figari, educado a la europea y con una fina sensibilidad también europea? O hundirse en la ciudad moderna, dispuesto a encontrarle su médula de emoción, que la posee sin duda, o evadirse hacia el pasado de esa misma ciudad, al único que podía comprender sentimentalmente. La segunda fué la que realizó, traicionándose en cierto modo a sí mismo y a sus ideales.

La mayor dificultad para expresar esa realidad urbana que vertiginosamente se ha ido constituyendo en los países rioplatenses reside en el hecho que, si bien no guardan las ciudades resabios de sus orígenes hispánicos, tampoco tienen caracteres definidamente europeos, de modo que la originalidad se halla en ciertos matices peculiares de vida, gracias a los cuales América ha sabido adaptar los medios instrumentales de la cultura europea a ciertos ideales que son americanos. Para expresarlos, el pintor ha de volver a dar la categoría que se merece al tema, pues él no sólo sirve para establecer enlaces emocionales con los espectadores, sino también para ayudarle a descubrir la forma expresiva. Quienes crean que la trascendencia espiritual no es obra voluntaria del hombre sino el resultado de un penoso ascenso desde los estratos primarios del ser —su condición física, viva y su sentimentalidad— habrán de comprender que la solución al problema del artista americano está en volver modestamente la mirada hacia el mundo en que vive, con la plena conciencia de que encontrará en él los elementos de inspiración con los que ha de poderse elevar hacia la codiciada expresión universal. Una vez más he de decir que Figari lo comprendió así y sólo fracasó por

su falta de adecuación a la realidad vital que lo envolvía. Si América tiene una realidad espiritual ella ha de ser expresada por medio de sus hombres, de su paisaje, de los elementos de vida que aquél ha sabido crear: el pintor que vuelva sus espaldas a esa realidad material, que esconde en su seno la otra realidad, la espiritual, ansioso de llegar a la meta por los caminos del ensueño metafísico o lírico, equivoca su ruta y se desploma en el vacío. Y aquél que quiera buscar con afán lo más vivo y actuante, la raíz existencial de esta cultura que es la suya, ha de hallar que sólo la ciudad parece existir y que sólo ella puede calmar su sed.

La original expresión americana en la pintura no surgirá solamente por el prestigio social de los temas. Idéntica importancia tiene la manera de tratarlos. Ya se ha dicho que Figari se enroló en una tendencia de exacerbación de la sensibilidad, que le permitió enriquecer las formas plásticas con notas de refinamiento que sólo aquélla es capaz de proporcionar, pero también le impidió la construcción de un mundo ordenado e inteligente. "El artista crea —he escrito en otra ocasión— mas no sólo con su reacción sensible ante las cosas, sino expresando, al representar esas cosas ante las cuales reacciona sensiblemente, una visión coherente y sintética del mundo; del mundo en que vive en primer lugar; del mundo total en el momento histórico que le pertenece, en segundo lugar, a lo que llega por un fenómeno complejo de trascendencia creadora. Si el artista desdeña esa vida inmediata, en la que fatalmente se hunden las raíces de su propia vida, aspirando, como aspira, a lograr la expresión de validez universal, comete el grave error de ignorarse a sí mismo y de ignorar el mecanismo de universalización de la cultura, tal como históricamente lo conocemos; renuncia así, a expresar una visión del mundo y se conforma con meras reacciones, fragmentarias reacciones de una sensibilidad a veces exquisita sin duda, que no alcanzan a satisfacer a quien busca en la obra de arte una emoción total que, por serlo, ya no es meramente estética, sino profundamente vital". Figari renunció a ese deber de todo artista que pretende ser actual y por eso su ejemplo no es aleccionador para los pintores de América.

A Figari le sobró sensibilidad —valga la exageración polémica— y le faltó rigor, disciplina y visión sana de su realidad circunstancial. Lo que hace falta en América no es el refinamiento que implica el acarreo de materiales de mejor calidad, sino la capacidad de organizar elementos rudos, primarios, fuertes, plenos de sentido humano, porque nuestra concepción vital —naturalista y romántica todavía, como he dicho— así lo requiere; lo que hace falta es un arcaísmo auténtico, a través de cuyas formas se advierta ese genial forcejeo del hombre que quiere *ser* con absoluta plenitud.

DECORO DE LA PINTURA

QUE AMÉRCA sea tierra abocada al más alto porvenir artístico es cosa ya de común consenso entre sus moradores. Lo es de modo irreflexivo para quienes se dejan pensar por sus querencias íntimas; reflexivamente para quienes saben que el arte, como actividad del espíritu, es, aún más que fruto, agente de libertad. Y tierra de libertad es América, hoy por hoy la más caracterizada y casi única tierra de verdadera libertad en el mundo.

Que el cataclismo de nuestros días entraña fundamentales transformaciones del mapa cultural es cosa que ni a los ciegos, ni en los infinitos ciegos del mundo, puede ocultarse. Si la toma de Constantinopla por los turcos, con las emigraciones que ocasionó en las vísperas de la imprenta, fué fecha decisiva en la historia humana, ¿cómo no lo serán la toma de Berlín por los rusos, la conquista de Roma por América, con las dispersiones de técnicos e intelectuales que se avecinan, cuando la televisión empieza a despertarnos los ojos y se ha consumado la devastación del solar de nuestra cultura?

Cerebro tan alambicado como el de Paul Valéry se atrevía a manifestar antes de la guerra: "Cada vez que mi pensamiento se ennegrece y que dejo de esperar en Europa, sólo recobro alguna esperanza al pensar en el Nuevo Continente... Si Europa ha de ver perecer o decaer su cultura; si nuestras ciudades, nuestros museos, nuestros monumentos y nuestras universidades han de ser destruídos por el furor de la guerra conducida científicamente; si la existencia de los hombres de pensamiento y de los creadores se vuelve imposible o atroz por circunstancias brutales políticas o económicas, cierto consuelo, cierta esperanza caben en la idea de que nuestras obras, el recuerdo de nuestros trabajos y los nombres de nuestros más grandes hombres no habrán existido en vano, y que subsistirán, dispersos en el Nuevo Mundo, espíritus en los que vivirán una vida nueva, algunas de las maravillosas creaciones de los desdichados europeos". Y también decía: "No me sorprendería, por ejemplo, que pudieran resultar afortunadas combinaciones de la acción de

nuestras ideas estéticas insertas en la potente naturaleza del arte autóctono mexicano".[1]

Palabras de espantosa angustia lúcida en vísperas de la catástrofe. Mas he aquí que después de esa catástrofe y conocidas ya sus limitaciones, en el mensaje que el mismo Valéry ha dirigido a los intelectuales de América Latina a través de la Misión Cultural Francesa y que en México fué leído el 18 de abril último, ha vuelto testamentariamente [2] a la carga: "Pensad en nosotros que en la Europa en ruinas, entregada al fuego, a la miseria, a la devastación, tratamos de preservar algunos restos de los bienes más preciosos, una parte pequeña de nuestro tesoro intelectual de pensamiento y de energía creadora. Tened presente que vemos en vosotros los testimonios de lo que fuimos y los depositarios de nuestras tradiciones de arte, de poesía, de cultura superior y noble. Vosotros sois nuestra esperanza, amigos de América Latina". En el supuesto de que el cerebro de Paul Valéry represente algo vivo en el complejo occidental, tan graves palabras equivalen, inequívocamente, a una investidura.

El caso es que, como respondiendo a ese llamamiento, se registra por doquier en América el desperezo de las savias creadoras. En lo que atañe a la pintura, materia que aquí se enfoca particularmente, los síntomas son muchos y persuasivos. El movimiento que trajo consigo la revolución mexicana ha entrado en vías de proliferación y diseminado su virtud en un amplio vivero de jóvenes artistas. En Colombia y Cuba, en Uruguay, Chile, Brasil... cunde la agitación en que se traduce la plétora de aquellos ambientes. Aquí y allá circulan manifiestos, se entablan discusiones. Muralistas y caballetistas, indigenistas y europeizantes se acaloran en defensa de sus particulares símbolos, creando ese clima emocional necesario para el fraguado de las sustancias estéticas. Los europeos establecidos en estos países no dejan, llegado el caso, de atizar con su leña el fuego. El fenómeno merecería por su complejidad y significación un examen más detenido que el que tiene aquí cabida.

Reina al mismo tiempo, preciso es confesarlo, la más caótica confusión en lo que respecta a los ideales, motivaciones y propósitos artísticos, una especie de río revoltísimo favorable a los verdaderos temperamentos creadores pues que implicita una claridad y un orden nuevos. Se barajan conceptos variados, muchos de ellos de escasa va-

1 PAUL VALERY: *América, proyección del espíritu europeo,* en "Síntesis", vol. XIV, Nº 81, México, mayo 1938.

2 La muerte del ilustre escritor francés, ocurrida mes y medio después de redactada la presente nota, ha venido a subrayar el alcance de esta palabra: *testamentariamente.*

lidez directa; se desechan en cambio, sin saber demasiado por qué, aquellos que han dado tan generoso vuelo a los movimientos artísticos de un siglo a esta parte. Se habla de preferencia en términos sociales, raciales, locales si no lugareños, u otros que poco tienen que ver con los contenidos estrictamente pictóricos. Lo que se pretende, en realidad, es reenfocar la cuestión desde un nuevo ángulo y lo que se busca es ese ángulo. No deja de admirar la grávida confianza que, en tan precarias condiciones, depositan los jóvenes creadores en sí mismos y en los destinos continentales, seguridad que escandaliza a los timoratos y a cierto tipo de intelectual europeo aposentado furtivamente en estas tierras, para quien lo ya hecho es por lo visto más importante que lo que queda por hacer. Como si la juventud no necesitara, ante todo, creer en sí misma, en su potencialidad que es vida, y negar de alguna manera, aunque sea haciendo los más rotundos novillos, a las escuelas progenitoras. ¿O acaso cabe cosa más natural que, si ha de superarse la última etapa del arte europeo, como éste mismo lo pretende, América niegue a Europa embarcándose alegremente en su propio destino, para continuar así el desarrollo humano que al Occidente le cupo en suerte realizar durante siglos numerosos? Y si América, como se proclama y por mi parte tengo proclamado, fuera clave de universalidad ¿no habría de diferenciarse en sus realizaciones del occidentalismo que, como es obvio, no pasa de ser *lugarteniente* temporero de dicha universalidad anunciada pero aun no producida?

Conforme a estas vehemencias, ha crecido aquí a ojos vistas la producción libresca en materia pictórica. Buenos Aires y México están inundando el mercado continental con traducciones mejor o peor escogidas y con no pocas obras originales dedicadas al estudio de los pintores clásicos y modernos y a los artistas sobresalientes de América. Pero en esa producción no faltan tampoco los trabajos de creación que recogen las inquietudes generales y pretenden perforar horizontes, señalar derroteros, cuando no rejuvenecer situaciones logradas. Los hay de toda índole, mejor o peor orientados, más o menos valiosos. Descuellan unos por su sinceridad, conteniendo afirmaciones que ayudarán positivamente a resolver los problemas cruciales que hoy plantea el arte de la pintura, se distinguen otros por su demagogia, llamados a hacer reaccionar contra tesis parciales, erróneas a todas luces o insuficientes. Los actuales rumbos de la política ejercen su natural influencia sobre algunas actitudes no tan desinteresadas como el libre ejercicio artístico exigiría. Y queda el afán de notoriedad a ultranza.

En México Alfaro Siqueiros [3] sigue arremetiendo —sin comprenderla en lo que tiene de profundamente revolucionario— contra la pintura europea de caballete con argumentos e inventivas de ingenuidad conmovedora, mientras reclama para su maestría una buena gruesa de paredes que le permitan inocular sus declamatorias composiciones, ya que la masa es lo que cuenta, a la mayor cantidad posible de resistentes patriotas. Se diría que en balde. Porque si el muralismo conoció en México auténticos días de esplendor —cuando la pintura acompañaba a la revolución como una soldadera, sin saber demasiado, ni importarle, a dónde iba, pero estando ahí, en acto de presencia, calificando a esa revolución, ganándola para su entraña creadora—, hoy la joven pintura mexicana discurre dialécticamente por otras vías. Fenómeno comparable, por cierto, al ocurrido después de la revolución francesa.

Entre estos libros, hay dos que por su tipismo nos requieren de modo particular en estos momentos en que parece sumamente apetecible poner el dedo en la llaga de la pintura.[4]

Todo desinterés y sacro frenesí, poseído por el destino artístico de América y entregado ascéticamente a su apostolado, el pintor uruguayo Torres-García recoge en las mil páginas de su *Universalismo Constructivo* [5] las campañas por él realizadas en pro de lo que constituye la razón esencial de su vida. Luego de renunciar a todo linaje de vanas pompas pictóricas y en su afán de diferenciación, sostiene Torres-García la necesidad de crear un arcaísmo o estado de rigurosa incipiencia que, partiendo de la desintegración fundamental llevada a cabo por la pintura europea de este siglo, vaya dando pasos geométricos hacia la construcción de un arte distinto, de "algo nuevo que no ha sido aún" y que ayude a realizar el "hombre universal" propio de este Nuevo Mundo. Su posición, bien se ve, es íntegramente humanista, porque "lo ideal es el hombre" "bajo ese aspecto universal". En algún pasaje de su voluminosa obra recomienda Torres-García a los artistas que se desentiendan de los hechos sociales para engolfarse en las categorías estéticas. ¿Torre de marfil? No es ese su sentido. Torres-García es un verdadero místico que

3 DAVID ALFARO SIQUEIROS: *No hay más ruta que la nuestra.* México, 1945.

4 A pesar de su carácter entrecortado y de sus graves omisiones no es posible dejar de mencionar la obra monumental de ANGEL GUIDO: *Redescubrimiento de América en el Arte,* Buenos Aires, El Ateneo, 1944.

Entre los artistas extranjeros ninguno ha planteado en un plano tan elevado de discusión los problemas pictóricos, aunque sin referirlos a América, como WOLFGANG PAALEN en su revista *Dyn* publicada en México.

5 J. TORRES-GARCIA: *Universalismo Constructivo. Contribución a la unificación del arte y de la cultura de América.* Buenos Aires. Edit. Poseidón. 1944.

después de muchos años de ardorosa y difícil experiencia por los vericuetos del arte, alcanzó la identificación con su sustancia universal, volviéndose más tarde, como buen místico, hacia el mundo con objeto de ganarlo para ese Hombre de sus desvelos, cuya casa debe a su juicio y por lo pronto construirse en América. El arte no ha sido para él oficio lucrativo con que subvenir a sus necesidades corpóreas o familiares, ni medio para ganar puestos en el graderío o en la estimación social, sino una vivencia íntima, un camino para adentrarse por la renunciación, la geometría y la cromática en la constitución orgánica del cosmos. De ahí ha nacido su "realismo absoluto", su "reintegración a lo estético" y su afán obsesivo de construcción. Si sus propios cuadros representan una especie de juego solitario de naipes en el que su repertorio de símbolos se combina en actos mágicos de los que parece esperar a la postre revelaciones concluyentes, no hay duda que lo hace, prolongando la trayectoria del arte europeo pero con una voluntad mucho más explícita, bajo el ansia de fundar un lenguaje para dialogar con el contenido psíquico de ese Hombre. Ignoramos hasta qué punto no lo ha conseguido aún. Pero sí sabemos que dentro de la serie de funciones complejas y de variado orden que puede desempeñar el arte de la pintura, Torres-García ha especializado su vida en las más ambiciosas y trascendentes, esto es, en aquellas que derivan de su esencia creadora y le hacen apto para establecer, por fin, más allá del monopolio religioso y del absolutismo social, un contacto íntimo entre el subconsciente universal o contenido psíquico del cosmos y nuestra conciencia de seres vivos. Es decir, se ha instalado en el centro mismo del problema.

Conviene advertir, si se ha de comprender cabalmente el sentido y alcance de su posición distinguiéndola de la de otros artistas que abogan también por un arte propio de este hemisferio, que el americanismo en cualquiera de sus actividades permite hoy día dos actitudes diferenciadas: una pretende realizarse sustituyendo, americanizando las representaciones y demás elementos accesorios, pero conservándose, por lo que atañe a las sustancias, en el nivel acostumbrado. La originalidad representada por esta tendencia se define como exclusivamente de matiz. Representa una prolongación horizontal o analítica del arte conocido y sigue siendo una estribación de la mente occidental aplicada a otros territorios donde cultiva, con su color local, un colonialismo pintoresco. La asumida por Torres-García es, en cambio, una posición radical que pretende no sustituir los efectos sino incorporarse las causas creadoras para realizar aquí, superando el

fenómeno artístico de Occidente, aquella exaltación que bien quisiera pero que hoy por hoy no es capaz de realizar el Viejo Mundo: la universalidad a cuyas playas nos arroja. En esta posibilidad de mutación sintética radica el porqué de su *Universalismo Constructivo* claramente orientado hacia un tiempo futuro, mientras que la otra actitud alarga una duración centrada en el pretérito. Y he aquí por qué toma Torres-García el problema de la pintura en aquel punto extremo de la destrucción que permite, partiendo de la nada, un impulso creador hacia un nuevo ámbito.

Podrían tener apariencia de razón contra algunas de las tesis de su tremendo alegato quienes se negaran a admitirlas afirmando que la conciencia universal no pasará de ser un sueño mientras no se labore al par por el establecimiento de la entidad o cuerpo social que la haga materialmente posible. Mas podría argüir Torres-García que él en modo alguno se opone al establecimiento de dicha entidad, sino que, al contrario, su *Universalismo Constructivo,* como *Contribución a la unificación del Arte y de la Cultura de América,* la reclama. Lo que recusa es esa subversión de valores predicada por cierto totalitarismo sociológico que pretende supeditar a sus necesidades visiblemente no-universales las categorías estéticas y cuyo pretendido realismo de medio pelo dista de ser ese "realismo absoluto" necesario para que el ser humano alcance la plenitud por la que Torres-García pugna. Pues ¿cómo podría realizarse ese ser humano si se suprimen las potencias que lo sustantivan, tan necesarias para el psiquismo de la especie como pueden serlo para el cuerpo sus vísceras capitales? Nadie negará que el artista en cuanto ser consciente ha de contar con la realidad social y laborar por su perfección con sus propios medios, pues de lo contrario dejaría de ser consciente. Mejor que los demás, sabe que su personalidad rebasa la supuesta del individuo, siendo en cierta manera —¿no se mueve acaso en los terrenos del ser?—, una encarnación específica. Mas precisamente a causa de esta conciencia, lejos de plegarse a dictados ajenos, debe operar con enteras libertad y responsabilidad en la estimación de lo que su propia experiencia y juicio le inspiran como necesario en su campo, para el óptimo común de hoy y de mañana, cosa que depende de las diversas situaciones. En su cerebro y en su sensibilidad radican las branquias espirituales de la especie, merced a las cuales, así como el místico dentro de las teocracias vivificaba el cuerpo de dogmas, las experiencias poéticas del arte han de vivificar dentro de un orden universal la conciencia genérica. Siempre será el artista un factor dinámico, un renovador,

hasta cierto punto subversivo. Ateniéndose a estos determinantes se produjo en su día el muralismo mexicano, grávido de significación, pero cuyas formas pertenecen ya al pretérito. El arte es, más que ningún otro, un fenómeno biocéntrico, y en ello estriban su dignidad y su potencialidad extremas, infinitamente superiores a lo que la casi totalidad de los artistas, acostumbrados a estimar las posibilidades del presente en función del pasado, se imagina.

Libro de polo opuesto es el titulado *La Rebelión de los Pintores*, de F. Cossío del Pomar,[6] aunque una vez abierto no se acabe de ver en qué consiste dicha rebeldía. Gracias en cambio a su manera sociocéntrica de enfocar estos asuntos candentes, parece existir en él una sumisión a ciertos lugares hoy comunes derivados de una concepción romamente materialista de la vida, en cuyo sistema el arte, domesticado, incomprendido, tiene asignado oficio de Cenicienta. Es innegable el valor social del fenómeno artístico asociado desde sus orígenes mágicos a la existencia colectiva. Mas ¿en qué consiste su función dentro de las sociedades? ¿Es lenguaje, más o menos rudimentario, mediante el cual, desde la noche de las cavernas hasta el presente, se ha establecido o tratado de establecer contacto imaginario, no de los hombres entre sí, para lo que disponen de otros sistemas más adecuados, sino del grupo humano con ciertas realidades psíquicas del universo y dar respuesta concreta a las ansiedades de su conciencia metafísica, o es una pura facultad representativa sin mayor utilidad que servir ancilarmente en forma de pasquín a la transformación económica del mundo? Una discusión sobre estos temas llevaría a revisar los fundamentos mismos de la sociología y, sin duda, a concluir que frente al fenómeno social caben diversas posiciones, como son: la positivista o materialista que vino a sustituir a la meramente espiritual, y una tercera derivada de una concepción del mundo menos parcial e inmediatamente interesada que no es transacción sino síntesis de las anteriores, o sea la sociocéntrica, la teocéntrica y la biocéntrica. Porque si bien es evidente que cierto concreto espiritualismo ha perdido ya su vigencia, dista ello de demostrar que sólo lo material, comprendido a la manera como hoy se comprende, posee realidad efectiva. Es más, la realidad así castrada de su intrínseca potencia creadora, no pasará nunca de ser una sub-Realidad. Preguntémonos: la fuerza de convicción con que hoy lo material solicita la mente humana ¿no provendrá de que nos encontramos en un período agudo de transfor-

6 FELIPE COSSIO DEL POMAR: *La Rebelión de los Pintores. Ensayo para una sociología del arte.* México, Edit. Leyenda. 1945.

mación de los valores espirituales, de tránsito de algo que ha dejado de ser a algo que no es efectivamente todavía, y no será la misión del arte, una vez dominada la atracción deformadora ejercida sobre la mente por lo económico-social, inventar los nuevos valores que vengan a colmar el vacío dejado por la prescripción de los antiguos? Desde luego no es esta la opinión de Cossío cuyo estudio confuso y no exento de graves contradicciones, hace hincapié en las tesis materialistas sin reconocer ningún valor de orden psíquico. Lo grave de esa posición es que no se afirma como una de las circunstancialmente posibles sino como la única legítima, totalitaria. En consecuencia, el arte profundamente rebelde, aquel que abre ventanas a la imaginación creadora y cuya corriente transmutativa vino en nuestra época a desembocar en el cubismo y surrealismo, es tachado por Cossío, con todas sus letras, de arte reaccionario. ¿Y por qué serían reaccionarios el cubismo y el surrealismo? Porque según las tesis de superficie tan en boga en ciertos sectores racionalistas, son movimientos que traducen la descomposición de una sociedad y, aún mejor, de una clase, la burguesía.

Ahora bien, discurriré por mi cuenta, ¿y por qué sería menos cierto lo contrario? ¿No nos asisten idénticas razones lógicas para sostener el absurdo de que la decadencia de la burguesía no es sino un reflejo de la desintegración de la pintura, según la célebre paradoja de Oscar Wilde de que la naturaleza imita al arte? Porque resulta que la descomposición pictórica es anterior en el tiempo a la social, al grado de que en pleno "mundo de la seguridad", años antes de la guerra del 14, se lanzaron los pintores al fauvismo y al cubismo. Claro es que para llegar a las llamadas conclusiones "sociológicas" es preciso pasar por alto que la moderna pintura occidental a partir de David y sobre todo de Géricault es, cuando realmente merece el nombre de arte, actividad heroica en pro de la liberación material y sobre todo espiritual del ser humano, agente de libertad. Lo que no quita para que los pintores mediocres, los que toman su oficio como un *modus prosperandi*, se amolden, éstos sí materialmente, a los gustos de sus financiadores. Pero ¿y los otros, los verdaderos artistas, aquellos para quienes el arte es una vivencia creadora por la que desdeñan cuantas ventajas les ofrece la sociedad para no admitir sino las que libremente ellos mismos se conquistan? Los llamados "pintores malditos" ¿lo eran así porque la burguesía los subvencionaba para que lo fuesen o por su insumisión a los gustos y a la estructura misma de la sociedad burguesa, al extremo de renunciar, como Gauguin, a toda

sombra de occidentalismo? Y si Goya es un pintor revolucionario por haber pintado a la munificente familia real española con descarnados pinceles ¿quién más descarnadamente que Picasso, el Picasso anterior y posterior al *Guernica*, ha radiografiado desde 1907 el horror de los tiempos modernos, quién ha denunciado más brutalmente sus monstruosidades y ese estado latente de contradicción y guerra civil, a caballo entre dos mundos, característico del alma contemporánea, que se revela en el feroz desdoblamiento de sus personajes? ¿No es él quien, entre otras muchas cosas, ha conquistado para la pintura la plena libertad de que hoy disfruta, requisito previo para todas las ulteriores creaciones? ¿O será tal vez reaccionaria la conquista de la libertad, según el desdichado aforismo: "la libertad es un prejuicio burgués"? (Lenin). Posiblemente he pronunciado la palabra clave: alma, contenido psíquico, no individual sino universal. De eso es de lo que en la actualidad, bajo el peso de supersticiones anacrónicas, poco o nada se entiende y por ello poco en verdad entendemos todavía de pintura, arte conectado por sus vías intuitivas con el psiquismo funcional del mundo.

Por otra parte ¿habrá que admitir que la transformación experimentada en nuestro siglo por la ciencia físico-matemática se debe a la descomposición de la clase o sociedad que sostiene a los sabios investigadores? Porque sucede que esas transformaciones revelan, cuando se baja al fondo de las cosas, un estrecho paralelismo, que desgraciadamente no cabe explayar aquí, con las sufridas por la pintura, así como con las que acusan todos los otros campos de actividad y conocimiento humanos. ¿Quiénes dependen o imitan a quienes? La verdad es que si algún derrumbe traduce simbólicamente la pintura moderna, no es éste el de una clase, ni el de una etapa social, sino, afortunadamente, el de algo mucho más hondo y sustancioso. Hay una imagen del hombre, una concepción del mundo, un sistema de relaciones aparenciales entre la conciencia humana y la esencia del cosmos, y una entidad social —esa imagen, esa concepción del mundo, ese sistema de relaciones y esa entidad social que reflejaban y reflejan las pinturas realistas— que dicen adiós a la historia. En las representaciones de la pintura occidental puede verse cómo esas "realidades" van desapareciendo poco a poco bajo el disolvente de la luz, hasta dejar el sitio a las esencias, preparando así el camino para el advenimiento de ese universalismo que reclama una transformación general del mundo y del ente humano que lo encarna. Al grado que la pintura que pudiera llamarse "antirracista", de 1906 en adelante

puesto que asimila el arte de las gentes de color, negros, oceánicos y amerindios, anuncia en cierto modo la disolución del mundo contemporáneo en la universalidad. Estas son cosas que evidentemente repugnan a esa concepción del mundo estrechamente sociológico-materialista, para quien ya no va existiendo más verdad que el pragmatismo de la propaganda, *gracias a lo cual nada, por cierto, tiene que echar en cara a la más atrevida y descompuesta pintura moderna puesto que como ella, —¿reflejando tal vez la descomposición de la burguesía?—, ha descompuesto todos los valores, hasta llegar al absoluto "flatus vocis", a la nada. Al caos de semejante propaganda se ha pretendido, embruteciéndolo, uncir el arte.*

Mas fuerza es reconocer que el pintor realista o verista, a remolque de los sucesos, que hoy puede complacerse pintando la bárbara inhumanidad de los campos de concentración y las llamadas fábricas de muerte, así como las ruinas de que se encuentra plagada Europa y que constituyen magníficos temas para la cámara oscura, lleva un retraso de varias décadas tras el artista creador y abstracto, quien, por haberse adentrado en los problemas orgánicos del arte de la luz, pudo entre otras cosas prever —si se quiere hablar así—, prever y pintar las actuales antropoclastias e incluso su significado profundo y otras muchas cosas al pintar sus equivalencias en el proceso transformativo de las estructuras en que radica la conciencia del hombre. Porque ¿qué sentido no arroja hoy la tan decantada "deshumanización del arte" cuando se la coteja con la espantosa deshumanización, con la exterminación apocalíptica a que se ha llegado en amplias zonas europeas? ¿Era o no realista la pintura desintegrada y abstracta, reflejaba o no el "absoluto de su época", según la expresión de Mariátegui, compatriota de Cossío? Y una vez más ¿quién había previsto, quién imita a quién? ¿O no será, cortando por lo sano, que la crisis transformativa agudizada en nuestros siglos XIX y XX alcanza al hombre en su integridad orgánica, lo mismo a su mente científica que a la artística así como a sus estructuras colectivas *exteriores e interiores*, físicas y metafísicas o psíquicas, e incluso a su ser histórico? ¿No será, como por mi parte he creído comprender por varios otros caminos, que nos encontramos en el vórtice de una crisis mutacional del ente humano que, por su carácter universal, lleva aparejada no sólo el derrumbe, la "deshumanización" de la entidad antigua, sino también el desplazamiento del foco creador hacia el nuevo continente, según parece estar dispuesto a aceptarlo, testigo de excepción, Paul Valéry? Ojalá que, en el peor de los casos, el arte

BAJO EL SIGNO
DE LA "MAJA".

PICASSO:
Muchacha
desnuda.
Oleo. 1907.



Soldado
norteamericano
prisionero
de los alemanes.
Alemania,
1945.



Escena del Apocalipsis. (De un códice francés del s. XI).

Compárese al detalle con el *Guernica* de Picasso.
(Del libro de F. Cossío del Pomar, *Rebelión de los Pintores*).

americano de la pintura, heredando el espíritu creador del más avanzado arte occidental e identificándose, según propone Torres-García, con su verdadera y constructiva esencia, llegue a prefigurar el mundo y el hombre nuevos con tanta fidelidad como, entre otras muchas cosas, el arte dislocado de Europa ha reflejado una situación de fin de mundo que explica con precisión la involuntaria semejanza que existe, y que Cossío ha descubierto —valor por cierto no material sino espiritual—, entre el *Guernica* de Picasso y los Apocalipsis medievales. Nada en efecto define mejor el exacto sentido de nuestros días.

Los prejuicios de que arranca, han llevado a Cossío a concebir su obra con criterio, más que de pintor, de político que estima necesario fundamentar un totalitarismo de Estado, cortando todos los posibles escapes. Tal vez por ello ha dedicado la parte final de su libro a la más que modesta pintura rusa que, si existió en tiempos, hoy brilla, como él mismo reconoce, por su eclipse. Más, los que hubieran sido sus más eminentes valores, Chagall, Kandinsky, Soutine, Burliuk... así como los escultores Lipchitz, Archipenko, etc., salieron para siempre de aquel territorio. Una sociología no exclusivamente materialista se vería obligada a parar mientes a este propósito en la "casualidad" de que las revoluciones francesa y mexicana —americana— se hayan calificado por la presencia y prosperidad del arte de la luz, mientras que la soviética, pese a la protección oficial otorgada a los pintores, se caracteriza por el fenómeno contrario. ¿No se deberá acaso a que esta última revolución, en situación de antítesis, carece de la dimensión imaginaria, universal, significada por el lenguaje de ese arte que, cosa archisabida, no admite direcciones sino que es galardón —y agente— de libertad? ¿No será porque en la transformación compleja del mundo le ha tocado a la U. R. S. S. realizar ciertas tareas, importantísimas sí, pero exclusivamente materiales, parciales por tanto y limitadas, que excluyen las floraciones del espíritu? Si se trata de hacer distingos adviértase que únicamente prosperan hoy en Rusia las artes de representación. Ni siquiera el drama sino su escenografía.

En resumen, de lo expuesto se infiere una vez más, a mi juicio, que sobre la realidad estrechamente social, no negándola sino envolviéndola complejamente, transfigurándola, se expande la Realidad cósmica propia de la era a cuya puerta nos encontramos, siendo el arte de la pintura uno de los conductos intuitivos por los que la con-

ciencia humana ha de tener acceso a la armonía orgánica de su propia Naturaleza. En lo cual el arte americano, recogiendo las enseñanzas últimas, ha de distinguirse, por su trascendencia en provecho del hombre universal y de su sociedad aun no creada, de las artes predecesoras.

Juan LARREA.

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

D I M E N S I O N   I M A G I N A R I A

Printed in Mexico.